



# INFIERNO HELADO

# LINCOLN CHILD

DEBOLSILLO

Un grupo de científicos americanos, establecidos en una base del Ártico y dedicados al estudio del calentamiento del planeta, se encuentran por casualidad con un descubrimiento formidable. Son paleontólogos, biólogos, meteorólogos... pero ninguno de ellos es capaz de identificar a esa bestia que han hallado en una cueva en el interior de un bloque enorme de hielo. Parece un ejemplar de smilodón (un tigre de dientes de sable), pero cuando, en extrañas circunstancias, se descongela, vuelve a la vida y logra escaparse para cazar y destrozar a quien encuentra en su camino. Desconcertados, los científicos no saben cómo enfrentarse a él. La única forma de acabar con esta pesadilla en tierras gélidas, será acudir a las leyendas de los nativos del Ártico.



Lincoln Child

# Infierno helado

ePub r1.2

Titivillus 28.02.15

Título original: *Terminal Freeze*  
Lincoln Child, 2009  
Traducción: Jofre Homedes Beutnagel

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

*Para Verónica*

## Agradecimientos

Durante el largo viaje de *Infierno helado* desde el concepto a la realidad impresa, son muchas las personas que han tenido la generosidad de brindarme su tiempo y sus conocimientos. El doctor J. Bret Bennington, del departamento de geología de la Hofstra University, me ayudó a entender mejor el trabajo de campo y los principios de la paleoecología. Timothy Robbins me abrió una ventana a los detalles más técnicos del rodaje de documentales. (Me apresuro a añadir que los pecadillos de Terra Prime, Emilio Conti *et al.* son exclusivamente obra mía.) El doctor William Cors me ayudó con diversos aspectos médicos de la novela. Mi padre, el doctor William Child, exprofesor de química y vicedecano del Carleton College, me proveyó de datos extremadamente valiosos sobre las estructuras cristalinas y otros aspectos de la química. El agente especial Douglas Margini me ayudó una vez más con los detalles sobre armas de fuego. Y mi primo Greg Tear escuchó pacientemente y me ofreció sus consejos, tan acertados como siempre.

También deseo dar las gracias a mi editor y amigo Jason Kaufman, por haber sido, una vez más, mi guía durante la composición de la novela, así como a Rob Bloom y a todos los miembros de Doubleday, por haberme cuidado tan bien. Gracias asimismo a mis agentes, Eric Simonoff y Matthew Snyder, por luchar por una buena causa. Gracias a Claudia Rülke, Nadine Waddell y Diane Matson por sus diversas atenciones. Un martini casi helado de Beefeater, extraseco, sin hielo y con una piel de limón para mi compañero de escritura Douglas Preston, por tantos años de compañerismo y por su valiosa aportación a la ambientación de esta novela. Su hija Aletheia propuso un giro fabuloso. Y por último, pero no por ello menos importante, vaya mi

gratitud a mi familia, por su amor y respaldo.

A principios del siglo XX se descubrió en Siberia el cadáver del mamut de Beresovka. El animal, prácticamente intacto, se encontró en posición vertical, enterrado en grava limosa. Tenía una de las patas delanteras rota, obviamente por haber caído por un precipicio, diez mil años atrás.

Los restos de su estómago estaban intactos, y entre sus dientes había hierbas y ranúnculos.

La carne todavía se podía comer, pero según los testimonios no tenía buen sabor.

Hasta la fecha, nadie ha dado una explicación satisfactoria de por qué el mamut de Beresovka y otros animales hallados en estado de congelación en el Subártico llegaron a congelarse antes de que los devoraran los depredadores de la época.

J. HOLLAND,  
*Alaska Science Forum*



## Prólogo

Al anochecer, mientras las estrellas subían una a una por el cielo helado, Usuguk se acercó a la casa de nieve con el sigilo de un zorro. Por la mañana había nevado. El anciano de la aldea contempló la desolación ártica que se extendía interminable en todas las direcciones; su gris blanquecino se desleía en un triste y vacío horizonte de hielo. Aquí y allá, algunas aristas de permafrost oscuro surgían del manto de nieve como huesos de animales prehistóricos. Empezaba a levantarse viento. Algunos cristales de hielo se le clavaban en las mejillas, tironeando la piel de la capucha de su parka. Alrededor, en los iglús dispersos, no había luz; estaban oscuros como tumbas.

Usuguk no se fijó en ninguno de estos detalles. Solo era consciente de una abrumadora sensación de miedo y de los rápidos latidos de su corazón.

Cuando entró en la casa de nieve, las pocas mujeres reunidas alrededor de la hoguera de musgo alzaron rápidamente la vista, con tensión e inquietud en sus caras.

—*Moktok e inkarrtok* —dijo el anciano—. Ya es la hora.

Las mujeres recogieron sus pobres herramientas sin mediar palabra, con dedos temblorosos. Las agujas de hueso volvieron a sus estuches. Los raspadores de piel y los *ulus* para desollar desaparecieron en el interior de las parkas. Una mujer que estaba mordiendo unas botas de piel de foca para ablandarlas las envolvió cuidadosamente en una tela muy gastada. Después se levantaron, una tras otra, y cruzaron la tosca abertura que hacía de entrada. La última en salir fue Nulathe, con la cabeza agachada por el temor y la vergüenza.

Usuguk vio cómo caía la piel de caribú; detrás de ella quedaban la solitaria agrupación de iglús y el desolado páramo de hielo que, cruzando el

lago helado, se extendía en dirección al sol poniente. Se quedó un momento inmóvil, intentando olvidar la ansiedad que se había abatido sobre él como una pesada capa.

Después se volvió. Tenía mucho trabajo y poco tiempo.

El chamán se dirigió con cautela hacia el fondo de la casa de nieve y retiró unas mantas de un pequeño montón de pieles, dejando a la vista una caja de madera negra pulida. La colocó delante del fuego, con cuidado. Después sacó de entre las pieles un *amauti* ceremonial, doblado con precisión ritual. Tras quitarse la parka por la cabeza y dejarla en el suelo, se puso el *amauti*, haciendo tintinear el intrincado calado de borlas con cuentas. Finalmente, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, delante de la caja.

La acarició un minuto con los dedos arrugados tras años de luchar contra un entorno hostil. Después la abrió, sacó uno de los objetos que contenía y empezó a darle vueltas, sintiendo su poder y escuchando con atención lo que quisiera decirle. Tras volver a guardarlo en la caja, hizo lo mismo con todos los objetos, sin dejar de notar ni un momento la presencia del miedo metido en lo más hondo de su ser, como un trozo de grasa de ballena sin digerir. Conocía muy bien el significado de lo que todos habían visto, de aquel portento sobrecogedor que en la memoria de la Gente tenía un solo precedente, un recuerdo transmitido de padres a hijos ante el fuego y que, a pesar de las decenas de generaciones transcurridas, estaba tan presente como si hubiera sucedido ayer.

Esta vez, sin embargo, parecía tan pavorosamente desproporcionado con la transgresión que lo había provocado...

Respiró hondo. Todos confiaban en él para restablecer la paz y el equilibrio del orden natural, pero era una tarea agobiante. La cantidad de Gente había disminuido tanto que solo unos pocos habían podido transmitirle los saberes antiguos y secretos; ya estaban todos en el mundo de los espíritus. Él era el único que quedaba del orden secreto de la naturaleza.

Metió la mano debajo del *amauti* y sacó un puñado de hierbas secas y plantas medicinales cuidadosamente unidas con un fino tallo de bálsamo ártico. Lo levantó con las dos manos y lo puso en el fuego. Empezaron a desprenderse nubes de humo gris, que llenaron la casa de nieve con un aroma de bosque antiguo. Despacio, con veneración, sacó los objetos para

colocarlos ante el fuego formando un semicírculo: la punta de colmillo de un ejemplar rarísimo de morsa albina cazada por su tataratarabuelo, una piedra del color de la luz de verano y con la forma de la cabeza de un glotón, y un asta de caribú cortada según el rito en veintiún trozos, decorados con líneas intrincadas de agujeros de punzón rellenos de ocre.

Lo último que sacó fue una figurilla de hombre, hecha con piel de reno, marfil y un trozo de manta, que depositó en el centro del semicírculo. Después, apoyando las palmas en el suelo y la barbilla en el pecho, se inclinó ante la figura.

—Poderoso Kuuk’juag —recitó—, Cazador del Desierto Helado, Protector de la Gente, aparta de nosotros tu ira. Vuelve a caminar tranquilamente a la luz de la luna. Regresa a la senda de la paz.

Al sentarse otra vez, tocó el primer objeto del semicírculo (el colmillo de morsa) y lo giró en el sentido de las agujas del reloj para que estuviese de frente a la figura; con la mano sobre el colmillo, recitó la letanía de expiación y rogó a Kuuk’juag que ablandara su corazón y perdonase.

La transgresión se había producido la mañana anterior. En el decurso de sus quehaceres cotidianos, Nulathe, sin darse cuenta, había puesto en contacto unos tendones de caribú con carne de foca. Estaba cansada y enferma (solo así podía explicarse su desliz), pero eso no impedía que se hubiera cometido algo prohibido, que se hubiera infringido la antigua ley. Las almas de los animales muertos (espiritualmente contrapuestos) habían sido profanadas, y Kuuk’juag, el Cazador, había percibido su ira. Así se explicaba lo que el pequeño grupo de Usuguk había presenciado la noche anterior en el desierto de hielo.

La oración duró diez minutos, tras los cuales Usuguk, despacio y con cautela, movió su arrugada mano hacia el siguiente objeto y reinició la letanía.

Tardó dos horas en completar la ceremonia. Tras una última inclinación ante la figurilla, el anciano pronunció una bendición de despedida, separó las piernas y se levantó, con terribles dolores. Suponiendo que todo hubiera salido bien (que él hubiese pronunciado el rezo de expiación de la manera correcta, la de sus antepasados), ya no estarían mancillados y la cólera del Cazador se apagaría. Caminó alrededor del fuego, primero en el sentido de

las agujas del reloj y luego en el otro. Seguidamente, se puso de rodillas delante de la caja y comenzó a guardar los objetos, empezando por la figurilla.

En ese momento se oyeron voces fuera de la casa de nieve: llanto, gritos y lamentos de desesperación.

Se levantó con rapidez, con todo el peso del temor en el alma. Después de enfundarse la parka, apartó la piel de caribú y salió. Eran las mujeres y señalaban hacia arriba mesándose los cabellos.

Usuguk gimió al mirar el cielo. El miedo y el pavor, que los movimientos tranquilizadores de la ceremonia habían mitigado ligeramente, se apoderaron de él con fuerza redoblada. Era como la noche anterior, pero peor, mucho peor.

La ceremonia no había servido de nada.

De pronto le invadió una horrible certeza. Aquello no lo había causado Nulathe o cualquiera de los demás; no era la simple cólera de Kuuk'juag o alguna profanación accidental. Una furia de los espíritus como la que estaba presenciando solo podía causarla la infracción de un tabú de la mayor trascendencia; un tabú sobre el que Usuguk, al igual que innumerables generaciones antes de él, había sido advertido.

Y algo más que advertido. Usuguk sabía. Había visto...

Miró a las mujeres, que lo observaban con los ojos muy abiertos a causa del temor.

—Recoged lo que necesitéis —dijo—. Mañana iremos hacia el sur, a la montaña.

# 1

—Evan, ¿comemos?

Evan Marshall dejó la bolsa hermética en el suelo y se frotó la base de la espalda mientras se levantaba. Después de pasarse una hora y media con la cara a pocos centímetros del suelo, recogiendo muestras de sedimento glacial, tuvo que esperar un poco a que se le acostumbrara la vista. Era la voz de Sully. Reconoció su cuerpo recio, algo rechoncho, con la parka forrada de piel. Estaba treinta metros más arriba, cruzado de brazos. Detrás, trepando por el valle, se erguía con su profundo y misterioso color azul la lengua final del glaciar Fear, cruzada por líneas blancas de fractura. Las grandes rocas de hielo dispersas en su base parecían diamantes monstruosos, que se alternaban con antiguos fragmentos de lava en forma de puñal. Marshall abrió la boca para avisar a Sully de que no se acercara tanto, ya que el glaciar era tan bonito como peligroso; el clima se había calentado y la pared desprendía mortíferos pedazos de hielo con una frecuencia inusual. Sin embargo, se lo pensó mejor. A Gerard Sully, orgulloso de ser nominalmente el jefe, no le gustaba recibir consejos, así que al final Marshall se limitó a negar con la cabeza.

—No, gracias, creo que paso.

—Tú mismo. —Sully se volvió hacia Wright Faraday, el biólogo evolutivo del grupo, que estaba trabajando un poco más abajo—. ¿Y tú, Wright?

Faraday levantó los ojos, de un azul desvaído, tras unas gafas de montura de carey que los aumentaban de manera extraña. Llevaba una cámara digital colgada del cuello con una gruesa cinta.

—Yo no —dijo, ceñudo, como si pararse a comer en pleno trabajo fuera

una herejía.

—Muy bien, por mí podéis moriros de hambre. Luego no me pidáis que os traiga nada.

—¿Ni un polo? —preguntó Marshall.

Sully esbozó una sonrisa. Era bajito, más o menos como Napoleón, y desprendía una mezcla de egocentrismo e inseguridad que a Marshall le molestaba particularmente. En la universidad, donde Sully solo era uno de tantos científicos arrogantes, aún lo soportaba, pero allá, en el hielo, donde no había escapatoria, se había convertido en un fastidio. Pensó que era un alivio que faltaran pocas semanas para el final de la expedición.

—Se te ve cansado —dijo Sully—. ¿Has salido otra vez a pasear de noche?

Marshall asintió con la cabeza.

—Debes tener cuidado. Podrías caer en un tubo de lava y morir congelado.

—Está bien, mamá, tendré cuidado.

—O encontrarte con un oso polar, o qué sé yo

—No estaría mal. Me muero de ganas de tener una conversación interesante.

—Hablo en serio. Ya que no quieres llevar armas de fuego...

Marshall intuyó adónde quería ir a parar y no le gustó.

—Oye, si ves a Ang dile que tengo más muestras para llevar al laboratorio.

—Se lo diré. Estará encantado.

Marshall miró al climatólogo, que bajó con precaución por los escombros hacia el pie de la montaña, donde tenían la base; «su base», como decía él, aunque el auténtico dueño fuera el gobierno de Estados Unidos, naturalmente. Su nombre oficial era Centro de Detección a Distancia del Monte Fear. En desuso desde hacía casi cincuenta años, consistía en un edificio bajo, gris y laberíntico, de aspecto institucional, erizado de cúpulas provistas de radar y otros restos de la guerra fría. Al otro lado había un paisaje gélido de permafrost y depósitos de lava escupidos por las vísceras de la montaña en épocas inmemoriales, entre barrancos y fisuras, como si la tierra se hubiese desgarrado en una agonía geológica. En muchas zonas la

superficie estaba tapada por grandes campos de nieve. No había carreteras, ni edificios, ni ningún otro ser vivo. Era tan hostil, remoto y extraño como la Luna.

Se desperezó mientras miraba el adusto paisaje. Después de cuatro semanas, aún le parecía increíble que pudiera existir algo tan yermo. Aunque aquella expedición científica había tenido algo de irreal desde el principio: era irreal que un gigante de los medios de comunicación como Terra Prime hubiera dado luz verde a la propuesta de cuatro científicos de la Universidad del Norte de Massachusetts que solo tenían en común su interés por el cambio climático; era irreal que el gobierno les hubiera autorizado a utilizar la base Fear, aunque a un precio elevado y con limitaciones muy estrictas; y era irreal que la tendencia al calentamiento global se estuviese produciendo a una velocidad tan endiablada y sobrecogedora.

Se volvió, suspirando. Le dolían las rodillas después de pasar tantas horas en cuclillas sobre la morrena terminal recogiendo muestras. Tenía las puntas de los dedos y la nariz medio congeladas y, por si fuera poco, la nieve se había convertido en una fina capa de aguanieve que penetraba lentamente en las tres capas de ropa que llevaba y se introducía en los más íntimos recovecos de su cuerpo. En esa época del año había poca luz diurna, y la ventana de la expedición se estaba cerrando deprisa.

Marshall tenía una conciencia muy clara del poco tiempo que le quedaba. Ya habría comida de sobra cuando regresase a Woburn, Massachusetts, y tiempo de sobra para comérsela.

Al volverse para recoger las bolsas de muestras oyó otra vez a Faraday.

—Cinco años atrás no me lo habría creído. Ni hace dos tampoco. Lluvia.

—No es lluvia, Wright. Es aguanieve.

—Da igual. ¿Lluvia en la Zona, a punto de empezar el invierno? Increíble.

«La Zona» era una vasta región del nordeste de Alaska, justo al borde del océano Ártico, embutida entre la Reserva Nacional del Ártico y el Parque Nacional Iwavik del Yukón. Era tan fría y desolada que todo el mundo la evitaba, con temperaturas que tan solo durante algunos meses sobrepasaban los cero grados. Unos años atrás, el gobierno la había bautizado como Zona Federal de Fauna y Flora, el paso previo a olvidarse por completo de ella.

Marshall pensó que en sus ochocientas mil hectáreas probablemente no debía de haber más de dos docenas de personas: el equipo científico formado por ellos cinco, la pequeña dotación de la base, que sumaban otras cuatro personas, un grupito de nativos al norte y algún que otro mochilero o solitario demasiado curtido o excéntrico para desear otro lugar que no fuera el más aislado. Se le hacía raro pensar que hubiera más gente al norte del planeta aparte de su pequeño grupo.

De repente se oyó una detonación atronadora, una especie de cañonazo que hizo temblar el valle glaciario con la fuerza de un terremoto. El eco se propagó por la tundra, violando el profundo silencio y rebotando como una pelota de tenis; el sonido se fue debilitando hasta desaparecer en una distancia infinita. La pared del glaciar se había desmoronado en parte; a los escombros helados que se amontonaban en el borde se añadían ahora varias toneladas de hielo y nieve. Marshall sintió que el corazón le daba un vuelco. La brutalidad de aquel sonido nunca dejaba de sobresaltarle, por muchas veces que lo hubiera oído.

Faraday lo señaló.

—¿Ves? Esto es exactamente lo que quería decir. Un valle glaciario como el Fear debería estrecharse hasta acabar en un fino frente de hielo, con el mínimo de agua de fusión y una zona de percolación como Dios manda, pero los desprendimientos de este parecen los de un glaciar de marea. He medido la fusión basal...

—Eso le toca a Sully, no a ti.

—... y se sale de los parámetros. —Faraday sacudió la cabeza—. Lluvia, fusión sin precedentes... Y también pasan otras cosas, como la aurora boreal de hace unas noches. ¿Te fijaste?

—Sí, claro. De un solo color. Era espectacular. E inusual.

—Inusual —repitió Faraday, pensativo.

Marshall no contestó. Sabía por experiencia que en todas las expediciones científicas había un agorero, incluso en una tan pequeña, y Wright Faraday, con sus conocimientos prodigiosos, su visión pesimista de la vida, sus oscuras teorías y sus desafortunadas predicciones, daba el tipo a la perfección. Miró al biólogo con disimulo. Aunque eran colegas de universidad, ahora llevaba un mes siendo una presencia casi constante en su vida; sin embargo,



Marshall seguía sin hacerse una idea muy clara de qué le motivaba.

De todos modos, pensó mientras llenaba y cerraba otra bolsa, anotaba la situación de la muestra en un cuaderno y medía y fotografiaba la localización exacta, en parte Faraday tenía razón. Y era la misma por la cual él estaba recogiendo muestras a un ritmo poco menos que frenético. Para aquel tipo de investigación, esos glaciares eran casi perfectos. A lo largo de su formación, mientras acumulaban nieve, retenían restos orgánicos: Polen, fibras vegetales y restos animales. Más tarde, al retirarse y derretirse lentamente, tenían la amabilidad de ceder sus secretos; lo cual, para un paleoecólogo, era un regalo ideal, un tesoro del pasado.

Pero la retirada de ese glaciar no tenía nada de lenta ni de amable. Se estaba desmenuzando a una velocidad alarmante y se llevaba consigo sus secretos.

Como si quisiera darle la razón, se oyó otro estallido ensordecedor en la pared del glaciar y cayó otra estremecedora cascada de hielo. Marshall miró hacia el origen del sonido con una mezcla de irritación e impaciencia. Esta vez se había desprendido un trozo mucho mayor de la pared. Suspirando, se agachó hacia los especímenes, pero luego se giró otra vez hacia el glaciar. Al mirar los bloques de hielo rotos de la base, vio que el desprendimiento había dejado a la vista una parte de la montaña. La observó un momento, entornando los ojos. Después llamó a Faraday.

—¿Tienes los prismáticos?

—Sí, aquí.

Marshall se acercó. El biólogo había sacado los prismáticos de un bolsillo y los llevaba en la mano, cubierta por un guante grueso. Marshall los cogió, echó el aliento en los cristales para calentarlos, los desempañó y los levantó hacia el glaciar.

—¿Qué pasa? —preguntó Faraday, con una chispa de emoción—. ¿Qué ves?

Marshall se humedeció los labios y miró fijamente lo que había revelado el hielo al caer.

—Es una cueva —contestó.

## 2

Una hora después estaban frente a los escombros helados de la pared delantera del glaciar Fear. La lluvia gélida había dejado de caer y un sol débil se esforzaba por agujerear las nubes de bronce. Marshall se frotó enérgicamente los brazos para entrar en calor. Miró al pequeño grupo. Sully había vuelto acompañado de Ang Chen, el doctorando del equipo. Toda la expedición estaba reunida en la morrena terminal, excepto Penny Barbour, la ingeniera informática.

La cueva estaba justo delante de ellos: una boca negra contra el azul claro del hielo glacial. A Marshall le recordó el cañón de una pistola monstruosa. Sully la miraba fijamente, absorto, mordisqueándose el labio inferior.

—Un cilindro casi perfecto —dijo.

—No cabe duda de que es un conducto lateral —dijo Faraday—. Los hay por todo el monte Fear.

—Sí, en la base —corroboró Marshall—, pero a esta altura son muy poco frecuentes.

De pronto se desprendió otro pedazo de hielo, aproximadamente medio kilómetro al sur, y se deshizo en bloques azules del tamaño de una casa que levantaron una nube de esquirlas en la base. Chen dio un respingo. Faraday se tapó las orejas por el ruido. Marshall hizo una mueca al sentir cómo vibraba la montaña bajo sus pies.

Los ecos tardaron varios minutos en apagarse. Por último, Sully gruñó y miró la pared de hielo, la boca de la cueva y a Chen.

—¿Llevas la cámara de vídeo?

Chen asintió con la cabeza, palpando la bolsa que llevaba al hombro.

—Pues enciéndela.

—No pensarás entrar, ¿verdad? —dijo Faraday.

En vez de contestar, Sully se irguió en todo su metro sesenta y cinco de estatura, metió la barriga y se ajustó la capucha de la parka, dispuesto a posar ante el objetivo de la cámara.

—No es buena idea —añadió Faraday—. Ya sabes qué quebradizas son las formaciones de lava.

—Pero, además —dijo Marshall—, ¿no has visto lo que acaba de ocurrir? En cualquier momento podría caer más hielo y tapan la entrada.

Sully volvió a mirar la cueva, indeciso.

—Ellos querrían que entrásemos.

Por «ellos» se refería a Terra Prime, el canal de televisión por cable sobre ciencia y naturaleza que financiaba la expedición.

Sully se frotó la barbilla con una de sus manos enguantadas.

—Evan, Wright, vosotros dos quedaos. Ang me seguirá con la cámara; si pasa algo, que venga el ejército a sacarnos.

—Y una mierda —dijo inmediatamente Marshall, con una sonrisa burlona—. Si descubris un tesoro enterrado, yo quiero mi parte.

—Acabas de decir que es peligroso.

—Razón de más para que os eche una mano —contestó Marshall.

Sully sacó agresivamente el labio inferior. Marshall dejó que el silencio se alargara, hasta que el climatólogo cedió.

—De acuerdo. Wright, volveremos lo antes posible.

Faraday no dijo nada, aunque sus ojos desvaídos parpadearon.

Sully se quitó algunos copos de nieve de la parka y carraspeó. Tras echar una mirada cautelosa a la pared de hielo, se puso delante de la cámara.

—Estamos en la faz del glaciar —dijo en voz baja, con tono melodramático—. El hielo, al retirarse, ha dejado a la vista una cueva en el flanco de la montaña. Ahora nos preparamos para explorarla.

Hizo una pausa teatral e indicó a Chen que dejara de filmar.

—¿Has dicho «faz»? ¿He oído bien? —preguntó Marshall.

Sully no le hizo caso.

—Vamos. —Sacó una linterna grande del bolsillo de la parka—. Ang, fílmame cuando entre.

Se puso en cabeza, obedientemente seguido por el desgarrado Chen. Al

cabo de un momento, Marshall sacó su linterna y se les unió.

Avanzaron despacio y con cuidado entre los derrubios. Algunos bloques de hielo tenían el tamaño de un puño, y otros el de un dormitorio. Bajo la débil luz del sol, el brillo azul claro era el de un cielo de octubre. Había arroyuelos de agua de fusión. De repente se les echó encima la sombra del glaciar. Marshall miró con temor el gran muro de hielo, pero no dijo nada.

De cerca, la boca de la cueva aún parecía más negra. Exhalaba un aliento gélido que irritó la nariz medio congelada de Marshall. Era muy redonda, como había dicho Sully: la típica chimenea secundaria de un volcán extinto. El glaciar había alisado la pared de roca, dándole un acabado casi como de espejo. Sully clavó en la oscuridad la luz de su linterna y se volvió hacia Chen.

—Apágala un momento.

—De acuerdo.

El estudiante bajó la cámara.

—Faraday no hablaba por hablar. Toda esta montaña es una acumulación de lava fracturada. Estad atentos, por si veis puntos débiles. A la menor señal de que el tubo es un poco inestable, daremos media vuelta.

Volvió a mirar a Chen y le indicó con la cabeza que siguiera grabando.

—Vamos a entrar —declaró a la cámara. Y, dando media vuelta, penetró en la cueva.

El techo no era particularmente bajo; tres metros, como mínimo, pero Marshall bajó la cabeza de forma maquinal cuando entró detrás de Chen. La cueva se adentraba en la montaña en línea recta, con una ligera bajada. Avanzaban con mucho cuidado, iluminando con las linternas las paredes de lava. Hacía aún más frío que en el campo de hielo. Marshall se ciñó la capucha alrededor de la cara.

—Un momento.

El haz de su linterna había encontrado una fractura fina como un pelo en las trenzas de lava. Tras iluminarla en toda su longitud, la apretó cautelosamente con una mano.

—Parece sólido —dijo.

—Entonces sigamos —contestó Sully—. Con cuidado.

—Parece mentira que este túnel no se haya venido abajo por el peso del

glaciar —observó Chen.

Se internaron en la cueva, pisando con precaución. Cuando hablaban lo hacían en voz baja, casi susurrando.

—Debajo de la nieve hay una capa de hielo —dijo Sully al cabo de un minuto—. Cubre todo el suelo. Llama la atención lo lisa que es.

—Y cada vez es más profunda —añadió Marshall—. Este conducto lateral debió de estar lleno de agua en otra época.

—Debió de helarse a una velocidad increíble —dijo Sully—, porque...

En ese momento el climatólogo resbaló y cayó al suelo con un grito de sorpresa.

Marshall se encogió, con el alma en vilo, esperando que cayera el techo sobre ellos, pero al ver que no pasaba nada y que Sully no estaba herido, su alarma se convirtió en diversión.

—Lo has grabado, ¿verdad?

Una sonrisa animó la repentina palidez del estudiante de posgrado.

—¡Desde luego!

Sully se puso en pie con dificultad, frunciendo el ceño y quitándose la nieve de las rodillas. Odiaba tanto como los gatos perder la dignidad.

—Es un momento importante, Evan. Recuérdalo, por favor.

Siguieron todavía más despacio, en un profundo silencio, sin otro ruido que el crujir de sus pasos sobre la capa de nieve. Las antiguas paredes de lava que les rodeaban estaban oscuras. Sully abría la marcha, cauteloso, apartando la nieve con las botas mientras paseaba la luz de la linterna por el suelo.

Chen escrutó la oscuridad.

—Parece que al fondo la cueva se ensancha.

—Afortunadamente —contestó Sully—, porque la capa de hielo se está haciendo más profunda, y...

De repente volvió a caerse, pero no fue otra muestra de torpeza. Marshall comprendió de inmediato que el científico se había caído de sorpresa. Sully empezó a apartar nieve del suelo frenéticamente, hundiendo la luz de la linterna en el hielo de debajo. Chen se puso de rodillas a su lado, olvidándose de la cámara. Marshall se acercó enseguida y miró el hielo.

Al ver lo que había encontrado Sully, sintió un escalofrío que no tenía relación alguna con el aire frío de la cueva. Desde debajo del suelo de hielo le

miraban implacables dos ojos grandes como puños, amarillos, con las pupilas negras y ovaladas.

### 3

Todo lo que había tenido de locuaz la subida, lo tuvo de silenciosa la bajada.

Marshall intuyó lo que pensaban los demás: que aquel descubrimiento cambiaría una expedición que hasta entonces había sido tranquila y poco apasionante, por no decir monótona. Ninguno de los científicos podía decir en qué sentido cambiarían las cosas, pero en adelante todo sería distinto.

Al mismo tiempo, como bien sabía Marshall, todos se preguntaban en su fuero interno: «¿Qué diablos era aquello?».

Finalmente Sully rompió el silencio.

—Deberíamos habernos llevado un testigo de sondeo, para analizarlo.

—¿Cuánto tiempo creéis que lleva en ese sitio? —preguntó Chen.

—El Fear es un glaciar MIS2 —contestó Marshall—. La cueva lleva como mínimo doce mil años enterrada; tal vez mucho más.

Volvieron a enmudecer. Finalmente, el sol había logrado perforar las nubes bajas con su fuego y mientras bajaba sobre el horizonte hacía arder y brillar con intensidad la cubierta de nieve. Ausente, Marshall sacó del bolsillo unas gafas de sol y se las puso. Estaba pensando en la insondable negrura de los ojos muertos de debajo del hielo.

—¿Qué hora es en Nueva York? —preguntó al fin Sully.

—Las ocho y media —dijo Faraday.

—Ya se habrán ido a casa. Lo intentaremos a primera hora de la mañana. Ang, ¿te ocuparás de encender el teléfono satélite antes del desayuno?

—Por supuesto, pero tendré que solicitar pilas nuevas a González, porque...

El estudiante se interrumpió a media frase. Al levantar la vista, Marshall

vio de inmediato la causa de su silencio.

La base estaba unos cientos de metros más abajo, con su edificio bajo y largo, oxidado e inhóspito iluminado por la luz del sol poniente. Habían recorrido el valle glaciar siguiendo una curva poco cerrada. Ahora se veía la entrada principal de la base, detrás de la cerca de seguridad. En la plataforma de cemento situada entre la garita y la puerta estaba Penny Barbour, la ingeniera informática del grupo, con pantalones vaqueros y camisa de franela a cuadros. Como no soplaba nada de viento, su pelo, corto y parduzco, le caía muy lacio sobre la frente. A su lado estaba Paul González, el sargento responsable de la pequeña dotación que mantenía operativa la base Fear, al menos oficialmente.

Les rodeaban cuatro figuras con parkas gruesas, pantalones de piel de oso polar y mukluks de cuero. Uno de ellos tenía una escopeta, y los otros llevaban lanzas o arcos atados a la espalda. Aunque no se les veía la cara, Marshall tuvo la certeza de que eran nativos del pequeño campamento que había más al norte.

Caminaron más deprisa hacia la base, mientras Marshall dudaba entre la curiosidad y la inquietud. Pese a llevar todo un mes en aquel sitio, los científicos no se habían relacionado en absoluto con los indios. En realidad, solo conocían su existencia porque los militares de la base los habían mencionado de pasada. ¿Por qué elegían precisamente aquel día para visitarles?

Cruzaron la cerca y pasaron al lado de la garita vacía. Cuando se acercaron a la entrada, el grupo se volvió y los miró.

—No hace ni dos minutos que han llamado a la puerta —dijo Barbour con su fuerte acento del norte de Londres—. Hemos salido a recibirles el sargento y yo.

Su rostro, campechano y afable, estaba tenso, un poco preocupado.

Sully miró a González.

—¿Es la primera vez que vienen?

González era un cincuentón robusto, con el habitual fatalismo lúcido de los militares de carrera.

—No.

Cogió la radio para avisar a los demás soldados, pero Sully sacudió la



cabeza.

—No creo que haga falta. —Se volvió hacia Barbour—. Será mejor que entres; hace frío.

Tras ver cómo la mujer se alejaba hacia la entrada principal, carraspeó y miró a sus huéspedes.

—¿Quieren entrar? —pronunció despacio, señalando la puerta.

Los nativos no dijeron nada. Marshall observó que eran tres mujeres y un hombre. Este último, de edad mucho más avanzada, tenía la cara tan arrugada por el frío y el sol que parecía de cuero, y unos ojos muy vivos, de color marrón claro. Llevaba unos grandes pendientes de hueso, con formas fantásticas talladas. También llevaba plumas en el cuello de piel, y en los pómulos, los tatuajes oscuros de los chamanes. González les había contado que aquella gente vivía con una sencillez inusitada. Viendo las lanzas y las pieles de animales, Marshall se dio cuenta de que no había sospechado hasta qué punto.

Al principio reinó un silencio incómodo, que solo interrumpía el zumbido cercano de los generadores. Después, Sully volvió a hablar.

—¿Vienen del asentamiento del norte? Es un viaje muy largo. Deben de estar cansados. ¿Podemos ayudarles? ¿Les apetece algo de beber o de comer? Silencio.

Lo repitió despacio, vocalizando, como si se dirigiera a un tonto.

—¿Quieren beber? ¿Comer?

Ante la falta de respuesta, se volvió y suspiró.

—Así no vamos a ninguna parte.

—Lo más probable es que no entiendan lo que les dice —señaló González.

Sully asintió con la cabeza.

—Y yo no hablo inuit.

—Tunit —dijo el anciano.

Sully se volvió rápidamente.

—¿Perdón?

—Inuit no, tunit.

—Lo siento, Nunca había oído hablar de los tunit. —Sully se dio unos golpes suaves en el pecho—. Yo me llamo Sully. —Presentó a González y a

los científicos, llamándoles a todos por sus nombres—. La señora que estaba aquí antes es Penny Barbour.

El anciano también se tocó el pecho.

—Usuguk.

Lo pronunció con el acento en la segunda u. A las mujeres no las presentó.

—Encantado —dijo Sully, tan metido como siempre en su papel de jefe del equipo—. ¿Quieren entrar?

—Nos ha preguntado si podían ayudarnos —dijo Usuguk.

Marshall se llevó una sorpresa al ver que hablaba con un acento totalmente neutro.

—Sí —contestó Sully, igualmente sorprendido.

—Pueden hacer algo importante, muy importante: irse de aquí. Hoy mismo. Y no volver.

La respuesta dejó a Sully sin palabras.

—¿Por qué? —preguntó Marshall al cabo de un rato.

El anciano señaló el monte Fear.

—Aquel es un lugar maligno. La presencia de ustedes aquí es un peligro para todos.

—¿Maligno? —repitió Sully, recuperándose de la sorpresa—. ¿Se refiere al volcán? Ahora está extinto, muerto.

Cuando el tunit le miró, el sol crepuscular acentuó el relieve de las arrugas de su rostro, que revelaban una amarga inquietud.

—¿Qué tiene de maligno? —preguntó Marshall.

Usuguk no quiso dar más explicaciones.

—No deberían estar aquí —dijo—. Se están metiendo donde no les llaman. Y han hecho que los antepasados se enfaden.

Se han enfadado mucho.

—¿Los antepasados? —preguntó Sully.

—Normalmente son... —Usuguk buscó la palabra—. Benévolos. —Hizo un movimiento semicircular con una mano, abriendo la palma hacia arriba—. Antes, todos los hombres de aquí, los de las escopetas y los uniformes, se quedaban dentro de las paredes de metal que levantaban. Incluso ahora, siguen sin entrar soldados en el lugar prohibido.

—Yo no sé nada de ningún lugar prohibido —rezongó González—, pero mi culo no se moverá de ahí dentro, donde se está más calentito.

Usuguk seguía mirando a Sully.

—Con ustedes es distinto. Ustedes han pisado la tierra que no debería pisar ningún hombre vivo. Y ahora los antepasados están enfadados, más de lo que recuerda nadie de mi pueblo. Su ira tiñe el cielo de sangre. Los cielos gritan de dolor, como una mujer cuando da a luz.

—No estoy seguro de entender qué quiere decir con «gritar» —dijo Sully—, pero el color extraño del cielo por la noche solo se debe a la aurora boreal. La provocan los vientos solares cuando entran en el campo magnético de la Tierra. Es verdad que es un color poco habitual, pero estoy seguro de que ya lo habían visto. —Ahora Sully ejercía de padre bondadoso y sonriente, con la condescendencia de un adulto que intenta explicar algo a un niño pequeño—. Los gases de la atmósfera se desprenden de la energía sobrante en forma de luz. La longitud de onda de los fotones varía en función del tipo de gas.

Usuguk no dio muestras de que le interesara lo más mínimo aquella explicación.

—En cuanto vimos lo enfadado que estaba el pueblo de los espíritus, nos pusimos en marcha hacia aquí y desde entonces hemos estado caminando sin descansar ni comer.

—Razón de más para que entren —dijo Sully—. Les daremos comida y algo caliente de beber.

—¿Por qué es un lugar prohibido la montaña? —preguntó Marshall.

El chamán se volvió hacia él.

—¿No lo entiende? ¿Han oído mi advertencia y no quieren hacerme caso? La montaña es un lugar oscuro. Deben irse.

—No podemos —dijo Sully—. Aún no, pero dentro de unas pocas semanas, dos o tres, nos marcharemos. Hasta entonces, le doy mi palabra de que...

El chamán se volvió hacia las mujeres tunit.

—*Anyok lubyar tussarnek* —dijo.

Una de ellas rompió a llorar. Usuguk volvió a girarse y miró uno a uno a los científicos, con tal mezcla de lástima y miedo que a Marshall se le

erizaron los pelos de la nuca. Después, el anciano sacó una bolsita de su parka, metió un dedo en ella y dibujó una serie de signos en la tundra helada, con un líquido oscuro y demasiado viscoso para no ser sangre. Por último, recitando algo en su idioma en voz baja, como si rezase, dio media vuelta y se unió a las mujeres, que ya se alejaban por el permafrost.

## 4

Durante los siguientes dos días sopló un viento gélido del norte que llevó cielos despejados y temperaturas glaciales. El tercer día, a las once de la mañana, Marshall, Sully y Faraday salieron de la base y caminaron por el llano congelado que a partir del monte Fear se prolongaba hasta el infinito hacia el sur. Hacía una mañana perfecta. El cielo era una cúpula de color azul ártico, sin una sola nube que lo alterase. Bajo sus pies, el permafrost tenía la dureza del cemento. La temperatura rondaba los veinte grados bajo cero y el glaciar había interrumpido sus horribles crujidos y gemidos, al menos de momento.

De pronto, un zumbido, que el frío ártico atenuaba de manera extraña, interrumpió sus pensamientos; apareció un punto en el sur del horizonte. Lentamente, vieron que se perfilaba la silueta de un helicóptero que se acercaba a ellos volando bajo.

Faraday bufó de irritación.

—Sigo pensando que deberíamos haber esperado un par de días. ¿Qué falta hacía llamar por teléfono tan pronto?

—Era el trato —contestó Sully, viendo cómo se acercaba el helicóptero—. Si nos hubiéramos retrasado, se habrían enterado.

Faraday masculló algo. Era evidente que no estaba convencido.

Sully miró al biólogo con el ceño fruncido.

—Ya lo he dicho otras veces. Si haces tratos con el demonio, no te quejes de las consecuencias.

Nadie contestó. No hacía falta.

La Universidad del Norte de Massachusetts no pretendía codearse con las mejores instituciones educativas. Dada la escasez de dinero para becas, había

optado por una táctica bastante nueva: conseguir fondos para sus expediciones de un grupo de medios de comunicación a quienes entregarían los derechos en exclusiva. Aunque el cambio climático no fuera una cuestión particularmente atractiva, al menos era de actualidad. Terra Prime había financiado aquel equipo, y otra media docena (como un grupo que estudiaba medicinas indígenas en la selva amazónica y otro que excavaba en busca de la posible tumba del rey Arturo), con la esperanza de iniciar al menos un documental científico que valiera la pena desarrollar. Marshall llevaba semanas cruzando los dedos para que pudieran concluir la investigación e irse sin llamar la atención. Pero aquella esperanza acababa de irse a pique.

Los científicos se juntaron mientras el helicóptero daba unas vueltas sobre el campamento y se posaba en el suelo más o menos plano, azotando el aire con las palas. La puerta del pasajero se abrió y salió una mujer. Llevaba una chaqueta de cuero y pantalones vaqueros. Su pelo, largo y negro, caía muy por debajo del cuello y se movía un poco con la corriente del helicóptero. Era delgada, de unos treinta años. Cuando se giró para coger el equipaje, Marshall tuvo ocasión de ver unas nalgas bien formadas.

—No está mal, este demonio —murmuró.

La mujer, que ya tenía las maletas en la mano, se acercó y se agachó al pasar por debajo de las palas. Después se volvió para hacer un gesto de agradecimiento al piloto, que levantó el pulgar, aceleró el motor, despegó enseguida y, con un brusco giro hacia el sur, se fue a toda prisa por donde había venido.

Los científicos fueron a recibirla. Sully se quitó el guante y le tendió enérgicamente la mano.

—Soy Gerard Sully —se presentó—, climatólogo y jefe del equipo. Ellos son Evan Marshall y Wright Faraday.

La mujer dio los oportunos apretones de mano, que Marshall juzgó breves y profesionales.

—Yo soy Kari Ekberg, productora de campo de Terra Prime. Felicidades por el descubrimiento.

Sully cogió una de sus bolsas, y Marshall la otra.

—¿Productora? —preguntó Sully—. ¿Es usted quien manda?

Ekberg se rio.

—¡En absoluto! Como verán, en este tipo de plató todos los que llevan sujetapapeles son productores.

—¿Plató? —repitió Marshall.

—Bueno, nosotros lo llamamos así.

Ekberg se paró a mirar atentamente a su alrededor, como si escrutara el paisaje en busca de aspectos dramáticos.

—Va un poco ligera de ropa para la Zona Federal de Fauna y Flora —dijo Marshall.

—Sí, ya lo veo. He vivido casi siempre en Savannah. El sitio más frío donde he estado es Nueva York en febrero. Pediré al equipo que me traigan algo de Mountain Hardwear.

—Tal vez vaya ligera, pero es lo más atractivo que ha pasado por la base —dijo Sully.

Ekberg dejó de estudiar el paisaje y repasó de arriba abajo al climatólogo, y aunque no contestó, sonrió ligeramente, como si el repaso le hubiera dado la medida del personaje.

Sully se ruborizó y carraspeó.

—¿Volvemos? Cuidado con dónde pisa. Por aquí el suelo está lleno de tubos de lava antiguos.

Se puso en cabeza mientras comentaba con Faraday las investigaciones de la mañana. Ekberg no estaba al mando, ni parecía haber sido receptiva a sus torpes avances, lo cual bastaba para dar por zanjado su interés por ella.

Ekberg y Marshall cerraban la marcha.

—Me ha sorprendido lo que acaba de decir —comentó Marshall—. Lo de que nuestra expedición es un plató.

—No he querido parecer insensible; es evidente que para ustedes es el lugar donde trabajan, pero en un rodaje así lo más importante es el calendario. No tenemos mucho tiempo. Además, seguro que su grupo quiere que nos vayamos lo antes posible. Mi trabajo es ese: adelantar el curro.

—¿Adelantar el curro?

—Buscar localizaciones y organizar el calendario. Más que nada, consiste en trazar una trayectoria para que, cuando lleguen el productor y los talentos, ya tengan el camino hecho.

En su fuero interno, a Marshall le sorprendía aquel lenguaje: Productor,

talentos... Al igual que el resto de los científicos, él había dado por supuesto que Terra Prime enviaría a una persona, a lo sumo dos: alguien que llevara la cámara y alguien que de vez en cuando se pusiera delante.

—Así, que usted hace todo el trabajo pesado y luego vienen los mandamases y se llevan la gloria.

Ekberg soltó una risa cristalina de contralto que reverberó en el permafrost.

—Más o menos.

Llegaron al control de seguridad, que llevaba mucho tiempo en desuso. Ekberg no disimuló su sorpresa al ver lo que tenía delante.

—¡Dios santo! No tenía ni idea de que esto era tan grande.

—¿Qué esperaba...? —preguntó Sully—. ¿Iglús y tiendas de campaña?

—En realidad, prácticamente toda la base es subterránea —aclaró Marshall mientras cruzaban la cerca y llegaban a la plataforma—. La construyeron aprovechando un desnivel natural. Trajeron partes prefabricadas y rellenaron el espacio sobrante con tierra helada y pumita. La mayoría de las estructuras visibles son sistemas mecánicos o técnicos: el generador, las antenas radar... Ese tipo de cosas. Los arquitectos querían reducir al mínimo el impacto visual. Por eso lo construyeron a la sombra de la única montaña que hay en muchos kilómetros a la redonda.

—¿Cuánto tiempo hace que la base no está en activo?

—Mucho —contestó Marshall—. Casi cincuenta años.

—Dios mío... Entonces, ¿quién la mantiene? ¿Quién comprueba que funcionen los váteres y ese tipo de cosas...?

—El gobierno la llama una instalación de mantenimiento mínimo. Hay una dotación militar muy reducida que se ocupa de que todo siga funcionando: solo hay tres miembros del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Tierra, al mando de González. El sargento González. Mantienen los generadores y la red eléctrica, ceban la calefacción, cambian las bombillas y controlan el nivel de los depósitos de agua. Y ahora mismo, nos hacen de canguros.

—Cincuenta años. —Ekberg sacudió la cabeza—. Supongo que por eso no les importa alquilárnosla.

Marshall asintió.



—Aunque el tío Sam no es precisamente un casero barato. Hemos pagado cien mil dólares suplementarios solo para alojar una semana al equipo del documental.

—Aquí arriba está todo muy caro —apostilló Sully.

Ekberg volvió a mirar a su alrededor.

—¿Los militares tienen que vivir aquí?

—Los cambian cada seis meses. Al menos a los tres soldados rasos. Al sargento González... parece que le gusta.

Ekberg sacudió la cabeza.

—Un hombre celoso de su intimidad, está claro.

Cruzaron la pesada puerta principal, una zona de almacenamiento temporal, una larga sala de aclimatación (con armarios para parkas y equipos para la nieve en ambos lados) y otra puerta, la de acceso a la base propiamente dicha. Pese a llevar medio siglo inactiva, la base Fear conservaba un marcado estilo militar: banderas americanas, paredes de acero y mobiliario estrictamente funcional. En las paredes había carteles descoloridos, con reglamentos y advertencias contra infracciones de seguridad. Del patio salían dos pasillos anchos, uno a la izquierda y otro a la derecha, que penetraban en la oscuridad: las zonas adyacentes estaban bien iluminadas, pero en las más apartadas solo había esporádicos focos de luz. Al fondo del patio se hallaba un hombre con uniforme militar, sentado detrás de un panel de cristal, leyendo un libro de bolsillo.

Marshall se fijó en que Ekberg arrugaba la nariz.

—Lo siento —dijo, riéndose—. Yo también tardé una semana en acostumbrarme a este olor. ¿A quién se le ocurriría pensar que una base en el Ártico huela como la sentina de un barco? Bien, vamos a que la inscriban.

Cruzaron el patio hasta la ventanilla de cristal.

—Tad —dijo Marshall a guisa de saludo.

El hombre de detrás del cristal contestó con un gesto de la cabeza. Era alto, joven y pelirrojo, con el pelo casi rapado, y llevaba la insignia de soldado del cuerpo de ingenieros.

—Doctor Marshall.

—Te presento a Kari Ekberg. Se ha adelantado al resto del equipo del documental. —Marshall se volvió hacia Ekberg—. Tad Phillips.

El soldado la miró con un interés mal disimulado.

—Nos han informado esta mañana. Si me hace el favor de firmar, señora Ekberg...

Pasó un sujetapapeles por una ranura situada en la base del panel de cristal. Ella firmó en la línea que le señalaba y se lo devolvió. Phillips anotó la hora y la fecha y dejó el sujetapapeles.

—¿Le explicará usted dónde está todo y cuáles son las zonas de libre acceso?

—Descuida —dijo Marshall.

Phillips asintió con la cabeza y, después de echar un último vistazo a Ekberg, volvió a mirar el libro que estaba leyendo. Sully llevó al grupo a una escalera por la que empezaron a bajar.

—Al menos aquí dentro hace calor —dijo Ekberg.

—Solo en los niveles altos —precisó Sully—. Los demás están en temperatura de mantenimiento.

—¿Qué ha querido decir con «zonas de libre acceso»?

—Esta parte de la base, la central, de cinco pisos, es donde vivían los oficiales y donde se hacía gran parte de la vigilancia —dijo Marshall—. Aquí podemos movernos sin restricciones, aunque no hemos tenido mucho tiempo ni ganas de investigar. En el ala sur, que es donde se guardaban y se mantenían casi todos los ordenadores y el resto del equipo, el acceso está restringido. Es donde viven los reclutas. A nosotros nos dejan entrar en los niveles superiores. El ala norte nos está prohibida.

—¿Qué hay en el ala norte?

Marshall se encogió de hombros.

—Ni idea.

Salieron a otro pasillo, más largo y mejor iluminado que el de encima. Había todo tipo de aparatos antiguos contra las paredes, como si lo hubieran abandonado todo con prisa. También volvía a haber armarios y letreros de aspecto oficial, con flechas que indicaban diversas instalaciones: MAPAS POR RADAR, PUESTO DE VIGILANCIA AÉREA, GRABACIÓN/SEGUIMIENTO... A ambos lados del pasillo se sucedían puertas con rejas metálicas en las ventanillas. No llevaban ningún nombre, sino letras y números.

—Nuestros laboratorios provisionales están instalados aquí, en el nivel B

—informó Sully, señalando las puertas con el pulgar—. Al fondo está la cocina, el comedor y una sala de instrucción que hemos convertido temporalmente en salón de recreo. A la vuelta de la esquina están los dormitorios, con literas. Le hemos reservado uno.

Ekberg le dio las gracias en voz baja.

—Aún no entiendo por qué se puede necesitar una base así —dijo—. Quiero decir tan al norte.

—Formaba parte del sistema original de alerta temprana —dijo Marshall—. ¿Le suena de algo la línea Pinetree, o la línea DEW?

Ekberg sacudió la cabeza.

—En 1949, cuando los soviéticos probaron su primera bomba atómica, nos volvimos locos. Creíamos que disponíamos de al menos cinco años para prepararnos, pero de repente nuestros expertos predijeron que en pocos años los rusos tendrían suficientes bombas para acabar con Estados Unidos. La reacción fue aumentar el número de soldados, aviones, armas... incluido un programa a gran escala para instalar un sistema de defensa en todo el perímetro del país. Las costas del Pacífico y del Atlántico ya estaban bien protegidas. Estaba claro que la principal amenaza vendría de los bombarderos que pudieran llegar por encima del polo, pero entonces los radares eran muy primitivos y no podían detectar aparatos que volasen bajo; no podían detectar nada en el horizonte.

—Así que tenían que estar lo más cerca posible del peligro.

—Exacto. Los militares analizaron y establecieron las rutas más probables que seguirían los bombarderos rusos en caso de ataque. Entonces construyeron sistemas de alerta temprana lo más al norte que pudieron en cada ruta. Este es uno de ellos. —Marshall sacudió la cabeza—. Lo irónico es que a finales de los años cincuenta, cuando acabaron de construirlo, ya estaba obsoleto. Los misiles estaban sustituyendo a los aviones que lanzaban bombas. Para ese tipo de amenaza necesitábamos una red centralizada. Por ello, crearon un nuevo sistema, el SAGE, y estas estaciones quedaron inutilizadas.

Ya habían doblado la esquina y ahora estaban en otro pasillo como de cuartel. Sully se paró delante de una de las puertas, giró el pomo y la empujó, mostrando una habitación espartana, con un catre, un escritorio, un armario

ropero y un espejo. Por la mañana, Chen había limpiado un poco el polvo.

—Aquí está su habitación —dijo Sully.

Ekberg echó un vistazo rápido y dio las gracias a Sully y a Marshall con un gesto de la cabeza cuando estos dejaron su equipaje sobre el catre.

—De Nueva York hasta aquí hay un buen trecho —dijo Sully—, y si es usted como nosotros, seguro que no habrá dormido mucho durante el viaje. Si quiere acostarse un rato, o refrescarse, adelante. Las duchas y los lavabos están al fondo del pasillo.

—Gracias por su ofrecimiento, pero prefiero empezar enseguida.

—¿Empezar?

Sully parecía perplejo. De repente, Marshall lo entendió.

—Quiere decir que quiere verlo.

—¡Claro! Para eso he venido. —Ekberg miró a su alrededor—. Si les parece bien, claro.

—Lo siento, pero no nos parece bien —contestó Sully—. En las últimas semanas se han visto varios osos polares, y los tubos de lava son muy peligrosos. Pero si quiere observarlo de lejos, supongo que no hay inconveniente.

Ekberg se lo pensó y al fin asintió despacio.

—Gracias.

—Evan la llevará. ¿Verdad, Evan? Y ahora, con su permiso, tengo que acabar unas pruebas.

Dicho lo cual, Sully sonrió ligeramente a Ekberg, se despidió de Marshall con un gesto de la cabeza, dio media vuelta y regresó hacia los laboratorios provisionales.

## 5

—Es increíble —dijo Ekberg, empañando el aire con sus palabras—. Creo que nunca había visto un azul tan claro e intenso.

Estaban subiendo a pleno sol por el valle glaciario. A pesar de algunas vagas quejas que aludían a la urgencia de sus quehaceres, Faraday había decidido acompañarles. Subía jadeando, sin aliento. Desde hacía un mes, realizaba aquella caminata como mínimo una vez al día, y el hecho de que todavía le costase delataba los muchos años de sedentarismo pasados en el laboratorio. En cambio Ekberg avanzaba sin esfuerzo, como una corredora experimentada. Se fijaba en todo, sin pasar nada por alto. De vez en cuando murmuraba unas palabras en una grabadora digital. Llevaba la parka de repuesto de Penny Barbour por encima de la chaqueta de piel.

—Ciertamente —corroboró Marshall—. Pero me gustaría que durase más.

—¿Cómo?

—Los días se están acortando muy deprisa. Tan solo quedan entre dos y tres semanas de luz diurna. Después llegarán las noches blancas, veinte horas al día, y nosotros nos iremos.

—No me sorprende que tengan prisa. De todos modos, este cielo será una gozada para Allan.

—¿Allan?

—Allan Fortnum, nuestro director de fotografía. —Ekberg miró hacia delante, hacia el glaciario, que enmarcaba el azul nítido del cielo con su azul marino—. ¿De dónde viene el nombre de monte Fear?

—De Wilberforce Fear, el explorador que lo descubrió.

—¿Y eso lo hizo famoso?

—La verdad es que le mató. Murió congelado en la base de la caldera.

—Ah. —Ekberg murmuró algo en la grabadora—. Caldera. Entonces, ¿es un volcán?

—Un volcán extinto. La verdad es que es muy raro; el único accidente geológico en casi tres mil kilómetros cuadrados de permafrost. Todavía se discute sobre cómo se formó.

—El doctor Sully ha dicho que era peligroso. ¿En qué sentido?

—En realidad, el monte Fear solo es un cono apagado de lava prehistórica. El clima y el glaciar lo han ido desgastando y ahora es muy frágil. —Marshall señaló una de las crestas del valle, afilada como un cuchillo, y luego una de las grandes cuevas que abundaban en la base de la montaña—. Los tubos de lava como aquel se crean cuando se forma una corteza sobre una corriente activa de magma. Con el paso de los años se vuelven muy quebradizos y pueden venirse abajo con facilidad. A consecuencia de ello, la montaña es como un gran castillo de naipes. Hicimos el descubrimiento al final de uno de esos tubos.

—¿Y los osos polares que ha mencionado Sully?

—Son muy bonitos, pero se comportan agresivamente con los seres humanos, sobre todo ahora que se está reduciendo su hábitat. Cuando llegue su gente, asegúrese de que no se alejan de la plataforma a menos que vayan armados. En la base hay reservas de fusiles potentes.

Después de unos minutos escalando en silencio, Ekberg volvió a hablar.

—Usted es paleoecólogo, ¿verdad?

—Sí, paleoecólogo del Cuaternario.

—¿Y qué hace aquí exactamente?

—Los paleoecólogos reconstruimos ecosistemas desaparecidos a partir de fósiles y otros indicios antiguos. Intentamos averiguar qué tipos de animales paseaban por el mundo, qué comían, cómo vivían y cómo morían. Yo estoy estudiando qué tipo de ecosistema existió aquí antes del avance del glaciar.

—Y ahora que el glaciar está retirándose, vuelven a salir a la luz los indicios, las muestras.

—Exacto.

Ekberg miró a Marshall con unos ojos penetrantes e inquisitivos.

—¿Qué tipo de muestras?

—Vestigios de plantas. Barro estratificado. Algunos restos macroorgánicos, como madera.

—Barro y madera —dijo Ekberg.

Marshall se rio.

—No es demasiado atractivo para Terra Prime, ¿verdad?

Ella también se rio.

—¿Para qué le sirven?

—La madera y otros materiales orgánicos se pueden datar por radiocarbono y así determinar cuánto tiempo ha pasado desde que quedaron sepultados en el glaciar. Las muestras de barro se procesan en busca de polen, el cual, a su vez, indica el tipo de plantas y árboles que predominaban antes de la glaciación. Lo malo de los ecólogos actuales es que se quedan atascados analizando el mundo tal como es ahora, con las enormes alteraciones ejercidas por el hombre durante los últimos cien siglos. Sin embargo, con las muestras, los datos y las observaciones que hago se puede reconstruir el mundo tal como existía antes de que los seres humanos se convirtieran en el elemento dominante.

—Puede recrear el pasado —dijo Ekberg.

—En cierto modo, sí.

—Me parece muy atractivo. Y supongo que para ello son ideales los glaciares, porque al estar todo congelado se conserva como en una cápsula del tiempo.

—Exacto —dijo Marshall, impresionado por la rapidez con la que Ekberg se hacía una idea de una disciplina que desconocía—. Por no hablar de que, cuando se derrite el hielo, suelta su contenido. Te ahorras tener que sudar utilizando palas y cinceles para desenterrar fósiles y subfósiles.

—Un planteamiento muy pragmático. ¿Qué son los subfósiles? ¿Fósiles muy pequeños?

A Marshall se le escapó otra vez la risa.

—Es como llaman los paleontólogos a los fósiles de menos de diez mil años.

—Ah, ya. —Ekberg se volvió hacia Faraday, que seguía jadeando—. Doctor Faraday, usted es biólogo evolutivo, ¿verdad?

Faraday se paró para recuperar el aliento y los demás se detuvieron

amablemente para esperarle. Faraday asintió, y cambió la bolsa de hombro.

—¿A qué se dedica?

—Para decirlo de manera sencilla, estudio cómo cambian las especies con el paso del tiempo —resopló.

—¿Y por qué lo hace aquí, en un sitio tan poco acogedor?

—Mi investigación tiene que ver con el efecto del cambio climático en el desarrollo de las especies.

Ekberg esbozó una sonrisa.

—Así que usted sí trabaja sobre el cambio climático, mientras que lo único que hace el doctor Marshall es aprovecharse de él.

En la cabeza de Marshall sonó un rumor de alarmas: Terra Prime había financiado la expedición partiendo de la premisa de que estaría relacionada con el cambio climático. Sin embargo, la sonrisa de Ekberg era amable, así que se limitó a devolvérsela.

Se pararon un momento para que Ekberg pudiera tomar algunas notas más. Marshall esperó y se puso a observar el horizonte. Después hizo una pausa, apartó de sus ojos los prismáticos y se los dio a ella.

—Mire. En el permafrost, al sudoeste.

Ekberg miró un momento por los prismáticos.

—Hablando del rey de Roma... Dos osos polares. —Tras observarlos unos minutos, devolvió a Marshall los prismáticos—. ¿Tenemos que dar media vuelta?

—Aquí arriba, en la montaña, no tiene por qué pasarnos nada. Lo normal es que alguno de nosotros iría armado.

—Y ¿por qué no lo estamos?

—Porque yo me niego a llevar armas, y Wright es un despistado. Vamos, tenemos que seguir.

Al acercarse al glaciar, Marshall miró con cierto temor la pared de hielo, pero las temperaturas gélidas de los últimos días habían frenado su retirada; el muro glacial se veía prácticamente igual que tres días atrás, cuando la cueva quedó a la vista.

—La cueva es aquello —dijo señalando unas fauces negras junto a la base del glaciar.

Ekberg echó un vistazo y, aunque no lo delatara su expresión, Marshall



estuvo seguro de que se sentía decepcionada de no verla por dentro. El biólogo metió una mano en el bolsillo de su parka, sacó una foto grande y satinada y se la dio.

—Aquí está lo que encontramos —dijo—. La sacamos de la película de vídeo.

Ekberg la cogió con ansia y al contemplarla se oyó que se quedaba sin respiración.

—Murió con los ojos abiertos —dijo en voz baja.

Nadie contestó. No hacía falta.

—Dios mío... ¿Qué es?

—No estamos seguros —contestó Marshall—. Como puede ver en la foto, el hielo es muy opaco y solo se aprecian los ojos y un poco del pelo de alrededor, pero nos parece que podría ser un esmilodonte.

—¿Un qué?

—Un esmilodonte. Más conocido como tigre de dientes de sable.

—Lo cual es técnicamente incorrecto —dijo Faraday—, porque el esmilodonte desciende de una línea distinta por completo de la del tigre.

Sin embargo, Ekberg no parecía escucharle. Miraba la foto con los ojos muy abiertos, olvidándose por una vez de la grabadora digital.

—Nos lo parece por los ojos —dijo Marshall—, porque son muy similares a los de los grandes felinos; en realidad, de todos los felinos. Fíjese en que son ojos de depredador, grandes y con la mirada hacia delante. Un iris muy ancho, pupilas verticales. Apuesto a que la autopsia revelará una capa de *tapetum lucidum* detrás de la retina.

—¿Cuánto tiempo lleva congelado?

—Los esmilodontes se extinguieron hace unos diez mil años, no sabemos si por el avance del hielo, por la pérdida de su hábitat o la falta de comida, o por un virus que se saltó la barrera entre especies. Teniendo en cuenta la época en la que el glaciar tapó esta cueva, calculo que fue uno de los últimos en morir.

—Aún no estamos muy seguros de cómo se congeló —añadió Faraday. La forma nerviosa de parpadear de sus ojos grandes y acuosos le daba el aspecto de un niño sorprendido—. Lo más probable es que el animal se escondiera en la cueva para huir de una tormenta de hielo y muriera

congelado. Tal vez lo hirieron o se consumió de hambre. A menos que muriese de viejo, simplemente... Quizá sepamos más cosas cuando lo analicemos a fondo.

Ekberg había recuperado de inmediato su actitud profesional.

—¿Qué es esto? —preguntó señalando un agujero limpio y vertical cerca de los despojos, más o menos de un centímetro de ancho.

—Habría observado que la visión no es muy clara —dijo Marshall—. Este hielo está sucio, con oclusiones y mucho barro prehistórico. Así que pedimos a nuestro becario, Ang, que trajese un escáner a distancia que emite señales de sonar y mide los ecos que se producen.

—Como una sonda de pesca —dijo Ekberg.

—En cierto modo —admitió Marshall, divertido—. Una sonda de pesca de última tecnología. Sin embargo, el estado del hielo impide hacer mediciones exactas, aunque parece que el cuerpo mide unos dos metros y medio de largo.

Calculamos que el peso rondará la media tonelada.

—Más propio de un *Smilodon populator* que de un *Smilodon fatalis* —puntualizó Faraday.

Ekberg meneó despacio la cabeza, sin apartar la vista de la foto.

—Increíble... —dijo—. Miles de años enterrado debajo de un glaciar.

Se quedaron callados unos instantes. Al no moverse, Marshall empezó a notar que el frío penetraba por los bordes de su capucha y que se le entumecían los dedos de las manos y los pies.

—Ha hecho usted muchas preguntas —dijo en voz baja—. ¿Le importaría contestar a una?

Ekberg le miró.

—Adelante.

—Sabemos que Terra Prime pretende hacer algún documental, pero aquí nadie sabe de qué tipo. Suponemos que explicarán nuestro trabajo y que tal vez al final describirán este descubrimiento excepcional, para así dejar constancia para la posteridad. Pero ¿podría darnos más detalles?

En los labios de Ekberg se formó una sonrisa irónica.

—La verdad es que a la cadena no le importa demasiado la posteridad.

—Siga.

—Lo siento, pero los detalles tendrá que dárselos Emilio Conti, el productor ejecutivo. Sin embargo, doctor Marshall, lo que sí puedo asegurarle es que Conti ve esto como un triunfo personal, la culminación de toda su trayectoria profesional. —La sonrisa se hizo más amplia—. Su expedición está a punto de hacerse más famosa de lo que jamás hayan podido soñar.

## 6

El alba prendió en las montañas Blue Ridge con un violento estallido de colores. Mientras se alzaba sobre el monte Marshall, el sol tiñó el cielo de otoño con tonos de una intensidad más propia de la paleta de un pintor: naftol y cadmio, magenta y bermellón. Las somnolientas cimas y laderas se encendieron con el manto verde oscuro y azul de los robles, las tuyas, los arces y los nogales americanos. Era como si las montañas exhalasen el aire frío y su aliento se asentara en gruesos mantos de niebla que cubrían los oscuros valles y coronaban las cimas con anillas de gasa, como tonsuras de monjes.

Jeremy Logan frenó junto al puesto de entrada de Front Royal, pagó la estancia en el aparcamiento y pisó con suavidad el acelerador del coche de alquiler. Había maneras más rápidas de llegar (la Skyline Drive era sinuosa como una serpiente y no se podía ir a más de cincuenta y cinco por hora), pero aún era temprano y no circulaba por esa carretera desde sus acampadas infantiles con su padre. El aparcamiento desaparecía al fondo en una bruma aterciopelada, promesa de un viaje de descubrimiento a la vez que nostálgico.

En el equipo de música del coche sonaba *La Bohème* (la versión de 1946 de Toscanini, con la soprano Licia Albanese de protagonista). Lo apagó para concentrarse en el paisaje. El mirador del valle de Shenandoah: se acordó que pararon ahí a comer unos bocadillos de jamón picante y hacer unas fotos con la Instamatic. A continuación, Low Gap, Compton Gap y Jenkins Gap: aparecieron todos sucesivamente en el parabrisas, ofreciendo —casi a regañadientes— sus espectaculares vistas del río Shenandoah y las faldas montañosas de Virginia, salpicadas de manchas. Logan, que había pasado su infancia en los llanos de Carolina del Sur, recordó que cuando vio todo

aquello por primera vez, con ojos de niño, no podía creer que hubiera tantos paisajes impresionantes concentrados en una superficie relativamente tan pequeña.

En el mojón de la milla 27 pasó al lado del desvío por donde se subía a pie a Knob Mountain. También había parado allí con su padre, para recorrer los tres kilómetros de ascensión. Se acordó de que hacía calor y de que la cantimplora que llevaba colgada del cuello le mojaba el pecho con gotitas frías de condensación. A su difunto padre, que era historiador y no estaba acostumbrado al ejercicio, el paseo lo dejó sin resuello. Al llegar a la cima habló a Logan de su cáncer.

En Thornton Gap, Logan salió de la Skyline Drive y tomó por la estatal, bordeando el río hasta dejar atrás el parque nacional. En Sperryville giró hacia el sur por la Ruta 231 y siguió los letreros de Old Rag Lodge.

Al cabo de diez minutos estaba a la sombra de la montaña. Old Rag, con sus mil metros, era una cumbre no muy alta, pero famosa por la dificultad de escalar sus rocas hasta la cima desnuda. Sin embargo, si era tan conocida no era tanto por las excursiones cuanto por el hotel de lujo situado a sus pies, en un valle en forma de cuenco. Old Rag Lodge parecía un gran *chateau*, aunque desentonaba terriblemente en aquella zona agreste de Virginia. Logan se metió por el camino privado de acceso y aceleró por una suave cuesta; empezó a asomar el hotel, con sus muros monolíticos de piedra caliza y sus vidrieras de colores vivos enmarcadas por molduras. El laberíntico edificio estaba rematado con extravagantes cúpulas y minaretes de cobre.

Pasó al lado de un campo de golf exuberantemente verde, de treinta y seis hoyos, y se internó por el camino de grava blanca perfectamente rastrillada que llevaba a la puerta cochera. Tras darle las llaves al mozo que le estaba esperando, entró.

—¿Desea una habitación? —preguntó la recepcionista.

Logan sacudió la cabeza.

—Vengo para la visita guiada.

—Las visitas del búnker empiezan a las diez.

—He concertado una visita privada. Me llamo Logan.

Deslizó una tarjeta de visita sobre el mostrador de mármol. Ella la examinó, se giró hacia la pantalla del ordenador y pulsó unas cuantas teclas.

—Muy bien, señor Logan. ¿Tendría la amabilidad de tomar asiento en el vestíbulo?

—Gracias.

Logan recogió el maletín, cruzó el espacio amplio y resonante situado debajo de la cúpula y fue a sentarse entre dos grandes columnas corintias envueltas en seda roja.

Aunque durante siete décadas Old Rag Lodge había recibido a la nobleza virginiana aficionada al golf y la caza, desde hacía unos años el hotel había adquirido prestigio internacional porque a partir de 1952 había albergado un búnker subterráneo, grande y secreto, para los miembros del gobierno de Estados Unidos. En caso de guerra nuclear, los miembros del Congreso y del Senado, además de otros funcionarios, podrían refugiarse en el búnker de debajo de Old Rag Lodge para coordinar las operaciones militares, aprobar nuevas leyes y garantizar la continuidad del gobierno del país, en el supuesto, de que Estados Unidos mantuviera un gobierno. Logan sonrió ligeramente al mirar el opulento vestíbulo. Era del todo lógico que los miembros del gobierno hubieran elegido un lugar como aquel para refugiarse: lo bastante lejos de Washington para evitar lo peor del holocausto, pero con todo lo necesario para capear el Armagedón con lujo y comodidad. Pese a estar en desuso desde los años ochenta, el búnker no había sido desclasificado hasta 1992; ahora se había convertido en un museo histórico, un imán para los teóricos de la conspiración, y una excéntrica atracción turística.

Logan alzó la mirada y vio que un hombre bajo y algo rechoncho, con traje blanco de hilo y sombrero panamá, cruzaba el vestíbulo. Llevaba unas gafas redondas y negras y tenía la cara muy rosada. Le tendió una mano.

—¿El doctor Logan?

Logan se levantó.

—Sí.

—Soy Percy Hunt, el historiador oficial del hotel. Seré su conductor durante la visita de esta mañana.

«Conductor —se dijo Logan, estrechando su mano—. Así deben de llamar a los guías turísticos en Old Rag Lodge.»

—Se lo agradezco mucho.

—Es usted de Yale, si no me equivoco... —Hunt echó un vistazo a un

papelito doblado—. ¿Profesor de historia medieval?

—Sí, aunque ahora mismo estoy en excedencia.

Hunt guardó el papel en la chaqueta.

—Muy bien. ¿Me acompaña, por favor?

Llevó a Logan al fondo del vestíbulo, que daba a un pasillo con moqueta mullida y grabados deportivos en las paredes.

—El búnker tiene dos entradas —dijo—. Una gran puerta exterior en la parte trasera de la montaña (para los camiones y los vehículos pesados) y un ascensor detrás de la sala de reuniones del hotel. Nosotros entraremos por la segunda.

Cruzaron una piscina cubierta adornada con falsos mármoles griegos, un salón de banquetes y otro de baile y entraron en la sala de reuniones, grande y bien decorada. Hunt siguió caminando hacia la doble puerta del fondo, cubierta con el mismo papel de pared que el resto de la sala.

—El Congreso habría usado este espacio para reunirse, siempre que se mantuviera en pie —dijo—. De lo contrario habrían usado las salas más pequeñas de abajo. —Señaló la pared que tenían delante—. Esto aguanta las puertas blindadas que protegen el ascensor del búnker.

Abrió las puertas con cierta dificultad, dejando a la vista un espacio pequeño con otra puerta al fondo. Después de abrirla con una llave que llevaba colgada de una leontina, hizo pasar a Logan a un ascensor grande y pintado de verde. Tras cerrar la puerta, utilizó la misma llave para poner en marcha el ascensor, que no tenía botones de pisos ni ningún tipo de indicador luminoso.

La bajada fue muy larga. Al cabo de unos treinta segundos, Hunt se volvió hacia su huésped.

—Bien, doctor Logan —dijo—, ¿qué parte concreta le interesa? ¿Los cuadros técnicos? ¿Las habitaciones? ¿La enfermería? Lo pregunto porque los investigadores que conciertan visitas particulares como esta suelen circunscribirse a un ámbito de conocimiento en particular. Cuantas más cosas me diga, mejor podrá ayudarme.

Logan miró hacia atrás.

—La verdad es que lo que me interesa no es el búnker, señor Hunt.

Hunt parpadeó.

—¿No? Entonces, ¿por qué...?

—He venido a consultar el archivo Omega.

Abrió mucho los ojos.

—¿El archivo? Lo lamento, pero es imposible.

—La información que contenía el archivo ha sido desclasificada... — Logan echó un vistazo a su reloj—. A las ocho de esta mañana, hace setenta minutos. Ahora es de acceso público.

—Sí, sí, pero antes hay que cumplir como es debido con los trámites de desactivación: permisos, comprobaciones... Ese tipo de cosas. Las solicitudes tienen que hacerse por los canales indicados.

—A mí solo me interesa una carpeta. Puede observar si quiere. La leeré en su presencia. En cuanto a los canales indicados, creo que estará de acuerdo conmigo en que esto evita cualquier posible objeción.

Logan abrió su maletín, sacó una hoja doblada, con el sello del gobierno de Estados Unidos en la parte superior, y se la dio al hombrecillo, que después de leerla por encima abrió aún más los ojos y se humedeció los labios.

—Muy bien, doctor Logan, muy bien. Pero todavía necesito una autorización verbal...

Logan señaló la firma del final de la carta.

—Si tantas ganas tiene de molestarle, adelante, pero hágalo cuando volvamos al hotel. Si me permite llevar a cabo mi investigación sin trabas, apenas tardaré unos minutos.

Hunt se quitó las gafas, se las limpió con la chaqueta, se las puso otra vez y se ajustó el sombrero de paja.

—¿Puedo preguntarle...? —Le falló la voz. Carraspeó—. ¿Puedo preguntarle qué interés tiene un profesor de historia medieval por el archivo Omega?

Logan le miró con afabilidad.

—Como ya le he comentado, señor Hunt, estoy en excedencia.

El ascensor se abrió con un crujido, frente a un túnel de cemento con una cubierta semicircular y el suelo de rejillas de acero.

—Sígueme, por favor —dijo Hunt, que echó a caminar rápidamente por el túnel, gélido y sin ningún tipo de adorno.



Una hilera de bombillas, en apliques circulares, colgadas del techo con varillas iluminaba el corredor. En la parte superior de las paredes, unos tubos pintados de verde se adentraban sinuosamente en el búnker. Hunt iba a paso veloz, como si ya no le apeteciera conversar. Dejaron atrás varios túneles, algo que parecía un dormitorio y una sala grande, en la que había cámaras de televisión y una gran foto del Capitolio tomada cuando los cerezos están en flor que ocupaba toda la pared del fondo. Finalmente, Hunt abandonó el pasillo central y, seguido de Logan, entró en una habitación llena de cuadros eléctricos de control, a la que daba una antecámara pequeña. Una vez en esta última, corrió la falsa pared del fondo y apareció una puerta de metal pesada con bisagras muy macizas. Entonces sacó otra llave del bolsillo y la encajó en la ranura central.

—El archivo está aquí detrás —dijo—. Por favor, busque la carpeta y consúltela tan deprisa como pueda. Tengo que pedir autorización con la máxima premura.

—Iré rápido —contestó Logan.

Hunt asintió, frunciendo el entrecejo. Después giró la llave y tiró de la puerta. Un chorro de aire salió de la oscuridad del otro lado; un aire enrarecido y lleno de polvo cuyo simple olor aceleró el pulso de Logan.

El archivo Omega era exactamente uno de esos descubrimientos a los que Jeremy Logan (cuyo título de experto en historia medieval, sin alejarse del todo de la realidad, era una especie de cortina de humo) consagraba su vida. Durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el gobierno había aprovechado las medidas de seguridad del búnker del Congreso para almacenar documentos militares secretos y de alto secreto. Aunque el búnker en sí llevase una década desclasificado, habían sido necesarios muchos más años (y mucha presión política por parte de historiadores, periodistas y defensores de la libertad de información) para acabar con el hermetismo del archivo Omega. Técnicamente, el archivo había sido desclasificado esa misma mañana, aunque, según los trámites habituales, antes de ser de acceso público su contenido debía ser examinado por una serie de representantes de los organismos de seguridad, que aprovechaban para eliminar abundante material que aún se consideraba delicado. Para que se le permitiese una breve consulta antes de que empezara el examen final, Logan había tenido que

pedir múltiples favores.

El espacio en el que entró estaba a oscuras, aunque su sexto sentido le dijo que era grande, enorme. Palpó la pared hasta encontrar al menos dos docenas de interruptores, algunos de los cuales pulsó al azar.

Aquí y allá empezaron a encenderse varias hileras de fluorescentes que hacían un ruido sordo al crear islotes de luz en aquel mar de oscuridad. Logan encendió algunas luces más, hasta que todo el archivo quedó a la vista: hileras, hileras y más hileras de armarios de tres metros de altura y color verde aceituna, dispuestos en columnas regulares. Los últimos casi no se veían. Se quedó en la entrada parpadeando, mientras se acostumbraba a las dimensiones del conjunto. El espacio que tenía delante era más ancho que un campo de béisbol y como mínimo igual de largo. Paseó la mirada por las hileras de carpetas. La cantidad de información potencialmente fascinante (secretos oficiales, patentes científicas, patrimonios culturales y nacionales confiscados y testimonios jurados cuyas contradicciones habrían resultado de lo más esclarecedoras) podrían haberle tenido felizmente ocupado durante años.

Un movimiento inquieto junto a él le recordó que el tiempo se le echaba encima. Con una sonrisa y un gesto de aquiescencia cogió con más fuerza el maletín y echó a andar. La carpeta que le interesaba estaba relacionada con un hecho ocurrido en Italia en 1944. Durante los combates contra los alemanes por el control de Cassino, varias unidades del Quinto Ejército de Estados Unidos requisaron una antigua fortaleza, el *castello* Diavilous. En aquel alcázar, que llevaba mucho tiempo deshabitado, había vivido un alquimista de triste fama, autor de experimentos sumamente inquietantes. Tras la ocupación se había incendiado y el laboratorio secreto del sótano había sido saqueado. Logan estaba siguiendo el rastro de los logros del alquimista y el destino de sus peculiares experimentos. Ahora sabía que su única esperanza de saber algo más estaba allí, entre los mohosos documentos del archivo Omega.

Avanzó deprisa entre las altas filas de metal, mirando al azar las etiquetas de los armarios. No tardó mucho en llegar a la conclusión de que estaban ordenadas cronológicamente y que se subdividían según el destacamento de las fuerzas armadas. Tardó diez minutos en localizar el año 1944, otros cinco

en acotar las carpetas sobre el Quinto Ejército y sesenta segundos en identificar los dosieres relativos a los escenarios italianos de la guerra. Sacó al máximo el cajón correspondiente. Había casi un metro de carpetas de color manila y caqui sobre las operaciones en Cassino. Estaban llenas de polvo y muy descoloridas, pero por lo demás parecía que apenas las hubieran tocado. Hojeando a toda velocidad los títulos, encontró una gruesa carpeta con la etiqueta FORT DIAVILOUS - TÁCTICA Y ESTRATEGIA.

Echó un vistazo a Hunt, que estaba cerca y le miraba con desaprobación.

—¿Hay alguna mesa de lectura que pueda usar para trabajar?

Hunt parpadeó y aspiró ruidosamente por la nariz.

—Hay un despacho al fondo del pasillo, después de la subestación eléctrica —dijo—. Ya le acompaño.

Logan sacó la carpeta, pero, justo cuando iba a cerrar el cajón, se detuvo. Al sacar la carpeta había aparecido otra detrás, casi igual de descolorida. La etiqueta del título llevaba impresa una sola palabra: FEAR.

La cogió instintivamente. Era muy fina. Detrás había otra carpeta idéntica, con la misma palabra impresa.

¿Dos copias de una carpeta clasificada, guardadas en el mismo sitio? Aquello era muy raro.

Miró con disimulo a Hunt. El hombre caminaba por el pasillo de armarios gigantes, de espaldas a Logan. Este volvió a mirar el cajón, abrió la primera de las dos carpetas idénticas y echó un vistazo a la portada.

MÁXIMO SECRETO  
EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS

Destinatario:

Comisión Interna de Investigación

Asunto:

- (1) Anomalía D-1, análisis pormenorizado de
- (2) Circunstancias en torno a la muerte del equipo científico
- (3) Recomendaciones (urgente)

Autor:

H. N. Rose  
Oficial al mando de la base Fear

Fecha:  
7 de mayo de 1958

REFERENCIA  
B2837(a)

Logan tenía una intuición muy afilada cuando se trataba de investigar hechos anómalos y en ese momento se dispararon las alarmas. Era una oportunidad. No vaciló. Con el máximo sigilo, abrió su maletín, guardó una de las dos finas carpetas debajo de otros papeles, cerró la tapa y puso la carpeta del *castello* Diavilous encima del cuero negro. Después cerró el cajón y, con una expresión neutra en el rostro, dio media vuelta y siguió a Hunt, el «conductor» de la visita, por el pasillo de cemento para salir del almacén lleno de ecos.

## 7

En cinco días, la base Fear cambió radicalmente. La plataforma de cemento de algo más de una hectárea que había entre la entrada de la base y el perímetro vallado se convirtió en un hormiguero de actividad frenética. Día y noche llegaban helicópteros y avionetas que descargaban trabajadores, provisiones, comida, combustible y todo tipo de aparatos de aspecto misterioso. Los pasillos silenciosos y mal iluminados del ala central de la base parecían calles de una gran ciudad, llenas de voces, ruido de teclas y zumbidos de máquinas. El suelo estaba cubierto de cables traicioneros, dispuestos a poner la zancadilla a los incautos. El generador de la base, que hasta entonces había funcionado casi al mínimo de su capacidad, lo hacía en ese momento al cincuenta por ciento y llenaba el silencio ártico con su gruñido. La primera reacción del sargento González y sus tres ingenieros militares ante la súbita invasión que había convertido su base somnolienta en un enjambre de urbanitas exigentes y costosos de mantener fue de perplejidad, seguida de irritación. El pequeño equipo trabajaba día y noche, conectando cables rotos, reparando escapes, instalando tubos de calefacción y volviendo habitables varias docenas de habitaciones, prácticamente en desuso durante cincuenta años.

Evan Marshall bajaba por el valle con una nevera al hombro, llena de especímenes. Se paró un momento a medio camino de la base, para descansar y contemplar la pequeña ciudad, bañada por la luz de media tarde. El equipo del documental se alojaba en la base, lo cual era natural puesto que era donde hacía más calor; había varias habitaciones en el Nivel B para los maquinistas, los técnicos de luces, los publicistas y los ayudantes de producción, y dormitorios de oficiales en el Nivel C, más elegantes, para el productor, el

director de fotografía y el representante de la cadena. Aun así el recinto seguía contando con innumerables construcciones anejas. Distinguió varios tipos de cabañas prefabricadas, cobertizos de almacenamiento y otras estructuras provisionales. En un lado, un enorme Sno-Cat (un todoterreno con orugas gigantes, como un tanque) custodiaba un depósito de gasolina del que se habría enorgullecido cualquier división del ejército. Al fondo, justo al lado de la valla, se erguía solitario un cubo con paredes de metal: una misteriosa cámara acorazada de la que los científicos no habían logrado averiguar nada.

Desde esa mañana, con la llegada de Emilio Conti, el productor ejecutivo y creador del proyecto, el ritmo atropellado se había acelerado aún más. Conti no daba ni un respiro. Ahora, siguiendo órdenes suyas, el final del valle glaciar estaba bloqueado por grandes máquinas que dificultaban el acceso de los científicos a su lugar de trabajo. Por lo que había oído Marshall, el productor había dedicado las horas posteriores al aterrizaje a pasearse alrededor de la base y por el permafrost de las inmediaciones con su equipo fotográfico, estudiando cómo caía la luz en la nieve, la lava y el glaciar, y examinándolo todo desde una docena de posiciones distintas, con un gran angular colgado al cuello. Kari Ekberg, que no se separaba ni un momento de él, le había informado de cuáles habían sido sus actividades, le había puesto al corriente de todo y había apuntado las órdenes para los próximos días.

Prometían ser días muy, pero que muy interesantes.

Marshall volvió a coger la nevera, se la colgó en el otro hombro y siguió caminando cuesta abajo. Estaba exhausto; de noche le había costado conciliar el sueño, como de costumbre, y las nuevas y ruidosas incorporaciones a la base Fear no le habían ayudado en absoluto.

Parecía increíble que solo hubiera pasado una semana desde el descubrimiento. En su interior, casi le habría gustado no encontrarlo. Le disgustaba aquel frenesí, tan distinto del enfoque cuidadoso y precavido que adoptaban los científicos. Le disgustaba la actitud evasiva, casi hermética, del equipo del documental acerca de los detalles concretos de su proyecto. Y aún le disgustaba más la distracción y el efecto entorpecedor que aquella gente ejercía en su trabajo. A ellos se les estaba escapando su oportunidad en el hielo. Pensó que lo único bueno de aquellas prisas era que cuanto más rápido

trabajara el equipo de rodaje, antes se largarían.

Entró en el campamento, pasando al lado del Sno-Cat. Al cruzarse con un miembro del equipo de rodaje que llevaba una larga jirafa de metal, tuvo que apartarse para no recibir un golpe. La entrada de la base estaba obstruida por un grupo de empleados de Terra Prime que le daban la espalda. Mientras dejaba la nevera en el suelo y levantaba la tapa para mirar las muestras, oyó voces en tono de queja.

—Te aseguro que es el peor plató en el que jamás he trabajado —dijo alguien—. ¡Y mira que he trabajado en lugares horribles!

—A mí se me congela el culo —dijo otro—. Literalmente. Creo que se me va a gangrenar.

—¿En qué estaba pensando Conti? ¡Mira que ir al quinto pino solo por un pellejo muerto!

—Y esos memos que se pasean por todas partes, estropeando nuestras localizaciones y estorbando.

«Nuestras localizaciones», pensó Marshall, sonriendo con tristeza.

—Hablando de pasear, ¿habéis oído lo que dicen de los osos polares? Si no morimos congelados, seguro que se nos comerán.

—Deberían pagarnos un plus de peligrosidad.

—Esto es una mierda. La presión del agua es horrible. Y la comida es pésima. Yo estoy acostumbrado a productos frescos: piña en rodajas, canapés, minibocadillos, sushi... Aquí nos dan rancho como en una cárcel: judías, salchichas de Frankfurt, espinacas congeladas...

De repente se oyeron aplausos al fondo de las construcciones anejas. Poco después se repitieron. Una vez cerrada la nevera, Marshall se acercó rápidamente para investigar.

Fuera de la pequeña cámara de acero acababa de formarse un grupo de unas doce personas, que se felicitaban con abrazos y apretones de manos. También estaba Conti, no muy lejos. Era bajo, moreno, con una perilla recortada. Observaba al grupo con los brazos cruzados. A su lado estaba el «enlace del canal», o representante de la cadena: un tal Wolff. Y junto a Wolff había dos fotógrafos: uno con una cámara grande en el hombro y el otro con una de mano. Cerca había otro hombre (el que había estado a punto de derribar a Marshall unos minutos antes) con un micro colocado en una

jirafa. Desde las cámaras salían cables conectados a un dispositivo del cinturón del último hombre.

Marshall miró a Conti con curiosidad. Le precedía su fama; su documental *Desde los mares fatales*, sobre unos submarinos de investigación que exploraban las grandes simas oceánicas, había ganado media docena de premios y aún se proyectaba en museos y cines IMAX. También había realizado otros documentales, casi siempre sobre el mundo natural y catástrofes ecológicas, todos con éxito de crítica y de público. Con su perilla, su actitud quisquillosa y su gran angular en el cuello, como una enorme joya negra, era la viva imagen del director excéntrico y con talento. Marshall pensó que lo único que le faltaba era un megáfono y un pañuelo blanco. Se dijo que las apariencias engañaban: no era solo un personaje respetado, también era muy influyente.

—Otra vez —dijo Conti, en tono seco y cierto acento italiano—. Ahora con más entusiasmo. Acordaos de que lo habéis conseguido. Misión cumplida. Quiero verlo en vuestra cara y oírlo en vuestra voz.

—Cámara —dijo el hombre de la cámara de mano.

—Y... ¡acción! —dijo Conti.

Volvieron a elevarse gritos de júbilo entre los reunidos, que saltaban, gritaban y se daban palmadas en la espalda. Marshall miró a su alrededor, perplejo y dolorosamente consciente de su absoluta ignorancia sobre el proyecto.

Ekberg lo miraba todo desde cerca. Llevaba unos días muy ocupada, pero siempre le sonreía muy educada cuando lo veía, a diferencia de la mayoría del equipo, que estaba claro que consideraba a los científicos una molestia que había que soportar, pero nada más.

Marshall se acercó a ella.

—¿Qué ha pasado?

—Ya está —dijo Ekberg—. Todo un éxito.

—¿Ya está?

—Bueno, al menos es lo que estamos rodando.

—Pero...

De repente Marshall lo entendió. Conti estaba filmando la reacción del equipo ante un final coronado por el éxito, fuera cual fuese el final en



cuestión. Al parecer, el productor estaba filmando todo lo que podía, lo más deprisa que podía, al margen de que fuera real o una escenificación. Para él, obviamente, no existía el concepto de tiempo lineal. Marshall se dio cuenta de que tenía mucho que aprender sobre documentales.

Conti afirmaba con la cabeza, como si estuviera satisfecho con el último intento. Se volvió hacia el fotógrafo de la cámara pequeña.

—¿Tienes las tomas secundarias?

El fotógrafo le sonrió, levantando el pulgar. Al desviar la mirada hacia Ekberg, Conti reparó en Marshall.

—Usted es Marshall, ¿verdad? El ecólogo.

—Sí, el paleoecólogo.

Bajó la vista hacia el sujetapapeles y tachó algo con el lápiz que sostenía su mano enguantada.

—Muy bien. Es lo siguiente de la lista. —Volvió a mirar a Marshall, esta vez con más atención, repasándolo de pies a cabeza como si examinase a una res—. ¿Podría reunir al resto de su equipo en la zona de almacenamiento temporal, con ropa para salir? Dentro de un cuarto de hora, por favor. Dado que están ustedes disponibles, la toma saldrá más realista.

—¿Qué toma es?

—Subiremos a la montaña.

Marshall vaciló.

—Estaré encantado de reunir a los demás, pero antes creo que ya va siendo hora de que explique qué está documentando. Todavía no ha concretado nada. No es que quiera ponerme difícil, pero ya hemos estado bastante tiempo en la inopia.

Conti husmeó el aire frío.

—Estamos filmando todo lo que podemos antes de que llegue Ashleigh.

—Esto tampoco lo entiendo. ¿Qué falta hace que una presentadora viaje hasta aquí? ¿Por qué no puede añadir su explicación en Nueva York, cuando esté montada la película?

—Porque no se trata solo de explicar —contestó Conti—. Se trata de un docudrama, un increíble docudrama.

Marshall frunció el entrecejo.

—¿Y eso qué tiene que ver con nuestro trabajo? ¿O con el felino que

hemos descubierto?

Conti reaccionó con una vaga sonrisa.

—¿Con el felino? Todo, profesor Marshall. Resulta que vamos a subir por la montaña para sacarlo del hielo.

Marshall sintió un escalofrío de incredulidad.

—¿Ha dicho sacarlo?

—En un solo bloque. Para transportarlo hasta nuestra cámara, fabricada para la ocasión. La cámara se cerrará herméticamente y el bloque de hielo se derretirá en condiciones controladas. —Conti hizo una pausa teatral—. Y cuando vuelva a abrirse la cámara, lo haremos en directo, aquí mismo, para diez millones de espectadores.

## 8

Por un momento, Marshall se quedó demasiado aturdido para hablar. Después la sensación de incredulidad se disipó tan deprisa como había aparecido, barrida por una rabia que ni siquiera era consciente de haber estado conteniendo.

—Lo siento —dijo, sorprendido por la calma de su voz—, pero eso no va a pasar.

La sonrisa de Conti no se borró.

—¿No?

—No.

—¿Por qué?

Justo cuando el productor hacía la pregunta, Marshall vio que Sully se acercaba desde la base. Probablemente había oído el barullo de la última toma de Conti y quería investigar. El climatólogo había aprovechado cualquier ocasión para adular a Conti, ansioso de favores, y tal vez incluso de un papel secundario en la película.

—El señor Conti acaba de explicarme la verdadera razón de su presencia aquí —dijo Marshall cuando Sully se unió al grupo.

—¿Ah, sí? —dijo Sully—. ¿Cuál es?

—Quieren sacar el esmilodonte de la cueva de hielo y derretirlo en directo ante las cámaras de televisión.

La revelación hizo parpadear de sorpresa a Sully, aunque no dijo nada.

Marshall se volvió otra vez hacia el productor.

—Una cosa es que invadan la base, interrumpen nuestra investigación y dejen que su gente nos trate como okupas, y otra muy distinta es que yo les permita poner en peligro nuestro trabajo.

Conti cruzó un brazo sobre el otro. Marshall se dio cuenta de que Ekberg le observaba atentamente.

—Ese cadáver es un descubrimiento científico importante; tal vez incluso de una importancia enorme —prosiguió—. No es un ardid publicitario que puedan explotar para sus fines. Si ha venido por eso, lamento que haya derrochado tiempo y dinero, pero más vale que haga el equipaje y se vaya ahora mismo.

Pareció que Sully dominara su sorpresa mientras escuchaba a Marshall.

—Oye, Evan, tampoco hace falta...

—Y otra cosa —dijo Marshall, interrumpiéndole—. Ya he advertido a la señora Ekberg de que la cueva es peligrosa. La vibración de los equipos pesados podría hacer que se nos cayera encima; así que, aunque no nos pareciera mal su idea de locos, nunca le dejaríamos entrar.

Conti apretó los labios.

—Ya veo. ¿Quiere decir algo más?

Marshall le miró fijamente.

—¿Le parece poco? No pueden coger el felino. Así de claro.

Esperó la respuesta de Conti, pero, en vez de responder, el director lanzó una mirada elocuente a Wolff.

Wolff carraspeó y habló por primera vez.

—La verdad es que tiene razón, doctor Marshall: está así de claro. Podemos hacer lo que queramos.

Al volverse hacia él, Marshall notó que se le crispaba la mandíbula.

—Pero ¿qué dice?

—Digo que si queremos sacar el felino del hielo, lo haremos. Y si queremos cortarlo a trozos y hacerlo a la barbacoa, también lo haremos.

El representante de la cadena metió una mano en la parka y sacó un fajo de papeles para dárselos a Marshall, que no los cogió.

—¿Qué es? —preguntó.

—El contrato que firmaron con Terra Prime el doctor Sully y el director del departamento de investigación de su universidad.

Como Marshall no contestaba, Wolff siguió hablando.

—A cambio de financiar su expedición de seis semanas, Terra Prime (y por extensión su compañía madre, Blackpool Entertainment Group) goza de

acceso exclusivo e ilimitado no solo al lugar de la investigación, sino a cualquier descubrimiento que efectúen ustedes.

Marshall cogió el documento a regañadientes.

—Cláusula seis —dijo Wolff—. La palabra clave es «ilimitado».

Marshall leyó el contrato por encima. Era tal como decía Wolff: Terra Prime controlaba a todos los efectos cualquier bien físico o intelectual que produjese la expedición. No sabía que Terra Prime dependiera de Blackpool, y no le gustó. Blackpool tenía mala fama por practicar un periodismo sensacionalista y abusivo. Estaba claro que Wolff había previsto que llegaría aquel momento, por eso llevaba encima el contrato. Marshall se fijó un poco más en él. Era de una delgadez casi cadavérica, incluso con la parka puesta. Tenía el pelo castaño, muy corto, y una cara inexpresiva. Mientras sostenía la mirada de Marshall, sus ojos claros no expresaban nada.

Marshall se volvió hacia Sully.

—¿Tú has firmado esto?

Sully se encogió de hombros.

—De lo contrario no había expedición. ¿Cómo íbamos a saber que pasaría esto?

Marshall no contestó. De repente se sentía enormemente cansado. Dobló de nuevo el contrato sin decir nada y se lo devolvió a Wolff.

## 9

Un cuarto de hora después, un nutrido grupo empezó a subir por el valle glaciar hacia la cueva de hielo. Además de los científicos, Conti y su pequeño séquito de ayudantes, también estaban Ekberg, los dos fotógrafos y el técnico de sonido. Les seguían más o menos una docena de peones de aspecto duro y vestidos con chaquetas de cuero; unos iban a pie y otros en el Sno-Cat, cuya plataforma estaba cargada a rebosar con palets de madera. Oficialmente, los peones no formaban parte del equipo de rodaje; eran gente de la zona, llevada en avión desde Anchorage para unos cuantos días de trabajo pesado. Ekberg ya había explicado que lo más urgente, en realidad, era conseguir cuanto antes la fotografía principal, el material en directo; ahora que ya había llegado el productor y que la estrella estaba de camino, el presupuesto se estaba consumiendo a toda velocidad y había que construir los escenarios con la mayor celeridad posible.

Lo normal, yendo a pie, era que la cara del glaciar Fear se alcanzase en veinte minutos, pero ellos tardaron el doble; Conti se paraba una y otra vez para que los fotógrafos filmaran tomas de la montaña, del valle de abajo y del grupo. En una ocasión lo detuvo todo durante diez minutos solo para contemplar pensativamente el glaciar. Lo más extraño fue que más tarde hizo varias tomas de Ekberg, desde todos los ángulos excepto de cara.

—¿Para qué son? —preguntó Marshall a la mujer tras la quinta toma.

Ekberg se bajó la capucha.

—Sustituyo a Ashleigh.

Marshall asintió con la cabeza. Ashleigh Davis, la presentadora, aún tardaría dos días en llegar, lo cual no le impedía a Conti filmarla.

—Supongo que, tal como dijo usted, en un rodaje de este tipo lo más

importante es el calendario.

—Exacto. —Ekberg se volvió a mirarle—. Lamento lo ocurrido. Me gustaría haberle avisado, pero nos dieron órdenes estrictas. Tenía que decirlo Wolff.

—Así que es él quien manda. Y yo que creía que era Conti...

—Emilio se ocupa de los aspectos creativos: las tomas, la iluminación, la dirección y el montaje final, pero el dinero lo pone la cadena, que es la que tiene la última palabra. Y aquí, en la cima del mundo, la cadena es Wolff.

Marshall miró por encima del hombro, cuesta abajo. Wolff no les acompañaba pero aún podía verle: una silueta minúscula y enjuta, fantasmal, que les observaba sin moverse desde el lado exterior de la cerca.

Se volvió y suspiró.

—¿Esto es normal? ¿Pararse a cada momento, mirar a todas partes y rodar constantemente?

—La verdad es que no. Conti está usando el triple de película de lo habitual.

—¿Y por qué?

—Porque quiere que sea su *Mona Lisa*, su obra maestra. Se ha jugado mucho para que salga bien.

—Y ¿cómo se explica que el Gran Autor suba a pie por la montaña con el resto de la plebe? Yo creía que iría en el Sno-Cat.

—Quiere que le fotografíen «sobre el terreno», como solemos decir. Queda mejor para el vídeo de «cómo se hizo» que acabará saliendo en el DVD.

Marshall sacudió la cabeza en silencio, incrédulo ante el circo en el que se había convertido todo aquello.

Siguieron subiendo. En ese momento, Conti se acercó.

—¿Hay algo que debería saber? —le preguntó a Marshall con su acento italiano entrecortado.

—¿Sobre qué?

El productor dibujó un arco con la mano.

—Sobre lo que sea. El lugar, el clima, la fauna local... Cualquier cosa que pueda darle color al proyecto.

—Debería saber muchas cosas. Es una región geológica fascinante.

El productor asintió, algo dubitativo.

—Programaremos una entrevista a la vuelta.

Sully, que había oído la conversación, se acercó a toda prisa.

—Como jefe del equipo, estaré encantado de ayudarle en todo lo que necesite.

Conti asintió otra vez, ausente, mirando de nuevo el glaciar.

Marshall no sabía si hablar al productor de los indígenas, que con toda probabilidad darían exactamente el «color» que buscaba, pero decidió casi al instante que no. Lo último que necesitaban (o merecían) los tunit era que invadiera su poblado un equipo de rodaje bullanguero e ignorante. Podía imaginar su reacción si vieran cómo había cambiado en pocos días el monte Fear.

Miró disimuladamente a Conti. Le estaba costando encasillar al productor. Combinaba una pose de artista lunático con una fachada dura e inflexible: una mezcla de lo más inverosímil, una combinación de Truman Capote con David Lean que descolocaba.

Delante de ellos apareció la cueva de hielo, aunque la maquinaria pesada impedía ver bien su oscura garganta: un camión grúa con neumáticos de baja presión y otro vehículo que Marshall no reconoció. Ambos eran de un amarillo chillón, en contraste con la cubierta de nieve y el azul celeste del glaciar. Mientras las cámaras cambiaban los objetivos y el técnico de sonido ponía a punto su mezclador portátil, el batallón de hombres con chaquetas de cuero empezó a distribuirse en torno a las máquinas. Dos de ellos se pusieron al volante. Otros empezaron a bajar los palets de madera del Sno-Cat y a colocar su contenido en la plataforma del camión grúa. Marshall vio que eran bolsas de lona llenas de calces de acero con ajuste hidráulico de altura.

Barbour, con los ojos entornados, los miraba mientras trabajaban. Sus dos manos, enfundadas en guantes de abrigo, sostenían respectivamente un ordenador de bolsillo y una grabadora digital. Recelaba todavía más que Marshall del equipo de rodaje.

—Me imagino para qué es aquel trasto de grúa —murmuró—, pero ¿y lo otro?

Marshall se fijó en el segundo vehículo, cargado con aparatos de un aspecto casi medieval.



—Ni idea.

—Toma nota —estaba diciendo Conti a Ekberg—. Quiero una paleta de cuatro colores: el blanco de la nieve, el cerúleo del cielo, el azul claro del glaciar y el negro de la cueva. Debería ser un nocturno en azul. Que le den ese toque en el laboratorio. —Miró a los cámaras—. ¿Listos?

—Listos —dijo Fortnum, el director de fotografía.

—Listos, señor C —corroboró Toussaint, el auxiliar.

—Tendrán que ser muy, muy cuidadosos —dijo Marshall—. El suelo es de hielo transparente y resbala mucho. Y como ya le he dicho, los tubos de lava son extremadamente frágiles. Corremos un riesgo enorme. Al primer paso en falso, el techo se vendrá abajo.

—Gracias, doctor Marshall. —Conti volvió a girarse hacia los cámaras—. ¿Fortnum? ¿Toussaint? Si oís algún tipo de crujido cuando estemos dentro, enfocad enseguida las caras. Buscad las más asustadas y haced un zoom.

Los cámaras se miraron inquietos y asintieron.

Tras echar una última mirada a su alrededor, Conti hizo una señal con la cabeza a Toussaint.

—¡Silencio! —bramó el cámara.

Todas las conversaciones se cortaron de golpe.

Conti levantó la vista hacia la cueva.

—¡Acción!

Se oyó una claqueta digital. Las cámaras empezaron a rodar, al mismo tiempo que se ponía en marcha la maquinaria pesada con un estrépito ensordecedor; los engranajes chirriaban al bambolearse hacia la pared del glaciar. Detrás iban Conti y su equipo de ayudantes. Los cámaras se quedaron rezagados, esmerándose en no dejar a nadie fuera de plano. Con una enorme reticencia, Marshall siguió a la fila hacia la cueva. Tenía la angustiosa sensación de que todos pagarían muy caro el desmesurado orgullo de Conti.

Al llegar a la boca de la cueva los vehículos se pararon para que algunos de los peones bajasen bolsas de lona de las plataformas. Después se encendieron unos focos muy potentes sobre las cabinas amarillas, se oyó un ruido de embragues y la maquinaria reanudó su avance, esta vez más despacio, hasta quedar engullida por el techo bajo de la cueva. Marshall y los demás la siguieron en fila india. El aire del tubo de lava, frío y seco, se cargó

de humo de diésel. Las paredes vibraban ostensiblemente y los motores hacían un ruido insoportable. Al mirar por encima del hombro, Marshall se fijó en que los peones (dirigidos por el capataz, un tal Creel, un hombre muy musculoso) sacaban los calces de acero de las bolsas de lona y los encajaban entre el suelo y el techo. Sin embargo, la tranquilidad que le dio aquel refuerzo provisional fue muy relativa.

Caminó por el túnel. No hacía falta linterna. Con los focos de las cabinas y la iluminación de las cámaras la cueva era un tubo azul brillante. Se oyó el chirrido de uno de los vehículos al rozar el techo bajo. Marshall observó cierta duda en la expresión decidida de Sully.

Finalmente el techo de la cueva se elevó y el reducido grupo de hombres se apresuró a formar un círculo alrededor de la parte despejada del suelo de hielo. Los motores diésel se apagaron uno tras otro. Al principio, el silencio parecía ensordecedor. La cueva recogió el eco sordo, entrecortado, del suelo de hielo al acomodar el peso de las grandes máquinas. Los peones pusieron los últimos calces para apuntalar la cueva y se quedaron al margen.

De primeras nadie dijo nada. Todos contemplaban los grandes ojos sin vida que les miraban desde detrás del hielo. Marshall observó uno por uno a sus acompañantes. Ekberg, ceñuda y con cara de preocupación. Barbour tomaba notas enérgicamente en su PDA. Conti, cuya autocomplacencia se tambaleaba al observar el hielo turbio. Faraday parpadeaba detrás de sus enormes gafas mientras sacaba aparatos de medición de sus bolsillos. Sully sonreía con una expresión parecida al orgullo paterno.

Al fin, Conti salió de su mutismo.

—Fortnum, Toussaint, ¿lo tenéis enfocado?

—Afirmativo —dijo el director de fotografía.

—¿Ya habéis pasado por los científicos?

—Dos veces.

—Muy bien. —El productor se volvió hacia Sully—. Marque el animal, por favor.

Sully carraspeó.

—¿Que marque qué?

—El bloque de hielo que recortaremos del suelo de la cueva. Sea generoso, nos daría mucha rabia cortarle una pata por accidente.

Sully hizo una mueca, pero se adelantó con animosidad y, tras consultar en voz baja con Faraday, realizó una serie de cálculos; después, trazó toscamente un rectángulo en el hielo con su navaja.

—¿Profundidad? —preguntó Creel.

Sully miró a Barbour, que consultó su ordenador.

—Dos metros setenta.

Creel se volvió hacia el operador de la consola de control del vehículo.

—Que sean dos ochenta.

El fragor de un motor diésel resonó otra vez en la cueva y la llenó de una densa humareda. Mientras las cámaras filmaban, otro de los peones, con un mando a distancia, movió un brazo mecánico muy grande, que formaba parte de la máquina de aspecto extraño, y lo situó sobre el hielo. Lo bajó lentamente hacia el dibujo de Sully.

—Apártense —avisó Creel.

En la punta del instrumento apareció un haz de un rojo intenso. El hielo de debajo empezó a hervir de inmediato.

—Láser de uso militar —dijo Conti—. Muy potente, pero preciso como una lima de joyero.

Todos observaron cómo recortaba despacio el contorno del hielo opaco y marrón. Uno de los peones encendió un compresor portátil montado en un lado del camión. Después introdujo una boquilla hidráulica en el agujero, cada vez más largo, y a través de un grueso tubo de goma canalizó el agua de fusión para arrojarla al fondo de la cueva de hielo. A Marshall le recordó una ortodoncia monstruosa. A pesar de que su lado científico se rebelaba ante la sola idea de sacar un espécimen de su matriz con tal brusquedad, le tranquilizó el enorme cuidado que ponían en la operación.

No duró más de veinte minutos. El rectángulo grabado en el hielo por Sully se había convertido en un canal profundo, de dos o tres centímetros en dos de sus lados y de casi quince en los restantes. Esperaron mientras Chen se acercaba y usaba el escáner a distancia para confirmar que la profundidad del corte fuera suficiente. Después retiraron el láser y salió de la máquina otro brazo telescópico de aspecto estafalario. En la punta había algo que a Marshall le pareció la mano de un robot, fina pero bastante ancha, que empezó a moverse con un zumbido agudo, como de insecto.

—¿Qué es? —preguntó a Creel.

—Un taladro lateral —gruñó el capataz, haciéndose oír por encima del ruido—. Con punta de diamante y carburo de silicona.

Bajaron lentamente el aparato por uno de los canales más anchos. El zumbido del taladro adquirió más intensidad al cortar el hielo antiguo. Después bajaron la boquilla a la trinchera y volvió a derramarse agua de fusión por el suelo de la cueva. A continuación se acercó otro brazo mecánico, listo para instalar unos soportes por debajo del bloque de hielo.

El corte lateral duró menos. Al cabo de diez minutos el taladro ya estaba fuera. Siguiendo un gesto de la cabeza de Creel, los peones acercaron dos ganchos, los bajaron por la trinchera y los fijaron a los bordes del bloque de hielo. Luego los amarraron con gruesas tiras de lona.

Conti volvió a mirar a Fortnum y a Toussaint.

—Quiero una toma limpia. Solo tendremos una oportunidad.

Fortnum ajustó el objetivo, hizo unas comprobaciones en su transmisor y asintió.

Hubo un compás de espera mientras Conti se empecinaba en examinar el bloque a cuatro patas, con la nariz a pocos centímetros del hielo. Fortnum filmaba todos los movimientos del director.

—Vamos allá —dijo Conti mientras se levantaba, con el objetivo columpiándose pesadamente de su cuello.

Creel hizo señas a sus hombres. La maquinaria soltó otro rugido y en el camión se puso en marcha un cabrestante. Las pesadas cadenas fijadas a los ganchos hicieron un ruido metálico al tensarse. Todas las miradas convergieron en el hielo, que se resistía a la fuerza de los ganchos, mientras se oía el silbido del motor. De pronto, con un chirrido grave, como si temblase toda la montaña, el enorme bloque empezó a levantarse.

—Despacio —dijo Creel.

Conti miró a Fortnum.

—Enfoca la cámara a la maquinaria, como si la acariciases. Ella es la que está sacando nuestro tesoro de su cárcel de hielo.

El felino congelado se elevó muy despacio del lecho donde había yacido miles de años. Los científicos se adelantaron como un solo hombre, haciendo una observación visual y tomando notas apresuradamente. Marshall se les

unió, muy atento. El bloque de hielo era de una opacidad exasperante, un remolino de barro y residuos detenidos en el tiempo, que a la luz inclemente de los focos tenía el color de un humo denso. La superficie estaba llena de pequeñas estrías regulares, hechas por el láser al desprender el bloque. «Dios mío —pensó Marshall, absorto a su pesar—. Este bloque no debe de bajar de cuatro toneladas.»

La operación se prolongó hasta que la cabeza de la grúa chocó con el techo de la cueva. Entonces el bloque se desprendió del todo y, con una fuerte inclinación, rozó el suelo nevado; estuvo a punto de chocar con Faraday, que lo estaba examinando con un espectrómetro sonar. Todos salieron corriendo y al dispersarse tropezaron los unos con los otros.

—¡Estabilizadlo! —gritó Creel con todas sus fuerzas.

El operario puso la potencia al máximo, arrancando un chirrido de protesta al cabrestante. El bloque fue escorándose hasta apoyarse poco a poco en el suelo de la cueva. El operario de la grúa bajó momentáneamente la potencia. Después, despacio y con mucho cuidado, volvió a levantar el bloque, lo hizo girar y maniobró hasta depositarlo en la plataforma. Se oyó un silbido hidráulico muy brusco. Mientras las cámaras filmaban, algunos de los peones amarraron el bloque al vehículo y le echaron encima una lona aislante. Pocos minutos después ya había terminado todo. La maquinaria iba hacia la entrada del túnel; los hombres arrancaban los innumerables calces de sus posiciones y los guardaban en sus bolsas de lona. En cuanto al felino (junto con el bloque de hielo que lo encerraba), ya estaba de camino hacia la cámara climatizada, donde permanecería rodeado de todas las medidas de seguridad hasta que se derritiera y lo mostraran en directo a millones de espectadores.

Conti no pudo disimular su satisfacción al mirar el túnel.

—Usaremos como referencia la maquinaria que se está yendo —dijo a Fortnum—. Haremos unos planos de transición saliendo del túnel y luego un salto de imagen a la base. No dejes de filmar. Con eso ya estará.

Se volvió hacia Marshall.

—¿Preparado para la entrevista?

## 10

De vuelta al calor agobiante del patio de la base, Conti indicó con la cabeza al técnico de sonido y a Toussaint que le siguieran, y se volvió hacia Marshall.

—Podríamos rodarlo en su laboratorio.

—Es por aquí.

Marshall les hizo bajar por la escalera central. Después llevó al pequeño grupo por el ancho pasillo, giró a la derecha y se paró frente a una puerta medio abierta.

Conti asomó la cabeza para echar un vistazo.

—¿Esto es su laboratorio?

—Sí. ¿Por qué?

—Demasiado ordenado. ¿Y los aparatos? ¿Y las muestras? ¿Y los tubos de ensayo?

—Las muestras las guardo al final del pasillo, en un armario refrigerado. Para los aparatos tenemos salas especiales, aunque la mayoría de los grandes los hemos dejado en Woburn. Esta expedición se limita principalmente a observar y recoger muestras. Los análisis se harán después.

—¿Y los tubos de ensayo?

Marshall esbozó una sonrisa.

—Normalmente los paleoecólogos no solemos usar tubos de ensayo.

Conti reflexionó.

—Me he fijado en que unas puertas más atrás había un laboratorio más adecuado.

—¿Adecuado? —repitió Marshall, pero Conti ya enfilaba por el pasillo, con el técnico de sonido y el fotógrafo detrás.

Al cabo de un momento se encogió de hombros y fue tras ellos.

—Aquí.

Conti se había parado delante de una sala donde todas las superficies horizontales estaban cubiertas de revistas, listados, recipientes de plástico para muestras e instrumental.

—Pero este es el laboratorio de Wright... —protestó Marshall—. No podemos usarlo.

El objetivo que llevaba Conti al cuello ya estaba delante de uno de sus ojos, examinando a Marshall.

Marshall titubeó; en realidad no había ninguna razón de peso para no usar el laboratorio de Faraday.

—Entonces, ¿por qué no le entrevista a él?

—Verá, doctor Marshall... No sé cómo decirlo con delicadeza. A él la cámara no le trataría bien; en cambio usted tiene cierto encanto de profesor curtido. Así pues, ¿seguimos?

Marshall volvió a encogerse de hombros. Le costaba hablar con alguien que le observaba por un objetivo grande como un puño.

Conti entró y, sin alterar el objetivo, indicó por señas a Toussaint dónde quería que colocara la cámara. El fotógrafo fue al fondo del laboratorio, seguido por el técnico de sonido.

—Doctor Marshall —dijo Conti—, vamos a filmarle entrando y sentándose detrás de la mesa. ¿Preparado?

—Supongo que sí.

Conti bajó el objetivo.

—Acción.

Marshall entró en el laboratorio con la cámara en marcha, pero se paró al ver el montón de papeles que amenazaba con caerse de la silla de Faraday.

—Corten. —Conti los puso en el suelo y gesticuló para que Marshall volviera al pasillo—. Vamos a repetirlo.

Marshall cruzó otra vez la puerta y entró en el despacho.

—¡Corten! —gritó Conti. Le miró con el ceño fruncido—. No entre con tanta parsimonia. Debe notársele un poco de entusiasmo en la manera de andar. Acaba de hacer un gran descubrimiento.

—¿Qué descubrimiento, si puede saberse?

—El tigre de dientes de sable, naturalmente. Que el público se dé cuenta de su entusiasmo. Que participen a través de usted en la emoción de esta maravilla.

—No entiendo nada. Creía que todo este circo era para derretir el animal en directo.

Conti puso los ojos en blanco.

—Eso no da para setenta y cuatro minutos y medio de *prime time*. Doctor Marshall, por favor, colabore un poco. Tenemos que presentar todos los antecedentes y cómo va aumentando la tensión. El público debe estar totalmente entregado. No abriremos la cámara hasta la última parte.

Marshall asintió despacio y se esforzó por hacer lo que le pedía Marshall: colaborar un poco. Reprimiendo su irritación por lo artificial que era todo aquel montaje, intentó olvidar su indignación por sacrificar la ciencia a la teatralidad. Se recordó que Conti era un productor galardonado con varios premios, que su *Desde los mares fatales* era uno de los hitos del documental contemporáneo y que contar con millones de espectadores solo podía ser beneficioso para las investigaciones venideras.

Salió otra vez al pasillo.

—¡Acción! —gritó Conti.

Marshall entró con ímpetu, se sentó al otro lado de la mesa y fingió trabajar con el ordenador portátil de Faraday.

—Corta y revélalo —dijo Conti—. Mucho mejor. —Rodeó la mesa—. Ahora le haré unas preguntas, sin cámara, y usted las contestará con la cámara en marcha. Acuérdesse de que en la versión final las preguntas las hará Ashleigh, no yo. —Echó un vistazo al sujetapapeles—. ¿Por qué no empieza contándome por qué están aquí?

—Con mucho gusto. La verdad es que estamos aquí por tres razones principalmente. En primer lugar, queríamos comprobar el impacto del cambio climático en entornos subárticos, en glaciares para ser más exactos. En segundo lugar, buscábamos un lugar virgen para los análisis. Y en tercer lugar, tenía que salir relativamente barato. La base Fear cumplía los tres requisitos.

—Pero ¿por qué esta montaña en concreto?

—Por el glaciar. Examinar la retirada de los glaciares es una manera muy



buena de medir el calentamiento global. Permítame que se lo explique. La parte alta de un glaciar, la que recibe la nieve, se llama zona de acumulación. La parte baja, el pie del glaciar, es la zona de ablación, que es donde se pierde hielo por fusión. Un glaciar sano tiene una zona de acumulación grande. Este glaciar, el Fear, no está sano. Su zona de acumulación es pequeña. El doctor Sully ha estado midiendo la velocidad de retirada. El glaciar tardó diez mil años en formarse y llegar hasta aquí, pero lo alarmante es que en tan solo doce meses se ha retirado treinta metros...

Se interrumpió. Toussaint había bajado la cámara y Conti volvía a mirar el sujetapapeles. Se recordó que el tiempo era dinero.

Conti levantó la vista.

—¿Cuál era el nombre científico del felino, doctor Marshall?

—Esmilodonte.

—¿Y el esmilodonte de qué se alimentaba?

—Es una de las cosas que esperamos averiguar con más exactitud. El contenido del estómago debería...

—Gracias, doctor, ya capto la idea. Intentemos ceñirnos a las generalidades. ¿Ese felino comía carne?

—Todos los felinos comen carne.

—¿Comía seres humanos?

—Supongo, cuando podía cazarlos.

La cara de Conti reflejó impaciencia.

—¿Podría hacerme el favor de decírselo a la cámara?

Marshall miró hacia la cámara y, con cierta sensación de estar haciendo el tonto, dijo:

—Los esmilodontes comían seres humanos.

—Estupendo. Otra pregunta, doctor Marshall: ¿qué sintió al descubrir el felino?

Marshall frunció el ceño.

—¿Qué sentí? Impresión. Sorpresa.

Conti sacudió la cabeza.

—Eso no puede decirlo.

—¿Por qué no? Me llevé una sorpresa enorme.

—¿Espera que nuestros patrocinadores paguen medio millón de dólares

por minuto para oír que se llevó «una sorpresa»? —Conti pensó unos instantes. Después giró el sujetapapeles, sacó un rotulador del bolsillo de su camisa y escribió algo al dorso—. Probaremos algo. Me gustaría oír cómo lee esto, solo para una prueba de sonido.

Levantó el sujetapapeles. Marshall miró lo que había escrito.

—Fue como mirar en el corazón de las tinieblas.

—Otra vez, por favor; despacio, y con más dramatismo. Mire hacia la cámara, no el sujetapapeles.

Marshall repitió la frase. Conti asintió, satisfecho, y se volvió hacia el ayudante de fotografía.

—¿Lo tienes?

Toussaint asintió con la cabeza. Conti se volvió hacia el técnico de sonido.

—¿Lo tienes?

—Sí, jefe.

—Un momento —dijo Marshall—. Eso no lo he dicho yo. Son palabras tuyas.

Conti enseñó las palmas de las manos.

—Son buenas palabras.

Marshall perdió la paciencia.

—A usted no le interesa la precisión científica. No le interesa la precisión y punto. Lo único que quiere es un buen espectáculo.

—Para eso me pagan, doctor. Bien, hablemos de usted. —Conti volvió a mirar el sujetapapeles—. Pedí a mis investigadores que profundizaran un poco en los miembros de esta expedición y su historia es una de las más interesantes, doctor Marshall. Ha sido militar, condecorado; le concedieron la Estrella de Plata, pero le licenciaron del ejército con deshonra. ¿Es cierto?

—Comprenderá que, si fuera así, tendría pocas ganas de explicarlo.

—Intentémoslo de nuevo. —Conti juntó las manos—. La Universidad del Norte de Massachusetts... ¿Cómo lo diría? No es precisamente famosa por la calidad de su enseñanza. ¿Cómo es posible que alguien como usted acabe siendo científico, sobre todo en un lugar como este?

Marshall no contestó.

—Está cualificado como tirador. Entonces, ¿por qué es el único de la

expedición que no quiere llevar un fusil para protegerse?

Marshall se levantó con brusquedad.

—¿Sabe qué le digo? Que se busque a otro figurín. Creo que no voy a contestar más preguntas.

Cuando Conti abrió la boca para decir algo, Marshall se acercó.

—Y como intente hacerme otra, le dejo tirado en esta mesa de laboratorio, pesado.

Se hizo un silencio tenso. Conti le miró con la misma expresión inquisidora que había tenido antes de que Wolff sacara el contrato. Tardó un buen rato en hablar.

—Permítame explicarle algo, doctor Marshall. Soy una persona con mucho poder, y no solo en Nueva York y Hollywood. Si decide enemistarse conmigo, se equivocará profundamente. —Borró con la palma de la mano lo que había escrito en el sujetapapeles y se volvió hacia Toussaint—. Intenta encontrar al doctor Sully. No sé por qué, pero me parece que estará bastante más dispuesto a colaborar.

# 11

Por la noche, los pasos de Marshall le llevaron a los pasillos del Nivel B, atestados de instrumental. En su laboratorio y en su habitación se había sentido preocupado, absorto, y las conversaciones en voz alta y el ruidoso transporte de maquinaria no ayudaban a mitigar esa sensación. Consciente de que le costaría tanto como siempre conciliar el sueño, se dirigió a la superficie para dar el paseo nocturno que últimamente se había convertido en una costumbre.

Subió la escalera y entró en el vestíbulo; sus pasos resonaban en el suelo de metal y linóleo. Como era de esperar, había alguien en el puesto de control: desde la llegada del equipo de rodaje, el sargento González mantenía la vigilancia día y noche, a pesar de lo ocupados que ya estaban los soldados; sin embargo, Marshall se sorprendió al encontrarse a González en persona.

Al ver que se acercaba, el sargento le saludó con la cabeza. Pese a sus largos cincuenta años, desprendía una sensación de fuerza casi inagotable.

—Doctor —dijo—, ¿sale a dar su paseo?

—Exacto —dijo Marshall, algo sorprendido; ignoraba que González siguiera sus movimientos—. Se me resiste un poco el sueño.

—No me sorprende. Con la jarana que están montando allá abajo...

González frunció el ceño. Su cabeza apegada parecía directamente pegada a los hombros. Cuando la sacudió, en un gesto de desagrado, se le formaron gruesos bultos en la nuca.

Marshall se rio.

—Un poco ruidosos sí que son.

González resopló.

—La verdad es que el ruido es lo de menos, doctor. Lo que ocurre es que

son demasiados, qué caramba. No esperábamos ni la mitad, y están llevando mi base al límite. Estas instalaciones ya son viejas y solo se han mantenido para un uso mínimo; pero esto no tiene nada de uso mínimo. Solo somos cuatro. No podemos hacerles a todos de niñas. Esta tarde, Marcelin se ha encontrado a uno de ellos donde no tenía que estar, en el sector de operaciones militares. —El ceño se hizo más pronunciado—. Me dan ganas de presentar una queja oficial.

—No deberían tardar mucho en calmarse las cosas. Creo que mañana ya se van una docena de ellos, aproximadamente.

Marshall había oído decir que cuando estuviera montado lo más voluminoso, los peones volverían al sur.

González gruñó.

—Para mi gusto, toda prisa es poca.

Marshall le estudió rápidamente con la mirada. González había dicho «mi base», y tenía sus razones para ser posesivo: le faltaba poco para el retiro y por lo visto se había pasado casi treinta años en la base Fear, aislado, a más de seiscientos kilómetros al norte del Círculo Ártico. Parecía increíble. Seguro que los otros tres soldados no veían la hora de que les asignaran a otra parte. Se dijo que, después de tanto tiempo, tal vez González no pudiera imaginarse en otro sitio; a menos (como había insinuado Ekberg) que fuera un hombre celoso de su intimidad.

Se despidió con un gesto de la mano y fue a la entrada principal. El gran termómetro exterior de la sala de aclimatación marcaba veinte grados bajo cero. Abrió su taquilla y se puso la parka, el pasamontañas, las botas de nieve y los guantes. Después cruzó la zona de almacenamiento temporal y, empujando las puertas exteriores, salió a la noche.

Todo era silencio en la plataforma de hormigón de la base, bajo la enorme cúpula de estrellas. Se paró un momento para acostumbrarse al aire gélido. Después echó a caminar, metiendo en los bolsillos sus manos enguantadas y mirando el suelo para no tropezar con los cables eléctricos que lo cubrían sinuosamente. El viento había dejado de soplar. La luna iluminaba el paisaje con un azul espectral. Como todo el equipo de rodaje estaba dentro de la base Fear, las cabañas y cobertizos prefabricados guardaban un silencio sobrenatural. Todo parecía dormido. El único ruido era el del generador, que

gruñía por el esfuerzo de satisfacer a los nuevos habitantes, ávidos de electricidad.

Se paró junto a la cerca para mirar cuidadosamente hacia ambos lados. Desde su llegada se habían visto como mínimo seis osos polares. Aquella noche, sin embargo, no distinguió bultos oscuros que merodearan por el permafrost, ni por la antigua lava, fea y retorcida. Después de ceñirse la capucha, pasó al lado de la garita vacía y dejó que sus pies lo llevaran.

No tardó mucho en empezar a subir hacia el glaciar por la empinada cuesta del valle; su respiración formaba nubes de vaho. Al ir entrando en calor, alargó las zancadas y empezó a balancear los brazos con agilidad. Después de un buen rato de ejercicio quizá pudiera dormir, a pesar de todo el ruido que organizaba el equipo de rodaje.

Al cabo de un cuarto de hora la cuesta se suavizaba un poco. Habían cambiado de sitio la voluminosa maquinaria, por lo que pudo ver sin obstáculos la lengua del glaciar, una pared de hielo muy azul que parecía arder por dentro a la luz de la luna. Y a su sombra, el pequeño orificio de la cueva de hielo.

Se paró. Había alguien en la boca de la cueva: tres figuras; unas sombras entre las sombras.

Se acercó despacio. Estaban hablando. Oyó el rumor sordo de una conversación. El crujido de sus pasos hizo que se giraran. Se llevó una gran sorpresa al reconocer a los demás científicos: Sully, Faraday y Penny Barbour. El único miembro del equipo que faltaba era Ang, el estudiante de doctorado. Era como si hubieran tenido el mismo pensamiento y hubieran coincidido todos en el lugar del descubrimiento.

Sully saludó con la cabeza a Marshall, que se sumó al grupo.

—Bonita noche para pasear —dijo.

Llevaba al hombro una de las escopetas de caza de la expedición.

—Mejor que la locura que hay en la base —contestó Marshall.

Si esperaba alguna protesta de Sully, siempre tan diplomático, se equivocó. El climatólogo parecía molesto.

—Estaban rodando no sé qué secuencia en el centro táctico, justo al lado de mi laboratorio. Imagínate: nos interpretaban a nosotros. Deben de haber hecho como mínimo doce tomas. Ni siquiera podía oír mis pensamientos.

—Hablando de películas, ¿qué tal la entrevista? —preguntó Marshall.

La expresión de Sully se avinagró aún más.

—Conti se ha parado a media toma por las quejas del técnico de sonido. ¿Sabes qué decía? ¡Que me estaba tragando las palabras!

Marshall asintió con la cabeza.

Sully se volvió hacia Barbour.

—¿Verdad que no me trago las palabras?

—Esta tarde se han cargado el servidor de archivos, los muy patanes —dijo ella a guisa de respuesta—. Por si no llevaban bastantes portátiles, también tenían que robarnos los ciclos de procesamiento. Me han soltado un discurso sobre «requisitos especiales de renderización», y yo les he mandado a paseo.

—Cuando he ido a cenar, solo quedaba un sitio libre —se quejó Marshall.

—Al menos has podido sentarte —dijo Barbour—. Yo he esperado diez minutos de pie y al final me he ido. Me he llevado una manzana y una bolsa de patatas a mi laboratorio.

Marshall miró a Faraday. El biólogo no participaba en la conversación; miraba fijamente la cueva, ensimismado.

Marshall se oyó hacer una pregunta que sabía que era inútil.

—¿Y tú, Wright? ¿Cómo lo ves?

En vez de contestar, Faraday siguió mirando la oscura garganta que tenía delante.

Marshall le empujó con suavidad.

—Eh, Faraday, regresa al mundo de los vivos.

Esta vez se volvió. La luz de la luna daba un brillo fantasmagórico a los cristales de sus gafas. Les observó como un extraterrestre de ojos enormes y sempiterna cara de sorpresa.

—Perdona. Estaba pensando.

Sully suspiró.

—Está bien, veamos, ¿cuál es la funesta teoría de hoy?

—No es una teoría, solo una observación. —Como nadie decía nada, Faraday continuó—: Antes, cuando sacaban del hielo al esmilodonte...

—Sí, también estábamos ahí —le interrumpió Sully—. ¿Qué ha pasado?

—He tomado unas lecturas con un espectrómetro sonar. Como las

lecturas anteriores del escáner a distancia, desde arriba, eran muy imprecisas, y como tenía acceso a una sección, he querido...

—Ya nos hacemos una idea —dijo Sully, agitando una mano cubierta por un guante.

—Bien, pues me he pasado casi toda la tarde analizando los resultados y no encajan.

—¿No encajan con qué? —preguntó Marshall.

—No encajan con un esmilodonte.

—¡No digas tonterías! —exclamó Barbour—. Lo has visto, ¿verdad? Como todos.

—He visto muy poco, a través de un medio extremadamente opaco. El analizador sonar me ha dado muchos más datos para analizar.

—Bueno, y ¿qué quieres decir? —preguntó Marshall.

—Quiero decir que lo que hay dentro del bloque de hielo parece mucho mayor que un tigre de dientes de sable.

Todos se quedaron callados, digiriendo sus palabras. Al cabo de un rato, Sully carraspeó.

—Habrà sido una falsa impresión. Tal vez has visto algunos residuos, un montón de arena o de grava que por la situación en la que se había quedado parecía formar parte del cadáver.

Faraday se limitó a sacudir la cabeza.

—¿Cuánto mayor exactamente? —preguntó Barbour.

—No puedo concretar. Quizá el doble.

Los científicos se miraron.

—¿El doble? —exclamó Marshall—. Entonces, ¿a qué se parecía? ¿A un mastodonte?

Faraday sacudió la cabeza.

—¿Un mamut?

Se encogió de hombros.

—Los datos son muy claros acerca del tamaño, pero no tanto acerca de la... forma.

Otro silencio.

—Eran ojos de felino —dijo Barbour en voz baja—. Pondría la mano en el fuego.



—A mí también me lo han parecido —dijo Marshall. Volvió a mirar a Faraday—. ¿Seguro que los nuevos datos son exactos?

—He hecho dos veces el análisis. Lo he comprobado todo.

—No tiene sentido —dijo Barbour—. Si no es un esmilodonte, ni un mastodonte, ni un mamut... entonces, ¿qué demonios es?

—Hay una manera de saberlo —dijo Marshall—. Ya estoy harto de tantos atropellos en nuestro propio centro de investigación.

Echó a caminar rápidamente cuesta abajo, hacia la base.

## 12

No contento con quedarse con la habitación del comandante de la base, Conti también se había agenciado la del subcomandante (tres niveles más abajo, en el C) como suite privada. Pareció irritado de que le molestara la delegación de científicos, irritación que aumentó visiblemente cuando le explicaron por qué iban a verle.

—Ni hablar —dijo en la puerta—. La cámara está climatizada. Se mantiene helada a una temperatura muy concreta.

—No derretiremos el hielo —dijo Sully.

—Además, la temperatura exterior está muy por debajo de la de congelación —añadió Marshall—. ¿O no se había fijado?

—Nadie puede ver el animal —replicó Conti—. Son las normas establecidas.

—Nosotros ya lo hemos visto —dijo Barbour—. ¿Se acuerda?

—Da igual. No se puede y punto.

A Marshall le extrañó que el productor se mostrara tan posesivo.

—No pretendemos robárselo; solo queremos verlo más de cerca.

Conti puso los ojos en blanco.

—La cámara tiene que permanecer cerrada. Blackpool ha dado órdenes muy estrictas sobre ello. Para la campaña de publicidad es primordial que no se abra.

—Publicidad —repitió Marshall—. ¿Acaso titularán su documental *Rescatando al tigre*? Menudo ridículo harán usted y sus patrocinadores si abren la cámara en hora de máxima audiencia y se encuentran con un oso muerto en el suelo.

Conti tardó un poco en contestar. Miró uno por uno a los científicos,

mientras en su rostro se fijaba una expresión ceñuda. Finalmente suspiró.

—De acuerdo, pero solo ustedes cuatro. Y sin cámaras ni ningún tipo de aparato. Les cachearán antes de entrar y les observarán atentamente mientras estén dentro. Tampoco podrán explicar a nadie lo que hayan visto. Les recuerdo que ya han firmado acuerdos de confidencialidad, con penalizaciones considerables.

—Lo entendemos —dijo Sully.

Conti asintió con la cabeza.

—Cinco minutos.

Aún hacía más frío que antes (casi veintiséis bajo cero) y en la negrura del cielo las estrellas tenían un brillo acerado. La cámara climatizada estaba a poca distancia de la cerca, aislada en el centro de un círculo de focos altos de vapor de sodio. Era una construcción ancha y baja, separada un metro más o menos del suelo por bloques macizos de hormigón. Estaba conectada al generador por gruesos manojos de cables eléctricos. También tenía un generador auxiliar en la parte trasera, para relevar rápidamente al principal en caso de que hubiera algún fallo en los motores diésel. «No creo que haga mucha falta», pensó Marshall, cruzando los brazos contra el frío ártico.

El pequeño grupo se paró delante de los escalones de la entrada de la cámara. Marshall se fijó en que en la pared delantera había bisagras en el borde izquierdo: se abría entera, como la puerta de una cámara acorazada de banco. En el lado derecho había tres candados muy grandes, probablemente para impresionar, y en el centro una rueda enorme. Junto a ella, dentro de una jaula metálica muy resistente y con su propio candado, había un cuadro de contadores e interruptores que controlaba la temperatura del interior.

Uno de los técnicos de Conti, un chico joven que se llamaba Hulce, se acercó desde los edificios anejos haciendo crujir el permafrost con sus pesadas botas. Al registrar los bolsillos de los científicos encontró una cámara digital en el de Faraday.

—Siempre la lleva encima —dijo Sully—. Creo que se la cosieron al nacer, en el quirófano.

Hulce confiscó la cámara e hizo una señal con la cabeza a Conti.

—Dense la vuelta, por favor —dijo el productor.

Marshall obedeció. Oyó cómo giraba la rueda de la cámara y se abrió una pesada cerradura, con un ruido metálico seguido por los tres nítidos clics de los candados al abrirse.

—Ya pueden volverse otra vez —dijo Conti.

Al hacerlo, Marshall vio que Hulce entreabría la pared delantera de la cámara. Salió un grueso haz de intensa luz amarilla. Conti les indicó que entraran.

Marshall siguió a Sully, Faraday y Barbour por los escalones hacia el interior de la cámara. Los últimos fueron Conti y el técnico, que cerró la puerta. Apenas había espacio, ya que el bloque de hielo lo acaparaba casi todo. Aparte del bloque, solo había un panel de luces en el techo, tan brillantes que cegaban, y un calefactor portátil en la pared del fondo. Marshall ya sabía que eso era lo que encenderían cuando llegara el momento de descongelar el animal muerto y mostrárselo al mundo.

El suelo parecía demasiado blando para ser de acero. Al mirar hacia abajo, se llevó la sorpresa de que todo, excepto dos vigas de acero separadas por algo más de un metro, era de madera pintada de color plata para que pareciera metal. Estaba lleno de pequeños agujeros de taladro, por donde seguramente se escurriría el agua una vez iniciada la fusión. Sacudió la cabeza: otro invento de Hollywood, como los candados superfluos. Puesto que las cámaras no enfocarían en ningún momento el suelo, no había sido necesario gastarse dinero en acero, aparte del de las dos vigas de refuerzo.

Conti hizo un gesto con la cabeza al técnico para que quitara la lona. Después se volvió hacia los científicos.

—No lo olviden. Cinco minutos.

A Hulce le costó un poco deslizar el pesado hule por encima del bloque de hielo y dejarlo caer por detrás. Marshall se quedó inmediatamente sin aliento; la sorpresa hizo que casi perdiera el equilibrio.

—Dios santo —murmuró Sully con voz ahogada.

Los lados del bloque seguían siendo rugosos y opacos, pero el hule aislante debía de haber rozado la cara superior del hielo al bajar de la montaña, porque ahora estaba pulida y parecía de cristal. Era el lado orientado hacia la puerta de la cámara. Desde dentro del hielo, los enormes

ojos negros y amarillos miraban implacables a Marshall. Sin embargo, no era eso lo que le había impresionado tanto.

De niño tenía una pesadilla recurrente: se despertaba en la cama, en casa; inexplicablemente, no estaban ni sus padres ni su hermana mayor. Era tarde. Se había ido la luz. Todas las ventanas estaban abiertas a la noche. La casa estaba llena de niebla. Entonces él se quitaba la manta de encima y se levantaba; siempre igual, en cada nuevo sueño, aunque ya supiera lo que ocurriría. Todo lo que sentía era de una concreción tan dolorosa cuanto inolvidable: el frío de la niebla en la cara, la madera dura y lisa de los tablones en sus pies... Salía del dormitorio e iba hacia la escalera. En el rellano de abajo flotaba un vapor gris. Se paraba a medio camino. Una bestia aterradora se aproximaba subiendo los escalones: enorme, felina, con los ojos como brasas, los colmillos afilados y unas zarpas muy gruesas, con unas garras cruelmente erizadas. Él se quedaba petrificado de miedo. El animal salía muy despacio de la niebla: una melena lacia, grasienta; unos hombros cubiertos de músculos en movimiento. Se acercaba mirándole, sin parpadear, a la vez que de su pecho brotaba un sonido muy profundo. Lo sentía más que lo oía; era un rugido inefable, primigenio, de odio, hambre, deseo... En ese momento, se le pasaba la parálisis, se giraba y corría gritando hacia su habitación, mientras el peso del animal hacía temblar toda la escalera, su cuerpo macizo se acercaba más y más, y notaba su aliento hediondo en la nuca...

Sacudió la cabeza y se pasó una mano por los ojos. A pesar del frío ártico de la cámara, en sus brazos y piernas sentía un calor asfixiante y opresivo.

Aquella forma muerta del hielo se ajustaba con exactitud al animal de la pesadilla, tanto por su tamaño como por su aspecto. Incluso la opacidad del gran bloque recordaba la niebla del sueño. Tragó saliva mientras lo contemplaba. Solo se veía la mitad superior de la cabeza y las patas delanteras (surgiendo de un remolino de barro congelado), pero bastó para convencerle al instante de que no era un tigre de dientes de sable.

Se volvió hacia los demás. Todos miraban fijamente el hielo; en sus caras se reflejaba sorpresa, incredulidad y (en el caso de Hulce, el técnico) algo muy parecido al miedo en estado puro. Incluso Conti sacudía la cabeza, como si no supiera qué decir.

—Necesitaremos un objetivo más grande —murmuró.

—¡Dios santo, menudo bicho! —exclamó Barbour.

—Pero ¿qué es? —preguntó Sully.

—Puedo decirte lo que no es —aseguró Faraday—. No es un esmilodonte, ni tampoco un mamut.

Marshall hizo un esfuerzo por apartar sus miedos infantiles y examinar el cadáver de la manera más clínica posible.

—Tiene pelo en las patas —dijo—. Pelo. Y son demasiado musculosas. Las garras son demasiado largas.

—¿Demasiado largas para qué? —preguntó Conti.

—Para todo.

Marshall se encogió de hombros, renunciando a la ficción del distanciamiento científico, y miró a sus colegas preguntándose si pensaban lo mismo que él. Aunque pudieran ver solo un poco del animal, no se parecía absolutamente a nada, ni del pasado ni del presente.

Nadie dijo nada durante un buen rato. Finalmente Sully rompió el silencio.

—Así, ¿qué os parece? —preguntó—. ¿Estamos ante una forma de vida desconocida hasta ahora en el registro fósil?

—Tal vez, pero, sea lo que sea, creo que es de vital importancia para el registro fósil —dijo Faraday.

Marshall frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a la teoría de la turbulencia evolutiva. —Faraday carraspeó—. Es algo que de vez en cuando sale a colación en biología. Según esta teoría, cuando las poblaciones animales crecen demasiado para que la ecosfera pueda mantenerlas, o cuando determinada especie se acomoda demasiado y pierde vigor evolutivo, aparece un nuevo animal que frena el crecimiento de la población e impone nuevos cambios.

—Una máquina de matar —dijo Barbour, lanzando una mirada al bloque de hielo.

—Exacto. Lo que ocurre es que, si la máquina de matar es demasiado eficiente y acaba despoblando su entorno, pierde su fuente de alimentación y al final ataca a los de su especie.

—Estás hablando del efecto Calisto —dijo Marshall—. La teoría alternativa sobre la extinción de los dinosaurios.

Faraday asintió con la cabeza; en sus gafas se reflejaba la brillante luz.

—Su principal defensor era Frock, del Museo de Historia Natural de Nueva York —dijo Marshall—, pero desde que desapareció creo que no ha vuelto a proponerla nadie más.

—Quizá su nuevo defensor sea nuestro amigo Wright —dijo Barbour, con una sonrisa lúgubre.

—Me parece muy discutible —objetó Sully—. En todo caso, aunque tuvieras razón, este animal muerto ya no es un peligro para nadie, y menos para toda una especie.

Conti salió de su mutismo. Ya no ponía cara de susto; había recuperado su expresión habitual, distante y algo despectiva.

—No sé por qué se ponen tan nerviosos —dijo—. Solo se le ven la cabeza, los hombros... y una zarpa.

—*Ecce signum* —contestó Marshall, señalando el hielo con el pulgar.

—No tardaremos en averiguarlo —repuso Conti—. De momento sigue siendo un tigre, y a ustedes se les han acabado los cinco minutos. —Se volvió hacia el técnico—. Señor Hulce, devuélvale la cámara al doctor Faraday; después, tápelo todo y compruebe que quede bien cerrado. Yo acompañaré a la base a nuestros amigos.

## 13

Marshall se despertó al oír unos golpes en la puerta del pequeño compartimiento donde dormía (el antiguo alojamiento de un brigada). Rodó, desorientado. Volvió a rodar y se cayó de la estrecha cama.

—¿Sí? —graznó.

—Vístete, cariño. —Era la voz de Penny Barbour—. Y date prisa, no vayas a perdértelo.

Marshall se incorporó y, después de frotarse los ojos, miró su reloj de pulsera a través de las legañas. Casi eran las seis. Había tenido una noche agitada, como siempre. Había logrado dormirse hacía tan solo dos horas. Se levantó, se vistió rápidamente en el aire caliente y seco de la base y salió al pasillo. Barbour se estaba impacientando.

—Vamos —dijo.

—¿Qué ocurre?

—Ya lo verás.

Le llevó por los pasillos llenos de eco y luego hacia la entrada de la base por la escalera central. Después de abrigarse en la sala de aclimatación, donde Marshall observó que la temperatura había subido bastante desde la hora en la que se había acostado, cruzaron la zona de almacenamiento temporal y salieron.

Marshall se paró, parpadeando de cansancio en la oscuridad previa al alba. A pesar de la hora, había un enorme ajetreo. Oyó martillazos, gritos y el zumbido de un taladro mecánico. También se oía otro ruido de fondo, algo que le resultaba familiar pero que no acababa de reconocer. Barbour le llevó por los anejos y se paró a poca distancia de la cámara, donde se había formado un pequeño grupo de curiosos. Sonrió ligeramente mientras señalaba



al otro lado de la cerca.

Marshall escudriñó la penumbra. Al principio no distinguió apenas nada. Después vio cómo se formaba a lo lejos dos puntos de luz, que crecieron ante su vista: eran unas manchas amarillas de aspecto amenazador que despertaron el recuerdo inquietante de los dos ojos que le habían mirado a través del hielo. Mientras las luces seguían acercándose, aparecieron otras más pequeñas. También aumentó el rumor de fondo que había percibido antes. Finalmente lo reconoció: un motor diésel, grande.

—Pero ¿qué diablos...? —empezó a decir.

Un enorme camión de dieciocho ruedas se acercaba por la nieve; fue creciendo más y más, hasta que se paró en la zona iluminada, al lado de la cerca, con el motor en punto muerto. Llevaba unas cadenas muy grandes en los neumáticos y la cabina estaba cubierta de escarcha. Sobre el parabrisas había una gruesa capa de niebla helada. Los faros y la reja (con una lona encima) casi no se veían a causa de una capa muy compacta de nieve.

Barbour clavó un codo en las costillas de Marshall, riéndose entre dientes.

—Un camión articulado. No se ve cada día uno de estos en la Zona.

Marshall se lo quedó mirando, perplejo.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? Estamos a doscientos cincuenta kilómetros de la carretera más cercana.

—Él mismo ha abierto una carretera.

Miró a Barbour.

—Yo he hecho la misma pregunta y me la han contestado aquellos tipos de allá, los mismos que me han avisado de que venía este trasto. —Señaló al grupo de curiosos—. Parece que el conductor es lo que se llama un camionero sobre hielo. Es gente que suele circular por la «carretera de invierno», una que solo existe durante los meses más fríos: una línea recta por encima de los lagos helados. Una carretera de hielo temporal para llevar provisiones y material a campamentos y comunidades sin una vía de acceso normal.

—¿Sobre... lagos helados?

—No parece un trabajo para pusilánimes, ¿verdad?

—Vaya por Dios —murmuró Marshall.

Parecía tan anacrónico ver un tráiler en plena Zona Federal de Fauna y

Flora que casi no se lo creía.

—Normalmente circulan entre Yellowknife y Port Radium —dijo Barbour—. Este ha sido un viaje especial.

—¿Por qué? ¿Qué era tan importante para que no pudieran traerlo en avión?

—Eso.

Barbour señaló el remolque, detrás de la cabina.

Hasta entonces Marshall solo se había fijado en la cabina del camión, pero al echar un vistazo a lo que transportaba vio que no era el habitual contenedor en forma de caja, sino algo más parecido a una caravana Airstream, pero mucho mayor. Justo entonces empezó a despuntar el sol en el horizonte y en el remolque se reflejó la luz naciente. En cierto sentido tenía un perverso parecido con los submarinos que había visto a menudo atracados en el Támesis cuando cruzaba New London para ir a Danbury, a casa de sus padres. Sus flancos cubiertos de metal se curvaban al llegar al techo, sobre el cual, a su vez, había un pequeño bosque de antenas; algunas convencionales y otras parabólicas. Las ventanas eran grandes, con unas cortinas de aspecto caro que estaban corridas. En la parte superior de la pared trasera había un pequeño balcón con unas tumbonas plegables, un detalle francamente estrambótico en aquel entorno hostil.

Con otro rugido del motor y un traqueteo de cadenas, el tráiler se puso de nuevo en marcha. Dos peones robustos, con chaquetas de cuero, se separaron del grupo de mirones y corrieron hacia la verja de seguridad para abrirla completamente. Con una sucesión de pitidos ensordecedores, el camión dio marcha atrás para meter todo el vehículo en el recinto. Los peones lo ayudaron a introducir toda la plataforma en la zona vallada. Entonces disminuyeron las revoluciones del motor diésel, el conductor puso punto muerto y apagó el motor. Tras un siseo de frenos de aire, el vehículo tembló y quedó en silencio. Se abrió la puerta de la cabina; un hombre joven, de constitución delgada, piel muy bronceada y vestido con una camisa hawaiana francamente hortera, saltó al suelo y empezó a desacoplar el remolque. A continuación se abrió la puerta del copiloto y salió otra figura, que bajó con mucho más cuidado; era un hombre rubio, alto, de unos cuarenta y cinco años, con la barba recortada. Parecía aliviado de pisar el permafrost. Cogió

un talego grande y un maletín de ordenador portátil de la cabina del camión, se los colgó del hombro y empezó a caminar muy tieso hacia la base. Al pasar a su lado saludó a Marshall y a Barbour con la cabeza.

—Se le ve un poco mareado, al pobre —dijo Barbour, socarrona.

Después apareció otro peón, que desenrolló una gran bobina de cable eléctrico naranja y empezó a conectarlo a un panel lateral del camión.

Marshall lo señaló con la cabeza.

—¿Para qué crees que será eso?

—Para su alteza —contestó Barbour.

—¿Quién?

Apenas hizo la pregunta, Marshall escuchó otro sonido: el zumbido de un helicóptero que se acercaba. Cuando lo oyó más claramente, se dio cuenta de que no era un ruido agudo y hueco como el de los aparatos que habían estado transportando material a la base en los últimos días, sino algo más suave, grave y potente.

Entendió la razón en cuanto vio aparecer el helicóptero a poca altura sobre el horizonte, que empezaba a clarear. No era un humilde transporte, sino un Sikorsky S76C++, lo último en helicópteros de lujo. Y también adivinó enseguida quién debía de ser «su alteza».

El Sikorsky se acercó a gran velocidad y, tras sobrevolar un momento la base, se posó en el permafrost a una distancia alarmantemente corta de la entrada de la cerca, levantando nubes de hielo y bolitas de nieve que se clavaban en la piel. Los curiosos se dispersaron corriendo, tapándose la cara y buscando refugio detrás de los anejos. Cuando se apagó el zumbido de los motores del turbosje y amainó la tempestad de hielo, se abrió una escotilla en la panza del helicóptero y salió una mujer delgadísima vestida con una gabardina Burberry. Se paró al pie de la escalera y miró con una expresión inescrutable los anejos. Después abrió un paraguas, que recibió de lleno la corriente de aire de las hélices, y volvió a subir al aparato. Seguidamente apareció otra silueta (esta llevaba lo que a Marshall le pareció un abrigo de armiño) y ambas bajaron juntas. Marshall estiró el cuello para ver la cara de la segunda mujer, pero la de la gabardina la protegía de la corriente de aire con tanta habilidad que solo se veía el borde del abrigo de pieles, un destello de unas piernas bonitas y un brillo de tacones negros pisando por el

permafrost.

Después la escalerilla se replegó, se cerró la escotilla, aumentó el zumbido de las turbohélices y el Sikorsky se elevó en el aire, azotándolo con los rotores. Mientras el aparato subía a gran velocidad y aceleraba progresivamente, Barbour hizo oír una risa burlona.

En ese instante Marshall se dio cuenta de que Ekberg estaba cerca, presenciando el aterrizaje. Fue al encuentro de las recién llegadas.

—Señorita Davis —oyó Marshall que decía—, soy Kari Ekberg, la productora de campo. Hablé con usted en Nueva York. Solo quería decirle que estaré encantada de poder ayudarla en todo lo que necesite para tratar de que su estancia aquí resulte lo más satisfactoria posible...

Sin embargo, ninguna de las dos mujeres, ni la de la gabardina ni la de las pieles, dio señas de haberla oído. Pasaron de largo, subieron por la escalerilla metálica de la reluciente caravana, entraron y cerraron dando un portazo.

## 14

La temperatura fue subiendo poco a poco a lo largo del día: primero por encima de los diez bajo cero, y luego de los cinco, lo que impulsó a Conti a reunir a sus equipos de rodaje para que tomaran algunas vistas de paisajes nevados, por si acaso. A pleno sol y tras cambiar las parkas militares por jerséis de lana y anoraks de plumas, el estado de ánimo de los hombres experimentó una visible mejoría. El monte Fear volvió a crujir y retumbar, y se reanudaron los desprendimientos en la cara del glaciar. González desplegó a su equipo de ingenieros militares para que sustituyeran los engranajes defectuosos que habían paralizado uno de los generadores. Después de comer, la mayoría de los peones de la zona (que ya habían terminado el trabajo inicial de construcción) fueron trasladados en dos helicópteros de carga a Anchorage. No volverían del sur hasta el final del rodaje. El único que se quedó en la base fue Creel, el capataz, que por su aspecto recio parecía que desayunara tuercas de acero. Hacia las tres de la tarde Ashleigh Davis salió de su increíble caravana, contempló con desagrado las obras a su alrededor y, acompañada por su asistente personal, la de la gabardina, se fue a la base, donde seguramente recibiría instrucciones de Conti.

Después de cenar, Marshall volvió al laboratorio, donde había pasado todo el día trabajando concentrado sin ver a nadie. Ahora que casi todo el equipo de rodaje estaba fuera, ocupado con los preparativos de la transmisión del día siguiente, la base estaba relativamente tranquila, así que había poco que pudiera distraerle. Estaba inclinado sobre una mesa, tan absorto en su trabajo que no oyó que se abría la puerta del laboratorio; en realidad, no se dio cuenta de que tenía compañía hasta que una voz femenina empezó a recitar por encima de su hombro:

*Dulcemente bailaban en el cielo polar, con nubes de prímulas en pos;*

*Raudamente brincaban con sus pies de plata, y cegaban con brusca explosión.*

*Un cotillón bailaban en el cielo; eran rosadas y calzaban plata.*

*No era una visión para el ojo del hombre; solo dioses podían contemplarla.*

Marshall se irguió y se volvió sorprendido. Era Kari Ekberg, apoyada en una mesa, con pantalones vaqueros y un jersey blanco de cuello alto. En sus labios se insinuaba una sonrisa.

Marshall recitó a su vez:

*Se enroscaban silbando cual nido de serpientes, con una sulfúrea palidez,*

*Y luego, convertidas en un dragón inmenso, su hendida cola hacían mover.*

—¿Ha vuelto a aparecer? —dijo.

—¡Ya lo creo!

—¿Sabe que he estado esperando que alguien citara a Roben Service desde que llegué aquí y vi la primera aurora boreal? Nunca habría creído que fuera usted.

—Me encanta, desde que mi hermano mayor casi me mata de miedo leyéndome en voz alta «La cremación de Sam McGee» en una tienda de campaña, a la luz de una linterna.

—Más o menos igual que en mi caso. —Marshall echó un vistazo a su reloj—. ¡Dios santo, ya son las diez! —Se desperezó y volvió a mirar a Ekberg—. Creía que estaría corriendo de un lado para otro ocupada con los detalles de última hora.

Ella sacudió la cabeza.

—Soy la productora de campo, ¿recuerda? Lo mío son los preparativos. Me aseguro de que todo el mundo sepa qué tiene que hacer. Cuando llegan

los talentos, me siento en última fila y asisto a la función.

«Los talentos», pensó Marshall, recordando el no encuentro que había presenciado por la mañana entre Ekberg y Ashleigh Davis.

—¿Y usted? —dijo ella—. No le he visto en todo el día. ¿Ha hecho grandes descubrimientos?

—Los paleoecólogos no hacemos grandes descubrimientos. Solo intentamos responder algunas preguntas y llenar lagunas.

—Entonces, ¿por qué se queda trabajando hasta tan tarde? Todo esto no desaparecerá de un día para otro...

Hizo un gesto con la mano, aproximadamente hacia el glaciar.

—La verdad es que está desapareciendo mucho más deprisa de lo que se imagina. —Marshall volvió a la mesa y cogió una pequeña flor amarilla—. Esta mañana he encontrado esto justo al otro lado de la cerca, sobresaliendo de la nieve. Hace diez años, lo más al norte que crecía esta flor era ciento cincuenta kilómetros al sur de aquí. Es una muestra de lo que ha hecho el cambio climático tan solo en una década.

—Yo creía que el cambio climático le ayudaba para trabajar.

—El derretimiento de los hielos me ayuda a recoger más muestras, y más deprisa. En las caras de los glaciares que se derriten puedo encontrar de todo: polen, insectos, semillas de pino... Hasta burbujas de atmósfera, para analizar el contenido en CO<sub>2</sub> que tenía el aire antiguamente. Es mil veces mejor que sacar testigos, pero eso no quiere decir que me guste el cambio climático. Se supone que los científicos somos objetivos.

La sonrisa irónica de Ekberg se amplió al mirarle.

—¿Así es usted? ¿Objetivo?

Marshall vaciló y acabó suspirando.

—Si quiere que le diga la verdad... no. El cambio climático me da pánico. No soy un activista, pero entiendo las consecuencias mejor que la mayoría y la situación se nos está yendo de las manos. La Tierra tiene una capacidad de recuperación increíble. Sabe arreglar lo que va mal, pero esta tendencia de calentamiento se está acelerando demasiado deprisa y ya se han puesto en marcha un centenar de reacciones en cadena... —Dejó de hablar y se rio en voz baja—. Aunque se supone que yo debería ser neutral. Si Sully me oyera hablar así, se me echaría encima.

—No se lo diré a nadie. Le agradezco que hable con el corazón.

Se encogió de hombros.

—Es irónico. A corto plazo, me beneficio del derretimiento, pero cuando el glaciar haya desaparecido se llevará todas las pruebas que necesito para mi investigación. Todo irá a parar al mar. Esta es mi mejor oportunidad de estudiar el glaciar y recoger especímenes.

—Y por eso trasnocha. Perdone mi irrupción.

—En absoluto. Le agradezco la visita. Además, no soy el único que está ocupado. Mírese usted: haciendo preguntas, ocupándose de los preliminares, haciendo quedar bien a la estrella... La cual, dicho sea de paso, no parece particularmente agradecida por su esfuerzo.

Ekberg hizo una mueca, pero no quiso entrar en pormenores.

—Los productores de campo llevamos nuestra cruz, como ustedes. — Levantó la vista—. ¿Toca?

Señaló un teclado MIDI apoyado en la pared del fondo.

Marshall asintió con la cabeza.

—Sobre todo blues y jazz.

—¿Y lo hace bien?

Él se rio.

—Supongo que sí. No podría ganarme la vida, pero toco habitualmente en el grupo de un club de Woburn. Lo que me encanta es jugar con los sintetizadores. Ahora ya no hace falta, claro, porque ya están prediseñados todos los sonidos y solo hay que elegir la onda que se prefiera de un menú informático, pero de joven me chiflaba manipular osciladores y filtros. Los fabricaba yo mismo.

—Un día tendrá que tocarnos algo... —Ekberg señaló la puerta—. En fin, creo que será mejor que vaya fuera; hace un rato he preparado una secuencia sobre la aurora boreal y seguro que Emilio ya la está filmando.

Marshall se levantó.

—Si no le importa, la acompaño.

Arriba, en la sala de aclimatación, Marshall se fijó en que el termómetro indicaba dos grados bajo cero. Se puso la parka ligera y siguió a Ekberg por



la zona de almacenamiento temporal. Al salir, se encontraron con un bullicio controlado. Aunque fuera tarde, la plataforma estaba llena de luces y sonidos. Los técnicos montaban los soportes de las cámaras y distribuían unos grandes bastidores alrededor de la cámara cerrada, para el rodaje del día siguiente. A poca distancia de la caravana de Davis, un técnico de luces instalaba un foco para añadir luz en la zona en la que estaban a punto de rodar. El técnico de sonido hablaba animadamente con Fortnum. Wolff, el enlace de canal, estaba de pie, a la sombra del Sno-Cat, con las manos en los bolsillos observando la escena en silencio. Otra docena de personas, repartidas en pequeños grupos, miraba el cielo nocturno.

Marshall siguió la dirección de sus miradas y lo que vio le cortó la respiración. Había dado por supuesto que la intensa luz que le rodeaba era artificial, pero vio que se debía a la aurora boreal más rara y espectacular que había presenciado en toda su vida. Todo el firmamento ardía en capas de luz ondulante. Parecía tener forma física, un resplandor viscoso, como mercurio que se deslizara muy despacio por el cielo. Colgaba tan bajo que sintió el absurdo impulso de bajar la cabeza. En cuanto al color, le resultaba difícil describirlo: un carmesí oscuro, increíblemente intenso, con un brillo casi radiactivo que hipnotizaba.

—Dios mío —murmuró.

Ekberg le miró.

—Creía que a estas alturas ya se habría cansado de ellas.

—Esta no es una aurora boreal cualquiera. Normalmente se ven franjas de color cambiante, pero esta noche solo hay una. Fíjese en su intensidad.

—Sí. Parece vino. O sangre. Da miedo. —El reflejo de la luz en la cara de Ekberg era fantasmagórico—. ¿Nunca había visto una aurora boreal así?

—Solo en una ocasión: la noche antes de descubrir el tigre. —Marshall hizo una pausa—. Pero esta noche el efecto es el doble de intenso. Además, está tan baja que parece que se pueda tocar.

—¿Hace ruido o me lo imagino?

Ekberg había ladeado la cabeza, como si escuchara. Marshall se sorprendió haciendo lo mismo. Sabía que era imposible, pero oía algo por encima del ruido de la maquinaria y del zumbido de los generadores. A ratos crepitaba como un trueno lejano y al minuto siguiente era como una mujer

gimiendo de dolor; todo ello al compás del ir y venir de las luces. Se acordó de las palabras del anciano chamán: «Los antepasados están enfadados... Su ira tiñe el cielo de sangre. Los cielos gritan de dolor, como una mujer cuando da a luz...».

Marshall sacudió la cabeza. Él ya había oído hablar de auroras boreales que gemían y lloraban, pero siempre lo había atribuido a leyendas. Aquella noche, sin embargo, había algún tipo de fenómeno auditivo asociado, aunque tal vez era porque la aurora boreal estaba mucho más cerca del suelo que de costumbre. Cuando se disponía a entrar en la base para avisar a sus colegas, vio a Faraday. El biólogo estaba entre dos cobertizos provisionales, con el magnetómetro en una mano y la cámara digital en la otra, ambos dirigidos hacia el cielo. Evidentemente, también se había dado cuenta.

A un lado detectó un ligero movimiento. Al girarse, Marshall vio que se acercaban el camionero y su compañero de cabina. El primero seguía llevando su hortera camisa de flores, a pesar del frío.

—Menudo espectáculo, ¿eh? —dijo.

Marshall se limitó a sacudir la cabeza.

—Yo he visto un montón de auroras boreales —añadió el camionero—, pero esta las gana a todas.

—Los inuit creen que son los espíritus de los muertos —repuso Marshall.

—Es verdad —dijo el hombre de la barba recortada—. Y no son particularmente amistosos. Usan el cielo para jugar a béisbol con cráneos humanos. Según la leyenda, si silbas durante una aurora boreal, esos espíritus pueden bajar y quitarte la cabeza.

Ekberg se estremeció.

—Entonces que no silbe nadie, por favor.

Marshall miró al recién llegado con curiosidad.

—No lo sabía.

—Yo tampoco, hasta mi escala en Yellowknife. —El hombre de la barba señaló al camionero con la cabeza—. Allí fue donde el amigo se ofreció a traerme hasta aquí.

Marshall se rio.

—Pues al bajar del camión no parecía muy contento.

El hombre de la barba sonrió un poco. Ya se había rehecho de un viaje

que a todas luces había resultado angustioso.

—En aquel momento parecía buena idea. —Tendió la mano—. Me llamo Logan.

Lo mismo hizo el camionero.

—Y yo Carradine.

Marshall se presentó a sí mismo y luego a Ekberg.

—No sé por qué, pero me parece que usted no es de por aquí —dijo al camionero.

—Pues le parece bien. Cabo Coral, Florida. Aquí pagan muy bien, pero, aparte de eso, Alaska está llena de cosas que no me hacen ninguna falta.

—¿Y puede precisar esas cosas que no le hacen falta? —preguntó Ekberg.

—Nieve. Hielo. Y hombres. Sobre todo hombres con camisa roja de franela.

—Hombres —repitió Ekberg.

—Sí. Hay demasiados. Aquí la proporción de hombres y mujeres es de diez a una. Dicen que si hay una mujer interesada, tiene muchas posibilidades, pero pocas buenas.

Todos se rieron.

—Tengo que volver a la base —dijo Logan—. Por lo visto, no han llegado a tiempo mis cartas de presentación y el bueno del sargento González necesita que le explique mi presencia aquí. Encantado de conocerles.

Les saludó con la cabeza y fue hacia la entrada principal.

Vieron cómo se iba.

—No le he reconocido —dijo Ekberg al camionero—. ¿Es del séquito de Ashleigh?

—No, va solo —contestó Carradine.

—¿Y qué hace aquí?

Se encogió de hombros.

—A mí me ha dicho que era profesor; se ha presentado como enigmólogo.

—¿Como qué? —preguntó Marshall.

—Enigmólogo.

—¿Así que es de los suyos? —preguntó Ekberg, volviéndose hacia

Marshall.

—En absoluto —contestó él—. No tengo ni idea de quién es.

Volvió a mirar a su alrededor. Se palpaba una agitación que ni siquiera el extraño espectáculo de luz lograba explicar. A pesar del frenesí, digno de un hormiguero, parecía que todo se ajustara a las previsiones. Ya había empezado la fusión del bloque, cuidadosamente calculada: de vez en cuando, Marshall veía que caía una gota de hielo derretido del suelo de la cámara. Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, coincidiendo con la hora de máxima audiencia en la costa Este, empezarían a filmar para retransmitir el documental en directo. Abrirían la cámara al final. Luego, Marshall cayó en la cuenta de pronto, se iría el equipo de rodaje, volvería la calma al monte Fear y las últimas dos semanas de su estancia podría trabajar como siempre.

Tenía unas ganas enormes de recuperar esa calma, pero no podía negar que aquella noche ocurría algo especial, algo único y emocionante en lo que, absurdamente, le alegraba participar.

Davis bajó de su caravana en compañía de Conti, de su asistente y de un tipo de publicidad. Fueron hacia un pequeño claro que había cerca del antiguo puesto de control, donde les esperaban Fortnum, Toussaint, el técnico de luces y el jefe de montadores del equipo.

—¿Seguro que no tienes frío? —oyó preguntar Marshall a Conti, adulator.

—Tranquilo, cariño —dijo Davis con voz de mártir y resignación heroica. Había cambiado el traje caro de pieles por un anorak de plumas muy elegante de Marmot.

—No creo que la toma dure más de diez minutos —dijo Conti—. Ya hemos filmado los planos de truca y los fondos.

Pasaron de largo sin mirar a Marshall ni a Ekberg.

—En fin, será mejor que haga algo de provecho —dijo esta última—. Luego les veré.

Se puso al lado del publicista al final de la pequeña comitiva.

Carradine sonrió y sacudió la cabeza. Estaba mascando un chicle enorme, que le hinchaba una mejilla como la de un hámster.

—¿Qué le parece? ¿Nos quedamos a ver el numerito?

—Si puede soportar el frío... —contestó Marshall, señalando con la

cabeza la fina camisa del camionero.

—¡Vamos, hombre, si no hace frío! Busquemos dos butacas en primera fila.

Carradine cogió dos cajas de madera, las puso encima de la nieve, se sentó en una y, con un gesto ceremonioso, invitó a Marshall a ocupar la otra.

Hubo un último momento de ajetreo en el control de seguridad; se encendieron las luces, Ekberg hizo una prueba con el teleprompter, acabaron de comprobar el sonido y dieron los últimos retoques a la nariz de Davis antes de que ella echara con malos modos a la maquilladora. Después se oyó el chasquido de una claqueta, Conti gritó «¡acción!» y las cámaras empezaron a rodar. La expresión irritada se borró de inmediato de la cara de Davis; en su lugar apareció una sonrisa deslumbrante y una expresión que conseguía ser al mismo tiempo entusiasta, dramática y seductora.

—Casi es la hora —dijo sin aliento a los cámaras, como si llevase toda la semana bregando con ellos—. Dentro de menos de veinticuatro horas se abrirá la cámara y quedará resuelto el misterio primigenio. Y, como si la misma naturaleza entendiese la gravedad de este momento, nos ha obsequiado con una aurora boreal completamente inusitada, que no tiene nada que envidiar a ninguna otra en encanto y espectacularidad...

## 15

Aunque la base Fear estaba relativamente en calma (todos se habían acostado temprano en previsión de un día de mucho trabajo), Marshall pasó tan mala noche como siempre, dando vueltas en su espartano catre. No conseguía sentirse cómodo de ninguna manera. Si se tapaba con la sábana, tenía demasiado calor; si se la quitaba, le entraba frío. De vez en cuando sentía espasmos en los músculos de los brazos y las piernas, como si no pudieran relajarse, y no lograba rehuir la sensación de que, a pesar de que todo indicase lo contrario, algo iba mal.

Por fin se durmió, o dormitó, mientras por su campo interno de visión pasaban despacio una serie de imágenes perturbadoras. Estaba en el exterior, caminando solo por el permafrost, bajo la extraña y furibunda aurora boreal. Estaba más baja que nunca, tanto que parecía aplastarle los hombros. Seguía caminando, mirándola con una mezcla de sobrecogimiento y desazón. De pronto se paraba, con el ceño fruncido de sorpresa. Delante de él, la aurora boreal llegaba realmente a tocar el suelo, helado y agrietado; por aquí y por allá corrían gotitas viscosas, como la cera de una vela al inclinarla. Las formas aumentaban de tamaño ante su vista, adquiriendo perfil y solidez. Aparecían piernas y brazos. Hubo un momento pavoroso de estatismo. Después empezaron a acercarse, primero despacio y luego más deprisa. Había algo horrible en su forma de moverse, con esos cuerpos que se hinchaban y se deshinchaban; el ansia manifiesta con que tendían hacia él sus manos muy abiertas era horrible. Marshall se volvió para echar a correr, pero de repente no podía mover sus pies de plomo debido a esa horrible e insidiosa parálisis de las pesadillas...

Se incorporó, sobresaltado. Sudaba y tenía la manta enroscada como una

mortaja. Miró fijamente hacia ambos lados, abriendo mucho los ojos en la oscuridad mientras intentaba respirar más despacio y esperaba a que se disiparan los restos del sueño.

Al cabo de un minuto, miró su reloj: las cinco menos cuarto.

—Mierda —murmuró, dejándose caer sobre la almohada húmeda.

Ya no volvería a dormir, al menos esa noche. Se incorporó otra vez. Después se levantó, se vistió de prisa en la penumbra de su dormitorio y salió al pasillo sigilosamente.

El silencio de la base le recordó el de las primeras noches, cuando los pasillos laberínticos y los espacios que llevaban tanto tiempo abandonados abrumaban al pequeño grupo de científicos. Sus pasos resonaban en el suelo de acero. Sintió el impulso ridículo de ir de puntillas. Salió de la zona de los dormitorios, pasó al lado de los laboratorios, el comedor y la cocina, y se metió por un pasillo que llevaba a una parte de la base que nunca habían usado: un laberinto de salas de material y puestos de observación. Se paró. Se oía música, muy lejos; notas casi imperceptibles que atribuyó a algún reproductor de CD, ya que había poquísimas emisoras de radio en ochocientos kilómetros a la redonda y solían ocuparse únicamente del precio del carburante y del celo anual de los alces.

Se adentró en el laberinto de puestos de escucha, con las manos en los bolsillos. No lograba sacudirse de encima una agobiante sensación de mal agüero; por el contrario, parecía aumentar. Tenía la certeza (perversa, dado el emocionante día que se avecinaba) de que estaba a punto de ocurrir algo horrible.

Se paró otra vez. La base, claustrofóbica y sumida en un silencio expectante, no hacía más que exacerbar su estado de ánimo. Se volvió impulsivamente, regresó sobre sus pasos y subió al nivel más alto por una escalera. Después de salir al patio y pasar junto al puesto de vigilancia, cruzó la zona de almacenamiento temporal, poniéndose la parka. Solo habían pasado ocho horas desde su última salida, pero no estaba de humor para permanecer ni un minuto más en aquella base infestada de sombras. Cogió al vuelo una linterna, se cerró la cremallera de la parka, abrió la puerta y salió al exterior.

Le sorprendió que la aurora boreal se hubiera intensificado aún más;

ahora era de un rojo pastoso, que latía y palpitaba, convirtiendo toda la plataforma (con sus cobertizos temporales y sus barracas Quonset, sus tiendas de campaña y sus reservas de material) en un paisaje monocromático y extraterrestre. Se guardó la linterna en un bolsillo. Se había levantado un fuerte viento que sacudía las lonas sueltas y las cuerdas atadas de cualquier manera, pero no era explicación suficiente para los extraños chisporroteos y gemidos que habría jurado que procedían de la misma aurora boreal.

También había otro detalle peculiar, aunque tardó un poco en identificarlo. El viento, en su mejilla, casi era caliente. Daba la sensación de que la Zona estuviera recibiendo la brusca visita de una falsa primavera. Bajó despacio la cremallera de la parka; había hecho mal en no mirar el termómetro al salir.

Caminó entre las construcciones bajas, la mitad de las cuales se recortaban en un fondo rojo sangre, mientras que la otra mitad estaba medio a oscuras. En ese momento oyó que algo crujía en el pequeño bosque de anejos de delante.

Se detuvo en la penumbra carmesí. ¿Había alguien fuera, aparte de él?

Todos estaban acostados en la base: los científicos, el equipo de rodaje y la nueva y misteriosa incorporación, Logan. Las únicas excepciones eran Davis, en su enorme caravana, y Carradine, el camionero. Echó un vistazo hacia la caravana de Davis. Estaba oscura, con todas las luces apagadas.

—Carradine... —dijo en voz baja.

Se oyó otro crujido.

Marshall dio un paso y salió entre dos tiendas de material. Ya se veía el abultado tráiler de Carradine. Miró la parte trasera de la cabina, donde estaba el «dormitorio». Tampoco había luz en las ventanas.

Se quedó inmóvil, escuchando atentamente. Oyó el aullido lúgubre del viento, el zumbido grave de los motores diésel del generador, el rumor del generador auxiliar de la caravana de Davis y, de vez en cuando, los fantasmagóricos murmullos y gemidos que parecían proceder de la misma aurora boreal. Nada más.

Sacudió la cabeza, sonriendo a su pesar. En vísperas de lo que prometía ser uno de los días más memorables de su vida... y él perdiendo los nervios por una pesadilla. Decidió llegar hasta la cerca, rodearla y regresar a su



laboratorio. Aunque no pudiera hacer nada de provecho, al menos lo intentaría. Enderezó los hombros y dio un paso más.

Otra vez el crujido. Desde donde estaba, Marshall se orientó. Llegaba de la zona de la cámara.

Se acercó despacio. La cámara estaba aislada, con una de sus paredes recortada en un halo de luz antinatural y el resto a oscuras. No le hizo falta la linterna para ver cómo brillaba el agua por debajo. Evidentemente, ya estaba en marcha el proceso de fusión. Al día siguiente aquel contenedor de acero (y su contenido) serían la estrella del programa. Sacó la linterna del bolsillo y la enfocó en la construcción plateada.

En ese momento volvió a oír el crujido, más fuerte que antes. Armado con la linterna, identificó el origen: un trozo de madera suelta que colgaba en el espacio de un metro que había debajo de la cámara.

Frunció el entrecejo. «Chapuceros —pensó—. Habrá que arreglarlo antes de que Conti y su espectáculo de variedades estén en el aire.» A menos que se hubiera desprendido algo en la estructura. El viento hacía oscilar la plancha justo encima del charco de agua sucia...

Pero no era lo único raro. Más que un charco, parecía un lago; un lago lleno de trozos de hielo sucio.

Se acercó, se puso en cuclillas y enfocó la linterna en el charco de hielo derretido. Después la levantó hacia la madera suelta, observando extrañado. El viento la hizo crujir otra vez. Tenía la punta muy astillada. Deslizó el haz por la plancha, lentamente, hacia el suelo de la cámara.

Había un agujero en la madera, un agujero grande, circular y tosco; y aunque la luz de la linterna se moviera, Marshall vio con claridad que la cámara estaba vacía.

## 16

En media hora, la adormilada base Fear se despertó al completo. Marshall estaba sentado en una vieja silla plegable del Centro de Operaciones del Nivel B, donde se encontraban prácticamente todos los demás, la única sala lo bastante grande para que cupiera tanta gente. Miró las caras. Algunas, como las de Sully y Ekberg, parecían atónitas. Otras no lograban disimular sus ojos rojos. Fortnum, el director de fotografía, inclinaba la cabeza y abría y cerraba los puños.

Se habían reunido a petición de Wolff, el representante de la cadena. Marshall pensó que en realidad sus palabras no habían sonado a petición, sino a orden.

Al enterarse de la noticia, Emilio Conti se había quedado estupefacto, casi paralizado por ese brusco revés de la fortuna, pero ahora, mientras observaba el ir y venir del director frente al semicírculo de sillas, Marshall reconoció otra emoción en la cara de aquel hombre bajito: una rabia desesperada.

—Primero —espetó Conti—: los hechos. Entre las doce y las cinco de la madrugada han entrado en la cámara y se han llevado el activo —dijo la palabra como si la mordiera—. Lo han robado. Lo ha descubierto el doctor Marshall, aquí presente. —Conti le lanzó una mirada, con un brillo de desconfianza en sus ojos negros—. He hablado con la dirección de Terra Prime y con Blackpool, y en estas circunstancias no tienen elección: se ha cancelado el programa en directo. En su lugar, repondrán *Desde los mares fatales*. —Casi lo escupió—. Tendrán que compensar a los patrocinadores con doce millones de dólares en concepto de publicidad no emitida, aparte de los ocho millones que se han gastado para preparar todo esto.

Se paró, les miró a todos furioso y siguió caminando.

—Hasta aquí los hechos. Pasemos a las hipótesis. Hay un topo entre nosotros. Alguien a sueldo de la competencia. O alguien que trabaja para un intermediario, un marchante de artículos exóticos relacionado con museos o coleccionistas ricos del extranjero.

Penny Barbour, que estaba al lado de Marshall, se burló entre dientes.

—Qué chorrada —murmuró.

—¿Chorrada? —Conti le plantó cara—. No sería la primera vez. Esto no es solo un objeto. Es un producto.

—¿Un producto? —se sorprendió Barbour—. ¿De qué habla?

—Hablamos de un producto. —Fue Wolff quien contestó. El enlace de cadena estaba al fondo de la sala, al lado del sargento González, de pie, con los brazos cruzados y un palito de plástico para café en la boca—. Algo más que un simple entretenimiento para una sola noche. Un bien que la cadena puede explotar indefinidamente. Algo que podría destinar a diversos usos: exposición itinerante en varios museos, prestarlo a universidades y centros de investigación, usarlo para otros programas... Hasta podría llegar a ser un icono de la cadena o su mascota, quién sabe.

«Mascota», se dijo Marshall. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo ambiciosos que eran los planes de Blackpool para el felino congelado.

Cuando Wolff se adelantó, Conti dejó de caminar y se puso a su lado.

—La cadena Terra Prime forma parte de una comunidad muy reducida —añadió Wolff—. Aunque nos hayamos esforzado tanto en no airear nada, sabíamos que la noticia podía filtrarse; sin embargo, confiábamos en que nuestro proceso de autorización erradicase a cualquier persona que no fuera completamente fiable. —Se acercó una mano a los labios y sacó el palito—. Parece que nuestra confianza era injustificada.

Marshall se fijó en que casi todo el equipo de rodaje escuchaba con la cabeza bajada. Los únicos que parecían sorprendidos por aquel tono de intriga eran sus colegas, los científicos.

—¿Qué quiere decir exactamente? —preguntó Sully.

—Un momento. —Wolff se volvió hacia el sargento—. ¿Ya ha acabado el recuento?

González asintió con la cabeza.

—¿Falta alguien?

—Solo uno, el que llegó hace poco, el doctor Logan. Ahora mismo mis hombres le están buscando.

—¿Y los demás? ¿El personal de la cadena y los miembros de la expedición?

—Están todos aquí.

Hasta entonces Wolff no miró a Sully.

—Quiero decir que tenemos razones para sospechar que en esta base hay alguien que ha cobrado para poner el espécimen en manos de terceros. O se pactó antes de que llegásemos o se estableció el contacto después. Revisaremos todas las comunicaciones entrantes y salientes de la base Fear durante las últimas setenta y cuatro horas para averiguarlo.

—Creía que lo tenían todo estrictamente controlado —dijo Marshall—. El proceso de fusión, la seguridad... Todo. ¿Cómo han podido hacerlo?

—Aún no lo sabemos —repuso Wolff—, Parece que han acelerado la fusión. Evidentemente, estaríamos hablando de la misma persona que se ha apoderado del cuerpo. Era un proceso totalmente automático, con un generador auxiliar... Sin manipulación externa era imposible que saliera algo mal. Hemos buscado al otro lado de la cerca y no hay ningún rastro de que un avión haya aterrizado o despegado durante la noche. Por lo tanto, el activo sigue aquí.

—¿Y las huellas? —dijo alguien—. ¿No pueden seguir las?

—Alrededor de la cámara, donde se ha deshecho el hielo, hay tantas huellas en el suelo que sería imposible —dijo Wolff—. Por lo demás, el permafrost es demasiado duro para que queden huellas.

—Si lo ha robado alguien, ¿por qué no se ha ido en el Sno-Cat? —preguntó Marshall—. Las llaves están en la sala de aclimatación. Podría cogerlas cualquiera.

—Demasiado llamativo. Y demasiado lento. El ladrón usaría un avión. —Conti miró a su alrededor—. Vamos a registrar las pertenencias de todo el mundo y su alojamiento. Todo.

Wolff posó en González su mirada, extrañamente inexpresiva.

—¿Tiene usted los planos de la base Fear, sargento?

—Los de las alas central y sur sí.

—¿Y la otra ala, la norte?

—Es de acceso restringido; está cerrada a cal y canto.

—¿Podría haber entrado alguien?

—Rotundamente no.

Wolff se quedó callado, mirando al sargento como si se le hubiera ocurrido una idea nueva.

—Tráigame todo lo que pueda, por favor. —Miró a todos—. Cuando termine esta reunión, quiero que vuelvan a sus habitaciones. Intentaremos que el registro sea lo más rápido posible. Mientras tanto, presten mucha atención y si ven algo sospechoso, cualquier actividad, conversación, transmisión o lo que sea, vengan a verme.

Marshall miró a Wolff, luego a Conti y otra vez a Wolff. No estaba seguro de qué le sorprendía más: la implícita afirmación de una traición o la rapidez con la que Wolff tomaba medidas en ese sentido.

Ashleigh Davis había permanecido sentada todo el rato en primera fila, desconsolada, con las piernas cruzadas formando un ángulo agudo. Llevaba una lujosa bata de seda debajo del abrigo de pieles, y la melena rubia alborotada.

—Espero que os divirtáis jugando a policías —dijo—. Mientras tanto, Emilio, ¿harías el favor de prepararme un vuelo para Nueva York lo antes posible? Si ha fallado lo del tigre, aún tengo alguna posibilidad de presentar el especial sobre el blanqueamiento de la Gran Bandera de Coral.

—Barrera —la rectificó Marshall.

Davis le miró.

—La Gran Barrera de Coral.

—Tengo a alguien trabajando en la cuestión del transporte —dijo Wolff, con una mirada de advertencia a Marshall—. A propósito, señora Davis, esta noche quienes más cerca estaban de la cámara eran usted y el señor... esto... Carradine. ¿Han oído o visto algo fuera de lo normal?

—Nada —contestó Davis, como si le molestara ser mencionada en el mismo aliento que el camionero.

—¿Y usted?

Wolff miró a Carradine. El camionero, que había inclinado la silla hacia atrás en un ángulo peligroso, se limitó a encogerse de hombros.

—Cuando termine la reunión, me gustaría hablar con los dos. —Wolff

miró a Marshall—. Y con usted también.

—¿Conmigo? ¿Por qué? —preguntó Marshall.

—Es quien ha informado del robo —contestó Wolff, como si solo por eso ya fuera el principal sospechoso.

—Un momento —intervino Sully—. ¿Y el que acaba de llegar, el doctor Logan? ¿Por qué no está aquí?

—Vamos a investigarlo.

—Una cosa es dar órdenes y recluir a todo el mundo en sus habitaciones, y otra pretender interrogar a mi equipo sin mi permiso.

—Su «equipo» —replicó Wolff— será el primero en ser interrogado. Son los únicos que están aquí sin haber pasado previamente por ningún filtro de la cadena.

—Logan tampoco lo ha pasado, ¿no es cierto? Además, ¿qué tienen que ver aquí los filtros?

Por lo visto, haber perdido de golpe cualquier posibilidad de inmortalidad televisiva (sumado a que aquel burócrata hubiera invadido su terreno) había vuelto a despertar el pundonor profesional de Sully.

—Tiene mucho que ver —contestó Wolff—. La magnitud de este hallazgo, no solo en términos científicos, sino de carreras científicas...

Sully abrió la boca y volvió a cerrarla. Se sonrojó hasta las orejas.

—Creo que con eso ya es suficiente. —Wolff miró a Conti—. ¿Desea añadir algo más?

—Solo una cosa más —dijo el productor—: hace veinte minutos he hablado por teléfono con el presidente del Blackpool Entertainment Group. Ha sido una de las conversaciones más desagradables de mi vida. —Paseó la mirada por toda la sala—. Ahora me dirijo a la persona o personas que han hecho esto, ya se darán ellas por aludidas. Blackpool considera incalculable el valor de este descubrimiento y, en consecuencia, considera que su desaparición es un delito gravísimo.

Hizo otra pausa.

—Este robo no manchará toda mi obra. Repito: no permitiré que la manche. El activo está aquí y no tendréis ninguna posibilidad de llevároslo. Lo encontraremos, reajustaremos el documental y acabaremos haciendo una obra de arte todavía mayor.

## 17

Marshall subió muy despacio por los escalones de metal. Era una escalera estrecha y oscura, iluminada por un solo fluorescente. Las bombillas eran un bien escaso y ni siquiera la presencia del equipo de rodaje impedía que gran parte de la base permaneciera completamente a oscuras.

Nunca en su vida había estado tan cansado, pero no era un cansancio físico, sino un agotamiento emocional absoluto. También lo había visto en los semblantes tensos de los demás. Después de tantos esfuerzos y preparativos, aquella desaparición, brusca e inexplicable, había dejado estupefacto a todo el mundo. En toda la base flotaba una pregunta: ¿quién había sido?

Se paró al final de la escalera, delante de una puerta cerrada, sin ventanas. Miró su reloj: las ocho y cinco. Habían pasado quince horas desde que habían descubierto que el felino había desaparecido; quince horas interminables y horribles, cargadas de desconfianza, sospechas e incertidumbre. Y ahora, justo después de cenar, recibía un email de Faraday: «Ahora mismo en la sala de mapas».

Puso la mano en el pomo y lo empujó. Al otro lado apareció una sala larga y baja, que parecía la torre de control de un aeropuerto. Había ventanas en las cuatro paredes, con vistas al hielo infinito de la Zona. La sala estaba tan oscura como la escalera. La poca luz se reflejaba en los visores de una docena de radares obsoletos, dispuestos en filas regulares. En cada rincón una pantalla antigua, de un metro y medio de alto, estaba colocada en diagonal; delante de cada pantalla había un proyector lleno de polvo que llevaba casi medio siglo en desuso.

Era el Puesto de Mando de los Mapas por Radar y de Vigilancia Aérea, más conocido como sala de mapas: el centro neurálgico de la base Fear y la

construcción más alta del complejo. Al observar a su alrededor vio tres siluetas en la penumbra, sentadas en torno a una mesa de reuniones: Sully, Barbour y Chen. Chen le saludó con un gesto lánguido. Sully, que tenía los codos apoyados en las rodillas, y la barbilla en las manos, levantó la vista al oír la puerta, pero la bajó enseguida al suelo.

Allí era donde se reunían tres veces por semana, sin falta, para contrastar el estado de las investigaciones. Ya no se acordaba nadie de quién había elegido la sala de mapas, pero a los pocos días de su llegada aquel entorno tan insólito ya había pasado a formar parte de un ritual fijo. Esta vez, sin embargo, no se trataba de ninguna formalidad. Faraday quería hablar urgentemente con ellos.

Entonces se abrió otra vez la puerta y entró Faraday con una carpeta fina bajo el brazo. Las facciones del biólogo no reflejaban su ensimismamiento habitual. Pasó rápidamente al lado de los radares y se sentó entre Sully y Chen.

Al principio nadie dijo nada, hasta que Barbour carraspeó.

—¿Así, qué, tenemos que largarnos?

No hubo respuesta.

—Al menos es lo que me ha dicho el marica de Conti; él y su guardia de asalto.

—Solo quedan dos semanas para terminar el proyecto —dijo Marshall—. Aunque nos corten la subvención, la burocracia es lenta; así que tendremos tiempo de acabar.

No parecía que Barbour le hubiera oído.

—Ha metido sus manazas en todos mis cajones. Dice que hemos sido nosotros. Que estamos compinchados. Que queremos quedarnos el espécimen para la universidad.

—No le hagas caso, Penny —replicó Sully—. Le da a quien tiene delante.

—No me dejaba en paz. Y dale, una y otra vez... ¡Dios!

Barbour se tapó la cara con las manos. De repente le temblaba todo el cuerpo por el llanto.

Marshall se apresuró a pasarle un brazo por los hombros.

—Desgraciado —murmuró Sully.

—Quizá podamos encontrarlo nosotros —dijo Chen—. O a la persona



que lo ha robado. No puede andar muy lejos. Es más, aún tiene que estar aquí. Entonces nos dejarían en paz y podrían recuperar su programa.

Barbour se sorbió la nariz y se quitó de encima el brazo de Marshall suavemente.

—Todo lo que podemos hacer ya lo está haciendo Wolff —dijo Sully—. Además, dudo que se fíe de nosotros. Lo ha dejado muy claro. No sé por qué tiene esta fijación contra nosotros. El que sí parece culpable es el doctor Logan. ¿Vosotros creéis que es una coincidencia que llegara justo ayer? ¿Y por qué no estaba en la reunión?

—Es cierto, ¿por qué? —contestó Marshall, que se había hecho la misma pregunta.

—Antes, en mi habitación, me he metido en internet para matar el tiempo y he buscado a Jeremy Logan. Parece que es profesor de historia medieval en Yale. El año pasado publicó una monografía sobre un trastorno genético que afectaba a la realeza del Antiguo Egipto. El año anterior, una monografía sobre un fenómeno espectral en Salem, Massachusetts. «Fenómenos espectrales» —dijo Sully con desprecio—. ¿A vosotros os suena a profesor de historia?

Como nadie contestaba, suspiró y miró a su alrededor.

—Pero, en fin, especulando no llegaremos a ningún sitio. Wright, ¿para qué querías vernos? ¿Cuál es la teoría de turno?

Faraday le miró.

—No es una teoría —dijo—; solo unas fotos.

Sully gimió.

—¿Otra vez con las fotos? ¿Para eso nos has hecho venir? ¿Sabes que te has equivocado de profesión?

Faraday no le hizo caso.

—Después de que Evan nos diera la noticia del robo, y cuando por fin se me había pasado el susto, fui a la cámara. La puerta estaba abierta, como si ya no le importase a nadie. Así que hice unas fotos.

Sully frunció el ceño.

—¿Por qué?

—¿Por qué hice fotos? Para documentación. —Faraday hizo una pausa—. Parecía que Conti ya nos echara la culpa, así que pensé que quizá... que

quizá encontrarse alguna prueba de nuestra inocencia. No he tenido ocasión de imprimirlas hasta hace una hora, más o menos.

Abrió la carpeta, sacó media docena de fotos de quince por veinte y se las pasó a Sully. El climatólogo las miró por encima antes de dárselas a Marshall. Era evidente que no le habían impresionado demasiado.

La primera foto era del interior de la cámara y estaba borrosa. Aparte de los trozos y bloques de hielo que cubrían el suelo, solo se veía el calefactor del fondo y el agujero grande entre las vigas. Marshall pasó a la segunda foto, que era más nítida: un primer plano del agujero propiamente dicho.

—¿Y? —preguntó Sully.

—La gente decía que el ladrón tenía que haberse metido por debajo de la cámara. —Faraday se quitó las gafas y se las empezó a limpiar con el puño de la camisa—. Y cortar el bloque de hielo con una sierra de arco.

—Sí, lo hemos oído todos. ¿Y qué?

—¿Has visto la foto del agujero? Fíjate en las estrías.

—¿Qué estrías?

—Las marcas de la sierra. Si hubieran entrado en la cámara desde abajo, las marcas deberían ir de abajo hacia arriba, pero al examinar de cerca los bordes del agujero he visto lo contrario: las marcas van de arriba abajo.

—Déjame ver. —Sully cogió las fotos a Marshall y las miró con atención—. Yo no veo nada.

—¿Me permites?

Marshall las recuperó y volvió a mirar el primer plano. Aunque la luz intensa de la cámara se reflejaba en la pintura plateada, vio enseguida que Faraday tenía razón: las astillas no apuntaban hacia arriba, sino que eran claramente descendentes.

—Quienquiera que haya entrado no lo ha hecho por debajo —dijo—. Han serrado desde dentro.

Sully hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—Wolff os ha afectado. Veis alucinaciones.

—No, está muy claro. —Marshall miró a Faraday—. ¿Sabes qué significa?

Faraday asintió.

—Significa que quien ha robado el felino conocía la combinación de la

cámara.

## 18

Hasta entonces Marshall nunca había pasado del umbral de la espaciosa suite de Conti, pero cuando el director le indicó con gestos que entrase entendió enseguida la razón de que no se hubiera adueñado solo de la vivienda del comandante, sino también de la del subcomandante. Las habitaciones del Nivel C, laberínticas pero espartanas, se habían convertido en un salón enorme y opulento. Los sofás de piel, las banquetas de terciopelo y las otomanas de felpa se alternaban sobre las caras alfombras persas. Las tristes paredes de metal estaban camufladas mediante cortinajes y cuadros posmodernos con marcos discretos. El protagonismo recaía en una gigantesca pantalla LCD de cien pulgadas, situada al fondo, detrás de varias hileras de sillas que tapaban la base; un cine privado para ver copias de trabajo, películas y (Marshall estaba seguro de ello) los Grandes Éxitos de Emilio Conti.

El director estuvo amable, incluso parecía de buen humor; el único indicio de que llevara treinta y seis horas sin dormir eran las manchas de un negro azulado de debajo de los ojos.

—Buenos días, doctor Marshall —dijo, sonriendo—. Buenos días. Adelante, por favor. Las siete y media. Perfecto. Siempre agradezco la puntualidad. —Estaba viendo algo en la pantalla gigante, algo en blanco y negro y con un poco de grano, pero lo apagó enseguida con un mando a distancia—. Siéntese, por favor.

Acompañó a Marshall a través de la sala. Al otro lado de una puerta abierta se veía una mesita de reuniones, rodeada de sillas de oficina ergonómicas. En el rincón del fondo había una movióla con tiras de película colgando de las bobinas. Mientras la miraba fijamente, Marshall se preguntó

si aquel anacronismo formaba parte del trabajo de Conti o era una pose de director.

Conti tomó asiento frente a la pantalla y le invitó por señas a hacer lo mismo.

—¿Qué le parece mi salita de proyección? —preguntó sin dejar de sonreír.

—Vi cómo la traían en avión —dijo Marshall, señalando la pantalla con la cabeza—. Supuse que era alguna herramienta imprescindible para hacer documentales.

—Y es imprescindible, desde luego —respondió Conti—. No solo para montar mi película, sino para conservar la cordura. —Movi6 las manos, señalando dos estanterías llenas de DVD, una a cada lado de la pantalla—. ¿Ve todo aquello? Es mi biblioteca de referencia. Las mejores películas que se han hecho: las más bonitas, las más innovadoras, las que más hacen pensar... *El acorazado Potemkin, Intolerancia, Rasbomon, Perdición, La aventura, El séptimo sello...* Están todas. Nunca viajo sin ellas.

Pero son algo más que un simple consuelo, doctor Marshall; son mi oráculo, mi templo deífico. Hay quien busca inspiración en la Biblia, y otros en el I Ching. Yo tengo esto. Y nunca me falla. Esta misma, por ejemplo.

Conti reanudó la película pulsando de nuevo en el mando a distancia.

El eterno rictus de preocupación de Víctor Mature llenó toda la pantalla.

—*El beso de la muerte*. ¿La conoce?

Marshall sacudió la cabeza.

Conti bajó el volumen hasta que casi no se oía.

—Una obra maestra de 1947 olvidada. Esta película consagró a Henry Hathaway; aunque seguro que ya conoce a Hathaway: *La casa de la calle 92, 13 Rue Madeleine...* El caso es que al protagonista de la película, Nick Bianco... —Conti señaló a Mature, cuyo semblante exagerado ahora aparecía enmarcado tras los barrotes de una cárcel—. Le mandan a Sing Sing por un delito leve, pero su abogado, que no tiene escrúpulos, le engaña. Para obtener la libertad condicional, hace un pacto con el fiscal: acepta delatar a un asesino psicópata que se llama Tommy Udo.

—Parece interesante.

—Se queda usted corto. Aparte de ser una excelente película, es

exactamente la solución de mi problema.

Marshall frunció el ceño.

—Me he perdido.

—Cuando descubrimos que el felino no estaba, casi me dio un ataque de pánico. Tenía miedo de que estuviera en peligro mi documental, e incluso toda mi carrera. Puede imaginar lo que sentí. Tenía que ser mi non plus ultra, lo que me elevara a la altura de Eisenstein.

«¿Por un documental en hora de máxima audiencia?», pensó Marshall. Decidió callárselo.

—Me he pasado la mitad de la noche dando vueltas, preocupándome y discurrendo qué hacer. Luego he recurrido a esto. —Señaló las estanterías—. Y como siempre, me han dado la respuesta que necesitaba.

Marshall siguió escuchando, mientras Conti movía otra vez la cabeza en dirección a la pantalla.

—Resulta que *El beso de la muerte* es lo que se llama un «docunoir», un híbrido de documental y cine negro. Un concepto muy interesante. Muy revolucionario.

Cuando Conti se volvió hacia Marshall, la luz de la pantalla dibujó un claroscuro en el contorno de su cara.

—Ayer, en caliente, estaba seguro de que había sido un robo. Pero he tenido tiempo de pensar y ya no me lo parece. Ahora estoy convencido de que ha sido un sabotaje.

—¿Un sabotaje?

Conti asintió.

—Por muy valioso que sea el felino, la logística necesaria para sacarlo de la base, para hacerlo desaparecer, no cuadra. —Empezó a enumerar con las puntas de los dedos—. Los ladrones (que tienen que ser como mínimo dos porque el activo pesa demasiado para una sola persona) necesitarían algún tipo de transporte. Sería imposible esconderlo. Y si alguien se fuera antes de tiempo, lo sabríamos.

—¿Y Carradine, el camionero? No solo tiene un medio de transporte, sino que ha sido de los últimos en llegar.

—Han registrado a fondo su cabina y puede responder de todos sus movimientos. Como le decía, robar el felino sería de una dificultad

insuperable. En cambio, si lo único que se quisiera fuese parar el documental y que el rodaje se fuera... —Se encogió de hombros—. Bastaría con tirar el cadáver por algún barranco y no se enteraría nadie.

—¿Quién podría querer hacer algo así? —preguntó Marshall.

Conti le miró.

—Usted.

Marshall se quedó sorprendido.

—¿Yo?

—Bueno, ustedes, los científicos. Podría ser usted en concreto, pero, bien pensado, creo que la opción más evidente es el doctor Sully. Parece bastante disgustado porque no le haya convertido en una de las estrellas de *Rescatando al tigre*.

Marshall sacudió la cabeza.

—Eso es absurdo. El documental tenía que emitirse ayer. Hoy ustedes ya se habrían ido. ¿Qué falta hacía un sabotaje?

—Sí, es verdad, yo me habría ido hoy, pero la posproducción de un rodaje, aunque no hubiera problemas, llevaría varios días más, y no digamos desmontar los escenarios y llevarse el material. Cuando entregué a Sully una previsión de fechas, no pareció muy contento que digamos. —Conti miró inquisitivamente a Marshall. Ya no sonreía—. Sully parece un hombre impulsivo. Usted no. Por eso acudo a usted. A pesar de nuestro encononazo del otro día, le tengo por una persona razonable. Se da cuenta de lo que está en juego, tal vez más que sus colegas. Así que... ¿dónde diablos está el felino?

Marshall le aguantó la mirada. A pesar de la expresión estudiada del director, era obvio que estaba buscando desesperadamente una manera de salvar la situación, fuera cual fuese.

—¿Y Logan? —preguntó Marshall, recordando la conversación de la tarde anterior en la sala de mapas—. Se presentó aquí de repente y nadie sabe qué quiere. Me han dicho que es profesor en Yale, profesor de historia. ¿No le parece raro y muy sospechoso?

—Sí que es raro; en realidad lo es tanto que tengo que descartarle como sospechoso. Es demasiado obvio. Además, ya se lo he dicho: yo no apuesto por un robo, sino por un sabotaje. Y el doctor Logan no tiene ningún motivo

para sabotear mi documental. Así que, ¿dónde está el felino? Seguro que Sully se lo ha dicho. ¿Se puede recuperar?

—A mí Sully no me ha dicho nada. Sigue usted una pista falsa. Debería buscar en su propio equipo.

Conti le miró con atención, mientras su expresión se diluía lentamente en algo muy parecido a la pena.

—Eso es trabajo de Wolff. —Suspiró—. Lo he pensado mucho y puedo hacerlo de dos maneras. Si encontramos el felino, puedo rodar la película que tenía prevista. Con mi habilidad, hasta sacaría ventaja de este retraso; le daría más emoción al asunto y conseguiría más audiencia. Todos ganan. La otra opción sería convertirlo en una novela policíaca.

Señaló la pantalla con el pulgar.

—Siempre he querido hacer una película de cine negro y ahora podría hacerla, con la diferencia de que la historia sería verídica. Una historia colosal, documentada a medida que se desarrolla en tiempo real: el sabotaje, la investigación, el triunfo final de la justicia... Sería una historia inmortal, doctor Marshall. Imagínese la publicidad para los personajes, positiva o negativa. Solo me falta el casting. Tengo que encontrar al protagonista... y al malo.

En la pantalla gigante Víctor Mature estaba cruzando una calle muy transitada, con el perfil de la ciudad como telón de fondo.

—Fíjese —dijo Conti—: un hombre cualquiera atrapado en algo que le supera. ¿Le recuerda a alguien?

Marshall no contestó.

Conti volvió a cambiar de postura.

—¿Qué me dice, doctor Marshall? ¿Actuará como Dios manda, se pondrá del lado de la poli y delatará al malo? ¿O hará algo... mucho más tonto?

Cuando Mature salió del encuadre, la cámara enfocó a otro personaje escondido en un callejón oscuro: pálido, delgado, vestido de negro, con corbata blanca y unos ojos extrañamente vacíos. Tommy Udo salió de su escondrijo, miró con cuidado a su alrededor y desapareció por la entrada de un edificio.

—Siempre me ha encantado Richard Widmark en este papel —dijo Conti—. Es tan bueno haciendo de psicópata... Sus gestos, su risa nerviosa de



hiena... Genial.

El asesino subía con sigilo por una escalera estrecha.

—Esperaba darle a usted el papel de Mature —dijo Conti—, pero ya no estoy tan seguro. Empieza a parecerse un poco más a Widmark.

El asesino había entrado en un apartamento y estaba frente a una anciana en silla de ruedas, aterrorizada.

—Es la madre de Nick Bianco —explicó Conti.

La cámara observaba con desapego monocromático cómo el hombre interrogaba y zarandeaba a la mujer. Ahora Widmark sonreía, con una sonrisa extraña, torcida, mientras cogía los mangos de la silla de ruedas y la sacaba al rellano del apartamento de mala muerte.

—Fíjese —dijo Conti—. Un momento imperecedero del cine.

Widmark (que seguía sonriendo como una calavera burlona con traje negro) colocaba la silla de ruedas al borde de la escalera. Una pausa brevísima. Después, con un empujón tan brusco como repentino, lanzaba la silla y a su ocupante a un viaje sin retorno hacia la perdición.

Conti paró la imagen de la cara convulsa de Widmark.

—Dentro de seis horas me llamarán de la cadena. Le doy cuatro para decidirse.

Marshall se levantó en silencio.

—Y no lo olvide, doctor Marshall: le daré un papel u otro.

## 19

Pocos días antes el comedor de oficiales estaba lleno de ruido y de bullicio, con un ambiente irresistible, más propio de una fiesta de estudiantes que de una base remota del ejército. Pero esa mañana su aspecto era el de un depósito de cadáveres. Había grupos formados por dos o tres personas que desayunaban apáticamente, casi sin hablar. Intercambiaban miradas furtivas, de recelo, como si el culpable pudiera ser cualquiera de ellos. Desde la puerta, Marshall pensó que así era: el culpable podía ser cualquiera de los que estaban en el comedor.

Posó la vista en una de las mesas del fondo, donde había un hombre solo leyendo un libro. Era rubio y delgado, con la barba muy bien recortada. Logan, el profesor de historia.

Se sirvió una rebanada de pan integral y una taza de té. Luego, respondiendo a un impulso, se sentó enfrente de Logan.

—Buenos días —dijo.

Logan dejó el libro (*Iluminaciones*, de Walter Benjamin) y miró al otro lado de la mesa.

—Eso está por ver.

—Tiene toda la razón.

Marshall abrió un tarrito individual de mermelada y untó su contenido en el pan.

—Supongo que para ellos es peor que para nosotros.

Logan señaló con la cabeza la mesa de al lado, ocupada por los dos fotógrafos, Fortnum y Toussaint, que estaban sentados muy tiesos, como conmocionados, moviendo unos huevos revueltos por el plato. Gran parte del equipo de rodaje estaba registrando la base y los alrededores en busca del

felino desaparecido.

—Exacto. A mí, de momento, no me han robado lo que me da de comer.

—Marshall se esmeró en adoptar un tono ligero—. ¿Y a usted?

Logan removió el café.

—No estoy entre los afectados.

—Me alivia oírse lo decir. Profesor, ¿verdad? ¿De historia medieval?

Removió más despacio.

—Así es.

—Es una época que me fascina. De hecho estoy leyendo una historia de la Contrarreforma.

Solo era verdad a medias. Su lectura nocturna era un libro sobre la Contrarreforma, en efecto, pero lo leía con la vana esperanza de que aquel texto, de una aridez inverosímil, le ayudara a conciliar el sueño.

Logan arqueó las cejas. Tenía unos ojos azules que a primera vista parecían casi somnolientos, pero que en realidad eran sutiles y penetrantes.

—Acabo de terminar un capítulo sobre el Concilio de Trento. Es increíble el impacto que tuvo en la liturgia católica.

Logan asintió con la cabeza.

—Y desde que se reunió por cuarta vez, en 1572, ¿verdad?, no ha habido ningún otro concilio tan influyente como aquel.

Logan dejó de remover, bebió un sorbo e hizo una mueca.

—Qué café tan espantoso.

—Debería pasarse al té. Es lo que he hecho yo.

—Tal vez lo haga. —Dejó la taza sobre la mesa—. Concilios de Trento hubo tres, no cuatro.

Marshall no contestó.

—Y el último fue en 1563, no en 1572.

Marshall sacudió la cabeza.

—Está visto que lo entendí mal, debía de estar más cansado de lo que pensaba.

Logan sonrió un poco.

—Tengo la sensación de que lo entendió muy bien.

Se hizo un silencio breve e incómodo. Después Marshall se rio, compungido.

—Tiene razón. Lo siento. La verdad es que he estado muy torpe.

—No se lo reprocho. Me presento de repente, con un trabajo de lo más raro y sin ninguna razón para estar aquí, e inmediatamente se descontrola todo.

—Es cierto, pero de todos modos no tenía ningún derecho a jugar con usted. —Marshall titubeó—. No es una excusa, pero acabo de tener una reunión muy desagradable con Conti.

—¿El director? Ayer por la tarde me dieron un buen repaso él y el pitbull de la cadena, Wolff. Nunca había visto a nadie tan paranoico.

—Sí, y lo peor es que se contagia. Yo acabo de recibir una buena dosis.

La cual aún tenía sus efectos: algunas de las cosas que había dicho Conti sobre Sully, en particular, eran más convincentes de lo que quería reconocer Marshall. Echó un vistazo a su reloj: le quedaban tres horas y media para decidirse.

Dio un mordisco a la tostada.

—Entonces, ¿por qué está aquí, si no le importa que se lo pregunte?

Logan apartó la taza.

—Órdenes del médico. Por el clima y todo eso...

Marshall sacudió la cabeza.

—Me lo merecía.

Se hizo de nuevo el silencio en la mesa, pero esta vez no fue particularmente tenso ni incómodo. Marshall se acabó la tostada. Sus sospechas sobre Logan se estaban disipando, no por ningún motivo lógico, más allá de la casi absoluta certeza de que el profesor era quien decía ser, sino porque aquel hombre tenía algo (cierto grado de franqueza) que hacía difícil sospechar de él.

Logan suspiró.

—Está bien, empecemos otra vez. Jeremy Logan.

Tendió amablemente la mano por encima de la mesa. Marshall se la estrechó.

—Evan Marshall.

Logan se apoyó en el respaldo y habló en voz baja.

—En lo que se refiere a mi investigación, tiendo a no enseñar demasiado mis cartas. Así avanzo más. Pero supongo que no hay ningún motivo para no

contárselo. Además, hasta podría ayudarme, siempre que no se lo comente a los demás.

—Trato hecho.

—Creo que, como se dará cuenta usted mismo, es mejor no hablar.

—Alguien me ha dicho que es usted enigmólogo. Nunca había oído esa... disciplina.

—Ni usted ni nadie. Es un título que me puso mi mujer un día, bromeando. —Logan se encogió de hombros—. Me ayuda a recordarla.

—¿Qué tiene que ver con la historia medieval?

—Muy poco, pero ser profesor de historia es bastante útil. Abre puertas, evita preguntas... Al menos la mayoría de las veces. —Vaciló—. Me dedico a resolver misterios. Explico lo que no tiene explicación: cuanto más raro y estrambótico, mejor. A veces lo hago profesionalmente, cobrando, y otras, como ahora, me lo pago yo mismo.

Marshall bebió un poco de té.

—¿No cobraría con más regularidad si diera clases de historia?

—La verdad es que no tengo problemas de dinero; por otra parte, los trabajos por cuenta ajena suelen estar muy bien retribuidos, sobre todo los que no puedo explicar en las revistas profesionales. —Se levantó—. Disculpe un momento, creo que voy a probar el té.

Marshall esperó a que Logan se sirviera una taza y volviera a la mesa. Se movía con gracia y naturalidad, más como un atleta que como un profesor.

—¿Cuánto sabe de la base Fear? —preguntó al volver a sentarse.

—Lo mismo que todos, supongo: que servía para protegernos de un ataque preventivo de la URSS y que quedó fuera de servicio a finales de los cincuenta, cuando desconectaron el sistema SAGE.

—¿Sabía usted que cuando aún funcionaba llegó a haber un equipo de científicos? Pero no duró mucho.

Marshall frunció el entrecejo.

—No.

Logan bebió un poco de té.

—La semana pasada tuve ocasión de consultar un archivo de documentos del gobierno recién desclasificados. Yo estaba investigando otra cosa (de historia medieval, mire usted por dónde); buscaba documentación militar de

la Segunda Guerra Mundial, y la encontré, pero también encontré algo más.

Bebió otro sorbo.

—Concretamente encontré un informe de un tal coronel Rose dirigido a una comisión de investigación del ejército. En esa época, Rose era el comandante de la base Fear. Era un informe breve, mejor dicho un resumen. Estaba previsto que en pocas semanas Rose cogiera un avión hacia Washington para dar más detalles en persona.

—Siga.

—El informe estaba mal archivado. Estaba detrás de la carpeta que yo buscaba, y se notaba que llevaba medio siglo en el olvido. Ya le digo que era muy corto, pero comentaba que el equipo científico adscrito a la base Fear había muerto de manera muy brusca a lo largo de dos días de abril de 1958.

—¿Todo el equipo?

Con un gesto de la mano, Logan le pidió que bajara la voz.

—No, no exactamente. El equipo lo componían ocho, y murieron siete.

—¿Y el octavo? —preguntó Marshall con más suavidad.

—El informe de Rose no especifica qué le pasó al octavo, o a la octava.

—¿Qué hacían aquí arriba?

—Desconozco los detalles. Solo sé que Rose dijo que estaban analizando algún tipo de anomalía.

—¿Anomalía?

—Es la palabra que usó. Su consejo era suspender de inmediato la investigación y que no enviaran a un nuevo equipo para reanudarla.

Marshall se quedó pensativo, mirando su taza vacía.

—¿Averiguó algo más? ¿El nombre del científico superviviente, por ejemplo?

—No, nada. No había ningún otro documento sobre equipos científicos en la base Fear, ni oficial ni extraoficial. Lo rastree a fondo y le aseguro, Evan, que tengo mucha práctica en descubrir información perdida u oculta. Ahora bien, hay un par de cosas que me intrigarón en particular. —Se inclinó un poco más—. En primer lugar, que hubiera dos copias del informe detrás de la carpeta que le he mencionado. Supongo que una era para el archivo y la otra para el Pentágono. En segundo lugar, el tono del informe del coronel Rose. Aunque solo fuera un memorándum oficial, extremadamente serio, se

percibía la histeria. Cuando hacía la recomendación urgente de que no enviasen más científicos, lo decía muy en serio: urgente.

—Entiendo. ¿Y el informe detallado que presentó más tarde en Washington? De alguna manera estará documentado...

—No llegó a hacer ningún informe. Murió diez días después en un accidente de avión, de camino a Fort Richardson.

—Y la segunda copia del informe... —Marshall dejó la frase a medias—. Así que el asunto se olvidó.

—Los científicos se llevaron a la tumba el secreto. Igual que el coronel Rose.

—Pero ¿está seguro de que no se enteró nadie más?

—Si se enteró alguien, no abrió la boca, y ahora ya hace tiempo que está muerto. ¿Acaso cree que de otro modo el ejército les dejaría usar la base Fear a usted y a su equipo?

Marshall sacudió la cabeza.

—No se me había ocurrido.

Logan esbozó una sonrisa.

—Y bien, ¿se da cuenta ahora de qué quería decir con que es mejor no hablar?

Al principio Marshall no contestó. Después miró a Logan.

—Pero entonces, Jeremy, ¿usted a qué ha venido exactamente?

—A hacer lo que mejor se me da: resolver el misterio. Averiguar qué les pasó a los científicos. —Apuró la taza—. Tenía razón; el té no está mal. ¿Quiere otra taza?

Marshall no contestó. Estaba pensando.

## 20

El temblor de un portazo; una sacudida al colchón; un fuerte zarandeo en el hombro. Josh Peters se desperezó y se quitó los tapones de las orejas. Mientras se desvanecían en la memoria su sueño y las cavilaciones pianísticas de McCoy Tyner, volvieron los sonidos de la realidad (y de la base Fear): golpes metálicos lejanos, el clac clac incesante de los tubos de la calefacción y la voz impaciente de su compañero de habitación, Blaine.

—Josh... Eh, Josh... Levántate, joder.

Peters apagó el reproductor de música y abrió los ojos, parpadeando. Poco a poco, la cara roja y agrietada por el viento de Blaine se volvió nítida.

—¿Qué pasa? —masculló.

—¿Cómo que qué pasa? Es tu turno, hombre. Yo ya llevo una hora ahí fuera.

Peters se incorporó con gran esfuerzo, pero se derrumbó de nuevo en el colchón.

—Ya puedes darte prisa, son las nueve pasadas y supongo que no querrás que Wolff te pille durmiendo.

Esta vez funcionó. Peters se levantó de la cama y se frotó enérgicamente la cara con las manos.

—Esto es de locos —dijo Blaine, de mal humor—. Llevamos todo un día buscando sin parar. Con esta tormenta, nadie encontrará nada. Tú haz lo mismo que he hecho yo: dar vueltas, parecer ocupado y procurar que no se te congele el culo.

Peters no contestó. Se puso una camiseta y metió los pies en los zapatos. Tal vez pudiera hacerlo medio dormido y, cuando volviera al catre, seguir fantaseando con lo mismo: que Ashleigh Davis le daba un masaje por todo el



cuerpo con aceite con aroma de avellana, del que se puede comer...

—Cuando volvamos, nos van a oír en el sindicato. Se suponía que yo debía hacer el mantenimiento de la biblioteca digital y guardar las tomas, no salir a buscar al abominable hombre de las nieves. Además, ¿por qué nos hacen buscar fuera a nosotros? ¿Por qué no podemos buscar en los armarios, como Fortnum y Toussaint?

—Porque somos auxiliares. No es necesario ser físico nuclear para entenderlo...

Peters salió arrastrando los pies, con los cordones desatados, dejando la puerta abierta.

Caminó medio sonámbulo por el pasillo y subió al patio por una escalera que reverberaba mucho. No había nadie, solo el ingeniero militar a cargo del puesto de seguridad. Peters saludó con desgana, se metió en la sala de aclimatación, abrió su taquilla y se puso la parka. Blaine tenía razón: era una estupidez. Para empezar, no tenían acceso a la mitad de la base. Si él hubiera querido esconder el cadáver, habría buscado la manera de guardarlo en algún sitio donde los demás no tuvieran permiso para buscarlo. O quizá en los dormitorios de los militares, que probablemente no tuvieran muchas ganas de que una panda de maricas que hacían películas toquetearan su equipo. Aunque en realidad, guardar el animal dentro de la base solo se le podía ocurrir a un idiota. Aparte de que había demasiados ojos por todas partes, hacía un calor y una humedad como para criar orquídeas. Un bicho muerto empezaría a oler a las pocas horas de que lo escondiesen, y con más razón si ya llevaba diez mil años muerto. No. Cualquier persona con dos dedos de frente lo habría escondido fuera.

Justo hacia donde iba él.

Se paró para inscribir su nombre y la hora en el libro de registro que había puesto Wolff en la sala. Después cruzó la zona de almacenamiento temporal, abrió la puerta principal y salió. La primera ráfaga de viento helado se llevó brutalmente los últimos residuos de modorra. Ya podía despedirse de cualquier esperanza de seguir durmiendo después de su turno de una hora. Había oído que el tiempo había empeorado mucho y que no podían despegar ni aterrizar aviones, pero una cosa era oírlo y otra notarlo en sus carnes. Retrocedió tambaleándose hasta la puerta, bajó la cabeza y embistió el

vendaval. Se le clavaban agujas de frío en las mejillas. Se metió aún más en el forro de piel de la capucha. Las siluetas de los anejos se adivinaban borrosas a través de las cortinas de hielo y nieve. Probó a dar un paso, y luego otro. El día estaba tan oscuro que parecía de noche. Las grúas y los andamios de los técnicos de luz oscilaban como un mecano gigante, emitiendo crujidos de protesta a merced de las rachas que los sacudían.

Turnos de búsqueda: una hora de cada doce. Seis personas buscando dentro y seis fuera, que quedaban reducidas a tres en caso de tormenta. Aun así, costaba creer que hubiera otros dos infelices allá fuera, buscando infructuosamente con aquel asco de tiempo. Decir locura era quedarse corto. ¿Qué se habían fumado Wolff y Conti?

Protegiéndose la cara del viento, encadenó una docena de pasos hacia un cobertizo cuya puerta daba golpes sin parar contra el marco. Al cabo de una pausa, giró a la izquierda, al anejo que servía de taller provisional de atrezo. Se asomó a la ventana: vacío, claro. ¿De verdad que solo hacía dos días que él estaba allí dentro, tan tranquilo, mascando un trozo de cecina con sabor a chipotle y burlándose de los militares y científicos de tres al cuarto que no tenían más remedio que quedarse en aquel rincón dejado de la mano de Dios? Ahora los que estaban dentro, bien calientes y secos, eran esos mismos militares y científicos, y el que estaba fuera, congelándose, era él.

Dijo una palabrota y echó a andar, mientras contaba sus pasos (diez, veinte, treinta) hasta llegar a la cabina del tráiler. Se acurrucó detrás de uno de los neumáticos gigantes, que le protegía un poco del viento y de la nieve. Apenas llevaba cinco minutos fuera y ya no sentía nada.

Volvió a preguntarse por los otros dos que supuestamente también estaban fuera, buscando, y se arrepintió de no haber mirado el libro de registro en el momento de firmar. Con un poco de compañía, quizá no se le hiciera tan largo. Abrió la boca para llamarles, pero renunció al notar que el viento le dejaba sin aire en los pulmones. ¿Qué sentido tenía malgastar fuerzas, si de todos modos no le oiría nadie?

Arrastró un poco más los pies, hasta que de repente surgió entre la niebla gris la malla reforzada de la cerca. Se paró y acercó una mano hasta rozarla. Le habían avisado de que con aquel tiempo no había que alejarse mucho de la base y, teniendo en cuenta que había osos polares merodeando por la tundra,

su intención era seguir al pie de la letra ese consejo. Dio algunos pasos más hacia las paredes de chapa de zinc del puesto de seguridad vacío y pasó de largo. Daría una sola vuelta a la base, lo bastante cerca de la valla para poder tocarla. No se le podía exigir más. Después, durante el resto de la hora, se refugiaría en algún anejo e intentaría entrar en calor.

Llegó al borde de la plataforma, rodeó la garita y bajó al permafrost. Pareció que arreciara el viento. Caminó más deprisa: un paso, otro, otro... Iba tropezando como un ciego, con una mano en la cerca y los ojos casi cerrados para protegerse de los copos de nieve. El ulular del viento resonaba en su cabeza, creando un extraño pitido en sus tímpanos. Tenía la impresión de llevar una eternidad fuera de la base. Pero ¡qué horror, por Dios! Blaine tenía razón: pondría una denuncia, no solo al sindicato, sino a la cadena. Lo haría en cuanto pudiera conectarse a internet. Ni siquiera esperaría a volver a Nueva York. Daba igual que solo fuera un ayudante de producción. Las responsabilidades del puesto no incluían nada así, y toda la verborrea de Wolff sobre «medidas de emergencia» era una sarta de...

Se quedó quieto. Apartó la mano de la valla y miró a su alrededor, olvidándose por un momento del frío brutal y del viento cortante.

¿Por qué se había parado? No había visto nada. Sin embargo, de repente tenía los sentidos alerta y su corazón latía con fuerza. Vivir tan al este de Tompkins Square Park había aguzado su instinto de supervivencia. Pero no estaba en Nueva York, sino en el culo del mundo.

Sacudió la cabeza, siguió adelante... y se paró otra vez. ¿Qué era aquel ruido que parecía salir de todas partes y de ninguna y que le creaba la sensación de tener la cabeza llena de abejas? ¿Y qué era aquella forma, oscura e imprecisa, en medio de la tormenta de nieve que caía delante?

—¿Quién anda ahí? —dijo en voz alta, pero el viento se llevó las palabras nada más salir de su boca.

Parpadeó, prestó más atención... y con un grito estridente de terror retrocedió, dio media vuelta y huyó hacia el puesto de seguridad, medio corriendo, medio tropezando. Entre chillidos de miedo y balbuceos, Peters logró dar dos pasos más, hasta que un demoledor golpe en la espalda le hizo caer de rodillas, jadeando, con los ojos desorbitados. Luego, sintió entre sus omóplatos un dolor brusco e inimaginable. Las fauces de la oscuridad le

engulleron.

## 21

El laboratorio de física y ciencias naturales era un taller de metalurgia reconvertido del Nivel B. Como laboratorio no era gran cosa, se dijo Marshall en el umbral mientras miraba los ordenadores portátiles, los microscopios y el resto del instrumental distribuido por media docena de mesas de trabajo. Había lo imprescindible para los análisis y observaciones esenciales del día a día, en espera de poder llevar a Massachusetts los datos y las muestras.

Faraday y Chen estaban al fondo, de espaldas y con las cabezas muy juntas. Marshall se acercó, rodeando las mesas, hasta ver en qué estaban tan enfrascados: una gradilla, aproximadamente con una docena de tubos de ensayo pequeños.

—Ah, así que os escondíais aquí —dijo.

Ambos se irguieron y se volvieron hacia él con la culpable rapidez de los niños cuando se les pilla haciendo algo prohibido. Marshall frunció el ceño.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó.

Faraday y Chen se miraron.

—Analizar algo —dijo Faraday después de un rato.

—Ya lo veo. —Marshall echó un vistazo a los tubos de ensayo, que contenían líquidos de varios colores: rojo, azul, amarillo claro...—. Parece que os tiene muy absortos.

Faraday no dijo nada. Chen se encogió de hombros.

—¿Qué es? —preguntó Marshall sin rodeos.

Durante la pausa que siguió, miró las mesas más atentamente. Sobre una de ellas estaban repartidas las fotos de quince por veinte que Faraday había tomado del interior de la cámara. Vio círculos y flechas dibujados con lápiz

graso. En otra mesa había una cubeta de plástico con lo que parecían virutas de madera, y al lado un estereomicroscopio.

Faraday carraspeó.

—Estamos examinando el hielo.

Marshall le miró.

—¿Qué hielo?

—El hielo donde estaba metido el felino, el animal.

—¿Cómo? Hace mucho que se derritió. Además, el agua resultante estaría contaminada y no se podría usar como muestra científica.

—Ya lo sé. Por eso he cogido muestras en el origen.

—¿En el origen? —Marshall frunció el entrecejo—. ¿Quieres decir... de la cueva de hielo?

Faraday se subió las gafas y asintió.

—¿Has vuelto a la cueva? ¿Con esta tormenta? Qué locura.

—No, fui anoche, después de nuestra reunión en la sala de mapas.

Marshall cruzó los brazos en el pecho.

—Sigue siendo una locura. ¿En plena noche? ¡Como si la cueva no fuera lo bastante peligrosa de por sí!

—Parece que esté hablando Sully —contestó Faraday.

—Podría haber osos polares cerca.

—Yo le acompañé... —dijo Chen—. Con una de las escopetas.

Marshall suspiró y se apoyó en una mesa.

—De acuerdo. ¿Te importaría decirme por qué?

Faraday le miró, pestañeando.

—Tal como dijimos en la reunión: aquí pasa algo raro.

—Ni que lo digas. Tenemos un ladrón entre nosotros.

—No me refería a eso. Hay algo que no cuadra. Que se derritiera tan deprisa, que el animal haya desaparecido, las marcas de la sierra... —Señaló la cubeta de plástico que había al lado del microscopio—. He tomado unas muestras de los bordes del agujero de la cámara y las he examinado a cuarenta aumentos. Está clarísimo: las marcas están hechas desde dentro, no serrando por debajo.

Marshall asintió con la cabeza.

—Hace un minuto has dicho que hablaba como Sully. ¿Qué querías

decir?

—Al enterarse de que había subido a la cueva, a Sully le ha dado un ataque. Ha dicho que era una pérdida de tiempo y que más me valía tirar las muestras a la basura.

Marshall no contestó enseguida. Se acordó de lo despectivo que se había mostrado Sully con la teoría y con las fotos en general. Aunque Faraday pudiera haber cometido una imprudencia al recoger las muestras, científicamente hablando parecía obvio que, ya que las tenían, las analizaran. Se acordó de lo que había dicho Conti sobre Sully.

Chen miró a Faraday y señaló con la cabeza las muestras de madera.

—Cuéntale lo otro.

Faraday se alisó la bata por delante.

—Al examinar en el microscopio las virutas, también hemos encontrado muestras de pelo y bastante sustancia seca y oscura pegada a los bordes más afilados.

—¿Pegada? —repitió Marshall—. ¿Era sangre?

—Todavía no la he analizado —dijo Faraday.

Abrió la boca, pero la cerró como si se le hubiera ocurrido otra idea mejor.

—Vamos, cuéntame el resto —dijo Marshall.

Faraday tragó saliva.

—Las marcas de la sierra... —empezó a decir—. No sé. Vistas con el microscopio no parecen de sierra.

—Pues entonces, ¿de qué?

—Parece que tengan un origen más... natural.

Marshall les miró: primero a Faraday, después a Chen y otra vez al primero.

—¿Natural? Ahora sí que me he perdido.

Finalmente fue Chen quien habló.

—Más que serrado, el agujero estaba hecho a mordiscos.

Esta vez el silencio fue mucho más largo.

—¿Cómo diablos esperas que me crea eso, Wright? —preguntó Marshall, intentando disimular su profundo escepticismo.

Faraday volvió a carraspear.

—Escucha —dijo, bajando la voz—. Cuando esté seguro de algo, si llego a estarlo, os lo diré. No me lo callaré. Pero no quiero que Sully vuelva a criticarme.

—Sully —repitió Marshall, pensativo—. ¿Sabes dónde está?

—Hace horas que no le veo.

—Está bien. —Marshall se apartó de la mesa—. Si te enteras de algo, ¿me lo dirás?

Faraday asintió con la cabeza. Tras una mirada inquisitiva a los dos hombres, Marshall se giró y salió despacio del laboratorio.



## 22

Jeremy Logan recorría con cuidado los pasillos estrechos del Nivel E. Le había costado casi una hora y media de exploración llegar a aquella planta, la más baja de la parte central de la base Fear. Cuanto más profundamente penetraba en la base, más residuos misteriosos se encontraba en los pasillos: mesas amontonadas, herramientas, material eléctrico antiguo, cajas medio deshechas con tubos de vacío... Era como si todos los trastos sin usar de la base se hubieran ido hundiendo con los años, literalmente.

El Nivel C lo ocupaban en su mayoría servicios de apoyo para los hombres inicialmente destinados en la base: zonas para preparar comida, lavandería, sastrería... En el Nivel D estaban la intendencia y un sinfín de almacenes, así como varios talleres de reparación. Abajo el frío era notable, no como en los niveles altos, donde hacía un calor sofocante. El desagradable olor de la base (del que no se podía huir ni en los niveles superiores) era mucho más intenso. El tufo a almizcle hizo que Logan arrugase la nariz.

El Nivel E era un batiburrillo de espacios secundarios y sistemas mecánicos. Los techos eran todavía más bajos que en el resto de la base, muy estriados de tuberías y cables. En la mayoría de los apliques no había bombillas, y las que aún estaban no funcionaban. Logan iba despacio de sala en sala, haciendo oscilar hacia ambos lados la linterna: derecha, izquierda, derecha, izquierda... Muchos de los objetos estaban tapados con hules viejos, bien conservados por el aire frío y seco. Se preguntó desde cuándo no bajaba nadie hasta allí. Era como entrar en una cápsula del tiempo.

Se detuvo en lo que parecía una sala auxiliar de control, por si dejaban de funcionar los sistemas primarios de arriba. Las pantallas negras de los monitores y los osciloscopios parpadearon al deslizarse la luz sobre ellas. El

silencio era total. Apagó la linterna por curiosidad. Todo quedó sumido de inmediato en una oscuridad absoluta. Se apresuró a encenderla otra vez. Después, salió de la sala de control y siguió por el pasillo; lamentaba no llevar pilas de repuesto, o mejor una linterna de repuesto. Sería un desastre que le fallase la que usaba.

Después de pasar por otra serie de habitaciones llenas de trastos, con rectángulos negros en las puertas, el pasillo acababa en una intersección en forma de T. Logan se paró e intentó orientarse en el confuso laberinto militar. Si no se equivocaba, el pasillo de la izquierda iba más o menos hacia el sur. Giró a la derecha y siguió caminando.

El pasillo se terminaba al cabo de veinte metros, en una puerta (o mejor dicho compuerta) de metal macizo, sin ventanas, atrancada con fuertes abrazaderas. Del techo colgaba una bombilla roja rodeada por una rejilla; estaba apagada, como las del resto del nivel E. De la pared colgaba un letrero: ATENCIÓN. SOLO PERSONAL AUTORIZADO. SE REQUIERE AUTORIZACIÓN F29.

Logan leyó el cartel varias veces. Volvió a iluminar la compuerta metálica con la linterna. Dio un paso, puso una mano sobre la abrazadera que tenía más cerca y tiró de ella, para probar. No cedía. Al mirar de más cerca, vio que aunque pudiera abrir las abrazaderas de poco serviría: en un lado de la compuerta había un candado macizo.

De repente se giró y dio la espalda a la compuerta, enfocando hacia el pasillo la luz de la linterna. En la base reinaba un silencio sepulcral. Llevaba una hora y media sin ver a nadie y, sin embargo, estaba seguro (total y absolutamente seguro) de haber oído algo.

—¿Quién está ahí? —preguntó en voz alta.

No hubo respuesta.

Se quedó muy quieto, excepto la mano que movía la linterna. ¿Sería alguien del equipo de rodaje, que estaba buscando el animal desaparecido? Nadie sería tan tonto como para arrastrarlo hasta allá abajo, ni para llevar la búsqueda tan lejos.

—¿Quién es? —exclamó.

Otra vez silencio.

Más valía que volviera. Ya había encontrado lo que buscaba, pero no

podía seguir. La compuerta estaba cerrada a cal y canto. Respiró hondo y al cabo de unos pasos se volvió a detener, pensando, incómodo, que estaba en un callejón sin salida. El único camino para volver a la superficie era aquel pasillo. De donde había salido el ruido.

Lo oyó otra vez: un paso. Alguien caminando. Luego otro. Una forma apareció en la intersección. La linterna de Logan basculó hacia ella como hacia un imán. Era González, el sargento al mando del destacamento de la base.

Logan tragó saliva y sintió que se le relajaban un poco los brazos y las piernas, que de repente se habían puesto tensos. Compuso una expresión neutra.

González se acercó despacio, con una linterna suavemente cogida con su fuerte mano.

—¿Qué, dando un paseo matinal? —preguntó al aproximarse.

Logan sonrió.

González paseó la luz de la linterna por las facciones de Logan.

—Es el doctor Logan, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Qué hace aquí abajo, doctor? ¿También está buscando el animal?

—No. ¿Me seguía?

—Digamos que tenía curiosidad por saber qué hacía alguien aquí abajo.

Logan se planteó la posibilidad de preguntarle cómo lo había sabido, pero llegó a la conclusión de que lo más probable era que el sargento no se lo dijese.

—¿Y qué buscaba? —preguntó González.

Logan movió el pulgar hacia atrás, señalando la compuerta.

González frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Esta es el ala norte, ¿verdad? La zona científica.

La expresión de González se volvió cautelosa.

—¿Usted qué sabe de eso?

—No mucho. Por eso he bajado. —Logan dio un paso hacia delante—. ¿No tendrá una llave encima, por casualidad?

—Aunque la tuviera, no la usaría. Está prohibido pasar. Incluido yo.

—Pero aquí se hacían estudios científicos, ¿no?

—Lo siento, pero no tengo permiso para contestar.

—Verá, sargento, he hecho este largo viaje solamente para averiguar algo más de lo que sucedió tras esta puerta. Conocí este lugar mientras consultaba un montón de documentos recién desclasificados y me picó la curiosidad. No soy ni espía ni periodista. ¿No puede decirme nada más?

González no contestó.

Logan suspiró.

—De acuerdo. ¿Y si le cuento lo que sé? En los años cincuenta esta base no se usaba solo como sistema de alerta temprana, también se llevaban a cabo estudios científicos. No sé si eran investigaciones, experimentos o qué, pero la cuestión es que hubo algo que salió mal y que ese algo hizo que se cancelaran antes de tiempo los estudios. ¿Concuerda con lo que le han dicho?

González le miró desde detrás de la linterna. Fue una mirada larga, escrutadora.

—Yo solo he oído rumores —dijo—. De los que estuvieron destinados aquí antes que yo.

Logan asintió con la cabeza.

—El ala norte está construida en el interior del desnivel natural —prosiguió González— y funciona como estructura de soporte del resto de la base. Esta compuerta lleva al nivel superior.

—¿El nivel... superior?

—Exacto. Toda el ala norte es subterránea. No sé qué hay dentro. Solo sé que era alto secreto. —González vaciló y, aunque estuvieran tan lejos de todo, bajó la voz—. Pero dicen que pasaron cosas extrañas.

—¿Qué tipo de cosas extrañas?

—Ni idea. Los que estuvieron antes aquí tampoco lo sabían. Uno de ellos oyó que a un grupo de científicos les atacó un oso polar.

—¿Que les atacó? —repitió Logan—. ¿En el ala norte?

—Fue lo que dijo.

—¿Cómo bajó hasta aquí un oso polar?

—Eso me pregunto yo.

Logan apretó los labios.

—¿Sabe si alguien habló con los científicos?

—Ni idea.

—¿Dónde dormían?

González se encogió de hombros.

—Creo que en el Nivel C. En todo caso, hay literas que nunca ha usado nadie del ejército.

Un breve silencio, tras el cual Logan volvió a hablar.

—Por lo que he ido averiguando, parece que en ninguna de las otras dos bases de alerta temprana había destacamentos de científicos.

En vez de contestar, González señaló el letrero fijado a la pared con tornillos.

—¿Qué es la autorización F29? —preguntó Logan.

—No me suena de nada. Bien, doctor, ¿volvemos a subir?

—La última pregunta: ¿baja usted a menudo?

—Lo menos que puedo. Hace frío, está oscuro y huele mal.

—Entonces lamento haberle molestado.

—Y a mí que haya venido de tan lejos para nada.

—Eso habrá que verlo. —Logan hizo un gesto—. Usted primero, sargento.

## 23

Marshall iba por el pasillo hacia la suite de Conti, con Penny Barbour a su lado. Le habría gustado llevar a algún otro científico, aunque solo fuera para que pareciera que eran más (fingiendo una solidaridad en realidad inexistente), pero no había podido ser. Seguía sin saberse el paradero de Sully. En cuanto a Faraday y Chen, no había querido distraerles de su análisis. Así que, finalmente, solo quedaban él y la informática.

Al pararse ante la puerta, captó un murmullo de voces al otro lado y miró a Barbour.

—¿Estás preparada?

Ella también le miró.

—Quien hablará serás tú, no yo, cariño.

—Pero estamos de acuerdo, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Pues claro.

—Bien.

Marshall levantó una mano para llamar. Justo entonces una de las voces del otro lado de la puerta aumentó de volumen.

—¡Eso es una indecencia! —oyó Marshall que gritaba Wolff—. ¡Lo prohíbo terminantemente!

Marshall dio unos golpes en la puerta metálica.

El silencio fue inmediato. Pasaron diez segundos antes de que volviera a oírse la voz de Wolff; esta vez, tranquila.

—Adelante.

Marshall le abrió la puerta a Barbour y entró detrás de ella. En el centro del elegante salón había tres personas: Conti, Wolff y Ekberg. Marshall se

paró y les miró. Conti estaba muy pálido. Ekberg tenía los ojos rojos e hinchados. Los dos miraban hacia abajo. El único que observaba a Marshall era Wolff, con su rostro alargado inescrutable.

Marshall respiró hondo.

—Señor Conti, aún queda una hora del plazo que me ha dado, pero ya no necesito más tiempo.

Conti levantó un momento la vista y la apartó enseguida.

—He hablado con mis colegas y estoy convencido de que ninguno de ellos tiene nada que ver con la desaparición del felino.

Era verdad, a grandes rasgos: cuando preguntó a Barbour si sabía qué le había pasado al animal, por poco le arranca la cabeza. En cuanto a Faraday, de ser culpable no habría estado en su laboratorio investigando la desaparición. A Sully aún no le había encontrado (y era verdad que el climatólogo había estado un poco raro), pero él solo no podía haberlo hecho, de eso estaba seguro.

Conti no contestó. Marshall siguió hablando:

—Es más, su estrategia de acoso e intimidación me parece un poco insultante. Y la insistencia en que alguien ha saboteado su programa, en que hay algún tipo de conspiración para obligarle a irse de aquí, raya en lo paranoico. Pero adelante. Si necesita aliviar su vanidad, haga ese documental revisado; sin embargo, como diga, insinúe o nos acuse de algo a mí o a mis colegas que se aparte lo más mínimo de los hechos, prepárense, usted y Terra Prime, para recibir inmediatamente noticias de un numeroso grupo de abogados muy enfadados.

—De acuerdo —dijo Wolff—, ya ha dicho lo que tenía que decir.

Marshall no contestó. Miró a Conti, luego a Wolff y de nuevo a Conti. Se dio cuenta de que su corazón latía con fuerza y de que respiraba con dificultad.

Wolff siguió mirándole.

—¿Le importaría irse, si no quiere nada más?

Marshall volvió a mirar a Conti. Finalmente, el director levantó la cabeza y asintió de manera casi imperceptible. Ni siquiera podía estar seguro de que hubiera oído una sola palabra.

Al parecer estaba todo dicho. Marshall miró a Barbour y señaló la puerta.

—¿No se lo vais a decir? —preguntó en voz baja Ekberg.

Marshall la miró. La productora de campo miraba alternativamente a Conti y a Wolff, con cara de angustia.

—¿Decirnos qué? —preguntó Marshall.

Wolff frunció el entrecejo y le indicó que se callara con un pequeño gesto.

—¡No podéis mantenerlo en secreto! —exclamó Ekberg, con más fuerza y aplomo—. Si no se lo decís vosotros, lo haré yo.

—¿Decirnos qué? —preguntó de nuevo Marshall.

Tras un breve silencio, Ekberg se volvió y le miró.

—Josh Peters. Uno de los auxiliares que ayudaba al supervisor de montaje. Le han encontrado hace diez minutos fuera de la cerca de seguridad. Muerto.

Marshall tuvo una punzada de sorpresa.

—¿Congelado?

Conti salió de su mutismo.

—Destrozado —dijo.



## 24

La enfermería de la base Fear, una serie confusa y claustrofóbica de pequeñas salas grises, estaba en lo más profundo de los alojamientos militares del ala sur. Marshall solo había estado allí una vez, para que le pusieran un vendaje en mariposa y un refuerzo antitetánico después de cortarse el brazo con un reborde oxidado. Parecía salida de una película antigua, como casi toda la base. En las paredes había calendarios de vacunación y pósters sobre piojos y pie de atleta clavados con chinchetas. Habían provisto apresuradamente los armarios con puerta de cristal con media docena de frascos nuevos de Betadine y agua oxigenada, junto a los que se veían viejos vasos de precipitado con yodo y alcohol de uso externo. Había un velo de descuido general pegado al instrumental y a los muebles, como una capa de polvo.

Marshall miró a su alrededor. El espacio que había servido a la vez de despacho y sala de espera estaba lleno de gente: Wolff, Conti, Ekberg, González y Phillips, el soldado pelirrojo; tanta, que daba una impresión aún más asfixiante. Por fin había aparecido Sully (dijo que había estado estudiando tablas climáticas en un laboratorio apartado), junto a la pésima noticia de que la tormenta no amainaría hasta dentro de cuarenta y ocho horas. Estaba de pie al fondo, en un rincón, ruborizado y nervioso. Al parecer, nadie quería mirar por la puerta abierta que daba al sur. La sala del otro lado había sido una consulta. Ahora era un depósito de cadáveres improvisado.

El sargento González estaba interrogando al pobre ayudante de producción que había encontrado el cadáver, un chico desgarbado, de veintipocos años, con cuatro pelos en la perilla. Lo único que Marshall sabía

era que se llamaba Neiman.

—¿Has visto a alguien más en la zona? —preguntó González.

Neiman sacudió la cabeza. Estaba conmocionado, con los ojos vidriosos, como si acabaran de pegarle con un bate.

—¿Qué hacías fuera?

Un largo silencio.

—Era mi turno.

—¿Turno de qué?

—De buscar al felino desaparecido.

González puso los ojos en blanco y se volvió hacia Wolff, enfadado.

—¿Todavía siguen con eso?

Wolff negó con la cabeza.

—Me alegro; de lo contrario le habría ordenado que lo suspendiera. Si no hubiera enviado a sus hombres a marear la perdiz, Peters aún estaría vivo.

—Eso usted no puede saberlo —se defendió Wolff.

—Pues claro que lo sé. Peters no habría estado fuera. Y no se habría encontrado con un oso polar.

—Da muchas cosas por supuestas —dijo Wolff.

González lo fulminó con la mirada.

—Da por supuesto que ha sido un oso polar. Pero a este hombre pueden haberle asesinado.

González suspiró, asqueado, y volvió a hablar con Neiman para no tener que contestar.

—¿Has oído algo? ¿Has visto algo?

Neiman sacudió la cabeza.

—No, nada, solo sangre. Sangre por todas partes.

Parecía a punto de vomitar.

—De acuerdo, de momento ya está.

—¿Quién ha traído el cadáver hasta aquí? —preguntó Marshall a González.

—Yo, con el soldado Fluke.

—¿Dónde está Fluke?

—En su litera. Ahora mismo no se encuentra muy bien. —El sargento hizo una señal con la cabeza a Phillips—. ¿Por qué no acompaña al señor

Neiman a su habitación?

Se acercó Kari Ekberg.

—Yo también voy.

—No comentes nada a los demás —dijo Wolff—. Todavía no.

Ekberg le miró.

—Debo hacerlo.

—Solo servirá para ponerles nerviosos sin necesidad —dijo Wolff.

—Lo que les pondrá nerviosos son los rumores y los chismorreos que ya están circulando —contestó ella.

—Tiene razón —corroboró González—. Es mejor decírselo a la gente.

Wolff les miró, a uno tras otro.

—De acuerdo, pero rebaja la gravedad de las heridas.

—Y avise de que no salga nadie —añadió González.

Ekberg se fue detrás de Neiman y el soldado Phillips. Mientras miraba cómo se iba, Marshall se fijó en que estaba cambiada. Hasta entonces siempre se había comportado con mucha deferencia hacia Conti y Wolff, pero desde la muerte de Peters parecía otra. Aparte de haberse desmarcado de sus jefes para poner a los científicos al corriente del asesinato, ahora cuestionaba abiertamente sus órdenes.

Se dio cuenta de que Wolff le miraba.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ya que está aquí, ¿piensa echarle un vistazo?

—¿Un vistazo? —repitió Marshall.

—Es biólogo, ¿no?

Marshall titubeó.

—Paleoecólogo.

—Bueno, se parece. Hasta que amaine la tormenta y pueda venir un avión, guardaremos el cadáver en frío, pero primero, ¿por qué no lo examina y nos da sus conclusiones?

—No soy patólogo, ni tengo el título de médico. Debería llamar a Faraday; al menos, él es biólogo.

Wolff cambió de postura.

—No le estoy pidiendo una autopsia. Solo quiero que examine las heridas y nos dé su opinión.

—¿Opinión sobre qué? —intervino Sully, hablando por primera vez.

—Sobre si ha podido infligírselas un ser humano.

González frunció el ceño, irritado.

—Es una pérdida de tiempo. Ya sabemos que lo ha hecho un oso polar.

—No lo sabemos. Además, Peters era empleado de Terra Prime. La decisión es nuestra. —Wolff escrutó a Marshall—. De aquí no sale nadie, al menos en unos cuantos días. Si hay un sociópata entre nosotros, ¿no le parece que deberíamos saberlo, por nuestra seguridad?

Marshall echó un vistazo a la puerta abierta. Se resistía a cruzarla y ver lo que había al otro lado, pero también era consciente de los cuatro pares de ojos fijos en él.

Asintió secamente.

—Está bien.

Wolff le acompañó a la puerta y entró antes que él en la consulta. Había una silla de madera corriente, un lavamanos, un banco con toallas y dos botiquines médicos portátiles del ejército, así como varios armarios llenos de material, viejo y nuevo. Lo más llamativo era una mesa de reconocimiento, reclinada al máximo, con un cuerpo tapado, con una sábana. La sábana estaba pegajosa de sangre. Habían colocado toallas a su alrededor, como sacos de arena en un dique, para evitar que siguiera manando.

Marshall tragó saliva. Había diseccionado cadáveres en los cursos de fisiología de postgrado, pero eran cadáveres esterilizados, desangrados, limpios, anónimos, con un aspecto más sintético que humano. Nada que ver con Josh Peters.

Miró a los demás, que se habían distribuido silenciosamente alrededor de la mesa: Wolff, con una expresión de neutralidad estudiada; González, que movía la mandíbula sin apartar la vista de la sábana ensangrentada; Sully, que parecía más incómodo que nunca; y Conti, que echaba rápidas miradas al cadáver con una extraña mezcla de agitación, ansia e impaciencia en la cara.

—Necesitaré un par de cubos y una esponja —solicitó Marshall.

González se metió en un trastero y salió con dos recipientes de plástico blanco. Marshall dejó uno en el suelo, al lado de la mesa, y el otro lo llenó hasta la mitad con agua del grifo. En la puerta había un gancho del que colgaba una bata de laboratorio polvorienta. Se la puso. Después abrió uno de

los botiquines portátiles, sacó unos guantes de látex, se los enfundó y se volvió hacia Sully.

—¿Gerry? —dijo.

Sully no contestó. Estaba mirando la toalla enrollada contra la parte de la sábana que cubría la cabeza de Peters. Estaba tan empapada, que goteaba sangre al suelo.

—Gerry —dijo Marshall, un poco más fuerte.

Sully dio un respingo y le miró.

—¿Te importa tomar notas?

—¿Eh? Ah, sí, claro.

Hurgó en sus bolsillos, buscando lápiz y papel.

Marshall respiró hondo, cogió las toallas enrolladas en el lado más próximo a él y las tiró al cubo. Al chocar contra el plástico, se oyó una especie de palmada húmeda. Otra respiración aún más profunda. Después cogió el borde de la sábana y la apartó lentamente del cadáver.

Se elevó un gemido colectivo e involuntario entre los espectadores. Marshall también oyó que salía de su garganta. La única persona que se mantuvo en silencio fue González, aunque su mandíbula se movía más deprisa.

Era peor de lo que se temía. Peters parecía salido de una trilladora. Tenía la ropa hecha jirones y cortes en casi todas las superficies expuestas del cuerpo: líneas finas y rectas, que seccionaban la carne blanquecina. En el pecho había un tajo enorme y vertical que lo desgarraba de un lado a otro, dejando a la vista la parte inferior del costillar, abierto y con las puntas limpias, como si lo hubiera preparado un carnicero. El corte se ensanchaba al llegar a la región abdominal, revelando las tripas, rojas y grises. Pero todavía eran más horripilantes los traumatismos de la cabeza, tras un ataque que la había dejado casi irreconocible: un cráneo roto, destrozado, que pendía flácido del tronco del encéfalo, con hilachas de materia gris cayendo en los restos aplastados de las cavidades de los senos.

Marshall se apartó y parpadeó varias veces. Después cogió media docena de toallas del banco, las enrolló con fuerza y las apretó contra el cadáver para detener la sangre que seguía manando de los numerosos cortes. Metió la mano en el botiquín médico, sacó una sonda metálica y volvió a centrar su

atención en Peters.

—El cuerpo parece estar desangrado —dijo—. Se observan excoriaciones prácticamente en toda la superficie, así como una gran abundancia de heridas estrechas, que podrían ascender a centenares, con los bordes limpios. No tengo explicación para el origen de estas heridas de menor tamaño. De las otras, las más profundas, al menos dos podrían haber sido mortales por sí solas. La primera de ellas ha fracturado y expuesto... vamos a ver... de la costilla ocho a la doce, en el lado izquierdo ha penetrado en la pleura y ha provocado una hemorragia masiva, antes de penetrar asimismo en la cavidad peritoneal. El canal de la herida presenta indicios de lesiones en los ventrículos cardíacos. La segunda herida profunda no necesita mucha descripción. Lesiones importantes en toda la región del cuello y la cabeza, desde la vena yugular interna derecha hasta el cerebro, del lóbulo parietal al lóbulo frontal, y en ambos lados de la fisura longitudinal. En el resto del cuerpo se observa que están aplastados la rótula y otros huesos de la rodilla izquierda, y perforada la arteria femoral. —Una pausa—. Los daños en la ropa se corresponden con las heridas señaladas. Para otros análisis habrá que esperar las pruebas toxicológicas y forenses profesionales.

Se apartó.

Durante un momento, nadie dijo nada. Después González carraspeó.

—Lo que yo decía: un ataque de oso polar. Bien, ahora ¿podemos empaquetarlo y guardarlo en una cámara frigorífica?

—Podría ser humano —contestó Wolff, en voz baja pero firme.

—¿Está loco? —dijo González—. ¡Fíjese en las heridas!

—Hay casos de gente que, tras consumir determinadas sustancias ilegales, sufre ataques de rabia feroz y asesina. Con el utensilio indicado, el arma, se podría causar este tipo de heridas. —Se volvió hacia Marshall—. ¿No es cierto?

Marshall volvió a mirar el cadáver.

—La herida del pecho tiene unos diez centímetros de ancho y una profundidad de casi ocho. La presión necesaria para infligir una herida así tendría que ser muy grande, y requeriría una fuerza tremenda.

—Como la de un oso polar —dijo González.

—Para ser franco, me sorprende incluso que un oso polar pueda hacer

estas heridas —repuso Marshall.

—Podría provocarlas un asesino —dijo Wolff—, si tuviera tiempo de asestar bastantes golpes.

—Pero ¿qué me dice de esto? —Marshall usó la sonda para levantar la pierna izquierda por la rodilla. El pie colgaba suelto (demasiado suelto), en un ángulo extraño—. Casi está arrancado a mordiscos. Solo se aguanta por unos tendones.

—Marcas de dientes simuladas —contestó Wolff—. Hechas para provocar miedo e inquietud.

—¿Con qué objetivo? —preguntó Sully.

—Ahuyentar a los curiosos de donde está escondido el cuerpo del felino. Marshall suspiró.

—¿Así que, según usted, el que ha robado el felino está dispuesto a matar de la manera más indecente y salvaje que quepa imaginar para proteger su trofeo?

—Bien que estuvo dispuesto, o dispuesta, a venir hasta aquí, haciéndose pasar por uno de nosotros... —replicó Wolff—. Estuvo dispuesto a gastar el tiempo y el dinero necesarios y a correr un riesgo enorme. ¿Por qué no?

Marshall le miró, dubitativo.

—No entiendo por qué se niega a aceptar una explicación mucho más simple y racional: que este hombre se ha cruzado con un oso polar y ha muerto a causa de ello. Los osos polares son animales muy feroces, y es sabido que matan hombres. ¿Por qué no puede creérselo?

La cruda luz artificial se reflejó en los ojos de Wolff.

—Doctor Marshall, me habla usted de explicaciones simples y racionales. Pero yo no puedo aceptar que esto lo haya hecho un oso polar por una razón muy simple y racional: si no hay ningún ladrón, si lo ha hecho un oso polar, ¿dónde está el felino... y por qué ha desaparecido?

## 25

Conti no había dicho nada durante la reunión en la enfermería. Prefería guardar para sí sus observaciones. Cuando se dispersó el grupo, se quedó un momento viendo cómo González y el soldado Phillips, que acababa de regresar, envolvían con cuidado el cadáver como paso previo a su almacenamiento. Por la conversación entre los militares supo que utilizarían una cámara frigorífica en desuso del ala sur, para aislar el cadáver del resto del personal. Emprendió lentamente el camino de vuelta al sector central de la base, pensativo.

Al llegar al patio, vio que se acercaban Fortnum y Toussaint.

—Emilio —dijo Fortnum—, nos han dicho que quería vernos.

Conti echó un rápido vistazo a su alrededor antes de contestar. En el patio no había nadie. El puesto de control estaba momentáneamente vacío. Aun así, bajó la voz.

—Tengo que encargarnos un par de cosas —dijo—. Unos planos especiales que necesito.

Ambos asintieron.

—Consideradlo un proyecto secreto, tomad sorpresa que insertaré para dar un toque espectacular. No os llevéis a nadie más. Y que no se entere nadie, ni Kari ni Wolff.

Los técnicos se miraron y volvieron a asentir, un poco más despacio que antes.

—¿Ya os habéis enterado?

—¿De qué? —preguntó Fortnum.

—Josh Peters ha muerto.

—¿Josh? —exclamaron los dos al unísono.



—¿Cómo? —preguntó Toussaint.

—Según los científicos, le ha pillado un oso polar. Ha ocurrido fuera. Según Wolff, lo ha hecho el ladrón del felino.

—Dios santo —dijo Fortnum, que se había quedado más blanco que el papel.

—Sí. Y tenemos que sacarle rédito mientras podamos.

Ambos miraron a Conti sin entender de qué hablaba.

—Kari anda por ahí contándole a todo el mundo que Josh ha muerto. —Conti se volvió hacia Fortnum—. Allan, necesito que la encuentres. Haz tomas de las reacciones del equipo. Cuanto más extremas, mejor. Pero sé discreto, y procura que Kari no sospeche lo que haces. Si no consigues las reacciones que buscas, espera a que se haya ido Kari y cuenta detalles escabrosos con la cámara en marcha. Quiero ver miedo en estado puro. O, mejor todavía, lágrimas de histeria.

Las facciones pálidas de Fortnum revelaban su gran desconcierto.

—Me está diciendo que filme a nuestro propio equipo, ¿verdad?

—Por supuesto. Son los únicos que aún no saben lo de Peters. —Conti hizo un gesto de impaciencia con la mano—. Vamos, hay que darse prisa; Kari anda por ahí pregonando a los cuatro vientos la noticia del asesinato.

Fortnum abrió la boca, como si quisiera protestar de nuevo, pero finalmente la cerró y, tras una última mirada de curiosidad a Conti, se dirigió hacia las habitaciones del equipo.

Conti esperó a perderle de vista para volverse hacia Toussaint.

—Para ti tengo un trabajo aún más importante. Ahora mismo el cadáver está en la enfermería. Se encuentra en el ala sur. Ya te dibujaré un plano. Van a conservarlo en frío, pero les he oído decir que antes tienen que hacer unos arreglos en la nevera, así que no estará preparada y enfriada hasta mañana. Es nuestra oportunidad.

—Oportunidad —repitió Toussaint, algo perplejo.

—¿Acaso no lo entiendes? Cuando el cadáver esté en la nevera, la cerrarán con llave. —Conti trató de dominar la impaciencia casi frenética que se había ido acumulando en su interior desde la noticia de la desaparición del felino—. Así están las cosas. Wolff no quiere que filmemos el cadáver de Peters.

—Natural.

La voz de Toussaint parecía distante, lejana.

—Pero tenemos que filmarlo. La situación es muy inestable, cambia constantemente y el documental debe cambiar con ella. —Conti cogió al cámara por la manga—. Está en juego nuestro sustento y nuestra reputación. Hemos tenido muy mala suerte. El felino era el alma del programa, y ya no está. Pero está empezando a pasar algo nuevo. Lo que esta mañana solo era un misterio, se ha convertido en una historia de asesinatos. ¿Te das cuenta? Si se hace bien, puede llegar a ser aún más importante que *Rescatando al tigre*. Con la publicidad que se ha emitido, la audiencia potencial ya existe. Pero ahora podemos darles algo que nunca les ha dado nadie: un documental que de repente se transforma en otra cosa: una serie policíaca en directo, con el equipo de protagonista.

La única respuesta de Toussaint fue parpadear.

—Ahora bien, no puede haber una película de asesinatos sin un plano del cadáver, que es donde intervienes tú. Quiero que esperes hasta la hora de comer. Para entonces se habrán serenado un poco los ánimos. Me aseguraré de que los soldados estén ocupados. No habrá nadie cerca. Será rápido. Tómatelo como una misión de reconocimiento: entras, haces la toma y sales. No te preocupes por la luz, el encuadre ni ese tipo de cosas. Lo importante es la toma. Haz un solo plano largo y ya lo arreglaré en el DataCine cuando volvamos a Nueva York. ¿De acuerdo?

Toussaint asintió lentamente.

—Así me gusta. Ah, y acuérdate de no decírselo a nadie, ni siquiera a Fortnum. Será nuestro secreto, hasta el montaje final y el aplauso de los ejecutivos de la cadena. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Toussaint en voz muy baja.

Conti asintió con la rapidez de un pájaro.

—Pues vamos, prepara el equipo mientras te hago el plano.

## 26

Eran habitaciones pequeñas y desnudas, como celdas de monjes. Solo quedaban los esqueletos de las literas y un par de armarios de metal de aspecto triste. Sin embargo, al mirar a su alrededor, Logan tuvo la seguridad de que era donde se habían alojado los científicos.

Había sido todo un reto encontrarlas: el Nivel C estaba tan repleto de cachivaches que costaba diferenciar los dormitorios de los simples catres sobrantes. En la sala central había cuatro literas, dos y dos. A un lado, un solo catre en una habitación bastante grande; con toda seguridad era donde dormía el jefe del equipo científico. Y había otro más en un cuartucho, poco más grande que un armario, que se comunicaba con el cuarto de baño.

Logan encendió todas las luces que tenía a su alcance y empezó a pasear por las habitaciones, despacio, con las manos en la espalda, mirando los armarios vacíos e interpelando en silencio a los antiguos fantasmas para que le susurrasen sus secretos. Había tenido la esperanza de encontrar algo: tal vez herramientas, material, listados, fotos. Pero estaba claro que aquellas habitaciones habían sido registradas tiempo atrás, que se habían llevado cualquier pieza de interés y, si habían seguido las pautas habituales en operaciones de tan alto secreto, lo habían incinerado todo enseguida. En un armario había dos tristes perchas, y en el suelo un botón, con hilo detrás, como una cometa. En la repisa metálica de encima de la pila del lavabo había un tubo de pasta de dientes, retorcido y reseco. Poco más parecía tener que decirle aquella zona.

Volvió a la habitación central. Años atrás, él había vivido en un espacio similar durante una excavación arqueológica cerca de Masada. El ejército israelí había cedido unos barracones al equipo de científicos e historiadores.

Sacudió la cabeza al recordar aquella aridez y aquel aislamiento. Rememoró la sensación de estar a un millón de kilómetros de cualquier parte. Igual que allí.

Se apoyó despacio en los muelles de la litera que tenía más cerca. Por muy vacías que estuvieran las habitaciones, los científicos dejaban algún rastro. Siempre tenían la cabeza ocupada. Escribían diarios. Acumulaban ideas y observaciones, sobre todo si estaban lejos de la civilización, sin teléfonos a mano ni ayudantes de investigación. Seguro que habían tomado apuntes, para repasarlos más tarde en la comodidad de sus laboratorios privados: ideas para experimentos, teorías para artículos... Precisamente por ello su mujer le había tomado varias veces el pelo llamándole urraca conceptual. «Hay gente que acumula trapos de cocina, tarjetas de felicitación y tostadoras —decía—. Tú acumulas teorías.» Aquellos científicos no serían una excepción.

O tal vez sí, en una cosa: que ni ellos ni sus teorías habían llegado a salir.

Se levantó y volvió a buscar en las cuatro literas. Seguro que era donde habían dormido y jugado al póquer o al bridge los más campechanos, los sociables. Recorrió con calma las demás habitaciones, hasta pararse en la pequeña. Aquella especie de cueva oscura debía de haber sido la menos deseable. Sin embargo, era la que habría elegido él: íntima, tranquila... El lugar ideal para concentrarse en sus pensamientos.

O para escribir un diario.

En ese instante, rodeado de un silencio profundo y expectante, sintió que lo recorría un escalofrío extraño y delicioso. De pronto se sentía intensamente vivo. «Aunque no lo consiga —pensó—, aunque todo esto acabe siendo una pérdida de tiempo, solo por este momento ya ha valido la pena.» La búsqueda en sí siempre tenía algo glorioso que no podía definir: estar en aquella habitación, tres plantas por debajo del hielo, tratando de recomponer los desvelos de unos hombres cincuenta años después, poniéndose en su situación y encontrando tal vez (o no) oro en polvo.

La habitación estaba totalmente vacía, con la única excepción del somier. Se arrodilló y buscó por debajo. Nada. Apartó de la pared el armario vacío, miró por detrás y por debajo y volvió a ponerlo en su sitio. Al fondo de la habitación había un ropero en el que casi no se cabía de pie. Levantó la barra

metálica que iba de una punta a la otra, examinó el interior y volvió a colgarla. Justo debajo del techo del armario había un saliente estrecho que recorría toda la pared. Levantó una mano y pasó el dedo por encima, pero solo encontró polvo. Entonces volvió a la habitación y echó otro vistazo a las paredes y al techo desnudos, y a la bombilla.

«Si yo hubiera vivido aquí —pensó—, y hubiera tomado apuntes sin permiso sobre mis descubrimientos (y seguro que los habría tomado), ¿dónde los habría escondido?»

Apartó el somier de la pared. La superficie metálica de detrás estaba tan desnuda como el resto, a excepción de un enchufe cerca del suelo. Volvió a poner la cama en su sitio, y dio un suspiro en voz baja.

Se quedó muy quieto. Después volvió a apartar la cama, se arrodilló al lado de la pared, sacó del bolsillo una navaja multiusos, desenroscó la tapa del enchufe y enfocó con la linterna. Le sorprendió lo que vio. Las tomas del enchufe estaban desconectadas y se separaban junto con la tapa. Detrás solo había un agujero rectangular. Al mirar más de cerca, reparó en que una gruesa goma elástica estaba enrollada en la vieja carcasa; uno de sus extremos desaparecía en la oscuridad de detrás de la pared. Al sacarlo con cuidado, descubrió que estaba atado a un agujero hecho en el lomo de un pequeño cuaderno; un cuaderno amarillento, casi destrozado y cubierto de moho.

Deshizo el pequeño nudo de goma con el mismo cuidado con el que manipularía un huevo Fabergé. Después limpió el polvo del cuaderno y abrió la tapa. La primera página estaba cubierta con una caligrafía fina y descolorida.

Sonrió levemente.

—Karen, cariño —murmuró—, ojalá pudieras verlo.

Pero no llegó ninguna respuesta de más allá de la tumba. Logan tampoco la esperaba.

## 27

Los pasillos del ala sur estaban poco iluminados, con franjas de sombra en las apagadas paredes de metal. Eran las seis de la tarde. Reinaba un silencio absoluto en toda la base Fear. Ken Toussaint recorría el pasillo central del Nivel A con una cámara digital portátil en una mano y el mapa improvisado de Conti en la otra. Aunque no hubiera visto a ningún miembro del pequeño destacamento militar (que Conti le había prometido distraer a la hora de la comida), se dio cuenta de que andaba casi de puntillas. Por alguna razón, aquel silencio le ponía nervioso.

Nunca había participado en un rodaje tan raro, ni tan desagradable. Le habían enviado a sitios apartados otras veces: en Camboya se lo comieron vivo los mosquitos, en Chad tuvo que quitarse arena de todos los orificios imaginables y en Paraguay acabó limpiando de escorpiones incluso su material. Pero aquello era el colmo: perdido en el techo del mundo, a centenares de miles de kilómetros de algo que se pareciera remotamente a la civilización, amenazado por tormentas de hielo y osos polares, recluso en una base militar destartada y maloliente... Y encima parecía que todas aquellas incomodidades no habían servido para nada.

Al llegar a un cruce de pasillos se detuvo, consultó el mapa y tomó hacia la derecha. Pero lo peor era que, de repente, las simples molestias se habían convertido en algo letal.

De hecho, ¿qué hacía escabullándose de aquella manera? Había recibido el encargo de Conti en un estado de aturdimiento causado por la noticia de la muerte de Peters; no había acabado de asimilarla. Entonces aún no se daba cuenta de las consecuencias de lo que quería Conti, pero ahora, mientras caminaba por aquel pasillo silencioso, sí, ¡y cómo! Ahora que ya era

demasiado tarde para protestar.

En aquella ala de la base solo había estado una vez, el día anterior, cuando buscaba sin mucho entusiasmo al animal desaparecido. Estaba llena de instalaciones y aparatos, al menos a juzgar por los letreros desgastados de las puertas junto a las que pasaba. Siguió el impulso de pararse en una donde ponía TRANSDUCTORES DE EMERGENCIA I. Cogió el pomo y lo movió. Estaba cerrada con llave. Siguió caminando.

Casi parecía canibalismo lo que quería Conti: una toma gratuita y sensacionalista de un miembro de su equipo, ahora que ya estaba muerto y no podía negarse. Era una invasión flagrante de su intimidad. ¿Qué diría la familia de Josh?

Por otro lado, se dijo mientras seguía avanzando, los de la cadena no eran tontos. Ya se asegurarían de que no fuera algo truculento, sino de buen gusto. Conti, por su parte, sabía lo que se hacía. Eso debía reconocerlo. Aunque fuera un cineasta de talento, no dejaba de ser una persona realista. Si había alguna manera de darle la vuelta a aquel desastre y convertirlo en algo memorable, la encontraría. Toussaint se recordó que él también tenía una reputación que cuidar.

Los fluorescentes se espaciaban cada vez más. El cruce del fondo estaba sumido en una trama de sombras. Además había que tener en cuenta otra cosa: era un encargo excepcional. Nadie estaba al corriente aparte de él y Conti. Podía convertirse en un triunfo, en algo que añadir a su currículum. Durante toda la fase de producción, él había hecho trabajos secundarios: rodar planos de detalle, ocuparse de las tomas alternativas... Siempre había estado a la sombra de Fortnum y ahora tenía la oportunidad de dejar de estarlo. Debía incorporar comentarios de audio a la toma; así, si gustaban a la cadena, quedaría más potenciada su autoría.

Cuando llegó a otro cruce, destapó el objetivo de la cámara, la puso en marcha, introdujo el disparador de tomas, activó la iluminación suplementaria, ajustó el enfoque, verificó el equilibrio de blancos y la exposición y enchufó el cable del micro al cinturón. Haría un solo plano largo: entraría en la enfermería, iría a la consulta, haría un trescientos sesenta del cadáver, un par de zooms y, como máximo, apartaría un momento la sábana en la que le habían dicho que estaba envuelto Peters. Con eso bastaría.

Podía entrar y salir en noventa segundos, con la toma bien guardada en el disco duro de la cámara. Lo que le había dicho Conti: entrar, rodar la toma y salir.

Dobló la esquina. Allí estaba: la segunda puerta a la izquierda. Embutió el mapa en el bolsillo, pegó el visor al ojo y encuadró la toma. El vaivén de su hombro hizo saltar por el pasillo el haz luminoso de la cámara. Lo enfocó en la puerta de la enfermería. Estaba cerrada.

De repente tuvo un pensamiento desagradable. ¿Y si estaba cerrada con llave? Conti no estaba de humor para aceptar un no.

Se acercó rápidamente sin dejar de mirar por el objetivo. Al probar la puerta, sus nervios se calmaron: estaba abierta. Metió un brazo, buscó a tientas el interruptor, lo encendió y retiró la mano.

Apartó el visor del ojo para volver a mirar hacia ambos lados del pasillo, con los movimientos bruscos y culpables de quien está a punto de hacer algo malo, pero no había nadie. No había nada. Nada excepto el vello de su nuca erizándose nervioso y una especie de pitido muy suave en las orejas, señal de que tal vez había esperado demasiado para tomarse las pastillas de la presión.

Era el momento. Carraspeó sin hacer ruido, volvió a ajustarse el visor en el ojo, pulsó el botón de grabar y abrió la puerta al máximo.

—Voy a entrar —dijo por el micro.

Cruzó la puerta, procurando no subir ni bajar la cámara al efectuar una toma circular de la pequeña habitación. Habría preferido que no le latiera tan deprisa el corazón. Sus movimientos eran bruscos, espasmódicos. Se reprochó no llevar la Steadicam, pero después se lo pensó mejor: en aquella ocasión podía ser perfecta una estética de aficionado. Ya aplicarían filtros digitales en el laboratorio para dar el toque de grano de una cámara barata, imitando una filmación furtiva...

El visor se enfocó en la puerta que llevaba a la habitación contigua. Conti había dicho que allí era donde estaba el cadáver.

—El cadáver está en la siguiente habitación —murmuró por el micro—. Detrás del despacho.

Sintió que se le aceleraba la respiración hasta ponerse al ritmo del pulso. Noventa segundos. Nada más. Entrar y salir.

Avanzó mientras hacía un barrido hacia la izquierda y la derecha con la



cámara y teniendo cuidado de no tropezar con ningún obstáculo. La puerta era un rectángulo negro, perforado por el pequeño cono amarillo de la luz de la cámara. Volvió a palpar la pared más cercana con la mano y encontró un interruptor grande y anticuado.

En cuanto se encendieron las luces, la imagen que se veía a través del objetivo quedó absolutamente blanca. ¡Qué error tan tonto! Debería haber encendido la luz antes de entrar y así dar tiempo a la cámara a compensar. Cuando el blanco perdió saturación y se dibujaron las formas de la habitación, vio la mesa de reconocimiento en medio de la sala. El cadáver estaba encima, en un envoltorio de plástico muy apretado. Por debajo de la sábana había estrías de sangre, como las rayas de un palo de caramelo.

Respirando aún más deprisa, hizo un buen plano general de la habitación y empezó a rodear lentamente la mesa, haciendo un barrido por todo el cadáver envuelto. Estaba muy bien. La intuición de Conti no había fallado. Editarían el material, le añadirían unos cuantos cortes y dejarían que la imaginación de los espectadores llenase los huecos. Entre jadeo y jadeo, se rio, demasiado entusiasmado para acordarse de seguir haciendo el comentario en audio. «Cuando se entere Fortnum...»

Fue entonces cuando lo oyó, aunque «oír» no era la palabra exacta; fue más bien como un cambio repentino en la presión del aire, una dolorosa sensación de plenitud en toda la cavidad pulmonar del pecho, y particularmente en los canales más profundos de los oídos y los senos nasales. Percibió de inmediato algo que estaba cerca y su intuición le dijo que era peligroso. Su cabeza se apartó del visor y, con la certeza atávica de un millón de años siendo la presa, fijó la vista en la puerta oscura de la pared opuesta de la consulta.

Había algo al acecho. Algo hambriento.

Empezó a respirar aún más deprisa que antes, a bocanadas que, por alguna razón, no bastaban para llenar sus pulmones. La cámara seguía en marcha, pero él ya no se fijaba en ella. Su cerebro funcionaba a toda velocidad, intentando decirle que era una locura, un simple ataque de nervios, totalmente comprensible en aquella situación.

Pero ¿por qué diablos se ponía tan nervioso? En realidad, no había visto ni oído nada. Aun así, en el negro perfecto de la puerta del fondo había algo

que ponía su instinto en alerta máxima.

Retrocedió e hizo que se balanceara la cámara (que aún zumbaba) y que el haz luminoso barriera las paredes y el techo. Su espalda chocó bruscamente contra el cadáver; la vomitiva resistencia del rigor mortis la empujó.

«Date la vuelta y ya está —se dijo—. Ya tienes la toma. Date la vuelta y sal pitando.»

Dio media vuelta, dispuesto a huir.

Sin embargo, no pudo. En su fuero interno sabía que si no miraba en ese momento, no miraría nunca, nunca más. También percibía otra cosa, aún más profunda: algo que le decía que de todos modos, si su intuición no erraba, correr no serviría de nada.

Levantando la cámara y ajustándose el visor en el ojo, con jadeos que ya eran perfectamente audibles, Toussaint se volvió y enfocó muy despacio la luz hacia la oscuridad del otro lado de la puerta del fondo.

Y hacia el rostro de la pesadilla.

## 28

—He recibido tu mensaje —dijo Marshall entrando en el laboratorio de Faraday y cerrando la puerta—. ¿Has descubierto algo?

Faraday le miró, luego a Chen y otra vez a él. Detrás de las gafas redondas de carey, los ojos del biólogo estaban muy abiertos, inquietos; lo cual en sí no preocupó a Marshall, ya que Faraday irradiaba nerviosismo hasta en sus mejores días.

—Se trata de una sucesión interesante de hechos, más que de una teoría pura y dura —aclaró Faraday.

Estaba de pie, al otro lado de una acumulación apabullante de tubos de ensayo y material de laboratorio, tras la que casi parecía esconderse.

—De acuerdo.

—No puedo corroborarlo. Al menos desde aquí.

Marshall cruzó los brazos.

—Si tú no se lo cuentas al consejo rector, yo tampoco lo haré.

—Y te aviso de que Sully lo...

Marshall suspiró de exasperación.

—Cuéntamelo de una vez.

Un último titubeo.

—Está bien. —Faraday carraspeó y se puso recta la corbata manchada de sopa que insistía en llevar por debajo de la bata—. Creo que lo entiendo. Me refiero a la fusión en el interior de la cámara.

Marshall permaneció a la espera.

—Ya te dije que volvimos a la cueva para coger más muestras. Pues las hemos estado examinando con difracción de rayos X y son muy peculiares.

—¿En qué sentido?

—La estructura cristalina no es como debería ser. Quiero decir, tratándose de un hielo de precipitación normalmente formado.

Marshall se apoyó en una mesa de laboratorio.

—Sigue.

—Sabes que hay varios tipos de hielo, ¿verdad? Que hay más variedades aparte de la que ponemos en la limonada o la que utilizamos para limpiar el parabrisas. —Faraday empezó a enumerarlos con los dedos—. Hay hielo II, hielo III, V, VI, VII, y así hasta el hielo XIV, todos con su propia estructura cristalina y sus propiedades físicas.

—Recuerdo haber estudiado algo así en la asignatura de física de postgrado. Hace falta mucha presión o temperaturas extremas para que se produzca la transformación en estado sólido.

—Exacto. Pero lo realmente peculiar de algunos de estos tipos de hielo es que, una vez formados, pueden mantenerse sólidos muy por encima del umbral de congelación. —Tendió un papel a Marshall a través del bosque de tubos de ensayo—. Mira, aquí está el esquema estructural del hielo VII Fíjate en la celda unidad. Con presión suficiente, esta forma de hielo puede mantenerse en forma sólida hasta doscientos grados centígrados.

Marshall silbó.

—¿Tanto calor? Ayer no nos habría ido mal ese tipo de hielo en la cámara.

—Ahora llega lo bueno —siguió explicando Faraday—. El mes pasado leí un artículo en *Nature* donde se describía otro tipo de hielo que teóricamente podría existir: el hielo XV. Un hielo que, sin embargo, tiene las características opuestas.

—Quieres decir... —Marshall hizo una pausa—. ¿Quieres decir un hielo que se derretiría por debajo de los cero grados?

Faraday asintió con la cabeza.

—La palabra clave es «teóricamente» —añadió Chen.

—Y la estructura cristalina no habitual de este hielo derretido en la cueva... ¿concuera con el hielo XV?

—No puedo estar seguro —reconoció Faraday—, pero es posible.

Marshall se apartó de la mesa de laboratorio y dio unos pasos por la sala.

—Así que es posible, y únicamente posible, que el hielo se derritiera solo.

—Durante la noche fueron aumentando poco a poco la temperatura —dijo Faraday—, y, con el alboroto que se organizó al ver la cámara vacía, nadie se molestó en consultar la temperatura para comprobar que dentro se estuviera por encima del punto de congelación.

—Es verdad. —Marshall dejó de caminar—. A nadie le parecería necesario. Dejaron la puerta abierta y empezaron a buscar.

—Y permitieron que la temperatura interior de la cámara se igualase enseguida con la temperatura ambiente —dijo Chen.

—Entonces es posible que no haya ningún saboteador —dijo Marshall—. El proceso de fusión funcionó correctamente. El culpable fue el mismo hielo.

Faraday asintió con la cabeza.

—¿Cómo debió de formarse este hielo tan peculiar? —preguntó Marshall.

—Esa es la cuestión —dijo Chen.

En el laboratorio hubo un momento en silencio.

—Es una conjetura muy interesante —dijo Marshall—, pero aunque tengas razón, y no haya ningún ladrón ni saboteador, sigue en pie la pregunta: ¿qué ha sido del felino?

Nada más hacer la pregunta vio que la expresión de nerviosismo de Faraday se acentuaba.

—No, no me lo digas —añadió—. Déjame adivinarlo. Salió él solo.

—Ya viste las fotos que tomé del suelo de la cámara. Las marcas eran de algo que salía, no que entraba. Y tampoco eran marcas de sierra.

—Es verdad. No parecían marcas de sierra. Pero tampoco parecían garras de felino. Eran demasiado potentes para... —Marshall se calló de golpe—. Un momento. Es una teoría muy ingeniosa, con eso del hielo que se derrite por debajo del punto de congelación y todo lo demás, pero tiene un problema enorme. Para salir del hielo que quedaba y destrozar la cámara, el felino tendría que estar vivo. Sin embargo, lleva muerto miles de años.

—Es el problema del que estábamos hablando precisamente cuando entraste —dijo Faraday—. También tengo una respuesta, aunque vuelve a ser teórica.

Marshall le miró.

—Al congelarse el animal —prosiguió—, se habrían formado cristales de hielo en las células. Habría sido mortal.

—Puede que sí... y puede que no. El año pasado, en un congreso de biología evolutiva en Berkeley, asistí a una conferencia sobre el mamut de Beresovka.

—No me suena.

—Es un mamut lanudo que encontraron en Siberia a principios del siglo veinte. Totalmente congelado. Con trozos de un ranúnculo entre los dientes.

—¿Y?

—Pues que la pregunta es la siguiente: ¿cómo pudo congelarse tan deprisa en un lugar lo bastante cálido para que floreciesen ranúnculos?

De repente, Marshall lo entendió.

—Una corriente descendente de aire frío. Provocada por una inversión térmica.

Faraday asintió con la cabeza.

—Aire ártico superfrío.

—Ya veo por dónde vas. Porque cuando se congeló el mamut debía de ser verano, basándonos en el ranúnculo, pero aquí, en pleno invierno... — Marshall se quedó callado.

Hubo un momento de silencio, hasta que Chen continuó:

—Congelación instantánea.

—Congelación terminal —añadió Faraday.

—Y cuanto más rápido se congelara (si hubiera habido vientos fuertes, por ejemplo), menores serían los cristales que se formarían en sus células. Si hubiera sido lo bastante rápido, cabe la posibilidad de que el animal se congelara vivo. —Marshall les miró—. ¿Vosotros os creéis que la congelación terminal podría ser reversible?

Faraday parpadeó.

—¿En qué sentido?

—Si en verano, de repente, pudiera llegar una corriente descendente de aire superfrío, ¿no sería igualmente factible que llegara una corriente descendente de aire supercálido en invierno?

Faraday asintió despacio.

—Teóricamente.

—Pues ahí lo tienes. ¿Y si es verdad que se invirtió el fenómeno? ¿Que bajó un aire más cálido de lo normal? ¿No os acordáis de la sensación

tropical de la noche anterior a la de cuando el equipo de rodaje tenía previsto emitir en directo?

Faraday volvió a asentir con la cabeza.

—La temperatura debía de rondar el punto de congelación. —Marshall volvió a pasear por la sala—. Debieron de encender el congelador de la cámara, pero si había hielo XV, tal como dices, daba igual. Seguiría habiendo una temperatura lo bastante próxima al punto de congelación para que se produjera una fusión a gran escala. —Vaciló—. Cuando volvisteis a la cueva, a buscar muestras de hielo, ¿había alguna señal de derretimiento alrededor de lo excavado?

—No.

—Pero arriba, en el glaciar, hace más frío... —Marshall titubeó y sacudió la cabeza—. No sé, Wright; es muy ingenioso, pero parece bastante descabellado.

Faraday mostró el diagrama de fase.

—La estructura cristalina no miente. Los tests de rayos X con el hielo los hemos hecho nosotros mismos.

Un breve silencio se apoderó del laboratorio. Marshall miró el diagrama y luego lo dejó sobre la mesa sin decir nada.

—Si tienes razón en lo referente a la inversión —prosiguió Faraday despacio—, en lo del aire caliente, también se explicaría otra cosa.

—¿Cuál? —preguntó Marshall.

—Lo que vimos esa noche en el cielo.

—¿Te refieres a aquella aurora boreal tan extraña? ¿Tú crees que era un efecto secundario?

—Un efecto secundario —respondió Faraday—, o un agente causante. O un presagio, tal vez.

Otro silencio. Faraday se acordó de la advertencia del viejo chamán: «Su ira tiñe el cielo de sangre. Los cielos gritan de dolor».

—¿Y la sangre? —preguntó—. La que encontraste incrustada en las astillas de la cámara.

—Hemos estado demasiado ocupados analizando el hielo para comprobarlo.

Otro silencio se adueñó del laboratorio.

—Habéis trabajado mucho —dijo Marshall al cabo de un rato—, pero aún se plantean dos preguntas. Si estos tipos inusuales de hielo requieren mucha presión o una temperatura extrema, ¿cómo se formaron aquí?

Faraday se quitó las gafas, se las limpió con la corbata y se las puso otra vez.

—No lo sé —respondió.

Durante un rato, los tres se miraron.

—Has dicho que tenías dos preguntas —dijo Chen.

—Sí. Si son correctas vuestras conjeturas y el animal todavía está vivo, y suelto, ¿dónde está ahora?

La pregunta quedó en el aire. Y esta vez el silencio en el laboratorio fue definitivo.



## 29

A medida que la noticia de la muerte de Peters se extendía por la base Fear, la gente (casi inconscientemente) empezó a salir de sus habitaciones y a juntarse en los espacios más amplios del Nivel B, buscando consuelo en la compañía de otros. Sentados a las mesas del comedor de oficiales, hablaban en voz baja y se contaban anécdotas cariñosas: cosas descabelladas que había hecho o dicho Peters, errores técnicos absurdos que había cometido... Otros se quedaban en el Centro de Operaciones bebiendo té tibio, haciendo conjeturas sobre cuánto duraría la tormenta y prometiéndose con miradas de complicidad que formarían un equipo de búsqueda y encontrarían al oso polar que había destrozado al ayudante de producción. El ambiente de tristeza no hacía sino exacerbar la sensación de estar abandonados en un desierto de hielo, aislados de las comodidades tranquilizadoras de la civilización. Cuando empezó a caer la noche y languidecieron las conversaciones, los grupos siguieron en su sitio, reacios a volver a sus habitaciones y al silencio íntimo y desazonador de sus pensamientos.

Aunque esos no eran sentimientos de los que participase Ashleigh Davis, que, en su desconsuelo, sentada a una mesa del comedor de oficiales, apoyaba sobre las manos su cabeza elegantemente peinada y no apartaba la vista del reloj de la pared, metido en su jaula de metal. Llegó a la conclusión de que aquello era un infierno. No, peor que un infierno. Aquel sitio daba asco. La comida no llegaba ni a ser vomitiva. El spa más cercano quedaba a un millón de kilómetros. Ni muerta conseguiría una taza decente de expreso a la bergamota. Y lo peor de todo: aquello era una cárcel. Mientras no pasara la tormenta, tendría que quedarse de brazos cruzados, con su gloriosa carrera en punto muerto. Solo se podía salir a dar un paseo. Probablemente, se dijo

taciturna, acabaría haciéndolo si se quedaba allí mucho más tiempo; saldría a caminar de noche, por la nieve, como aquel tipo de la expedición de Scott a la Antártida... Había narrado un documental sobre ello, pero no encontraba fuerzas para acordarse del nombre de aquel pobre desgraciado.

¡Y el tiempo pasaba tan despacio! La tarde se le había hecho eterna. Había obligado al equipo de maquillaje a que le hicieran un tratamiento facial improvisado, la manicura y la pedicura. También le habían arreglado el pelo. Había dejado agotada a la chica de vestuario después de hacer que le llevara no uno, ni dos, sino tres vestidos sucesivamente, para probárselos y decidir qué se ponía para la cena. «Cena». No, no merecía esa palabra; mejor «rancho» o «bazofia». Además, los comensales, que no eran lo que se dice una compañía agradable, parecían zombis. Iban todos como si fuera a acabarse el mundo, solo porque el idiota de Peters había sido tan tonto para toparse con un oso polar. Ya no se acordaban de que allí había una estrella. En verdad, era patético; no se la merecían ni remotamente.

Suspiró irritada, sacó un cigarrillo de su bolso Hermés y lo encendió con un chasquido de su mechero de platino.

—En el interior de la base no se puede fumar, Ashleigh. —Era la voz de Conti—. Normas de los militares.

Soltó un bufido de exasperación, se sacó el cigarrillo de la boca y se lo quedó mirando. Después se lo puso otra vez entre los labios, aspiró con fuerza y lo aplastó en un plato de tapioca medio congelada. Mientras expulsaba el humo por la nariz, miró al productor, que estaba al otro lado de la mesa. Davis llevaba casi una hora recurriendo a todo tipo de súplicas, chantajes y amenazas para que la sacasen en un vuelo de emergencia de aquel lugar horrible y la dejaran volver a Nueva York, pero era inútil. Conti decía que era imposible, que todos los vuelos estaban suspendidos hasta nuevo aviso, tanto los públicos como los privados, y no cedía ante ningún argumento. De hecho, casi no le prestaba atención. Parecía preocupado por algo. Davis se dejó caer con un mohín contra el respaldo. Ni siquiera Emilio era capaz de valorarla. Increíble.

Apartó la silla y se levantó.

—Me voy a mi caravana —anunció—. Gracias por esta deliciosa velada. Conti, que volvía a mirar lo que escribía, levantó otra vez la vista.

—Si te cruzas con Ken Toussaint —dijo—, pídele que venga a verme, por favor. Si no estoy aquí, estaré en mis habitaciones.

Davis se puso el abrigo por encima de los hombros, sin dignarse contestar. Brianna, su asistente personal, también recogió el abrigo y se levantó de la mesa. No había dicho nada en toda la cena. Sabía muy bien que cuando Davis estaba de un humor de perros había que mantener la boca cerrada.

—¿Seguro que quieres volver a la caravana? —preguntó Conti—. Podría prepararte unas habitaciones aquí mismo.

—¿Habitaciones? ¿Con baño compartido, como si dijéramos? ¿Haciendo vivac en algún catre del ejército? Supongo que bromeas, querido Emilio.

Davis se giró; incluso el vuelo de su armiño mostraba desprecio.

—Pero... —empezó a protestar él.

—Te veré por la mañana. Y espero que para entonces haya un helicóptero esperándome.

Mientras caminaba deprisa hacia la puerta, Davis vio que se acercaba alguien. Era el hombre que había remolcado hasta allí su caravana. Le echó un vistazo. Era bastante guapo, con un cuerpo bronceado y esbelto de surfista, pero su camisa hawaiana, de unos colores pastel escandalosos, era el colmo del mal gusto. Mascaba un chicle enorme, como un rumiante.

—Señora... —dijo él, sonriendo, y saludó a Brianna con la cabeza—. Aún no nos han presentado oficialmente.

«Tampoco me han presentado oficialmente a mi chófer», pensó ella, ceñuda.

—Me llamo Carradine, por si no lo habían oído. Yo también me vuelvo a mi camión, así que, si no les importa, las acompaño.

Davis miró a su asistente, como preguntando: «¿Qué más voy a tener que aguantar?».

—¿Sabe que tenía muchas ganas de hablar con usted, señora Davis? —dijo el camionero mientras se dirigían hacia la escalera principal—. Cuando me enteré de que era la dueña de la caravana que tenía que traer hasta aquí, y me di cuenta de que tenía la oportunidad de hablar con alguien de su categoría... la verdad es que me pareció una de esas casualidades afortunadas que salen en los libros. Como cuando Orson Welles conoció a William

Randolph Hearst.

Davis le miró.

—¿William Randolph Hearst?

—¿Me he confundido? Bueno, el caso es que espero que no le importe que le robe un minuto.

«Ya lo has hecho», pensó Davis.

—La verdad es que no soy solo camionero. Pero la temporada es bastante corta: cuatro meses. Normalmente no subo tan pronto, porque el hielo de los lagos aún no es lo bastante grueso; así que tengo mucho tiempo para hacer otras cosas. Bueno, tampoco es que esté siempre ocupado, ya que en Cabo Coral la vida va bastante despacio, pero alguna ocupación sí he tenido.

Parecía querer que Davis le preguntase cuál, pero ella se mantuvo firme en su silencio mientras subían la escalera.

—Soy guionista —dijo él.

Davis le miró sin poder disimular su sorpresa.

—Quiero decir que he escrito un guión. Mientras conduzco escucho libros grabados, porque me distraen del hielo, y empecé a meterme en las obras de William Shakespeare; al menos en las tragedias, con toda esa sangre y todas esas luchas. Mi preferida es *Macbeth*. El guión es precisamente eso, mi versión de *Macbeth*, pero en vez de ser la historia de un rey es la de un camionero que conduce sobre hielo.

Davis apretó el paso por el patio intentando distanciarse de Carradine, que aceleró para no quedarse rezagado.

—El rey de los camioneros sobre hielo, ¿entiende? Lo que ocurre es que hay otro camionero que está celoso de él y de su fama entre los demás. También quiere robarle a la chica. Así que sabotea la ruta del rey, la rompe, rompe el hielo... ¿Ve por dónde voy?

Cruzaron la zona de almacenamiento temporal y, en cuanto salieron por la puerta principal, el viento y el hielo les echaron hacia atrás con una mano gigante e invisible. Las luces exteriores apenas penetraban en los remolinos de nieve. Prácticamente no se veía a más de un metro de distancia. Davis vaciló al recordar que a Peters le había matado un oso polar justo al otro lado de la cerca.

Carradine sonrió al ver su titubeo.

—No se preocupe —dijo, levantándose la camisa para mostrarle una pistola enorme metida en la cintura—. Nunca salgo sin esto.

Davis hizo una mueca, se arrebujó un poco más en el abrigo y dejó que Brianna se pusiera en cabeza, para cortar el viento.

Recorrieron despacio la explanada, entre barracas de Quonset reducidas a espectros por la ventisca. Davis iba con la cabeza baja, esquivando como podía los ríos de cables eléctricos y de datos que se escondían traicioneros bajo el manto blanco. Carradine iba a su lado, indiferente al frío. Ni siquiera se había molestado en coger una parka de una de las taquillas de la sala de aclimatación.

—Como le iba diciendo, el tráiler del rey se cae en el hielo y el otro camionero pasa a ser el rey.

—Ya, ya —murmuró Davis.

«Dios mío... Ya solo faltan una docena de pasos para la caravana.»

—La verdad es que es un argumento genial, con mucha violencia. Lo de que sean camioneros sobre hielo es lo mejor. En el camión tengo una copia. Con la de gente que conoce usted, he pensado que si pudiera echarle un vistazo y tal vez recomendárselo a...

Dejó de hablar tan bruscamente que Davis le miró. Después, ella también lo oyó: un golpe sordo delante, en la oscuridad, como si alguien llamara fuerte y despacio a una puerta.

—¿Qué ha sido eso? —musitó Davis.

Miró a Brianna, que le devolvió la mirada con nerviosismo.

—No lo sé —dijo Carradine—. Puede que alguna pieza suelta.

Pum.

—¡Es igual que la escena del portero de *Macbeth*! —exclamó Carradine—. ¡Cuando llaman a la puerta después de haberse cargado a Duncan! También lo he puesto en el guión. Es cuando el nuevo rey de los camioneros vuelve a Yellowknife y oye que el hijo del antiguo rey llama a su puerta...

Pum.

Carradine se rio.

—«Despiértate, Duncan, con tantas llamadas... —recitó—. Ojalá pudieras.»

Pum.

Davis dio otro paso y vaciló.

—Esto no me gusta.

—No pasa nada. Vayamos a mirar qué es.

Avanzaron más despacio por la tupida cortina de nieve. El viento silbaba lúgubrementemente entre los anejos, clavándose en las piernas desnudas de Davis y tirando del borde de su chaqueta. Tropezó con un cable y estuvo a punto de caer, pero al final recuperó el equilibrio.

Pum.

—Viene de la parte trasera de su caravana —dijo Carradine.

—Entonces átelo. Con tanto ruido no podré dormir.

Ya se dibujaba la forma de la caravana, como un monolito gris en la penumbra nevada, y se oía el ronroneo del generador. Carradine fue el primero en rodearla por detrás, con los faldones de la camisa sacudidos por el viento. Entre la caravana y la cerca, las sombras eran más oscuras. Davis tuvo escalofríos y se humedeció los labios.

Pum.

Y de pronto apareció delante de ellos: un cuerpo colgado boca abajo de un soporte de uno de los toldos de las ventanas. No llevaba abrigo y tenía la ropa desgarrada en varios lugares. Los brazos pendían hacia el suelo, flácidos. La cabeza, situada al mismo nivel que la de ellos (e irreconocible por la nieve), chocaba despacio contra la pared metálica de la caravana, al albur del viento.

Pum.

Brianna chilló y dio un paso hacia atrás.

—¡Está muerto! —gritó Davis.

El camionero se lanzó rápidamente hacia delante y apartó la nieve de la cara que colgaba frente a él.

—¡Dios mío! —exclamó Davis—. ¡Toussaint!

Carradine levantó las manos para descolgar el cuerpo por el brazo. Justo entonces se abrieron de golpe los ojos de Toussaint, que les miró sin entender nada. Después abrió la boca y gritó.

Brianna cayó desmayada. Su cabeza hizo un ruido desagradable al chocar contra la caravana.

Toussaint, aún sin descolgar, chilló otra vez, con un alarido entrecortado.

—¡Juega contigo! —exclamó—. ¡Juega contigo! Y cuando ha acabado de jugar, te mata. Nos matará a todos.

## 30

En el Centro de Operaciones había más gente que nunca. La última vez que había estado tan concurrido, pensó Marshall, taciturno, era cuando Wolff había organizado la reunión de emergencia, después de que encontrasen la cámara vacía. Aquella reunión había suscitado sorpresa, consternación e incredulidad. Esta vez los ánimos estaban dominados por el miedo, tan intenso que Marshall casi percibía su regusto metálico en el aire.

En cuanto entró en la sala, se le acercaron a la vez Wolff y Kari Ekberg.

—¿Cómo está Toussaint? —preguntó Wolff.

—Medio congelado, con el tobillo roto, y ha sufrido muchas laceraciones graves en las piernas y los brazos, pero sobrevivirá. Está delirando. Hemos tenido que sedarle con fármacos de las reservas militares. González le ha puesto unas sujeciones provisionales. Ha sido duro de pelar, incluso con los tranquilizantes.

—¿Delirando? —repitió Wolff—. ¿Sobre qué?

—Es bastante incoherente. Dice que le han atacado en la enfermería, que le han dado muchos golpes y que le han arrastrado hasta fuera.

—¿Quién podría haber hecho eso? —musitó Ekberg.

—Según Toussaint, no es «quién» —contestó Marshall—, sino «qué».

Wolff frunció el ceño.

—Qué locura.

—«Algo» le ha colgado como una res. El gancho estaba como mínimo a tres metros del suelo.

—Eso no podría hacerlo un oso polar —dijo Wolff—. Tampoco podría entrar y salir impunemente de la base. Está claro que tiene alucinaciones. Además, ¿qué hacía en la enfermería?



—Parece que intentaba conseguir una toma del cadáver de Peters sin que se enterase nadie.

Wolff dio un respingo y se quedó muy serio.

—¿Y la ha conseguido?

—No sabría decírselo. En la enfermería había una cámara; acaban de comprobarlo los hombres de González, pero estaba en muy mal estado, con la pantalla en blanco. Solo se oye el audio, con Toussaint murmurando todo el rato: «No, no, no».

—¿Ha descrito lo que le ha atacado? —preguntó Ekberg.

—Con detalle no. —Marshall hizo una pausa para intentar acordarse del torrente de desvaríos que había oído al estabilizar a Toussaint—. Ha dicho que era enorme, como una camioneta.

Wolff puso cara de escepticismo.

—Y que tenía tantos dientes que no se podían contar. No eran grandes, pero afilados como cuchillas. Ha dicho que se le movían.

La expresión escéptica de Wolff se agudizó.

—Poco probable, ¿no?

—No sé. Las cuchillas explicarían todas aquellas marcas del cadáver de Peters —Marshall hizo otra pausa—. Y los ojos. Hablaba constantemente de los ojos.

Ekberg se estremeció.

—Ha dicho que le cantaba —añadió Marshall.

—Me parece que ya he oído bastante.

Wolff se volvió.

—Hay otra cosa —dijo Marshall.

El representante de la cadena se paró sin mirar hacia atrás.

—El cadáver de Peters ha desaparecido.

Marshall y Ekberg vieron que Wolff salía de la sala. Se quedaron un momento en silencio. La gente formaba pequeños grupos, con las cabezas muy juntas. Hablaban en voz baja, casi susurrando. Todo aquello contrastaba enormemente con Davis, cuyas quejas y protestas estridentes habían contribuido desde un buen principio a que se difundiera la noticia. Estaba al fondo, en un rincón, exigiendo en voz alta protección militar personal.

Ekberg señaló con la cabeza a Carradine, que estaba solo, sentado en un

rincón, bebiendo cacao de un vaso de poliestireno.

—Se ha brindado a llevar a todo el mundo —dijo.

—¿Qué quiere decir? ¿A Yellowknife?

—A donde sea. Lejos de la base. Dice que podría meterlos a casi todos en la caravana de Ashleigh.

—Tal vez no sea mala idea. Mientras siga una ruta que no sea peligrosa, y no haga malabarismos...

—Wolff lo ha descartado. Dice que es demasiado arriesgado.

—Pues parece que lo que se está volviendo más arriesgado por momentos es quedarse aquí. —Marshall la miró—. ¿Usted se iría? Me refiero a si dieran luz verde a Carradine.

—Depende de lo que hiciera Emilio.

—Usted no le debe nada. Además, ahora ya sé la verdadera opinión que tiene de él.

—¿La verdadera opinión que tengo de él?

—Esta mañana no la ha disimulado precisamente.

Ekberg sonrió, compungida.

—No puedo negar que es bastante insoportable, pero como la mayoría de los directores con los que he trabajado. Hace falta un ego desmesurado para poner tu firma personal en algo tan grande y complejo como un documental de máxima audiencia. Además, yo no me he comprometido solo con Conti; me he comprometido con el programa. En este negocio, las cosas son así. Soy la productora de campo, así que me quedo hasta el montaje final.

Marshall también sonrió.

—Es usted valiente.

—No, la verdad es que no; solo soy ambiciosa.

Marshall se dio cuenta de que había alguien a su lado, y al volverse vio que les observaba; era Jeremy Logan. «Será profesor universitario —pensó mientras le saludaba con la cabeza—, pero no se parece a ninguno que haya conocido.»

—Perdonen que les interrumpa —dijo Logan—. Esperaba poder hablar un momento con el doctor Marshall.

—Por supuesto. De todos modos, tengo que hacer todo lo que pueda para tranquilizar a la tropa. Ya hablaremos luego, Evan.

Ekberg se fue. Marshall se volvió hacia Logan.

—¿Qué pasa?

—Parece que mucho. Vayamos a un sitio un poco más tranquilo y hablaremos.

Logan señaló la salida.

## 31

El laboratorio de Marshall quedaba a tan solo media docena de puertas del Centro de Operaciones. Aun así, el trayecto se hizo eterno. Marshall no podía quitarse de la cabeza la imagen destrozada de Peters, ni los delirios y los ojos desorbitados de Toussaint. Tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para no mirar hacia atrás.

Al llegar al laboratorio, levantó el teclado MIDI de una de las sillas, hizo señas a Logan de que se sentara y cerró la puerta con cuidado. Acto seguido se sentó frente a la mesa de laboratorio.

—¿Le parece lo bastante tranquilo? —preguntó.

Logan miró a su alrededor.

—Servirá. —Hizo una pausa—. Ya me he enterado de la noticia. ¿Cómo se lo está tomando la gente?

—Hay de todo. Aunque cunde el miedo. He visto a varios que están a punto de venirse abajo. A una mujer del equipo de maquillaje le ha dado un ataque de histeria y han tenido que sedarla. Si no pasa pronto esta tormenta... —Meneó la cabeza—. La gente no sabe qué pensar, no sabe qué ocurre. Probablemente esto es lo peor de todo.

—Lo que yo quería saber es qué piensan ustedes; me refiero a los científicos. Tengo la corazonada de que están tramando algo y necesito saber de qué se trata.

Marshall miró un buen rato a Logan, pensativo.

—Voy a decirle lo que no pienso. No pienso que a Peters pudiera destrozarse de esa manera un ser humano. Tampoco pienso que a Toussaint pueda haberle colgado por los tobillos un oso polar.

Logan cruzó una pierna encima de la otra.

—Pues quedan pocas opciones, ¿no?

Marshall vaciló, pero recordó que Logan ya le había hecho confidencias sobre el motivo de su presencia en la base y el malhadado episodio del equipo científico.

—Faraday tiene una teoría —empezó a decir después de un rato.

Expuso de manera sucinta lo que le había explicado Faraday: las características excepcionales del hielo XV en lo referente a su fusión, la posibilidad de que el animal se hubiera congelado instantáneamente dentro del hielo y la hipótesis, no del todo imposible, de que en vez de morir hubiese entrado en una especie de sueño criogénico.

Logan escuchó con atención. Marshall reparó en que no expresaba escepticismo en ningún momento. Al final, Logan asintió despacio.

—Muy interesante —dijo—, pero sigue sin responder a la pregunta más importante de todas.

—¿Cuál?

Se reclinó en la silla.

—¿Qué es?

—De eso también hemos hablado. ¿Le suena de algo el efecto Calisto?

Sacudió la cabeza.

—Es una teoría biológica, sobre la turbulencia evolutiva. Según esta, cuando las especies se acomodan demasiado a su entorno (cuando dejan de evolucionar o empiezan a perjudicar a la ecoesfera), aparece un nuevo animal, una máquina de matar, para hacer una criba en la población y dar un empujón al proceso evolutivo. En términos ecológicos, un arma perfecta.

—Otra teoría fascinante, si no fuera porque resulta difícil imaginar que aquí arriba pueda ser necesario hacer una criba.

—Tenga en cuenta que estamos hablando de la ecología local tal como era hace miles de años, cuando se congeló el animal; por otro lado, con este clima, probablemente no hiciera falta una gran población para sobrecargar un hábitat tan desértico. En todo caso, siguiendo con la teoría, en términos generales el efecto Calisto es una aberración evolutiva, porque parece que esa máquina de matar es demasiado eficaz y acaba convirtiéndose en su peor enemigo. Lo mata todo y al final se queda sin sustento.

Logan volvió a asentir con la cabeza, todavía más despacio, como si

encajase una pieza en un puzzle mental.

—Lo ha llamado «arma perfecta». Es interesante que use estas palabras, porque yo también me he topado con ellas. Resulta que esta mañana he encontrado un cuaderno que dejó uno de los científicos del primer equipo. Lo había escondido en su dormitorio.

Se dio unos golpecitos en el bolsillo de la camisa, sonriendo levemente.

—¿Esta mañana? ¿Y me lo dice ahora?

—No sabía que tuviera que decirle nada.

Marshall aceptó el argumento con un gesto de la mano.

—La verdad es que he esperado a decírselo porque cuesta casi tanto de leer como los textos en Lineal A de Hagia Triada. Está escrito en clave.

Marshall arrugó el ceño.

—¿Y por qué haría eso el científico?

—Seguro que le pareció que no bastaba con esconder las notas, también tenía que encriptarlas. Acuérdense de que eran los años cincuenta, con la guerra fría al rojo vivo. La gente se tomaba muy en serio la seguridad. Probablemente no quisiera pasarse veinte años en la cárcel de Leavenworth. En cualquier caso, llevo todo el día descifrándolo.

—¿También es criptoanalista?

Logan volvió a sonreír.

—Resulta muy útil para mi trabajo.

—¿Y dónde lo ha aprendido, si puede saberse?

—Una vez trabajé para... ¿Cómo se lo diría? Para los «servicios de inteligencia». Pero, en fin, el caso es que de momento solo he tenido un éxito limitado: palabras, alguna que otra frase suelta... Es polialfabético, una variante de la tabla de Vigenère pero un poco más complicado. Creo que lo combinó con la clave de algún libro, pero, claro, al limpiar las habitaciones se llevaron todos los libros.

Metió una mano en el bolsillo, sacó un cuadernito (arrugado y polvoriento, con una capa de moho) y lo dejó sobre la mesa de laboratorio, junto a Marshall. Después lo abrió y sacó un papel doblado.

—De momento he conseguido descifrar esto. —Lo desdobló y le echó un vistazo—. Hay un par de entradas de aspectos cotidianos, con comentarios sobre lo mala que es la comida, lo espartano que es el alojamiento y lo poco

idóneas que son las condiciones de trabajo. Me las saltaré. Por ejemplo: «Hemos tenido que trabajar muy deprisa. Está todo lleno de material sonar sin desembalar». O esto: «El secretismo lo dificulta todo enormemente. Solo han informado a Rose».

—¿Rose? —repitió Marshall.

—¿No se acuerda? Entonces era el oficial al mando de la base Fear. — Logan leyó el papel por encima—. Vamos allá: «Es horrible. Maravilloso, pero horrible. Es realmente el arma perfecta, suponiendo que podamos controlar su poder, que será...». Dos palabras que aún no he descifrado... «desafío». Hacia el final, la caligrafía se hace más rápida y nerviosa: «Ha matado a Blayne. Qué horror, por Dios, tanta sangre...». Y hay otra que aún no entiendo del todo: «Los tunit tienen la respuesta». Está claro que «tunit» está mal descifrado. Tendré que analizarlo más a fondo.

—No está mal descifrado. Los tunit son los nativos de aquí.

Logan levantó de inmediato la cabeza.

—¿Está seguro?

—Totalmente. Vinieron a vernos justo después de que hiciésemos el descubrimiento en la cueva de hielo. Nos instaron claramente a irnos de aquí.

Los ojos de Logan se entrecerraron un poco.

—No me suenan de nada los tunit, y eso que conozco muchas tribus de Alaska: los inuit, los aleutianos, los ahtena, los ingalik...

—Prácticamente se extinguieron hace mil años, cuando sus tierras fueron conquistadas y tuvieron que refugiarse en el yermo. Con el paso de los años, los pocos que quedaban murieron o fueron absorbidos por la población mayoritaria. Me han dicho que este es el último poblado que queda.

Logan se rio entre dientes.

—Ya sabía que no me equivocaba acudiendo a usted. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? —Dio una palmada a la hoja de papel—. Podría ser la respuesta que buscábamos.

—¿Cree que hay alguna relación entre los científicos muertos y lo que ha estado atacando la base? No puede ser. El animal que descubrimos llevaba más de mil años congelado debajo de un glaciar. Las pruebas sobre eso son absolutamente irrefutables.

—Sí, me doy cuenta, pero no creo en las coincidencias. —Logan hizo una

pausa—. Solo hay una manera de averiguarlo.

Marshall estuvo un buen rato sin contestar, hasta que asintió despacio con la cabeza.

—Cogeré el Sno-Cat —dijo—. Es la única forma de salir con esta tormenta.

—¿Sabe conducirlo?

—Sí, claro.

—¿Y sabe dónde está la aldea tunit?

—Tengo una idea aproximada. No queda lejos, a unos cincuenta kilómetros al norte.

Logan dobló el papel, lo metió otra vez en el cuaderno y se lo guardó en el bolsillo.

—Le acompaño.

Marshall sacudió la cabeza.

—Es mejor que vaya solo. Los indios ven nuestra presencia con muy malos ojos. Recelan de nosotros. Cuantos menos vayamos, mejor.

—Es peligroso. Si se hace daño, no habrá nadie que le ayude.

—Seguro que en el Cat hay un radio. Tendré cuidado. Al menos los tunit ya me conocen. A usted, en cambio, no. Aquí aprovechará mejor el tiempo, poniendo al día a mis colegas.

—Tal vez los que mandan no se tomen muy bien que se lleve el Sno-Cat.

—Por eso no se lo diré. Iré lo más rápido que pueda. En estas circunstancias, incluso dudo que se den cuenta.

Logan frunció el entrecejo.

—Supongo que es consciente de que los indios podrían ser culpables de lo que ha pasado. Lo ha dicho usted mismo: no nos quieren aquí. Podría meterse en la boca del lobo.

—Sí, es verdad, pero si pueden aclarar en alguna medida, por pequeña que sea, lo que está pasando, vale la pena arriesgarse.

Logan se encogió de hombros.

—Me parece que se me han acabado los argumentos.

Marshall se levantó.

—Entonces, venga a despedirme.

Señaló la puerta con la cabeza.



## 32

Pareció que Conti contestara antes de que Fortnum llamase a la puerta.

—Adelante.

El técnico entró y cerró la puerta sin hacer ruido. Conti estaba al fondo de la sala, en la zona de proyección improvisada, absorto en el vídeo que se reproducía en la pantalla LCD gigante. Pese a verse movida y con rayas, la imagen se reconocía enseguida: el *Hindenburg* en llamas, derrumbándose en la base aérea de Lakehurst.

—Ah, Allan —dijo el director—. Siéntate.

Fortnum se acercó y tomó asiento frente a la pantalla, en uno de los cómodos sillones.

—¿Cómo está Ken?

Conti juntó las puntas de los dedos. Todavía miraba la pantalla.

—Seguro que se recupera —contestó.

—No es lo que he oído. Está fuera de sí.

—Es temporal. Ha sufrido una conmoción muy fuerte. De eso precisamente quería hablarte. —Conti apartó la vista del reportaje el tiempo justo para mirar a Fortnum—. ¿Tú cómo vas?

Fortnum había dado por supuesto que Conti le llamaba para hablar del estado de Toussaint, pero al parecer el director quería hablar de trabajo. Se dijo que no era sorprendente; con los directores importantes como Conti, el trabajo siempre era lo primero.

—He logrado media docena de reacciones pasables ante la muerte de Peters. Ahora mismo las estoy renderizando.

—Muy bien, muy bien. Un punto de partida excelente.

¿Punto de partida? Fortnum tenía la impresión de que eran los planos

finales (de bastante mal gusto) para un documental sobre un documental, un estudio de un proyecto trágicamente echado a perder.

La imagen de la pantalla se fundió en negro. Conti cogió un mando a distancia y pulsó un botón, para que volviera a empezar el noticiero: el *Hindenburg* deslizándose serenamente hacia su amarradero, como un enorme puro plateado flotando sobre los prados de Nueva Jersey. De repente brotaban llamas en su parte inferior y empezaban a ascender columnas de humo oscuro. El dirigible reducía su velocidad, se detenía en el aire durante un momento angustioso y luego empezaba su caída hacia el suelo, mientras el fuego devoraba su piel y dejaba a la vista una tras otra sus anchas costillas negras.

Conti señaló la pantalla.

—Fíjate. El encuadre es horrible y la cámara no deja de temblar. La puesta en escena brilla por su ausencia. Aun así, probablemente sea la imagen más imperecedera que se ha captado en celuloide. ¿Te parece justo?

—Creo que no le sigo —contestó Fortnum.

Conti hizo un gesto con la mano.

—Aquí estamos nosotros, perfeccionando año tras año nuestra técnica, haciendo tomas cada vez más sutiles y bonitas y preocupándonos constantemente de la iluminación de tres puntos, los insertos no diegéticos y los raccords de mirada. ¿Y todo para qué? Luego resulta que aparece alguien con una cámara de cajón en el lugar y el momento adecuados y en cinco minutos rueda algo más famoso que todas nuestras horas de cinta juntas, planificadas al milímetro.

Fortnum se encogió de hombros.

—Es así.

—No necesariamente.

Conti toqueteaba el mando.

—Sigo sin ver adónde va.

—Es muy simple: que es posible que por una vez, por una sola vez, el destino haya puesto en el sitio adecuado a alguien con los conocimientos y los medios necesarios.

Fortnum frunció el ceño.

—Se refiere a lo que destrozó a Josh Peters. A esa cosa sobre la que

deliraba Ken.

Conti asintió despacio.

—¿Así que se lo cree? ¿Ya no le parece un sabotaje?

—Digamos que no descarto ninguna posibilidad; y si hay una oportunidad, pienso aprovecharla. De lo contrario, seríamos tontos.

Fortnum se quedó callado. «No puede estar hablando de... No, claro que no. Ni siquiera Conti tiene suficiente sangre fría para eso.»

La película terminó y Conti volvió a ponerla pulsando el mando.

—Allan, deja que te haga una pregunta. ¿Por qué crees que es tan famosa la toma del *Hindenburg*?

Fortnum reflexionó.

—Fue una enorme tragedia. No es algo que se vea cada día.

—Exacto. No podías haberlo dicho mejor: no es algo que se vea cada día. ¿La matanza de San Valentín la filmó alguien? No. ¿Y el incendio de la fábrica Triangle Shirtwaist? Tampoco. Si los hubieran filmado, ¿hoy serían unos iconos como la cinta del *Hindenburg*? Probablemente. —Conti se volvió para mirar a Fortnum, que se quedó consternado al ver un brillo de entusiasmo en sus ojos—. Pero lo más trágico es que las pocas cintas que tenemos de ese tipo de desastres son toscas y sin refinar. Ahora tenemos la oportunidad de remediarlo. ¿Entiendes a qué me refiero con «oportunidad»?

Fortnum no daba crédito a lo que oía. Se estaban confirmando sus peores temores sobre los motivos e intenciones de Conti.

—¿Qué espera, que pille a esa cosa, sea lo que sea, mientras está matando a alguien? ¿Que intente filmarla? ¿Es eso?

En vez de contestar directamente, Conti volvió a mirar la pantalla.

—¿Sabes cuáles son los vídeos más vistos de YouTube? Los de ataques de animales. ¿Y el documental que tuvo la mayor audiencia el año pasado? *Cuando atacan los tiburones*. La gente tiene el impulso primitivo de ver morir a otros. Yo no puedo explicármelo. Tal vez sea una manera refleja de regodearse en la desgracia ajena, o un instinto primitivo de lucha o huida, pero el caso es que se nos ha concedido una oportunidad que pocos cineastas tienen: estar presentes en un momento de auténtica crisis. ¿Es a lo que veníamos? No. ¿Lo habíamos planeado así? Por supuesto que no. Pero documentarlo es un deber: hacia nosotros mismos, hacia la cadena... y hacia

la posteridad.

Fortnum se levantó.

—Así que no solo quiere que me exponga a un riesgo enorme, sino que pretende que filme al animal mientras destroza a nuestro equipo. Filmarlo en vez de hacer todo lo que pueda para salvarles la vida.

—Quién sabe. Puede que no haya ningún otro ataque. Puede que ni siquiera sea un animal. La tormenta podría amainar antes de lo previsto y nosotros saldríamos de aquí mañana. Pero tenemos que estar preparados, Allan. Por si acaso.

Fortnum sintió que su sorpresa e incredulidad se convertían en rabia.

—¿Por qué encontraron la cámara de Ken Toussaint en la enfermería, a menos de tres metros de donde se guardaba el cadáver de Peters? Fue el encargo que le hizo usted en el patio, ¿verdad? Filmar el cadáver destrozado de Josh.

—Lástima que se destruyera la señal de vídeo. —Conti volvió a posar la vista en la pantalla, en la que el dirigible caía por enésima vez con un movimiento lento y una extraña formalidad, envuelto en llamas y humo—. Primitivo —murmuró—. De aficionados. Pero esta vez no será así. Pienso coger este documental (esta autobiografía) e inmortalizar en celuloide la tragedia mientras se desarrolla. Una crisis tan memorable, a su manera, como la del *Hindenburg*... pero esta vez será arte.

—Aprovecharse de la muerte de Peters para conseguir planos de reacciones ya era bastante grave, pero esto... —Fortnum se puso tenso—. No pienso tener nada que ver en ello. Además, me parece usted un monstruo por el mero hecho de insinuar algo tan vil.

Conti tardó un poco en arrancar la vista de la pantalla y mirar a Fortnum.

—Tú trabajas para mí —dijo—. Si no tienes lo que hay que tener para hacerlo, es que no sirves para documentalista. Ya me encargaré yo de que no vuelvas a trabajar en este oficio.

—No sé por qué —contestó Fortnum—, pero creo que uno de los dos ya está sentenciado.

Se dio la vuelta y salió dando zancadas de la sala, sin mediar palabra.

## 33

El soldado de primera Donovan Fluke caminaba abatido por el pasillo transversal del ala sur del Nivel B, cargado con nada menos que tres pesados talegos. Al principio no había dado crédito a su suerte porque le hubieran encargado que acompañara a Ashleigh Davis a sus nuevos aposentos provisionales. Aunque fuera una bruja, estaba francamente buena; era, con diferencia, la mujer más guapa que había visto en cuatro meses. En realidad, descontando al resto del equipo de rodaje, era la única que había visto en cuatro meses. Antes de ingresar en el cuerpo de ingenieros, Fluke había sido bastante mujeriego (de hecho, su principal razón para alistarse había sido evitar problemas con un marido enfadado), y sabía cómo engatusar a las chicas. Por otro lado, la asistente personal de Davis estaba en su alojamiento provisional, recuperándose de una conmoción bastante grave; otro golpe de suerte, qué duda cabía, porque así se quedaba a solas con Davis. La presentadora había pedido alojarse cerca de los militares, para estar más protegida. Fluke pensaba aprovechar la misión de acompañarla para poner en práctica sus dotes de seductor, entre las cuales la sonrisa de chico tímido era su especialidad. Si eso no funcionaba, la asustaría un poco hablando de los rumores sobre el feroz oso polar que andaba suelto. Por alguno de los dos medios (la seducción o el ataque de nervios) intentaría que Davis le invitara a su habitación y quedarse allí un rato. Tal vez más que un rato.

El desenlace, sin embargo, estaba siendo muy distinto. Davis se había mostrado inmune a todas sus estrategias amorosas: no decía nada, rechazaba sus avances y se negaba a responder a todas sus indirectas o preguntas capciosas. Cuando salieron de la base, primero habían ido a la caravana de ella y Fluke tuvo que esperar (fuera, con aquel frío) casi un cuarto de hora a

que recogiera cuatro cosas para la noche. Quedarse de pie en los escalones de la caravana, con la pistola en la mano, pensando en el cadáver ensangrentado y salvajemente destrozado que él había sido el primero en ver a menos de cien metros de ahí había contribuido mucho a mitigar su ardor. Después, para colmo, había tenido que llevar él solo las «cuatro cosas» (tres talegos llenos) durante el camino de vuelta a la base, y luego al ala sur.

Llegaron a un cruce y Fluke dejó caer los talegos al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Davis de inmediato.

—Tengo que descansar un poco, señora —contestó él.

Davis resopló despectivamente por la nariz.

—¿Cuánto falta?

—Un par de minutos.

La única habitación aceptable que podían preparar con tan poca antelación, el dormitorio del oficial de guardia, estaba al final de los cuartos de los soldados. Al principio, a Fluke le había hecho gracia ir tan lejos (más tiempo para conversar). Pero ahora le parecía una caminata interminable.

Su radio pitó. La sacó del cinturón reglamentario de nailon.

—Fluke.

—Fluke, soy González. Comunícame tu situación.

Fluke miró las puertas que le rodeaban, envueltas por la oscuridad.

—Estamos delante del Centro de Intercepción.

—Informa en cuanto la señora Davis esté a salvo.

—Sí, señor. —Apagó la radio, se la puso otra vez en el cinturón y recogió los talegos—. Ahora hay que girar a la izquierda —dijo.

Encabezó el recorrido por la parte de la base donde en otro tiempo estaban los servicios destinados a la población militar: gimnasio, biblioteca, centro médico y dental. Ahora que ya no había pelotones, estaba todo inutilizado y desolado. Cruzaron la puerta abierta de la biblioteca, cuyas estanterías vacías, sin un solo libro, formaban unas líneas negras e implacables en la penumbra. Fluke creía estar acostumbrado a todo aquel silencio, pero esa noche parecía más denso de lo normal, casi tangible. Intentó silbar, pero le salió una nota desafinada y estridente que interrumpió enseguida.

Davis, que le seguía a medio paso de distancia, tiritó.

—Qué oscuro está todo.

Así que a ella también le afectaba... Fluke decidió hacer otro intento.

—Ahí delante está la enfermería —dijo—. Qué raro que haya desaparecido el cadáver de aquel hombre, Peters, ¿no cree? Empiezas a pensar: ¿quién se lo habrá llevado? ¿Y por qué?

La respuesta de Davis fue protegerse más sus hombros estrechos con el abrigo. Fluke abrió la boca para soltar otro comentario escalofriante, pero se lo pensó mejor; si a Davis le entraba demasiado miedo, en vez de invitarle a entrar probablemente insistiría en volver con los demás... y lo último que quería él era arrastrar los talegos por todo el camino de vuelta hasta el Centro de Operaciones.

Al pasar junto a la puerta de la enfermería siguió pensando en Peters, el ayudante de producción muerto. La cabeza hecha trizas, con el cerebro a la vista y el nervio óptico colgando de forma ridícula; la explosión de sangre en el permafrost... Eran imágenes que nunca se alejaban mucho de su pensamiento, a pesar de sus libidinosos avances hacia Davis.

Miró la puerta de reajo. «Por cierto, ¿dónde diablos está el cadáver de Peters?»

Pasada la enfermería (la única instalación que se había usado recientemente en todo aquel sector), el pasillo estaba aún más oscuro. Teniendo en cuenta que en el interior de la base solía haber unas temperaturas más propias de un invernadero, se notaba un frío extraño. Fluke se paró para abrocharse el primer botón del uniforme.

—Ya no falta mucho —dijo, esperando que su tono fuera servicial—. Debemos ir recto y luego bajar por una escalera. Cuando le haya llevado las mantas y las sábanas, veré si puedo arreglar alguna de estas luces.

Davis respondió en voz baja, con un monosílabo.

La escalera estaba al fondo del pasillo, bajo una mancha de luz tenue. Al acercarse, Fluke trató de olvidar el dolor en sus brazos haciendo un repaso mental de las siguientes tareas: comprobar que la habitación estuviera ventilada y razonablemente presentable, ir a buscar la ropa de cama y las bombillas a intendencia, consultar la distribución de la planta para...

De repente se detuvo.

Davis le miró, sobresaltada por el brusco movimiento.

—¿Qué pasa?

—Algo raro. —Fluke señaló delante, a la izquierda. Había una puerta metálica entreabierta—. Aquella puerta. Se supone que tiene que estar siempre cerrada.

—Pues ciérrala y vámonos —dijo ella, nerviosa.

Fluke dejó los talegos en el suelo y sacó la radio del cinturón.

—Fluke a González.

Se oyó un chorro de estática, seguido por la voz del sargento.

—Aquí González.

—Señor, la puerta del cuarto de transformadores está abierta.

—Pues ciérrala. Y si hay algo sospechoso, informa.

—Sí, señor. —Fluke miró a Davis—. ¿Ha paseado alguno de ustedes por esta zona?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Han registrado muchos sitios. Vamos, haz lo que te ha dicho y salgamos de aquí.

Fluke se acercó a la puerta. Le parecía rara su manera de colgar de las bisagras. Sacó una linterna del bolsillo, la encendió y deslizó la luz por el marco de la puerta. Después desenfundó rápidamente la radio.

—Sargento... —dijo—. Sargento González...

—Adelante, Fluke.

—La puerta... Parece que la haya abierto alguien a patadas. Tiene la cerradura rota.

—¿Está seguro, soldado?

—Sí, señor. Y otra cosa: parece que la hayan abierto desde dentro.

—Ahora vamos.

—Cambio y corto.

Fluke se acercó un poco más, despacio, arrastrando el haz de la linterna por el suelo de linóleo hasta la puerta rota e introduciéndolo en la fina cuña negra de la habitación del otro lado.

—¿Ya podemos irnos? —preguntó Davis—. Por favor.

—Un momento.

El frío que había notado Fluke... salía de allí. Notó cómo se filtraba por la rendija, como si la habitación respirase.

Empujó un poco la puerta con un pie. Esta basculó pesadamente,



rechinando en las bisagras sueltas. Fluke palpó la pared y al encontrar el interruptor lo encendió.

El fluorescente del techo parpadeó, iluminando débilmente el espacio del otro lado. Era un cubo metálico grande y de aspecto espartano, que contenía manojos de cables eléctricos fijados con tornillos a unas cajas de metal que recibían corriente del generador de fuera y reducían el voltaje con transformadores. Todo vibraba de electricidad. Fluke casi sentía un cosquilleo eléctrico en la piel. Miró a su alrededor, ceñudo. De allí. De allí salía el frío.

—Pero ¿a quién se le ocurre...? —murmuró.

En la pared del fondo había un panel de acceso de algo más de un metro por un metro, justo encima del suelo. Se usaba para acceder al espacio de mantenimiento que permitía arrastrarse por todo el conducto entre la sala y el caparazón externo de la base. Normalmente lo cerraban con llave, pero ahora estaba abierto, con el panel colgando de unos clavos retorcidos. Entraba aire ártico del exterior.

—Las orejas —dijo Davis—. Me duelen.

Fluke se apresuró a cruzar la sala y se puso de rodillas delante del panel abierto. Cogió el borde e intentó cerrarlo, pero estaba doblado hacia dentro y no cedía. Lo intentó otra vez con todas sus fuerzas, pero nada. Se paró para calentarse los dedos y recuperar el aliento. En ese momento su vista se detuvo en el espacio de detrás del marco del panel de acceso.

Era un agujero oscuro, de unos tres metros de profundidad. El panel exterior, al fondo, también estaba arrancado. Fluke vio la silueta de una de las barracas de material y cintas de nieve bajo un viento que, con sus aullidos de alma en pena, formaba remolinos como los que levanta el polvo. Mientras miraba fijamente, reparó en que le dolían los oídos, pero con un dolor que nunca había sentido; era un pitido extraño, grave, casi más palpable que sonoro, acompañado de una sensación desagradable de presión, como si se le estuvieran hinchando los oídos internos en el cráneo...

Fue entonces, mientras él estaba de rodillas observando, cuando los remolinos de nieve del fondo del túnel de mantenimiento desaparecieron de golpe.

Escrutó el conducto con perplejidad, preguntándose si tal vez el panel

exterior se habría cerrado desde fuera; pero entonces algo se movió en la oscuridad y se dio cuenta de que lo que había obstruido su visión era una forma grande que se acercaba con sigilo por el túnel.

Cayó de espaldas en el suelo, chillando de terror. Sacó la pistola de la funda, pero de pronto tenía los dedos gruesos, abotargados, y el arma rebotó en el suelo. Intentó recuperarse, ponerse de pie y salir corriendo, pero estaba paralizado de sorpresa y de incredulidad. Aquella cosa ya estaba más cerca, ocupando todo el ancho del túnel. Mientras miraba, Fluke sintió que le aumentaba el dolor de cabeza hasta extremos casi insoportables. De repente sus muslos se calentaron, a causa de un aflojamiento de la vejiga.

Ya estaba en la sala. Cuando Davis emitió un grito agudo y penetrante, la cosa se volvió hacia ella. Fluke no hacía más que mirar. Ni todos sus conocimientos, ni toda su experiencia podía explicar lo que estaba con ellos en la sala; ninguna pesadilla, sueño febril o creación del Todopoderoso o del Príncipe de las Tinieblas.

Davis volvió a gritar (un grito atroz, como un desgarramiento de laringe), e inmediatamente la cosa se le echó encima. El grito fue subiendo de tono y de volumen hasta convertirse en una gárgara desesperada y húmeda. Fluke se sintió rociado por algo caliente y viscoso. De repente se dio cuenta de que podía moverse. Una vez en pie, trastabilló hacia la puerta, desesperado, sin acordarse del arma. Le pareció oír voces, como si llegaran de muy lejos; un grito de advertencia, pero de pronto era él quien lo tenía encima y en su universo ya solo quedó dolor.

## 34

El parabrisas del Sno-Cat 1643RE era muy grande, ya que ocupaba toda la parte delantera. Desde el privilegiado observatorio del asiento del conductor, Marshall tenía una vista panorámica de la tormenta. Aunque el blindaje de cristal y metal le escudase contra sus arremetidas, era muy consciente de la oscilación que provocaban en el vehículo las brascas ráfagas de viento y las bolitas de hielo que martilleaban sin cesar el techo y los lados. El viento aullaba y se lamentaba constantemente, como si viera frustrados sus deseos de llegar hasta él queriendo arrancar el acero.

Marshall apartó la vista del blanco torbellino el tiempo justo para echar un vistazo a su reloj de pulsera. Llevaba casi cuarenta minutos al volante. Desde que había salido de la zona del campamento, con su laberinto de fisuras de lava, iba a buen ritmo. El permafrost era bastante liso, lo que le permitía no bajar de los cincuenta kilómetros por hora. Sin embargo, no quería jugársela, puesto que desconocía el límite de seguridad. Había mentido a Logan. No había conducido un Sno-Cat en su vida. Por suerte el vehículo había resultado ser de fácil conducción, con unos controles parecidos a los de un camión o un tractor, y algunos interruptores suplementarios para el quitanieves, el cabrestante y la luz giratoria. A lo que más le había costado acostumbrarse era a la suspensión independiente de las cuatro orugas de acero, con dirección hidráulica en los ejes delantero y trasero, lo cual (sumado a la impresionante cantidad de cristal de la cabina) le daba una sensación inestable y casi vertiginosa de estar demasiado por encima del suelo.

La media docena de faros halógenos del Cat casi no conseguían penetrar la penumbra. Marshall escrutaba la tormenta, siguiendo los haces. Echó un

vistazo al GPS del panel de control. Sabía que el campamento tunit estaba cerca de un lago helado. Lo había dicho González. En la base de datos del GPS constaba un solo lago en un radio de cincuenta kilómetros al norte, pero era bastante grande. De repente, su principal motivo de preocupación fue la gasolina. El Cat llevaba medio depósito. Por tanto, disponía de noventa y cinco litros para llegar al lago, encontrar la aldea y regresar a la base. Y Marshall no tenía la menor idea de cuánto consumía aquella enorme máquina.

Siguió adelante, mientras los limpiaparabrisas azotaban la vorágine de nieve y las agujas de hielo que acribillaban el cristal. Sacudió la cabeza para intentar desembotarse, mientras lamentaba no llevar un termo de café. ¿Sería posible que solo hubieran pasado treinta y seis horas desde que habían descubierto la desaparición del animal?

Una vez más se preguntó por la razón exacta de aquel viaje, que en el mejor de los casos podía ser perfectamente una pérdida de tiempo y, en el peor, una catástrofe. Como tuviera una avería en la Zona o se quedara sin combustible, no le encontrarían a tiempo.

«Los tunit tienen la respuesta.» Lo había escrito cincuenta años atrás un científico. Ese hombre había considerado que esas palabras eran lo bastante importantes para ponerlas por escrito, encriptarlas y esconderlas en su dormitorio. Ahora, hoy, acababan de matar salvajemente a alguien, y otra persona había sufrido una agresión muy extraña. Había casi cuarenta personas en grave peligro. Si existía alguna posibilidad, por pequeña que fuera, de que los tunit supieran algo (algún antiguo mito o tradición oral, alguna prueba aunque fuese anecdótica, cualquier cosa que pudiera esclarecer al menos un poco lo que se estaba cebando con la base), valía la pena arriesgarse.

También había otra razón más personal. Hacía siete días que fuera a donde fuese, hiciera lo que hiciese, no acababa de sentirse solo. Siempre había una presencia que le vigilaba: dos ojos amarillos, del tamaño de dos puños, y con unas pupilas como simas negras. Le obsesionaban desde que los había visto por primera vez, mirándole a través del hielo. Como paleoecólogo necesitaba entender mejor a aquel ser. Aunque tuviera razón Faraday, aunque por alguna razón siguiera vivo y fuera el responsable de esas atrocidades,

Marshall anhelaba descifrar sus misterios. Y para ello estaba dispuesto a recorrer mucho más que cincuenta kilómetros en una tormenta de nieve impenetrable.

La cabina sufrió dos fuertes sacudidas. El terreno se estaba volviendo irregular. Redujo la velocidad. Según el GPS, el lago estaba justo delante: una gran pared azul que ocupaba toda la pantalla. De pronto apareció detrás del parabrisas: una línea borrosa en la turbia y sibilante oscuridad, tapada por la ventisca; que fuera una lámina de agua solo se reconocía gracias a la presencia de una raya horizontal sin interrupciones ni accidentes de ningún tipo.

Marshall condujo más despacio y giró el volante para empezar a recorrer el borde del lago, muy atento a cualquier rastro de un poblado. Ya había usado treinta y ocho litros de gasolina; por lo tanto, solo podía gastar ocho o diez más buscando. El suelo helado bajaba abruptamente hacia la orilla, obligándole a sujetar el volante con fuerza y no levantar el pie del pedal para mantener la tracción.

De pronto, el Cat sufrió un fuerte bandazo. Al darse cuenta de que tenía delante una profunda grieta, Marshall dio un brusco giro al volante, en dirección opuesta, y pisó el acelerador. Las orugas metálicas se desplazaron lateralmente por la resbaladiza lámina de hielo. Marshall apagó el motor, buscando el equilibrio entre tracción y avance e intentando por todos los medios evitar que las orugas se precipitasen de lado por la brecha, cada vez más amplia. Tras una serie de vaivenes, el enorme vehículo logró superar el borde de la lámina de hielo y volvió a caer pesadamente sobre el suelo liso.

Dejó que el Sno-Cat se parara solo, mientras él esperaba sin moverse a que se le tranquilizase poco a poco el corazón. Después, volvió a pisar con suavidad el acelerador y se apartó despacio de la empinada orilla.

En ese momento vio algo entre los torbellinos de nieve, o creyó verlo: unas formas grises en el extraño crepúsculo de finales de verano. Frenó, con la vista clavada en el parabrisas. Estaban a un lado, apartados del agua. Hizo avanzar despacio el Cat, girando el volante. Cuando estuvo más cerca, las siluetas borrosas se concretaron en unos iglús de construcción rudimentaria: dos de ellos estaban castigados por la ventisca y parecían de una pequeñez ridícula entre los vórtices de nieve que los rodeaban.

Marshall apagó el motor y se subió la cremallera de la parka hasta arriba del todo. A continuación salió de la cabina y bajó por la oruga trapezoidal. Protegiéndose la cara de los dientes del viento, se acercó al primer iglú. Estaba oscuro y frío. Su tubo de entrada formaba un vacío negro. Tambaleándose, fue hasta el otro iglú y se arrodilló frente a la entrada. Tampoco había ocupantes. Dentro, las mantas de pelo y las pieles curtidas estaban frías, rígidas.

En ese momento vio que detrás había otros tres iglús y una casa de nieve, de mayor tamaño que aquellos. Por lo demás, no había ninguna otra construcción alrededor. Se llevó una sorpresa al comprender lo pequeña que era realmente la última comunidad tunit.

Los tres iglús de detrás estaban tan vacíos como los dos primeros. En las paredes de hielo de la casa de nieve, por el contrario, parpadeaba y se movía una luz tenue de color naranja. Dentro ardía un fuego.

El viento amainó un momento, como si quisiera tomarse un respiro de tanto soplar. Cuando se despejaron las nubes de nieve, Marshall volvió a distinguir en lo bajo del cielo la extraña aurora boreal de color rojo sangre, que bañaba el minúsculo poblado de hielo con un fantasmagórico fulgor carmesí.

Respirando hondo, se encaminó hacia la casa de nieve, apartó la piel de caribú que hacía las veces de puerta cortina y entró con precaución. El interior era oscuro, de techo bajo, y estaba lleno de humo. El suelo estaba cubierto de pieles y mantas. Se quitó el hielo y la nieve de la cara y miró a su alrededor. Cuando su vista se acostumbró, descubrió a un solo ocupante: una figura con una gruesa parka de piel de caribú, arrodillada frente a una pequeña hoguera.

Volvió a respirar profundamente y carraspeó.

—Con permiso —dijo.

La figura se quedó un buen rato inmóvil. Después se volvió despacio hacia él. La cara era un oscuro hueco dentro de la capucha forrada de piel. Levantó una mano y se bajó sin prisa la capucha, con un movimiento parsimonioso. Marshall se vio observado por un rostro lleno de arrugas e intrincados tatuajes. Era el anciano chamán que había ido a la base para avisar a los científicos de que se fueran. Tenía en una mano un asta de reno,

decorada con extrañas líneas y volutas, y en la otra un hueso, con tallas de gran complejidad. La piel de reno que tenía delante estaba sembrada de pequeños objetos: piedras pulidas, minúsculos fetiches de piel y dientes de animales.

—Usuguk —dijo Marshall.

El hombre asintió levemente con la cabeza. No parecía sorprendido de verle.

—¿Dónde están los demás?

—Se han ido —contestó.

Marshall se acordó de su voz, pausada y neutra.

—¿Se han ido? —repitió.

—Han huido.

—¿Por qué?

—Por ustedes. Y por lo que han despertado.

—¿Qué hemos despertado? —preguntó Marshall.

—Ya se lo dije. *Akayarga okdaniyartok*. La ira de los antepasados. Y al *kurrshuq*.

Durante una pausa, se miraron a la luz oscilante de la hoguera. En su anterior encuentro, el anciano parecía nervioso y asustado. Ahora solo se le veía resignado.

—¿Usted por qué se ha quedado? —acabó preguntando Marshall.

El chamán siguió mirándole, con la luz de las llamas reflejada en sus ojos negros.

—Porque sabía que vendría.

## 35

Sin ser un llanto particularmente ruidoso, se negaba a remitir: un zumbido constante de fondo, mezclado con el crujido de los tubos de la calefacción y el lejano rumor de los generadores. Cuando Wolff cerró la puerta del comedor de oficiales dejó de ser tan audible, pero siguió presente en el cerebro de Kari Ekberg, con una presencia tan real como la del miedo que la corroía y que no quería marcharse.

Miró a su alrededor, a los que estaban en el comedor: Wolff, González, el cabo llamado Marcelin, Conti, Logan (el profesor), Sully (el climatólogo) y algunos miembros del equipo de rodaje. A simple vista parecían todos tranquilos, pero había algo (en sus expresiones furtivas, en la manera de sobresaltarse por ruidos inesperados) que delataba un pánico controlado.

González miró a Wolff.

—¿Les ha encerrado a todos?

Wolff asintió con la cabeza.

—Están todos en sus dormitorios, con órdenes de no salir si no les decimos lo contrario. Su soldado, Phillips, está montando guardia.

Ekberg recuperó la voz.

—¿Seguro que están muertos? —preguntó—. ¿Los dos?

González se volvió hacia ella.

—Señora Ekberg, no hay cadáveres más muertos que esos dos.

Ekberg se estremeció.

—¿Usted lo ha visto? —preguntó Conti en voz baja, inexpresivamente.

—Solo he oído los gritos de la señora Davis —contestó González—, pero Marcelin los ha visto.

Todos se volvieron en silencio hacia el cabo, que estaba solo en una



mesa, con un M16 al hombro, removiendo con expresión ausente una taza de café de la que ya no se acordaba.

—¿Y bien? —preguntó Conti para que hablase.

El rostro juvenil de Marcelin estaba sonrosado y lleno de estupor, como si acabaran de arrancarle las tripas. Abrió la boca, pero no salió ningún sonido.

—Adelante —le animó González.

—No he visto mucho —dijo el cabo—. Iba por el pasillo, y al volver la esquina...

De nuevo se quedó callado. Toda la sala aguardaba en silencio.

—Era grande —continuó Marcelin—. Y tenía una cabeza con...

—Sigue —le apremió Wolff.

—Tenía una cabeza con... con... ¡no me hagan decirlo!

Su tono de voz se volvió agudo de golpe.

—Calma, cabo —dijo González con severidad.

Marcelin respiró entrecortadamente, sujetando con más fuerza el palito de plástico para el café. Se recuperó en un minuto, pero sacudió la cabeza, negándose a decir nada más.

Todos se quedaron un buen rato en silencio, hasta que intervino Wolff.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

González frunció el ceño.

—No me parece que tengamos muchas alternativas. Esperar a que mejore el tiempo. Hasta entonces no podremos evacuar ni recibir refuerzos.

—¿Está proponiendo que nos quedemos esperando a que nos maten? —preguntó Hulce, uno de los técnicos del equipo de rodaje.

—Aquí no se va a matar a nadie —replicó Wolff. Se volvió hacia González—. ¿Cómo estamos de armas?

—Muchas de pequeño calibre —repuso el sargento—. Una docena de M16, media docena de carabinas de gran calibre, más de veinte pistolas y cinco mil balas.

—El equipo científico tiene tres fusiles de alta potencia —dijo una voz.

Ekberg se volvió para ver quién era: Gerard Sully, el climatólogo. Estaba apoyado en la pared del fondo, al lado del carro de las bandejas, tamborileando nerviosamente en la baranda de acero con una sola mano. Estaba muy pálido.

Wolff miró a su alrededor.

—Tendremos que asegurarnos de que nadie se desplace sin ir acompañado de un grupo armado.

González gruñó.

—Puede que no baste ni siquiera con eso.

—Pues ¿qué más podemos hacer? —replicó Wolff—. No vamos a encerrarnos con llave y quedarnos acobardados...

—Pueden usar mi camión —dijo otra voz.

Todos se volvieron. Era Carradine, sentado en una silla de plástico que solo se apoyaba en las patas traseras. Hasta entonces Ekberg no había reparado en su presencia; no estaba segura de si había escuchado todo el rato o había entrado en mitad de la conversación.

—Ya me he ofrecido antes —añadió el camionero—. Mi tráiler es la única manera de salir con este tiempo.

Wolff suspiró de irritación.

—Ya lo discutimos, y es demasiado peligroso.

—¿Ah, sí? —contestó Carradine—. ¿Y quedarse aquí no?

—No cabría todo el mundo.

—Podría meterles en la caravana de la señora Davis. —El camionero bajó la voz—. Como ya no la necesita...

—Tiene razón —dijo González—. ¿Cuánto personal tienen? ¿Treinta y tres, treinta y cuatro? Con el equipo científico, siguen sin llegar a cuarenta. Cabrían todos en la caravana.

—¿Y si se pierde? —preguntó Wolff.

—Yo no me pierdo nunca —contestó Carradine—. Gracias al GPS.

—¿Y si tiene una avería? ¿Y si se le pincha una rueda?

—Los camioneros sobre hielo siempre llevan neumáticos de repuesto y material de sobra. Y aunque no pudiera arreglarlo... para eso inventó Dios la radio CB.

—Es demasiado peligroso, y punto —dijo Wolff—. Ya le dije antes que no y vuelvo a decírselo.

—La situación ha cambiado —gruñó González.

Wolff se giró a mirarle.

—¿En qué sentido?

—En que ahora se impondrá mi criterio.

Wolff se quedó muy serio.

—¿Que...?

—Nos enfrentamos a algo que rebasa las condiciones impuestas para su estancia. Su documental se ha ido al traste. Han muerto tres personas. No hay ninguna razón para agravar esta tragedia. —Se volvió hacia Carradine—. ¿Cuánto tardará en preparar el tráiler?

El camionero se levantó.

—Máximo media hora.

González miró a Marcelin.

—Quiero que acompañes al señor Carradine a su camión. No corras ningún riesgo. Volved aquí al primer indicio de problemas.

Marcelin asintió.

—Después quiero que tú y Phillips empecéis a evacuar al equipo de rodaje. Usaremos este comedor como centro de reunión. Tráelos en grupos de seis. Con cuidado, ciñéndote a las normas.

—Sí, señor.

Marcelin se descolgó el M16 e hizo una señal con la cabeza a Carradine. El camionero se levantó, a la vez que se sacaba una pistola grande de la cintura. Marcelin se acercó a la puerta, la abrió y, tras echar una rápida mirada al pasillo, salió. Carradine le siguió, dejando la puerta bien cerrada.

González metió una mano en uno de los profundos bolsillos de su uniforme de campaña y sacó dos radios. Lanzó una de ellas a Wolff y la otra a Sully.

—Con esto pueden ponerse en contacto conmigo. He preprogramado la frecuencia de emergencia. —Se levantó y también cogió un M16—. Cierren con llave cuando salga. Volveré en cinco minutos.

—¿Adónde va? —preguntó Wolff.

—A la armería. Voy a necesitar más potencia de fuego.

—¿Por qué?

—Porque me voy de caza.

Después de que González se fuera y cerrara la puerta, Wolff fue a echar el cerrojo y se quedó un rato en silencio, mirándola. Después se volvió, bastante bruscamente, y fue al centro de la sala.

—¿Qué? —espetó, sin dirigirse a nadie en particular.

—Yo no puedo irme. —Quien hablaba era Sully, el climatólogo. Le temblaba un poco la voz—. Soy el jefe de la expedición. No puedo dejar aquí todos nuestros experimentos. Además, Evan ha desaparecido.

Ekberg dio un respingo al oírlo.

—¿Ha desaparecido? Pero si no hace ni dos horas que he hablado con él...

Sully asintió, cariacontecido.

—Desde entonces no le ha visto nadie. No está en su laboratorio ni en su habitación.

—Ya volverá —dijo Logan.

Todos se volvieron hacia el profesor.

—¿Perdón? —preguntó Sully.

—Se ha llevado prestado el Sno-Cat.

—¿En plena tormenta? —preguntó Ekberg—. ¿Adónde ha ido?

—Al norte, a la aldea tunit.

—¿Por qué? —quiso saber Sully.

Logan miró uno por uno a sus inquisidores.

—Para buscar respuestas. Vayamos a buscar a Faraday y hablemos de ello. En su laboratorio.

Sully suspiró y sacudió la cabeza.

—De acuerdo. Cuando vuelva González con la potencia de fuego.

—Y cuando vuelva, quizá tenga algo que decir sobre sus planes. —Wolff miró a su alrededor—. ¿Y el resto?

—¿Lo pregunta en serio? —Era Hulce—. Yo me voy.

Se oyeron murmullos de aquiescencia en toda la sala. Wolff miró a Conti.

—¿Emilio?

Conti no respondió. Había estado callado desde que preguntó sobre el animal, mirando al vacío.

—¿Emilio? —volvió a preguntar Wolff.

Ekberg vio que Conti tomaba conciencia lentamente de que hablaban con él.

—¿Perdón?

—¿Estarías listo para irte dentro de media hora?

Conti parpadeó y frunció el ceño.

—Yo no me voy a ningún sitio.

—¿No has oído a González? Está dando órdenes a todo el mundo de que se vaya al sur en el camión de Carradine.

El productor sacudió nerviosamente la cabeza.

—Yo tengo que acabar un documental.

Los párpados de Wolff se contrajeron de incredulidad.

—¿Cómo dices? Ya no hay documental.

—En eso te equivocas.

Conti medio sonrió, como si fuera un chiste que solo conocía él.

—Emilio, Ashleigh está muerta. Y dentro de una media hora todo tu equipo estará camino de Fairbanks.

—Sí —murmuró Conti—. Ahora depende todo de mí.

Wolff levantó un brazo, haciendo un gesto de exasperación.

—¿No me has oído? ¡No tienes equipo!

—Lo haré yo solo. A la manera de antes, la clásica. Como Georges Méliès, Edwin Porter y Alice Guy Blaché. Fortnum se irá con los demás. Estoy seguro.

Lanzó una mirada a Ekberg. Ella entendió qué significaba y qué le estaba pidiendo. A pesar de lo que le había dicho a Marshall en el Centro de Operaciones, a pesar de su entrega incondicional tanto a Conti como a su carrera, sintió un escalofrío de miedo solo de pensarlo. Aun así sostuvo la mirada de Conti y asintió despacio sin rehuirla.

## 36

El anciano chamán señaló unas pieles de caribú amontonadas al otro lado de la hoguera.

—Siéntese —dijo.

Marshall, aunque dolorosamente consciente de que el tiempo apremiaba, también se daba cuenta de que aquel encuentro (al margen de los frutos que pudiera dar) no admitía prisas. Se sentó.

—¿Cómo sabía que vendría? —preguntó.

—De la misma manera que supe que estaban irritando a los antepasados. Me lo dijo mi guía espiritual.

El chamán cogió los objetos esparcidos frente a él, los puso en un saquito de cuero y apretó con fuerza la cuerda.

—¿Y los demás? ¿Adónde han ido?

Usuguk tendió una palma hacia el norte.

—Con nuestros hermanos de la orilla del mar.

—¿Otro campamento tunit? —preguntó Marshall.

Usuguk sacudió la cabeza.

—Inuit. Somos los últimos de nuestro pueblo.

—¿No quedan otros tunit?

—Ninguno.

Marshall miró al viejo chamán por encima del fuego. «Así que es verdad.»

—¿Cuándo volverán?

—Tal vez nunca. A la orilla del mar la vida es mucho más fácil. Ha sido difícil retenerles aquí desde que murieron sus madres y sus padres.

Marshall se quedó un momento sentado, poniendo orden en sus

pensamientos. Costaba creer que aquel pequeño y triste campamento fuera el último vestigio de una tribu de nativos americanos. Pensaba consternado que su llegada al glaciar pudiera ser en parte responsable de dispersarlos, aunque solo fuera temporalmente.

—Las marcas que hizo fuera de la base... —dijo por fin—. ¿Para qué servían?

—Eran un conjuro de protección. Para obligar al *kurrshuq* a no hacerles daño. —El chamán sostuvo la mirada de Marshall—. Su presencia aquí significa que el conjuro no ha funcionado.

Marshall volvió a titubear. Pese a haber hecho un camino tan largo, no sabía exactamente cómo empezar, ni qué preguntar. Respiró hondo.

—Escúcheme, Usuguk. Sé que hemos provocado ansiedad y dificultades para ustedes, y lo siento mucho. No era nuestra intención.

El tunit no dijo nada.

—Ahora tenemos problemas, problemas muy graves. Y he venido con la esperanza de que pueda ayudarnos.

Tampoco esta vez respondió Usuguk; su expresión era impasible, casi taciturna.

—La montaña —prosiguió Marshall—, la que nos dijo que era mala... Mientras llevábamos a cabo nuestros experimentos, encontramos algo en ella. Un animal, más grande que un oso polar, metido en el hielo. Lo... lo recortamos del hielo y ahora ha desaparecido.

Cuando Marshall pronunció estas palabras, la expresión del chamán cambió. En sus curtidas facciones surgió algo parecido a la conmoción.

—No sabemos muy bien qué es. Solo puedo decirle que ha provocado graves daños. Ha provocado la muerte.

Cuando remitió, la conmoción dejó paso a la misma mezcla de miedo y tristeza que Marshall recordaba de su primer encuentro.

—¿Por qué ha venido a verme? —preguntó el tunit.

—Hace cincuenta años, la base albergó a una expedición científica que tuvo un final trágico. La mayoría de los científicos murieron, pero hemos recuperado uno de sus diarios y contenía las siguientes palabras: «Los tunit tienen la respuesta».

Usuguk miró la hoguera sin moverse. Marshall esperó, dudando entre

hablar y quedarse callado. Después de un minuto más o menos, el chamán tendió un brazo, hurgó despacio entre una serie de objetos rituales y cogió el mango de hueso de lo que parecía una especie de tambor: un aro fino, de unos treinta centímetros de diámetro, con una piel tensada. Empezó a golpearlo lentamente contra la palma de su otra mano, girando el instrumento a cada golpe: atrás, adelante, atrás, adelante... Acompañaba cada golpe con una letanía rítmica que fue adquiriendo fuerza, hasta llenar toda la casa de nieve como el humo de la hoguera. Al cabo de unos minutos dejó de cantar. Su expresión había recuperado la serenidad. Dejó el tambor en el suelo, deshizo el cordel de la bolsa de cuero, metió la mano y sacó dos bolas grasientas de materia blanda, una azul y otra roja. Las echó al fuego con cuidado, una tras otra. Se elevó una cinta de humo bicolor, con los bordes violáceos.

—*Tashayat kompok* —murmuró el chamán, examinando el humo—. Como deseas.

A Marshall no le pareció que se dirigiera a él. Contuvo el impulso de mirar su reloj.

—¿Sabe qué quiso decir el científico? —preguntó—. ¿Eso de que los tunit tienen la respuesta?

Usuguk no dijo nada. Seguía contemplando el fuego.

—Sé que es usted un hombre de mundo —añadió Marshall—. Lo demuestra su dominio del inglés. Si puede ayudarnos, si sabe algo de esto, dígamelo, por favor.

—No es mi lugar. Ustedes mismos se han echado encima la oscuridad. Yo ya he hecho todo lo que podía. Realicé un largo viaje para avisarles: un sol, una luna y un sol. Pero ustedes no me hicieron caso.

—Si es así, le pido disculpas, pero considero que una muerte violenta es un precio demasiado alto para nuestra ignorancia.

Usuguk cerró los ojos.

—El círculo que han empezado ustedes, deben completarlo ustedes. Hasta el Círculo de la Muerte puede ser hermoso.

—La muerte de Josh Peters no tuvo nada de hermoso. Si sabe algo, aunque le parezca insignificante o que no venga al caso, su deber es ayudarnos, como un ser humano a otros seres humanos.



—Ustedes pertenecen al mundo —contestó despacio Usuguk—. Yo, al espíritu. Hace tiempo que he dejado esa vida atrás, y no puedo volver.

Marshall se quedó sentado, pensando en qué podía decir todavía. Finalmente carraspeó.

—Voy a contarle algo: yo también dejé atrás una vida. La de mi mejor amigo.

Usuguk abrió los ojos.

—Fue hace doce años. Estaba en los Rangers del ejército, destinado en Somalia. Mi unidad llevaba tres días recibiendo fuego rebelde. Se luchaba en cada casa, en cada habitación. Mi amigo estaba estableciendo un puesto de avanzada. Las órdenes eran confusas. Él se adelantó al destacamento. Vi cómo cruzaba una plaza. Estaba oscuro. Pensé que era un francotirador enemigo y disparé. —Marshall se encogió de hombros—. Desde entonces juré no volver a coger un arma de fuego.

Usuguk asintió despacio. Se hizo otro silencio en la cabaña que solo rompían el chisporroteo de la hoguera y el lúgubre lamento de la ventisca.

—No fue un *frag*<sup>[1]</sup> —dijo el chamán, abriendo los ojos.

Marshall le miró con cara de sorpresa.

—¿Ha sido usted militar?

Usuguk hizo caso omiso de la pregunta.

—Fue un error.

—Mi unidad nunca había sufrido bajas por fuego amigo. Me ordenaron mentir y echar tierra sobre el asunto, y como yo me negué, mi superior hizo que me licenciaran con deshonra. Tuve... tuve que dar la noticia de la muerte de mi amigo a su mujer.

Usuguk gruñó en voz baja. Después metió una mano en su bolsa de medicinas y sacó unos objetos pequeños. Tras alisar las pieles que tenía delante, los derramó sobre ellas y examinó cómo habían caído.

—Dice que juró no volver a coger un arma de fuego. No es un juramento que se haga a la ligera. ¿Y ahora qué piensa hacer?

Marshall respiró hondo.

—Si anda suelto algo que quiere matarnos a todos, haré todo lo que esté en mi mano para matarlo antes yo a él.

Usuguk miró el fuego. Después volvió hacia Marshall su rostro lleno de

surcos, inescrutable.

—Le acompañaré —dijo—. Pero ahora las únicas vidas que quito son solo las necesarias para alimentar a los míos. Ya han pasado mis días de cazador.

Marshall asintió con la cabeza.

—Entonces cazaré por los dos.

## 37

La intención de Penny Barbour había sido llevarse todos los datos cruciales para la expedición: una imagen de la red, las bases de datos, las muestras y los diarios de laboratorio de sus colegas, pero al final no se llevó nada. Los dos soldados, Marcelin y Phillips (que a pesar de sus M16 parecían nerviosos), no le dieron tiempo. Barbour, Chen y los otros cuatro asignados al grupo recibieron órdenes de abrigarse tanto como pudieran y coger algún tipo de identificación. Les llevaron al comedor de oficiales, les tacharon de una lista de ocupantes de la base y les acompañaron a la zona de almacenamiento temporal. Phillips iba delante, y Marcelin detrás. Recorrieron deprisa los pasillos, en un silencio absoluto, parándose en cada intersección para que Phillips hiciera un rápido reconocimiento. Al llegar a la escalera central, subieron muy despacio y cruzaron el patio (espectral en la penumbra de la noche) para ir a la sala de aclimatación. Estaba tan llena como vacío el resto de la base. Al abrir la puerta, un grupo de caras tensas se volvió rápidamente hacia ellos.

Al frente estaba González, con una carretilla llena de armas y de munición (suficiente para un pequeño ejército), que comprobaba metódicamente. Después de hacer una señal con la cabeza a los soldados, cargó la pistola que estaba examinando y se la enfundó.

—¿Son los últimos? —preguntó.

—Sí, señor —contestó Marcelin.

Entregó la lista de nombres al sargento, que la inspeccionó, le dio el visto bueno con un gruñido y la dejó sobre la mesa. Después miró su reloj.

—Carradine estará listo para cargar dentro de cinco minutos. —Se volvió hacia el grupo—. A ver, atento todo el mundo: ahora pónganse la ropa de

abrigo. Tenemos guantes, bufandas y pasamontañas de recambio. Lo encontrarán todo dentro de aquella caja. Cuando les dé la señal, saldremos. Me seguirán todos directamente hasta la caravana. Guarden silencio en todo momento. ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada.

—Entonces, a trabajar.

Un chirrido de metal contra metal acompañó la apertura casi simultánea de tres docenas de taquillas. Al abrir la suya, Barbour se puso la parka, se enrolló una bufanda en el cuello, cogió un pasamontañas de una caja grande de cartón que había en medio de la sala y se lo pasó por la cabeza. También guardó una bufanda de repuesto en un bolsillo, y unos guantes en el otro.

—Yo tengo una pregunta —dijo una voz huraña.

Era el capataz de los peones, Creel, el único que no se había puesto una parka. Estaba apoyado en la pared, con uno de sus brazos musculosos cruzado sobre el otro.

González le miró y asintió con la cabeza.

—¿Se puede saber qué planes tiene para una vez haya salido el camión?

—Nuestros planes son que no muera nadie más.

—Así que piensan cazarlo.

—Sea lo que sea, me parece que él ya ha cazado bastante. Ahora nos toca a nosotros.

—Solo son tres —dijo Creel.

González miró las reservas de armas y sonrió sin ganas.

—¿Por qué? ¿No le parecen suficientes nuestras fuerzas?

—Teniendo en cuenta su inteligencia, creo que cuantas más sean las fuerzas, mejor.

González se fijó con más atención en Creel.

—¿Usted ha estado en el ejército?

Creel sacó pecho.

—Tercero de Caballería Acorazada, Tormenta del Desierto.

González se acarició la barbilla.

—¿Verdad que no forma parte de este grupo? Usted es el capataz de por aquí.

Creel asintió con la cabeza.

—George Creel, de Fairbanks.

—¿Ha cazado alguna vez?

El capataz esbozó una media sonrisa.

—Solo a seres humanos de uniforme.

—Con eso basta. ¿Quiere sumarse a la fiesta, señor Creel?

La sonrisa burlona de Creel se amplió.

—¿Y puedo hacerlo gratis? ¡No lo preguntará en serio!

—Muy bien.

Barbour oyó su propia voz casi antes de darse cuenta de que estaba hablando.

—Me parece un error.

González se volvió a mirarla.

—¿Qué le parece un error?

—Que salgan a cazarlo con tan poca información. Sully y Faraday están en el laboratorio, analizando su sangre y averiguando todo lo que pueden. Cuanto más sepan, más posibilidades tendrán de hacerle daño.

González contrajo los párpados.

—¿Y qué pueden averiguar que nos ayude?

—Pueden encontrar algún punto débil. Descubrir en qué es vulnerable. Hacer algunas observaciones.

—Que hagan todas las observaciones que quieran, pero de su cadáver. — González paseó la mirada por toda la sala de aclimatación—. Bueno, vamos, síganme.

Entraron en la zona de almacenamiento temporal, donde González se detuvo para formarles en fila de a tres. Después se abrió la puerta principal y marcharon hacia la tormenta. La desaliñada procesión iba muy junta, dando trompicones por la nieve que se amontonaba alrededor de sus tobillos. González iba en cabeza, con su M16 a punto. El último era el cabo Marcelin, que arrastraba un trineo improvisado con cajas de agua y provisiones de emergencia.

Barbour oyó el tráiler antes de verlo: el rugido de un motor diésel en punto muerto que llegaba hasta ella a través de la oscuridad. Siguió avanzando a trancas y barrancas en el mal tiempo, inclinando la cabeza, hasta que se estampó contra quien iba delante; al mirar hacia arriba vio que la

comitiva se había parado. Ya se veía el camión, lleno de lucecitas amarillas, como un pastel de cumpleaños gigante, que penetraba la centelleante nieve con sus faros. Carradine ya había enganchado la caravana de Davis; su figura se recortaba en la ancha puerta, por la que arrojaba objetos a la nieve: cajas de sombreros, vestidos caros de alta costura, un tocador... Barbour vio que salía despedida por la puerta de la caravana una pequeña maleta de cuero, que se abrió al chocar contra el suelo, lanzando una explosión de productos de maquillaje. El viento hizo volar por los aires un delicado negligé que chasqueó y se onduló como una cometa de seda antes de engancharse un momento en la antena de la caravana; luego salió volando en el cielo oscuro hasta perderse de vista.

Carradine se frotó las manos con satisfacción.

—Así está mejor —dijo, haciéndose oír por encima del traqueteo del motor—. Vamos, suban ya.

González hizo el último recuento.

—Vayan entrando —dijo a la primera fila—. Busquen algún sitio cómodo.

—No se apiñen —añadió Carradine—. Distribuyan lo más posible el peso. —Saltó a la nieve—. He dejado una radio CB a pilas que me sobraba, para que puedan comunicarse con la cabina. Alguien tendrá que cuidarse de ella.

Se levantó una mano tímida.

—Ya lo haré yo.

Era Fortnum.

Barbour miró cómo ayudaban a subir a los dos heridos: Toussaint, desmadejado y profundamente sedado, murmurando en voz baja, y Brianna, con la cabeza vendada, muda y con cara de miedo. Cuando la fila comenzó a avanzar, Barbour percibió el calor que salía por la puerta. Seguro que Carradine había subido la calefacción al máximo para calentar la caravana mientras aún se pudiera.

—Necesito a alguien delante —dijo el camionero—, para que me vaya indicando el camino si la cosa se pone peliaguda.

—Ya iré yo —dijo Barbour.

Carradine la miró.

—¿Sabe programar un GPS?

—Soy ingeniera informática.

—Perfecto. Echo un vistazo a la lona de debajo y al evaporador de alcohol y nos vamos.

Barbour salió de la fila y trató de guarecerse al pie de la cabina. Cuando los últimos del grupo subieron a la caravana, Marcelin les dio las cajas de agua y las provisiones de emergencia. Tras un último repaso al camión, Carradine entró en la caravana, inspeccionó de un vistazo el interior, enseñó a Fortnum el CB y cerró la puerta. Después fue al fondo y desenchufó el cable eléctrico. La caravana quedó inmediatamente a oscuras, salvo las luces de freno de detrás.

—¿Listo? —preguntó González.

El camionero levantó un pulgar.

—Entonces, buena suerte y buen viaje.

Carradine ayudó a Barbour a subir a la cabina, corrió al otro lado y trepó al asiento del conductor. Después de comprobar rápidamente la lista de material e instrumentos que había en la pared trasera, en un sujetapapeles, se abrochó el cinturón y cogió el receptor CB del salpicadero.

—¿Se me oye detrás? —dijo.

«Aquí estamos», fue la respuesta.

—Mensaje recibido. —Dejó la radio en su sitio y miró a Barbour—.

¿Preparada?

Ella asintió con la cabeza.

—Pues vámonos.

Carradine soltó el freno de aire, metió la marcha y pisó el embrague. El camión tembló y empezó a avanzar despacio.

Barbour vio cómo corría la nieve por la ventanilla. Mientras ponían rumbo al desierto, y a la oscuridad, lo último que vio de la base Fear fue a los tres militares (González, Marcelin y Phillips) junto al trineo vacío, con las armas a punto, mirando cómo se iban.

## 38

Durante la última hora, en el comedor de oficiales se había desarrollado una actividad frenética. Uno tras otro, se habían formado grupos que los militares, una vez realizadas las comprobaciones oportunas, habían ido llevando a la zona de almacenamiento temporal. En determinado momento, González había llamado a Conti por radio para pedirle por última vez que atendiera a razones y se fuera con los demás, pero Conti, que estaba mirando tomas todavía sin montar en la cámara de vídeo digital que se había dejado Fortnum, apenas le escuchaba. Al final, González había murmurado algo acerca de que Conti no valía ni el tiempo que emplearían en subirle a la fuerza al camión y le había advertido de que no se moviera de allí.

—¿Quiere filmar algo? Pues filme el comedor cuando lo hayamos matado.

Marcelin y Phillips volvieron para acompañar al último grupo de seis a la zona de almacenamiento temporal.

Se habían quedado los tres solos.

Kari Ekberg echó un vistazo a los otros dos ocupantes del comedor. Conti ya había acabado de mirar las tomas y escribía febrilmente en el sujetapapeles del que parecía que nunca se separara. Wolff se había agenciado dos pistolas de gran calibre del almacén militar y jugueteaba con ellas. Por su manera de introducir las balas con el pulgar en los cargadores suplementarios (como si rellenase un dispensador Pez mayor de lo normal), parecía que se pudiera contar con que supiera utilizarlas correctamente.

Aunque a Ekberg apenas la reconfortó. Cada vez estaba menos segura de su decisión de quedarse. Una cosa era mostrarse fiel a un proyecto, o ser ambiciosa, pero quedarse aislada con una máquina de matar era una decisión



profesional que cada vez se le antojaba más cuestionable.

Intentó ahuyentar sus reservas. A fin de cuentas, ¿no había dos científicos que habían elegido quedarse con sus datos y sus muestras? También Logan había optado por permanecer con ellos, y Marshall... Marshall estaba en alguna parte, en plena tormenta, pero también volvería. Además, podían contar con el contingente militar, con formación de combate y pertrechado de un arsenal impresionante, a punto para dar caza al animal en cuanto se fuera el camión. Se dijo que estaba más segura allí, bien calentita y seca, que corriendo por el hielo en un tráiler.

Conti dejó el bolígrafo, repasó sus apuntes y miró el reloj.

—Ya debe de haberse ido el camión —dijo—. Es la hora.

Wolff dejó las pistolas.

—¿La hora de qué?

—De filmar la caza, por supuesto. Empezará en cualquier momento y no puedo arriesgarme a perderles de vista.

Wolff frunció el ceño.

—No lo dirás en serio, Emilio.

Conti cogió la cámara de vídeo y examinó los ajustes.

—Me habría gustado filmar cómo se iba el camión, pero no quería arriesgarme. González podría haberme obligado a subir. Bueno, ya tendremos tiempo de escenificarlo. —Dejó la cámara—. En cambio la caza no se puede escenificar. Es el momento que estaba esperando, el desenlace de todo lo anterior.

—Pero es una locura...

A Ekberg le salieron las palabras casi antes de pronunciarlas. El director se volvió hacia ella.

—¿Por qué lo dices? No pienso acercarme a los soldados. Les seguiré sin que me vean, les escucharé. No sabrán que estoy cerca hasta que empiece la acción y ya sea demasiado tarde para impedírmelo.

—Pero no estarás a salvo... —empezó a protestar Ekberg.

—¿Acaso crees que aquí estoy más a salvo? Personalmente, prefiero estar cerca de las ametralladoras.

—Kari tiene razón —dijo Wolff—. Los soldados se meterán sin pensarlo en el peligro, o sea, que tú también lo correrás.

—Entonces venid conmigo. —Conti señaló las pistolas con la cabeza—. Y coged eso. Será mejor que no nos separemos.

Wolff no contestó.

—Escuchadme —dijo Conti—. Hemos venido a filmar a ese animal. ¿No os dais cuenta de la oportunidad que nos han dado? Es una nueva historia, mucho mejor que la que nos esperábamos. ¿De verdad creéis que voy a quedarme en esta sala, mano sobre mano, mientras tengo a tiro de piedra la toma de mi vida, por no decir de la historia del cine?

En vista de que nadie contestaba, se levantó y empezó a pasear por la sala.

—Ya sé que hay cierto peligro. Y por eso será el documental más emocionante de la historia. Vivimos los hechos en directo; nos rodea la materia en estado puro. El documental somos nosotros tres: el director, la productora de campo y el representante de la cadena. Será algo vivido, como ninguna otra película hasta ahora. ¿No os dais cuenta? Estamos asistiendo al nacimiento de un género cinematográfico completamente nuevo.

Su cara se iba congestionando a medida que hablaba, y sus ojos brillaban cada vez más. Le temblaba la voz con una convicción casi mesiánica. A pesar del miedo, Ekberg empezó a sentir que despertaba su entusiasmo. Wolff escuchaba en silencio, siguiendo con la vista el ir y venir del director.

—Y hay algo más —dijo Conti—. Ashleigh está muerta. Ha dado la vida por este proyecto. Se lo debemos. Ahora seré yo el narrador.

Hubo un momento de silencio. Después habló Wolff.

—¿Crees que lo conseguirás? ¿Seguro?

—He estudiado fotografía, ¿no? Filmaré unos planos que harán que Fortnum se retire de vergüenza. —Conti se volvió hacia Ekberg—. Rodaré yo, pero la secuencia saldrá más fluida si manejas tú el equipo de sonido.

Ella respiró hondo.

—Voy a conectar el mezclador portátil.

Conti asintió con la cabeza.

—Yo prepararé el resto. Coge tú la radio, Kari. Salimos en cinco minutos.

## 39

Marshall surcaba la espuma de nieve y hielo con el Sno-Cat tan deprisa como se atrevía. Nevaba un poco menos que antes, pero el viento era peor y aullaba por las puertas y las ventanillas del gran vehículo. No podía faltar mucho para que amaneciera a medias. Sin embargo, en aquella tierra de nadie, con su gris monocromía, el tiempo parecía de una extraña irrelevancia. A veces era como bucear, como si la intensidad de la tormenta hubiera fundido la tierra con el cielo, formando un elemento extraño y nuevo, una suspensión química por la que se abría camino el Cat.

Echó un vistazo por el retrovisor. Usuguk estaba al fondo de la cabina, con las piernas cruzadas y la bolsa de medicinas en el regazo. Había dejado su maltrecha carabina, así que iba desarmado. Con la capucha hacia atrás y su rostro curtido a la vista, parecía aún más pequeño envuelto en la parka. Pese a los repetidos intentos de Marshall por entablar conversación, el tunit casi no había dicho nada en todo el viaje al sur; se limitaba a balancearse suavemente (con un movimiento que no tenía nada que ver con el vaivén del Sno-Cat), y a entonar de vez en cuando un cántico en voz baja.

Lo intentó otra vez.

—En la aldea me ha dicho que han pasado sus días de cazador. ¿Era muy bueno?

Usuguk salió de su mutismo.

—Sí. Era un gran cazador. Pero eso fue hace años, cuando aún era un hombre pequeño.

«¿Un hombre pequeño?»

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué viven tan lejos del mar? Con este clima no se puede cultivar nada. El único alimento que se puede conseguir es

algún que otro oso polar. Lo ha dicho usted mismo: cerca de la costa tendrían una vida muchísimo más fácil.

Una vez más, Usuguk tardó un poco en contestar.

—A mí no me interesa una vida más fácil.

—¿Quiere decir que si no vuelven los demás se quedará usted solo en el páramo?

Un largo silencio.

—Es mi *roktalyik*.

Marshall volvió a mirar por el retrovisor. Usuguk sabía algo, estaba claro, pero ¿tendría alguna utilidad? ¿O solo sería una mezcla de mitos y rituales, interesante pero inservible? Solo cabía esperar que no.

Siguieron en silencio hacia el sur, mientras Marshall vigilaba el GPS con un ojo y los remolinos de nieve con el otro. Ya estaban más cerca del monte Fear. Redujo la velocidad e intentó divisar los tubos de lava o brechas de magma que pudieran abrirse en su camino, traicioneros, al amparo del manto de nieve. Al cabo de diez minutos parpadeó en la oscuridad un punto minúsculo de luz, a la izquierda. Luego dos. Luego media docena. Marshall corrigió el rumbo y poco después apareció la cerca, como un esqueleto a la luz de los faros. En vez de hacia el aparcamiento, cruzó la verja y se metió entre los anejos, dirigiendo el Cat hacia la entrada central. Cuál no fue su sorpresa al ver que ya no estaban ni el tráiler de Carradine ni la caravana de Davis. En su lugar había un gran espacio vacío, justo al lado de la cerca, que el viento había barrido de huellas y marcas de neumáticos.

Marshall aparcó lo más cerca que pudo de la doble puerta, apagó el motor e hizo una señal con la cabeza a Usuguk. El tunit se acercó. Salieron juntos del vehículo, inclinando la cabeza contra el gélido turbión. Marshall abrió la puerta y entró. Usuguk le siguió tras un instante.

La sala de aclimatación parecía una zona de guerra: una docena de taquillas abiertas, ropa de abrigo y cajas de raciones tiradas por el suelo... En un rincón había una nutrida reserva de armas y munición. Marshall se acercó y, con enorme reticencia, cogió un M16 y un par de cargadores de treinta balas. Embutió los cargadores en los bolsillos de la parka y se colgó la semiautomática en el hombro.

Al otro lado, el patio estaba oscuro y vacío. Marshall se paró un momento

a escuchar. En la base reinaba un silencio casi sobrenatural; no se distinguía ningún eco sordo de pisadas ni el rumor lejano de conversaciones. Adelantándose, fue hacia la escalera central para bajar a la zona habitada del Nivel B. Usuguk le seguía a cierta distancia, sin mirar a los lados. El tunit no parecía interesado por lo que le rodeaba. Incluso, parecía que quisiera fijarse lo menos posible. Su expresión era distante, casi dolorida, como si estuviera debatiéndose por dentro.

El Nivel B parecía igual de vacío. La perplejidad de Marshall fue en aumento mientras iba dejando atrás habitaciones que en los últimos días habían sido un hervidero de actividad (el Centro de Operaciones, los despachos y los dormitorios). ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaban todos? ¿Se habían retirado a las profundidades de la base, buscando refugio o como último reducto?

Estaba seguro de que encontraría ocupado al menos un sitio: el laboratorio de ciencias naturales. Al acercarse, vio confirmada su intuición. Se oía un rumor de voces procedente del interior. Cuando abrió la puerta, se encontró no solo a Faraday, sino a Sully y a Logan. Los tres dieron un respingo al verle entrar. Logan se levantó de inmediato y miró a Usuguk con curiosidad. Sully, que estaba sentado a su lado, a una mesa, se limitó a saludar con la cabeza, tamborileando nerviosamente con los dedos. Uno de los fusiles de alta potencia que habían usado para protegerse de los osos polares estaba apoyado cerca de él. La mirada de Faraday fue de Marshall a Usuguk, e hizo el recorrido inverso.

—Lo ha conseguido —dijo Logan—. Así me gusta.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Marshall.

—Se han ido —contestó Logan—. En la caravana.

—Esa criatura ha atacado a Ashleigh Davis y a uno de los soldados —dijo Sully—. Les ha matado a los dos.

Marshall tuvo un escalofrío.

—Dios mío... Ya lleva tres muertos.

—González ha salido a cazarla con sus chicos —añadió Sully.

Logan hizo un gesto con la mano, refiriéndose a Sully y Faraday.

—Les he explicado lo del diario y la razón de su viaje a la aldea.

—¿Y el diario? —preguntó Marshall.

—He descifrado algunos fragmentos más. Nada útil.

Marshall se volvió hacia el chamán.

—Sabemos que aquí hubo un equipo científico hace cincuenta años. Eran ocho. Murieron siete de golpe, parece que en circunstancias violentas. Ya le he dicho lo que escribió uno de ellos: «Los tunit tienen la respuesta». Lo que no sabemos es a qué. ¿Usted puede ayudarnos?

Usuguk pareció experimentar un cambio al oír a Marshall. Se le borró de la cara la expresión dolorida, dejando paso a algo que Marshall pensó que podía ser resignación. Se quedó callado durante un rato. Después asintió lentamente.

—¿Sí puede? —preguntó Logan, ansioso—. Entonces, ¿sabe qué pasó?

—Sí. —Usuguk volvió a asentir con la cabeza—. Yo soy el que se salvó.

## 40

Justo después de que le destinaran a la base Fear en 1978, como soldado raso bisoño, González había participado en algún que otro ejercicio de infiltración. Les habían dicho (a los seis que había entonces) que se imaginasen que había penetrado en la base una unidad de sabotaje rusa y que su misión consistía en enfrentarse con ella. Naturalmente, dado que la base ya en aquel entonces llevaba casi veinte años cerrada, era un simple juego de guerra, pero se consideraba un buen ejercicio de formación, sobre todo para los que salían del cuerpo de ingenieros e ingresaban en el ejército regular. Era algo que no se olvidaba: González todavía guardaba un recuerdo muy nítido de las órdenes en voz baja, las armas a punto y las puertas abiertas a patadas.

La situación en ese momento se parecía mucho a aquello.

Después de que se fuera el tráiler con la caravana, el equipo había preparado las armas y, tras unas breves instrucciones y unas palabras de advertencia de González para que se anduvieran con cuidado, se había desplegado por el ala sur. Iban por los pasillos en un silencio casi total; González daba las indicaciones con un gesto o con una sola palabra. Ya habían dejado atrás la enfermería y se acercaban al lugar donde habían sido atacados Fluke y Davis. Era la segunda vez en una hora que González realizaba aquel trayecto. La última vez había llegado tarde por segundos. Fluke estaba muerto, literalmente despedazado, pero Davis había aguantado un poco. No había sido una visión muy agradable. En ese momento los dos cadáveres ocupaban la consulta de la enfermería, envueltos en láminas de plástico, en el lugar donde estaba Peters, que seguía desaparecido.

—Bien —dijo—, nos apostaremos en la entrada del cuarto de transformadores. Phillips, haz un reconocimiento rápido.

Phillips, que iba el primero, levantó el pulgar. González se volvió hacia Marcelin, que asintió con la cabeza en señal de que lo había entendido.

En su fuero interno, González estaba aliviado de lo bien que aguantaba el tipo Marcelin. Era el único que había entrevisto al animal y este lo había dejado amedrentado; pero, o bien se había recuperado o bien disimulaba. Las rotaciones que se realizaban en ese rincón del mundo no solía reunir a lo mejor del ejército, pero González estaba contento con su actual equipo. De acuerdo, eran ingenieros sin experiencia de combate, pero no eran quejicas ni iban de estrellas. Habían entendido que en la base Fear todos los días serían parecidos.

Hasta entonces, claro.

González miró a Creel por encima del hombro de Marcelin. El fornido capataz sonreía como un tonto, con dos pistolas metidas en la cintura y jugando a ser Rambo con la carabina con lanzagranadas M4. Creel era una incógnita. González no acababa de creerse que hubiera estado en el Tercero de Caballería, pero al menos sabía usar un arma; además, aunque tres ametralladoras parecieran muchas, el sargento González era un hombre precavido. Otro dedo en un gatillo parecía una buena precaución.

Se había planteado suspender la operación y aguardar órdenes, pero la llegada de una respuesta a través de la cadena de mando podía tardar horas y él no estaba de humor para esperar. Además, no le apetecía demasiado explicar exactamente qué buscaban. Ya se habían producido tres muertes con él al mando, pero, dado que estaba tan lejos de las autoridades, gozaba de bastante discrecionalidad. El cadáver lleno de balas se explicaría por sí mismo.

Habían llegado al cuarto de transformadores. Aunque el pasillo estaba mal iluminado, González vio que la puerta estaba abierta, colgando de las bisagras retorcidas.

—Acuérdate —dijo a Phillips—. Despacio y sin hacer ruido.

—Sí, señor.

El soldado bajó el M16 y, con el arma a punto, se acercó al marco de la puerta y lo rodeó. Diez segundos después les dio luz verde.

González hizo señas a los demás para que entrasen y después les siguió. La sala estaba tal como la habían dejado: infinidad de manchas de sangre



esparcidas que dibujaban arcos y chorros extravagantes por el suelo y al pie de los transformadores reductores. Habían conseguido cerrar el panel de acceso al túnel de mantenimiento, pero seguía haciendo un frío incómodo.

Observó a Marcelin. El cabo ponía todo su empeño en no mirar las manchas de sangre. Parecía un poco mareado.

—Cabo... —llamó González, haciéndose oír por encima del zumbido de los transformadores.

La mirada de Marcelin saltó hacia él.

—Señor...

—¿Te encuentras bien?

—Sí, señor.

González asintió con la cabeza y volvió a enfocar la vista en los ríos y afluentes de sangre. Decenas de sangrientas huellas de pies dibujaban líneas desesperadas, testimonio de la actividad frenética que había tenido lugar allí poco tiempo atrás. Algunas iban hacia el pasillo y volvían por donde habían llegado ellos, de la enfermería; pero había otra serie de huellas (si podían llamarse así) que partían en la otra dirección, hacia las profundidades de la base. González sacó la linterna de su cinturón, la encendió y examinó las huellas. Eran rosetones enormes y distorsionados; de la parte delantera de cada rosetón surgían ganchos curvos, largos y de aspecto cruel.

Se los quedó mirando un buen rato.

González se consideraba una persona sencilla, con pocas necesidades y menos pretensiones. Nunca le había interesado demasiado la compañía de otros, y no conocía mayor orgullo que el de hacer bien su trabajo. Por eso nunca había intentado ascender ni había puesto mucho interés en pasar del grado de sargento. Tenía la sensación de que ser sargento era lo que más cuadraba con él: lo suficientemente arriba para imponer su modesta visión del orden, pero no tanto como para atraer responsabilidades no deseadas. También por eso era el único militar que se había quedado más de dieciocho meses en la base Fear. En realidad, casi llevaba allí treinta años. Nunca se le olvidaría la cara del mayor de Fort McNair el día en el que, de regreso de un permiso después de su primera estancia en la base Fear, le había pedido repetir destino. Ya hacía años que podría haberse retirado, pero no se veía haciendo otra tarea que no fuera asegurar el buen estado de aquella

instalación, paralizada y olvidada. No tenía familia, ni pertenencias aparte de una Biblia y el montón de novelas policíacas que leía y releía por las tardes, siguiendo el orden alfabético del título. Había pasado tanto tiempo a solas con sus pensamientos, que se habían convertido en su compañía preferida. Era una vida sencilla, pero ordenada, racional y previsible, como le gustaba a él.

Por eso la mancha ensangrentada que estaba iluminando la luz de la linterna le provocaba una inquietud tan desagradable.

Creel interrumpió sus pensamientos metiendo una granada en el lanzador que había debajo del cañón de su M4.

—¿Sabe que mi tío una vez ganó un safari en África? —dijo—. En serio, le tocó el primer premio en un sorteo, y volvió con un búfalo. ¡El buen hombre se pasó años presumiendo!

«Pues de esta caza nunca podrás presumir», pensó González. Echó un vistazo a sus hombres. Phillips paseaba la luz de la linterna por el suelo y las paredes, haciendo aparecer y desaparecer salpicaduras de sangre. Marcelin estaba en el umbral, mirando el pasillo y con la cabeza ladeada como si escuchara.

—¿Preparados? —preguntó González en voz baja.

—¡Diablos, claro! —dijo Creel—. Vamos a cargárnoslo.

Se reagruparon justo al otro lado de la puerta y después salieron al pasillo. Phillips volvió a situarse en cabeza, compensando la poca luz del corredor con lentos barridos de linterna que seguían las huellas de sangre, inquietantemente grandes. También allá fuera se veía alguna que otra gota de sangre, aunque no tenían ninguna relación con las huellas. ¿Estaría herido el animal?

—Diantre —oyó decir a Phillips—. ¿Qué tipo de huellas son estas?

El corredor se acababa en un cruce. A la izquierda había varios despachos vacíos y en desuso; a la derecha, el pasillo conducía al sector técnico de radares. Se pararon, mientras Phillips enfocaba con cuidado la linterna. Las huellas eran cada vez más borrosas y las gotas de sangre menos frecuentes, pero llevaban claramente hacia la derecha.

A González se le cayó el alma a los pies. El sector técnico de radares era un laberinto de pequeñas galerías y trasteros llenos de material. Si aquella

cosa estaba allí dentro, sería muy complicado hacerla salir.

—Vamos —dijo—. Tened las armas preparadas. No habléis si no es estrictamente necesario.

Les miró uno a uno, deteniéndose un poco en Marcelin. La cara del cabo ya no estaba verdosa, sino pálida de nerviosismo.

Mientras se ponían otra vez en marcha, González hizo un rápido inventario de sus emociones. Se dio cuenta de que él también tenía miedo; no de que le mataran o le hirieran (de eso les protegería su abrumadora potencia de fuego), sino de las incógnitas que presentaba aquella cosa que estaban persiguiendo. Se acordó del fotógrafo, Toussaint, de sus delirios en voz alta y estridente, casi sin respirar, aunque estuviera sedado. Se acordó del pánico insinuándose en la voz de Marcelin, allá en el comedor: «¡No me hagan decirlo!». González era un hombre ya mayor, de hábitos demasiado arraigados, para que le desbaratasen sin contemplaciones su visión de lo que era natural. Así de sencillo.

El pasillo era un rectángulo negro que se alejaba, puntuado por manchas de luz amarilla. Phillips seguía las huellas con la linterna mientras los demás enfocaban las suyas a ambos lados, dibujando trazos libres, sin coreografiar. Primero dejaron atrás la escalera que llevaba al Nivel C y las habitaciones de los militares; después, las salas de obtención e identificación de datos. Las cuatro puertas estaban cerradas, sin señales de que se hubieran tocado; tampoco había ningún desperfecto en sus pequeñas ventanas con rejas de metal.

—¿Hacia dónde apuntamos? —oyó decir a Creel a sus espaldas, casi con impaciencia—. ¿A la cabeza? ¿Al corazón? ¿A la barriga?

—Vosotros id disparando hasta que se caiga —respondió González.

Ya tenían delante la estrecha abertura que llevaba al sector técnico de radares. Estaba negra como la pez. El primero en entrar fue Phillips, que giró a la derecha. Le siguió González, que alargó la mano y encendió las luces con la palma.

El sector técnico consistía en tres salas grandes alineadas, llenas de estanterías metálicas de una sola pieza dispuestas en paralelo: una biblioteca de tecnología obsoleta. La primera estantería la tenían justo delante, como una pared, con sus altos anaqueles cubiertos de aparatos antiguos para el

barrido, adquisición e interpretación de datos por radar: pantallas CRT oscuras, placas lógicas festoneadas con tubos de vacío y bolas multicolores de alambres enredados.

—¿Adónde lleva esto? —susurró Creel.

—A ninguna parte —contestó González—. No hay salida.

—Genial; de modo que si la cosa está aquí, la tenemos acorralada.

Nadie contestó.

González se asomó a los bordes de la alta estructura de metal, primero a la izquierda y luego a la derecha. Después se volvió hacia Phillips y Marcelin.

—Vosotros dos id por el lado derecho —dijo—. Y vigilad vuestra espalda.

Tras asentir, los dos soldados dieron media vuelta y se metieron por la brecha que había entre la pared y la primera estantería, con las armas a punto.

González hizo señas a Creel.

—Nosotros iremos por la izquierda. Quedamos en la puerta trasera. Si ve algo, lo que sea, avise.

—De acuerdo.

González siguió la estantería. Al llegar a la pared izquierda de la sala, se asomó rápidamente por la esquina e hizo un barrido visual. Las otras estanterías se alargaban hacia el fondo, formando pasillos estrechos y oscuros. A la izquierda, a lo largo de la pared, había espacios profundos para almacenar más material. El sargento respiró hondo y siguió adelante, escudriñando las estanterías a medida que pasaba frente a ellas. Reconoció al fondo las siluetas de Phillips y Marcelin, que hacían lo mismo que él, pero por la derecha.

Tardó un minuto en llegar a la parte trasera de la sala. Entonces se giró y siguió la pared del fondo hasta reunirse con los demás en la puerta que comunicaba con la segunda zona de almacenamiento.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

Phillips sacudió la cabeza. González asintió. La sala no solo se veía vacía, sino que daba la sensación de estarlo. El registro del sector técnico empezaba a parecer una pérdida de tiempo. Probablemente el animal había escapado al Nivel C por la escalera. ¿Para qué se habría metido en aquel callejón sin

salida?

—Vamos a por la siguiente —dijo, e introdujo una mano por la puerta y encendió las luces de la habitación contigua—. El mismo sistema.

La segunda sala parecía idéntica a la primera: estanterías altas llenas de material caído en el más absoluto olvido. El silencio era como el de la primera sala, excepto por un zumbido tenue y muy grave que, más que oírse, casi se palpaba. Debía de haber quedado aire en el sistema de calefacción. González y Creel volvieron a encargarse del lado izquierdo; recorrieron las estanterías despacio y en silencio, mientras los otros dos iban por la derecha. Cuando llegaron al fondo (poco iluminado, porque se había fundido una bombilla), se reunieron otra vez con Phillips y Marcellin en la puerta de la tercera sala.

González escrutó la oscuridad del otro lado.

—Echaremos un vistazo, para ser concienzudos. Luego volveremos a la escalera 12 y buscaremos en el Nivel C. Vamos. El mismo sistema.

—¿Lo oléis? —preguntó Creel.

—¿El qué?

—No lo sé. A hamburguesa o algo así.

González metió el brazo y encendió la luz. Parpadearon unos cuantos fluorescentes. Al cabo de unos segundos, los más próximos se fueron apagando con un siseo.

González frunció el entrecejo. «¡Vaya momento para que se estropee el balastro electrónico!» El fondo de la sala estaba a media luz, mientras que en la parte que tenían justo delante la oscuridad era absoluta.

Phillips resopló.

—Menudo momento has elegido para tener hambre —recriminó a Creel.

González cruzó la puerta, seguido por los demás.

—No, tío, me refería a una hamburguesa cocida.

González giró a la izquierda, disponiéndose a recorrer otra vez la estantería con Creel en sus talones, pero se detuvo.

Delante, donde se juntaban las paredes, distinguió el primero de una serie de nichos, pero no contenía los radares con lados metálicos que había visto hasta entonces. Había algo en el suelo; algo que con aquella escasa luz devolvía un brillo mate.

—Me duele la cabeza —dijo Marcelin.

González cogió la linterna y la enfocó al nicho. El haz iluminó un plástico retorcido de color claro que envolvía algo con sangre reseca.

Peters.

Justo entonces, Marcelin empezó a lloriquear.

González dio media vuelta. Desde la esquina del fondo de la estantería, algo les espiaba. Durante el breve instante en el que lo vio, captó un pelaje oscuro y lanoso, una oreja grande en forma de corazón, como las de los murciélagos, que sobresalía lateralmente de la cabeza, y un solo ojo amarillo.

Y también otra cosa: la cabeza estaba demasiado arriba, demasiado alejada del suelo...

El estallido del lanzagranadas de Creel hizo vibrar sus tímpanos. El proyectil salió disparado a lo largo de la estantería y explotó contra un anaquel, a unos dos metros de donde había estado la cabeza. Toda la sala tembló. Una humareda roja y amarilla se les echó encima y empezaron a llover por todas partes fragmentos de metal y cristales de tubo de vacío.

—¡Atrás! —vociferó González.

Se replegaron todos en la segunda sala.

—¡Apostaos en los rincones! —ordenó González—. ¡Phillips y Marcelin, cubrid la puerta! ¡Cuidado con el fuego cruzado!

Él se refugió en el rincón izquierdo del fondo de la segunda sala; desde ahí, agazapado y protegido por la cabecera de la última estantería, apuntó el M16 hacia la puerta oscura. Nunca le había latido tan deprisa el corazón.

Creel farfullaba a su lado.

—Dios mío... Dios mío...

—Póngase detrás de mí —dijo González—. Si viene a por nosotros, apunte hacia la puerta. Hacia la puerta, ¿me oye? Como les pegue un tiro a mis hombres sin querer, se lo pegaré yo a usted.

Sin embargo, Creel no dio muestras de haberle oído.

—Dios mío...

—¡Preparaos! —gritó González a los soldados.

La única respuesta en la otra punta de la sala fue un leve lloriqueo, probablemente de Marcelin.

González apuntó con la mira de su M16 mientras pugnaba por controlar

el pánico tan repentino como desacostumbrado que había estado a punto de vencerle. Transcurrió un minuto. Luego otro. Parpadeó, intentando apartar las gotas de sudor que caían por su frente. El sonido grave que había percibido antes había crecido tanto que ahora no oía nada más; sentía incluso un dolor sordo de cabeza que...

Dolor de cabeza. También lo había comentado Marcelin...

Se puso tenso. En la oscuridad de la puerta algo se movió.

Volvió a parpadear y se pasó rápidamente una mano por los ojos. Era un efecto óptico. Pero no, sí que se movía algo entre las sombras, algo gris contra el gris. Se paró un momento. Después reanudó su avance y, lentamente, muy despacio, fue apareciendo la cabeza. De la garganta de Creel empezó a brotar un sonido gutural, como el de un hombre que se ahoga. González no hacía más que mirar, paralizado, como el resto. Dios santo... Parecía que no se acabara nunca: oscura, en forma de bala, con una gran cresta ósea que confluía en unos hombros altos, de una fuerza increíble. González nunca había visto nada igual. Era magnífico. Era aterrador.

Ya había metido toda la cabeza y miraba fijamente hacia donde estaban Marcelin y Phillips. González vio que se movía de nuevo; con una lentitud angustiosa e insolente, se volvió y lo miró a él. Fue como si aquellos ojos amarillos subyugaran al sargento. Después se abrieron las mandíbulas, la vista de González se detuvo en ellas, y... «Dios santo, pero qué eran esos...».

De repente tuvo la sensación de que su cordura empezaba a flaquear. Sus dedos temblaron espasmódicamente en el guardamonte de su arma.

Las gárgaras de Creel se convirtieron en un gemido agudo, que de repente dejó paso a un grito desgarrado.

Entonces, de un salto, la criatura se les echó encima.

Todo pasó al mismo tiempo. Con un chillido incoherente, Creel retrocedió, movido por el instinto, a la vez que levantaba el arma. Phillips y Marcelin abrieron fuego desde el rincón del fondo y sus balas, tras un veloz recorrido en paralelo a la pared, silbaron al rebotar encima de la cabeza de González. El sargento salió despedido brutalmente a un lado, en el momento en el que la criatura caía sobre Creel. Tras un crujido como el de una articulación de pollo al romperse, el capataz emitió otro horrible grito, esta vez de dolor. González dio un salto para levantarse y, mientras le daba

vueltas toda la habitación, cogió el arma, se volvió y apuntó. Enseguida vio que ya era demasiado tarde para Creel. Aquel ser le estaba destrozando como si fuera un muñeco de trapo, entre halos de sangre y vísceras que subían como una niebla roja. Los otros dos ya no disparaban. De pronto, la mirada fija de González se topó con los ojos de la criatura; su rostro era una máscara roja. En la penumbra, tuvo la impresión de que se le curvaban los bordes de la boca, formando algo que no podía ser más que una sonrisa. En ese momento el sargento echó a correr; corrió dejando atrás los anaqueles, cruzó la puerta, en pos de Phillips y de Marcelin, atravesó la primera sala, salió al pasillo y corrió y corrió sin parar...



## 41

Fue como si el aire del laboratorio de ciencias naturales se hubiera helado. Durante un largo momento, todos miraron a Usuguk. Por su parte, el tunit se quedó cerca de la puerta, sin moverse; sus botas de piel de foca y su parka de piel de caribú y tela de manta contrastaban con el gris del metal de las paredes y con los prosaicos instrumentos.

—Usted —dijo Marshall, con una voz teñida de sorpresa—. Usted es el octavo científico.

—Me llamaban así —contestó Usuguk.

Al otro lado de la sala, Logan frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere decir?

Usuguk tardó mucho en hablar. Su mirada oscura saltó de un científico a otro, hasta fijarse en un punto más allá de todos ellos; un punto que a Marshall le pareció que estaba muy, muy lejos.

—Soy viejo —dijo—. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto.

Marshall se apresuró a llevarle una silla. El chamán tomó asiento y dejó el saquito de medicinas sobre sus rodillas.

—Era especialista —dijo con su acento neutro—. Especialista militar. Crecí a ciento cincuenta kilómetros de aquí. Antiguamente, los míos vivían en un asentamiento cerca de Kaktovik. Yo vivía con la familia de mi primo. Mi madre murió de parto, y mi padre de hambre cuando yo tenía seis años, mientras buscaba caribús por el hielo. Al crecer me volví un insensato. Estaba lleno de *quiniq*. Por aquel entonces no me bastaba con pasarme horas frente a un respiradero esperando lanzar el arpón a una foca. No respetaba las antiguas costumbres. No entendía el círculo de la belleza, ni la seducción de

la nieve. Cada año pasaba por Kaktovik un reclutador del ejército que siempre contaba maravillas de sitios lejanos. Yo había aprendido el lenguaje de ustedes y tenía unos brazos fuertes, así que me alisté. —Sacudió despacio la cabeza—. Pero, como hablaba inuit y tunit, después de seis meses en Fort Bliss me enviaron otra vez aquí, a esta base.

—¿La base estaba en funcionamiento? —preguntó Marshall.

—*Ahylah*. —El tunit asintió con la cabeza—. Todo menos el ala norte, que aún no estaba terminada. Tenían que construirla por debajo del nivel de la nieve.

—¿Por qué? —preguntó Logan.

—No lo sé. Era un secreto. Para pruebas. Experimentos con el sonar. —Usuguk hizo una pausa—. El ejército nos puso a trabajar a varios tunit. Excavábamos el hielo, para construir el ala norte, y poníamos puntales. Todos los tunit sabían que la montaña era un mal sitio, es donde residen los dioses malignos, pero éramos pocos, y pobres, y era difícil resistirse al dinero del *kidlatet* (el hombre blanco). Uno de los operarios era mi tío; fue él quien lo descubrió.

—¿Quien descubrió qué? —preguntó Marshall.

—El *kurrshuq* —dijo Usuguk—. El Colmillo de los Dioses. El Devorador de Almas.

Los demás se miraron.

—¿Qué es exactamente el *kurrshuq*? —preguntó Logan.

—Es lo que han despertado ustedes.

—¿Qué? —intervino Sully—. ¿El mismo animal? No puede ser.

El tunit sacudió la cabeza.

—El mismo no. Otro.

Marshall sintió una punzada de sorpresa. ¿Sería posible?

Un breve silencio se adueñó del grupo.

—Siga —dijo finalmente Sully.

—Estaba encerrado en el hielo, dentro de una pequeña brecha en la base del ala —prosiguió Usuguk.

—Puede que lo congelase el mismo fenómeno —murmuró Faraday.

—Mi tío estaba muy agitado. Vino a verme, y yo fui a ver al coronel Rose.

—El comandante de la base —dijo Logan.

Usuguk asintió con la cabeza.

—No tenía que saberlo nadie más. Mi tío me pidió que le dijese al coronel que el ejército tenía que irse cuanto antes. Estaban en tierras prohibidas y el *kurrshuq* era su guardián. —Hizo una pausa—. Pero no se fueron; al contrario, el coronel selló la brecha y les mandó llamar.

—¿Les? —repitió Marshall.

—A los científicos especiales. Los científicos secretos. Llegaron antes de la luna nueva: dos aviones de carga, con las bodegas llenas de extraños instrumentos. Los llevaron todos al ala norte, cuando estaba oscuro.

—Así que destinaron el ala norte a otra función —dijo Logan—. Dejaron de lado el objetivo original mientras examinaban el nuevo descubrimiento.

—Sí.

—¿Y su tío? —siguió preguntando Logan—. ¿Y los demás tunit?

—Se fueron inmediatamente.

—En cambio usted se quedó.

Usuguk inclinó la cabeza.

—Sí, para eterna vergüenza mía. Ya le he dicho que no me importaban las costumbres de mi tribu. Además, los científicos necesitaban un ayudante, alguien que entendiera el funcionamiento de la base; alguien que pudiera hacer de... protección. Me eligieron a mí porque ya estaba al corriente del *kurrshuq*. Fueron amables conmigo y me dejaron participar en su trabajo. Me llamaban «el pequeño científico». A uno de ellos, el *kidlatet* que se llamaba Williamson, le interesaba... —Se quedó callado, como si buscara la palabra—. La sociología. Yo le conté algunas de las leyendas de mi gente, nuestra historia y creencias.

—¿Y el... animal? —preguntó Marshall.

—Lo sacaron del hielo, recortándolo con mucho cuidado, y se lo llevaron de la brecha al ala norte. Los científicos tenían que estudiarlo, medirlo y derretirlo. Pero se derritió él solo en poco tiempo.

—¿Se derritió él solo? —repitió Sully.

—Por supuesto.

Usuguk se encogió de hombros, como si le desconcertase el tono incrédulo de Sully. Marshall y Faraday se miraron.

—¿Estaba vivo? —preguntó Marshall.

—Sí.

—¿Y era hostil?

—No, al principio no. El *kurrshuq* es un demonio muy astuto. Juega con la gente como los cachorros de zorra con los pequeños topos. A los científicos les intrigaba. Cuando se recuperaron del miedo, les intrigó.

—¿Del miedo? —preguntó Marshall.

—Da pavor ver al *kurrshuq*.

Logan sacó un cuaderno con tapas de piel.

—¿Podría describirlo?

—No.

Otro silencio breve.

—Cuéntenos qué les pasó... —dijo Marshall—, a los científicos.

—Ya les he dicho que fingió complacernos. Se mostró amigable. Los científicos siguieron con sus observaciones y sus pruebas. Analizaron su fuerza y su velocidad. Cada vez estaban más entusiasmados, sobre todo con su capacidad de defenderse. Hablaban de hacerle pruebas de inteligencia y de encontrar maneras de... ¿Cómo lo decían? Darle un uso armamentístico. Pero el tercer día decidió cumplir la voluntad de los dioses malignos. Se cansó de jugar con nosotros. Uno de los científicos, el *kidlatet* que se llamaba Blayne, estaba haciendo pruebas sobre su... instinto de caza. No quisieron decirme qué querían que cazase. Blayne tenía una grabadora con sonidos de animales en peligro: marmotas, liebres americanas... Cuando puso la cinta en marcha, el *kurrshuq* se enfadó y le hizo pedazos. Al oír los gritos de Blayne, fuimos corriendo; al llegar, encontramos su cadáver desperdigado por todo el laboratorio de audio. El *kurrshuq* dormía en el suelo, con la cabeza de Blayne entre las zarpas delanteras. Se había comido su alma.

Marshall echó un vistazo a Logan. El historiador había abierto el cuaderno de piel y escribía como un poseso.

—Los científicos se fueron sin tocar el cadáver y volvieron a sus habitaciones para hablar. Algunos decían que había que matar enseguida al animal; otros opinaban que no, que era un descubrimiento demasiado valioso. Decían que tal vez la muerte de Blayne había sido un accidente, que el animal estaba desorientado y que había actuado en defensa propia. Finalmente

acordaron seguir con el estudio.

—Williamson, el que estaba interesado por la sociología... —dijo Logan, levantando la vista del cuaderno—. ¿Lo comentó con usted?

Usuguk asintió con la cabeza.

—Me hizo muchas preguntas. Qué sabía mi gente del *kurrshuq*, por qué estaba allí, qué quería...

—¿Y usted qué le contestó?

—Le conté la verdad: que era el guardián de la montaña prohibida. Que no se podía matar al Devorador de Almas.

—¿Cómo reaccionó?

—Estuvo mucho rato escribiendo en su librito.

Logan hurgó en un bolsillo, sacó el diario descolorido y se lo dio a Usuguk. El tunit lo abrió con cuidado, giró las páginas amarillentas y se lo devolvió, asintiendo con la cabeza.

—«¿Los tunit tienen la respuesta?» —citó Logan—. Quizá fuera una pregunta, no una afirmación.

—¿Qué pasó luego? —preguntó Sully.

—Al día siguiente, cuando volvimos a entrar, yo iba armado. El *kurrshuq* se comportaba... de otra manera. No respondía y su actitud era hostil. Cuando los científicos lo presionaron, él atacó.

—¿Les mató a todos? —inquirió Sully.

—No. No de golpe.

—Entonces, ¿cómo?

El tunit había ido bajando la vista mientras hablaba. De pronto, la levantó y fue mirándolos a todos, uno por uno, con la angustia del recuerdo en los ojos.

—No me lo pregunten —dijo, con voz temblorosa—. No quiero recordarlo.

Se hizo el silencio en la sala. Usuguk volvió a fijar lentamente la vista en un punto lejano. Su cara se relajó y volvió a mostrar resignación.

—¿Le dispararon? —preguntó Marshall, con toda la delicadeza que pudo.

Usuguk asintió sin mirarle.

—¿Y qué pasó?

—Las balas le molestaban.

El siguiente en hablar fue Logan.

—¿Usted cómo escapó?

—Nos... perseguía. Los que aún estábamos vivos intentamos huir al ala norte, pero nos cortaba el camino una y otra vez. Al final solo quedábamos Williamson y yo. Nos habíamos escondido en la sala de cuadros eléctricos, no muy lejos de la compuerta de salida del ala norte. —Su manera de hablar se hizo más lenta, entrecortada—. Salió de las sombras... Williamson gritó... el *kurrshuq* se le echó encima... Williamson tropezó y cayó de espaldas sobre un empalme eléctrico... salió mucha luz y mucho humo... yo me fui del ala norte, corriendo con todas mis fuerzas.

Durante una larga pausa, nadie dijo nada.

—El coronel Rose pidió un equipo especial —siguió explicando Usuguk—. Al volver al ala norte, nos encontramos con que el *kurrshuq* aún estaba encima del cadáver de Williamson. Ya no se movía.

—Muerto —musitó Sully.

Usuguk sacudió la cabeza.

—Decidió irse. Dejar su ser corporal.

—¿Qué hicieron con el cuerpo? —preguntó Marshall.

—El cuerpo desapareció.

—¿Qué? —preguntó Sully.

—Más tarde volvieron con una bolsa y ya no estaba. —El tunit les miró uno por uno—. Tal como les he dicho. Decidió volver a su forma espiritual.

Sully sacudió la cabeza.

—Probablemente se arrastró para morir en otro sitio. Ellos tenían prisa por cerrarlo todo y encubrir el incidente. Apuesto a que no lo buscaron demasiado.

Marshall miró al chamán.

—¿Y usted? ¿Qué hizo?

—Dejar el ejército. Reuní a unos cuantos de mi aldea dispuestos a escucharme y formé una nueva comunidad en el hielo. Intentábamos seguir las antiguas costumbres de mi pueblo, vivir como habían vivido durante miles de años antes de que llegasen los *kidlatet*. Dejé atrás las cosas del mundo físico.

Sully no le escuchaba.

—¿No os dais cuenta? —preguntó—. Es vulnerable a la electricidad. Es su talón de Aquiles. Tenemos que informar a González.

El tunit levantó rápidamente la cabeza.

—¿No han escuchado nada de lo que les he dicho? No es un animal. Pertenece al mundo de los espíritus. No se puede matar. Es la razón por la que he vuelto a contarles todo esto. La primera vez no me escucharon. Ahora tienen que escucharme, porque digo la verdad. Soy el único que sobrevivió.

Sully no contestó. Cruzó la sala y cogió la radio que le había dado González.

—También he vuelto por otra razón —dijo Usuguk, volviéndose hacia Marshall—. El animal que han encontrado... ¿Verdad que ha dicho que era más grande que un oso polar?

Marshall asintió con la cabeza.

—Exacto.

—El ser que recortaron los científicos del hielo hace cincuenta años tenía el tamaño de un zorro ártico.

Todos se quedaron mudos de sorpresa. Durante un buen rato, nadie se movió. Finalmente, Sully levantó la radio y pulsó el botón de transmisión.

—Doctor Sully al sargento González. ¿Me oye?

La radio emitió un zumbido de estática.

Sully lo intentó otra vez.

—Sully al sargento González. ¿Me oye? Cambio.

Más estática.

Mientras Sully hacía la tercera tentativa, Usuguk se levantó de la silla y se acercó a donde se encontraban Marshall y Faraday.

—Después de que llegaran, cuando llovió sangre del cielo, tuve miedo de que hubieran despertado a otro —dijo—. Por eso les dije que se fueran. Soy chamán. Tengo un pie en el mundo físico y el otro en el mundo espiritual. Háganme caso: entiendo de estas cosas.

—Otro —repitió Marshall, a quien todavía le costaba asimilar todo aquello.

—No sé si debería sorprendernos —dijo Faraday—. La teoría de juegos dice que el resultado menos óptimo es el que tiene más probabilidades de suceder.

—Del tamaño de un zorro —dijo Marshall—. Y mató a siete personas.  
Usuguk asintió con la cabeza.

—¿Me cree ahora? Este *kurrshuq* es un espíritu aún más poderoso. No se irá, como el último. No pueden matarlo. No pueden vencerlo. Solo pueden irse. Todavía hay alguna posibilidad de que él se lo permita.

—Pero no podemos marcharnos —objetó Marshall—. Somos demasiados para el Sno-Cat. La tormenta nos tiene atrapados.

El tunit le miró con los ojos brillantes.

—Pues entonces, lo siento mucho por ustedes.



## 42

—¿Es normal que se mueva tanto? —preguntó Barbour, apretando los dientes—. El camión, digo.

—No. Normalmente, en invierno, cubren con una capa de hielo las partes de tierra firme, pero nosotros estamos siguiendo nuestra propia ruta. Cójase al mango de... «¡mierda!».

—¿Al qué?

—A la barra estabilizadora de encima de su puerta.

Barbour levantó una mano y se aferró a la barra metálica horizontal. Después miró a Carradine. La cabina del tráiler era tan ancha que no alcanzaría a tocarle. Parecía que moviese las manos sin parar: por el volante, hacia el cambio de marchas, a uno de los innumerables botones del salpicadero. Ella, que nunca había viajado en un camión articulado, estaba pasmada de ir tan alta sobre el suelo y de que todo se zarandease tanto.

—No podemos pasar de los cincuenta por hora —dijo el camionero, con un moflete hinchado por el omnipresente chicle—. Se podría soltar el acople. Cuando lleguemos al lago tendremos que ir aún más despacio, aunque al menos no habrá tantos baches.

Se rio. Fue una risa socarrona que a Barbour no le gustó nada.

—¿Qué lago?

—Para ir a Arctic Village tenemos que cruzar un lago. El lago Lost Hope. Es demasiado grande para rodearlo. De todos modos, no creo que tengamos problemas porque ha hecho frío y buen tiempo.

—Está bromeando, ¿no?

—¿Por qué se cree que nos llamamos camioneros sobre hielo? En el ochenta por ciento de las carreteras de invierno normales se circula sobre

hielo. Los traslados por tierra firme solo representan el veinte por ciento del trayecto.

Barbour no contestó. «El lago Lost Hope —pensó—. Esperemos que no haga honor a su nombre»<sup>[2]</sup>.

—Tenemos suerte de que haga este viento —añadió Carradine—. Impide que se acumule la nieve y me ayuda a encontrar el camino más llano por el permafrost. Tenemos que ir con mucho cuidado. No podemos arriesgarnos a un pinchazo, con tanta gente detrás y sin calefacción.

Barbour echó un vistazo al retrovisor. El reflejo de las luces de posición le permitía discernir, no sin dificultades, la silueta plateada de la caravana. «Treinta y cinco personas dentro.» Se los imaginó sentados, probablemente hablando poco, sin iluminación aparte de un par de linternas. A esas alturas ya debía de estar disminuyendo el calor.

Carradine le había enseñado a usar la radio CB para comunicarse con Fortnum. Barbour sacó el auricular de su soporte, comprobó que estuviera sintonizada la frecuencia correcta y accionó el interruptor.

—¿Me oye, Fortnum?

Un breve chisporroteo.

—Sí.

—¿Qué tal por ahí detrás?

—De momento, bien.

—¿Empieza a hacer frío?

—Aún no.

—Les mantendré informados a medida que vayamos hacia el sur. Si necesitan algo, díganmelo.

—De acuerdo.

Como desconocía el protocolo radiofónico, se limitó a poner de nuevo el auricular sobre el transmisor. La última parte de la conversación había sido solo para darles moral; naturalmente, ella no podía ayudarles en nada. Miró a Carradine.

—¿Cuánto falta?

—¿Para Arctic Village? Desde la base hasta el puesto más al norte hay trescientos cuarenta kilómetros. Es a donde vamos.

Trescientos cuarenta kilómetros. Ya llevaban casi una hora en la

carretera. Barbour hizo un pequeño cálculo mental. Aún les quedaban seis horas por delante.

Al otro lado del ancho parabrisas, la tormenta era una confusión de copos blancos contra una pantalla negra. El viento levantaba torbellinos de nieve del suelo, dejando a la vista el paisaje lunar, gris y sin accidentes, del permafrost. Carradine había encendido todos los faros del camión, los antiniebla y los normales, y, aunque fingiese indiferencia y bromeara, Barbour se fijó en lo atentamente que miraba el paisaje, haciendo girar el tráiler con suavidad mucho antes de chocar con cualquier posible obstáculo.

La cabina brincaba y temblaba tanto que a ella le parecía que fueran a saltársele los dientes. Se preguntó cómo estarían Sully y Faraday en la base, y si ya habría vuelto Marshall. Tal vez había sido mala idea irse, haciendo caso a Sully. La expedición era tan suya como de cualquier otro; aparte de ser la especialista en informática, había puesto en marcha algunas investigaciones importantes que no podían dejarse a medias solo porque...

Algo había cambiado. Miró a Carradine.

—¿Estamos frenando?

—Sí.

—¿Por qué?

—Nos estamos acercando al lago Lost Hope. Sobre hielo, la velocidad máxima es de veinticinco por hora.

—Pero en la caravana no hay calefacción. No podemos perder el tiempo.

—Déjeme que se lo explique, señora. Cuando se conduce por un lago helado se forma una ola por debajo del hielo. La ola nos sigue durante la travesía. Si se conduce demasiado deprisa, la ola crece demasiado y rompe el hielo. En ese caso, nos vamos a pique. El hielo tarda minutos en volver a cuajar en la superficie, así que en poco rato se ha formado una tumba prefabricada que...

—Está bien, ya me hago a la idea.

Algo había empezado a brillar vagamente a la luz de los faros. Barbour se incorporó para mirar con atención (y nerviosismo). Era hielo, una extensión de hielo que se perdía en la tormenta.

Carradine redujo aún más la velocidad, de marcha en marcha, hasta que el tráiler se paró con un suspiro de los frenos de aire. Luego echó una mano

hacia atrás, hacia la cabina dormitorio, y sacó una herramienta larga, en forma de mazo pero más esbelta.

—Ahora mismo vuelvo —dijo mientras abría su puerta.

—Pero... —empezó a protestar Barbour.

El camionero bajó y desapareció dando un portazo. Barbour se quedó callada. Poco después le vio otra vez, alejándose del tráiler con la herramienta al hombro y ofreciendo una estampa incongruente con su camisa hawaiana. El viento había amainado. Los suaves torbellinos de nieve parecían acariciar a Carradine. Barbour vio que pisaba el hielo y caminaba unos cincuenta metros, al cabo de los cuales cogió la herramienta, la encendió y la aplicó sobre el hielo. Entonces se dio cuenta de que era una barrena eléctrica. Treinta segundos después, Carradine ya había penetrado la capa de hielo y regresaba a paso ligero a la cabina. Abrió la puerta y entró. Sonreía. Tenía el pelo y los hombros llenos de escarcha.

—¿Sabe que está usted loco? —dijo ella—. Salir vestido así, en plena tormenta...

—El frío es un estado mental. —Carradine echó la barrena a la parte trasera y se frotó las manos. Barbour no supo si de frío o de satisfacción—. El hielo tiene cincuenta y cinco centímetros.

—¿Eso es malo?

—No, es bueno. Lo mínimo son cuarenta y cinco. Es más de lo que suele haber por estas fechas. Significa que soporta veinticinco toneladas, tal vez hasta treinta. —Señaló la barrena con el dedo, riéndose—. Ya sé que tecnológicamente es un viaje un poco primitivo, sin perfil continuo ni radar de hielo, como en las carreteras de invierno de verdad, pero al menos no tenemos restricciones de carga, ni clientes pelmazos.

La miró un minuto.

—Está bien, voy a contarle algo, para que esté preparada. Conducir sobre hielo no es como ir por una carretera normal. El hielo se abomba cuando pasa el camión y hace mucho ruido.

—¿Qué?

—Es mejor que lo oiga usted misma. —Quitó el freno y puso una marcha—. Voy a entrar en el lago. No hay que hacerlo demasiado deprisa, porque lo tensaría.

—¿Tensorlo? Uf, mejor no hacerlo, ¿verdad?

Barbour miró la superficie de hielo que se extendía delante de ellos. Parecía interminable. ¿Sería posible que estuvieran a punto de cruzarla con un tráiler de dieciocho ruedas?

—Allá vamos. —Carradine hizo avanzar lentamente el camión hacia la orilla. Luego miró otra vez a Barbour y le hizo un guiño—. Ahora es cuando hay que cruzar los dedos, señora.

Se deslizaban sobre el hielo a unos veinte kilómetros por hora. Barbour se puso tensa al notar que los golpes y temblores del permafrost daban paso a una sensación mucho más inquietante: la del hielo al combarse bajo ellos. Carradine fruncía el ceño, concentrado, con una mano en el volante y la otra aferrada al cambio de marchas. El motor hacía un ruido agudo al impulsarles hacia delante.

—No hay que dejar que bajen las revoluciones por minuto —murmuró—. Así no derraparemos.

A partir de determinado momento, mientras iban por el hielo, Barbour oyó algo nuevo: un leve crujido que parecía salir de todas partes, como cuando se arranca el celofán de un juguete navideño. Tragó saliva con dificultad. Sabía qué era: el hielo, protestando bajo el enorme peso del tráiler.

—¿Cuánto hay de punta a punta? —preguntó, con voz ronca.

—Seis kilómetros —contestó Carradine sin apartar la vista del hielo.

Siguieron a una velocidad de caracol a la vez que aumentaban los crujidos. La nieve se deslizaba sobre el hielo formando remolinos, pequeños ciclones y extrañas formas fantasmagóricas a la luz de los faros. De vez en cuando, Barbour oía detonaciones secas debajo de sus pies. Se mordió el labio, contando mentalmente los minutos. De pronto el tráiler se inclinó hacia un lado y patinó a la derecha. Miró rápidamente al conductor.

—Una ráfaga de viento —dijo él, girando con suavidad el volante para compensar—. Aquí no hay tracción.

La radio CB empezó a pitar. Barbour cogió el auricular.

—¿Fortnum?

—Sí. ¿Qué es todo este ruido ahí fuera? Aquí atrás, la gente está empezando a preocuparse un poco.

Pensó un momento antes de responder.

—Estamos cruzando un tramo de hielo. No tardaremos más de un par de minutos.

—Recibido. Se lo diré a los demás.

Dejó el auricular en su sitio. Ella y Carradine se miraron.

Pasaron cinco minutos, que se hicieron eternos. Luego fueron diez. Barbour se dio cuenta de que se le había dormido una mano por coger con tanta fuerza la barra estabilizadora. El ligero hundimiento del hielo, los crujidos y chasquidos incesantes, la crispaban hasta tal punto que temía enloquecer. El viento gemía y gritaba. De vez en cuando, una ráfaga empujaba de lado el camión, obligando a Carradine a compensar el movimiento con el máximo cuidado.

Barbour escudriñó la oscuridad. ¿Aquello que se veía al fondo era la otra orilla? No, solo una oscura pared de bolitas de hielo suspendida en el aire, que ondeaba y palpitaba como una cortina al viento.

—Niebla helada —le aclaró Carradine—. El aire ya no puede retener más humedad.

La extraña bruma empezó a envolver el camión como una nube de algodón negro y tupido. La visibilidad, ya mala de por sí, se redujo repentinamente casi a cero.

—No veo un carajo —dijo Barbour—. Vaya más despacio.

—Imposible —contestó el camionero—. No puedo perder impulso.

Aquella nueva ceguera, sumada a la flexión y a los crujidos angustiosos del hielo, pudo más que Barbour, que se dio cuenta de que hiperventilaba, consumida por la ansiedad. «Aguanta, chica —se dijo—; tú aguanta. Solo quedan un par de minutos.»

De pronto habían salido de la nube de hielo. Vio las rocas de la otra orilla, justo donde alcanzaban los haces de los faros, y sintió un gran alivio. «Menos mal.»

Carradine apartó la vista del hielo, el tiempo justo para mirarla.

—No ha estado del todo mal, ¿eh?

De repente el camión sufrió una sacudida y un bajón. Al mismo tiempo se oyó un fuerte crujido, como un disparo de arma de fuego, justo detrás de ellos.

—Un punto flojo —dijo Carradine, pisando a fondo el acelerador—.

Hielo débil.

Empezaron a ir más deprisa, arrancando una nota aguda al potente motor diésel. Otro crujido, más fuerte. Esta vez había sido justo debajo. Barbour vio que se había formado una grieta en el hielo y que se extendía cada vez más deprisa hacia delante, separándolo en dos mitades. Carradine lo compensó enseguida con una maniobra que situó la brecha entre las dos ruedas delanteras, pero la grieta se bifurcó varias veces delante de ellos, ramificándose en el hielo en ángulos muy bruscos, como un relámpago de verano. Carradine giró al máximo el volante y empezó a desplazarse lateralmente por la trama de grietas. Los crujidos aumentaron de volumen de forma brusca. Justo entonces, una fuerte ráfaga de viento chocó con un lado del camión; Barbour gritó al tener la sensación de que la parte trasera giraba y se inclinaba de manera alarmante, amenazando con volcar y caer sobre el hielo, que empezaba a partirse.

—¡Estamos derrapando! —exclamó Carradine—. ¡Sujétese!

Barbour se aferró desesperadamente a la barra estabilizadora mientras el camionero hacía lo posible para que el gran vehículo no empezara a dar vueltas de campana. Poco a poco, el impulso hacia delante les hizo recuperar la horizontalidad. Ya tenían enfrente la otra orilla, a menos de cincuenta metros, pero el tráiler seguía dando bandazos, casi sin control. Chocó estrepitosamente contra una de las rocas de la orilla, se tambaleó y acabó estabilizándose. Carradine volvió a pisar el acelerador, haciendo rugir el camión, que abandonó el hielo y regresó a la superficie ondulada del permafrost.

Barbour soltó un suspiro largo, entrecortado. Después cogió el auricular de la radio CB.

—Fortnum, aquí Penny Barbour. ¿Todos bien detrás?

Al cabo de un momento crepitó la voz de Fortnum.

—Un poco mareados, pero bien. ¿Qué ha pasado?

—Nos ha pillado una ráfaga de viento, pero ya hemos salido del hielo. A partir de ahora debería ir todo sobre ruedas.

Al dejar el auricular en su sitio, desvió la vista hacia Carradine, que estaba muy atento al retrovisor. Su expresión volvió a ponerla nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—La roca con la que hemos chocado —contestó él—. Parece que ha perforado el depósito izquierdo.

—¿El depósito de gasolina? Pero ¿no tiene dos?

—El de la izquierda estaba lleno. El de la derecha no. Solo está a un tercio.

El nerviosismo aumentó de golpe.

—Pero tenemos bastante para llegar a Arctic Village... ¿verdad?

Carradine no la miró.

—No, señora. Creo que no.



## 43

Habían trabajado deprisa, usando el mínimo de luz. González ignoraba hasta qué punto el animal dependía de la vista, pero no tenía sentido facilitarle las cosas a aquel bicho del demonio.

Dio un golpecito en el hombro a Phillips y señaló el cruce de pasillos que tenían delante, poco iluminado.

—Cubre esa esquina —susurró—. Yo haré los últimos empalmes.

—Sí, señor.

—En cuanto oigas algo, me informas.

—Sí, señor.

Vio cómo Phillips se alejaba por el pasillo (una sombra entre sombras) y se apostaba cerca de la intersección. Después miró la trampa que tenía delante, fabricada a toda prisa: media docena de gruesos cables de cobre colgados del techo, a treinta centímetros de un charco de agua poco profundo. Rudimentario, pero, una vez a punto, sería mortal. Después volvió a cruzar la puerta donde ponía GENERADOR.

Se quedó en el umbral mirando el rompecabezas de ruedas dentadas, juntas, ejes, rotores y sistemas hidráulicos. Aquella subestación albergaba la gigantesca maquinaria que antiguamente había hecho girar los platos del radar. La había elegido por tres razones: porque estaba cerca, porque tenía bastante potencia y porque se encontraba en el único pasillo por el que se salía de aquella parte del Nivel B. Tarde o temprano el animal pasaría por allí.

Su mirada recaló en la esquina del fondo donde estaba el cabo Marcelin, con el arma a sus pies, temblando y mirando el suelo. González cogió las puntas de los cables de cobre, que Phillips le había ayudado a pasar por

encima de los tubos del techo del pasillo y por el montante de la puerta, y se fue con ellos hacia el cuadro eléctrico principal. Aunque hiciera casi medio siglo que no se ponían en marcha los radares, las conexiones eléctricas que los alimentaban seguían en buen estado. Él mismo acababa de verificarlo. Los fusibles estaban un poco deshechos, y las conexiones algo oxidadas, pero aún podían transmitir mucha corriente. Además, a él no le hacían ninguna falta los radares. Solo tenía que enviarles electricidad.

Lo que no sabía González, ni le importaba, era cómo y por qué Sully y los miembros del laboratorio de ciencias naturales habían llegado a la conclusión de que el punto débil de la bestia era la electricidad. Para él era suficiente alivio saber que tenía alguno. La concepción y puesta en marcha de ese plan había durado un cuarto de hora, en el que por suerte había estado demasiado ocupado para pensar.

El cuadro principal estaba empotrado en la pared más próxima, fijado al metal por cuatro aisladores de cerámica. Abrió la placa y enfocó hacia el interior la linterna, que iluminó cuatro hileras de fusibles de alta tensión. Tras comprobar que no hubiera corriente, cogió la navaja y empezó a pelar las puntas de los cables de ocho hilos. Después los fijó directamente a una de las barras de distribución, lo más deprisa que pudo. Acto seguido repasó el cuadro, para asegurarse de que estuvieran desactivados todos los seguros. Por último, levantó una mano, cogió la palanca de seguridad que había junto al cuadro y la puso en On. El circuito zumbó un poco al encenderse.

Ahora corrían seis mil voltios por los cables, y veinte amperios de corriente. Un voltaje así (el triple que el de una silla eléctrica) podía parar el corazón de cualquier bicho, por grande que fuese; y como González no quería arriesgarse, con los veinte amperios se aseguraba de dejarlo achicharrado.

Puso otra vez la palanca de seguridad en Off y se volvió hacia Marcellin.

—Ven, cabo.

Durante un minuto, pareció que Marcellin no le hubiera oído. Después recogió el M16 y se acercó con las piernas rígidas.

—Tú espera aquí. Cuando yo te avise, enciende esta palanca. Y hazlo deprisa. ¿Lo has entendido?

El cabo asintió con la cabeza.

—Colócate al lado de la puerta. Espera a que esa cosa se haya metido en

el agua y haya tocado los cables. Entonces empieza a disparar, y no pares.

Marcelin se apostó junto al cuadro eléctrico. Tras un último vistazo a la conexión improvisada, González salió al pasillo y también ocupó su posición, intentando no acercarse a los cables. Comprobó que tuviera el arma a punto. Después sacó el cargador, le dio unos golpecitos en el suelo y volvió a deslizado en su sitio. Solo quedaba esperar.

Repasó rápidamente el plan. Ya hacía más de treinta años que había estudiado ingeniería elemental, pero recordaba bastante bien los principios básicos. La electricidad pasa por el agua con facilidad. Los organismos están compuestos principalmente de agua, lo cual los convierte en buenos conductores de electricidad. En consecuencia, debía colgar del techo cables con corriente, de modo que ese bicho tuviera que tocar como mínimo uno, y dejarlos lo bastante largos para que no pudiera arrastrarse por debajo. Luego, echar bastante agua en el suelo, para formar un charco poco profundo, y asegurarse de que se extendiese de pared a pared. Situar los cables por encima del agua y aplicar corriente positiva. Cuando la bestia cruzase los cables, completaría el circuito... y hasta nunca.

Parecía infalible. Ahora solo hacía falta que la cosa hiciera acto de presencia.

Se agachó un poco más, para abultar lo mínimo. Vio la silueta borrosa de Phillips en el cruce. Phillips era el señuelo. Como tenía buena visión de ambos pasillos, divisaría a la bestia desde lejos. Una vez se asegurara de que lo había visto, se retiraría por el pasillo hasta donde le esperaba González, pasando a través de los cables, por encima del agua. Cuando el animal se aproximase, harían señas a Marcelin para que accionase la palanca y ese maldito bicho se quedaría frito.

González pegó la culata de su M16 a la mejilla y apuntó por la mira. Mientras repasaba el cuadro de distribución y conectaba los cables, había sido perfectamente consciente de que el animal podía sorprenderles en cualquier momento. Ahora que estaba todo a punto, tenía tiempo de pensar. Pero él no quería pensar, porque sabía adónde le llevarían sus pensamientos: a la imagen de esa cosa convirtiendo a Creel en comida para perros; en los horribles momentos de huida alocada y ciega, sin saber si estaba a punto de que se le clavasen unos dientes en la espalda y de sentir que aquellas garras le

arrancaban del cuerpo las extremidades...

Cambió de postura. Con la trampa lista, ya no tenía sentido seguir en silencio.

—Phillips —llamó en voz alta—, ¿alguna novedad?

En el círculo de luz del cruce de pasillos, Phillips sacudió la cabeza y formó una equis con los antebrazos.

González cambió nuevamente de postura en la oscuridad. Creel, por desgracia, había demostrado tener muy mala puntería. No era de extrañar que su proyectil no hubiera detenido a la criatura. En cambio la lluvia de balas posterior... ¿Podía ser que hubieran fallado todas? Porque si no habían fallado, significaba que...

González no quería pensar en lo que aquello significaba.

Quizá estuviera muerto. Quizá fuera eso. Lo habían herido de muerte y su cadáver estaba en algún pasillo oscuro. A menos que hubiera bajado al Nivel C. Tal vez se pasarían varias horas esperando a oscuras...

Sacudió la cabeza con todas sus fuerzas para expulsar aquellos pensamientos y echó un vistazo a la subestación, a la figura inmóvil de Marcelin. El cabo estaba muy afectado. González confiaba (más o menos) en que se pudiera contar con que accionase la palanca de seguridad. Era un riesgo inevitable. Él no podía estar en dos sitios a la vez, y Phillips le necesitaba para...

Por el rabillo del ojo vio que se movía algo. Se volvió hacia el pasillo. Phillips gesticulaba como un loco, con cara de pánico.

—¿Ya viene? —preguntó González en voz alta—. ¿Lo ves?

Phillips intentó coger la pistola con una sola mano, pero se le cayó. La recogió frenéticamente, sin dejar de levantar la mano sobre la cabeza y agitarla como si girase una carraca en Nochevieja.

—¡Ven aquí, vamos! —exclamó González—. ¡Marcelin, listo con la palanca!

Phillips, sin embargo, no se movió. Se quedó donde estaba, moviendo la boca como si el miedo le hubiera dejado sin voz.

González, ceñudo, escrutó la oscuridad, intentando ver mejor a Phillips. Al fijarse en su mano levantada, se dio cuenta de que no se limitaba a agitarla. Señalaba algo. Detrás de González.

El miedo estrujó las tripas del sargento, que miró rápidamente por encima del hombro, hacia el pasillo que tenía detrás.

Allí estaba, negro sobre negro, a unos quince o veinte metros, moviéndose con un sigilo que González nunca habría creído posible en un animal tan grande. Se lo quedó mirando, horrorizado. El corazón se le paró un momento en el pecho y luego reanudó su actividad de golpe, sacudiendo sus costillas. Retrocedió, tambaleándose. Después cruzó el charco, moviendo los cables con brusquedad, y se precipitó por el pasillo en dirección a Phillips. «No puede ser —decía una voz en un rincón de su cerebro—. Este pasillo es la única salida. No puede habérsenos adelantado.» Sin embargo, de alguna manera lo había conseguido. Al llegar jadeando hasta Phillips, vio que la criatura se paraba un momento y les miraba fríamente con sus ojos amarillos, sin pestañear, antes de reanudar su lento avance.

—¡Marcelin! —exclamó González—. ¡Ahora, Marcelin!

No salió ninguna respuesta de la subestación.

—¡Marcelin, por Dios, dale ya a la palanca!

¿Aquello que oía era el zumbido del transformador? Resultaba difícil saberlo entre bocanadas de aire, con aquella presión que de repente volvía a llenarle dolorosamente la cabeza. El animal seguía acercándose. En pocos segundos dejaría atrás la puerta de la subestación... y llegaría hasta los cables. González se lanzó cuerpo a tierra y apoyó en la mejilla la culata de su M16, apuntando hacia delante. Intentó centrarlo en su objetivo, pero el cañón subía y bajaba sin parar al ritmo de su corazón. Ahora la bestia iba más deprisa, como si renunciase a cualquier pretensión de sigilo.

—Dios mío... —decía Phillips, como si rezase y llorase al mismo tiempo—. Dios mío... Dios mío...

Otro paso. Y otro. Mientras se acercaba, no les quitó la vista de encima ni un momento; no parpadeó ni vaciló una sola vez. Su mirada era tan aterradora que González se quedó paralizado; tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para que no se le escapase el fusil de los dedos y cayera al suelo.

Entonces, el animal llegó hasta el agua. González vio que vacilaba un poco antes de lanzarse entre dos de los cables colgados.

Al principio no ocurrió nada. Después, un estampido tremendo y ensordecedor sacudió todo el pasillo. Entre los cables saltaban relámpagos

violáceos que dibujaban arcos sobre su enorme grupa, escupiendo un centenar de lenguas hacia el techo. El aire se llenó de olor de ozono. González sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Se levantaron grandes nubes de humo gris, que al llenar el pasillo impidieron ver a la criatura. El zumbido del transformador se volvió más agudo al intentar hacer acopio de más corriente. Las luces parpadearon dos veces seguidas. Lo siguiente que se escuchó fue un estallido sordo, debido a la sobrecarga del transformador. El pasillo quedó sumido en una oscuridad total.

—Dios mío —seguía repitiendo Phillips inexpresivamente, como un mantra—. Dios mío.

Volvió a encenderse la luz, gracias a un transformador auxiliar. Los cables se mecían y saltaban, haciendo llover chispas a ráfagas discontinuas. González escudriñó el agitado manto de humo en un desesperado esfuerzo por vislumbrar a la criatura. Tenía que estar muerta. Seguro. No había nada que pudiera sobrevivir a aquello...

La cabeza del animal asomó por el borde del humo. González, sin aliento, cogió con fuerza su fusil. Cuando empezó a disiparse lentamente el humo, se hicieron visibles más partes de su cuerpo. Tenía el lomo chamuscado. Durante un momento se quedó muy quieto, como muerto.

Luego abrió la boca.

Dentro de la subestación, Marcelin se puso a gritar.

La criatura se volvió hacia el ruido, se irguió sobre su poderosa grupa, giró y se introdujo lentamente, sin prisas, por la puerta. González lo miraba todo sin poder moverse ni reaccionar, con la sensación de que se le aceleraba el pulso al mismo ritmo con el que subían de tono los alaridos de Marcelin.

## 44

—¿Qué ha sido eso?

Conti se giró de golpe, balanceando peligrosamente la cámara sobre su hombro.

Volvieron a pararse y escuchar, los tres.

Wolff ladeó la cabeza.

—Yo no oigo nada —dijo—. Es la tercera vez que haces lo mismo.

—Te lo aseguro. He oído algo. Creo que era un grito. O alguien llorando.

—Conti señaló el pasillo—. Llegaba de allí.

Kari Ekberg siguió con la mirada el dedo extendido del director. El pasillo se perdía en la oscuridad. Ni siquiera se veía el fondo. Era como si se prolongase hasta el infinito y penetrase en los páramos helados, bajo la noche ártica. Tiritó a pesar del calor húmedo.

Ya llevaban media hora buscando infructuosamente a González y a sus hombres. Habían empezado por la zona de almacenamiento temporal, pero solo habían encontrado grandes reservas de armas. Después se habían movido por el ala central en círculos cada vez más amplios. A cada minuto que pasaba, Conti se ponía más nervioso; se quejaba del tiempo que había despilfarrado en convencerles de que le ayudasen y de que estuviera perdiendo su «excelente oportunidad». Cuando trasladaron la búsqueda al ala sur de la base, Ekberg se sintió cada vez más inquieta. Le parecía igual de probable encontrar a la criatura que al grupo de González.

—Venga, vamos —dijo Conti—. La enfermería queda justo delante.

—Ya lo sé —dijo Wolff—. Te recuerdo que también he estado. ¿Por qué piensas que el sargento ha venido por aquí?

—Les oí decir que queda cerca de donde mataron a Ashleigh y al soldado

—contestó el director.

—Pues me parece una buena razón para no acercarse —dijo Ekberg.

Conti no se molestó en responder. Se limitó a encender la luz suplementaria de la cámara. El pasillo se llenó de un resplandor amarillo que hizo resaltar los contornos de los viejos aparatos distribuidos al pie de las paredes.

—Si tantas ganas tienes de encontrarles —dijo Wolff—, ¿por qué no usas la radio?

—No puedo —contestó Conti—. El sargento no tiene fe en mi trabajo. Ni él ni nadie. Lo más probable es que nos orientase mal para mantenernos alejados. O que confiscase la cámara. No podemos arriesgarnos.

Les llevó por el pasillo. La mayoría de las puertas estaban cerradas y las otras daban a espacios en penumbra, abarrotados de material inidentificable. Bajaron por una escalera y doblaron una esquina.

—Es allí, ¿verdad? —dijo Conti—. La puerta de la izquierda.

Wolff asintió con la cabeza.

Ekberg les siguió hasta una salita de espera. Nunca había estado en aquella parte de la base; sin embargo, a pesar de su inquietud, miró con curiosidad el material médico lleno de polvo y las etiquetas antiguas y descoloridas de los frascos que había al otro lado de las puertas de cristal. Conti ya estaba en la siguiente sala. Al oír que se le cortaba la respiración, Ekberg supo que había encontrado algo. Miró por encima de su hombro y vio dos cadáveres empaquetados sobre una mesa de reconocimiento. Uno de ellos era más corto de lo normal, como si estuviera compuesto de trozos, en vez de ser un cuerpo entero. Los envoltorios de plástico estaban tan embadurnados de sangre y fluidos que no se veía nada de los restos. Apartó rápidamente la vista.

—Kari —dijo Conti.

Estaba tan horrorizada que no contestó.

—Kari —repitió el director—, enciende el equipo de audio.

Ekberg tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para encender el mezclador y conectar el cable del micrófono. Conti iba y venía junto a los cadáveres, sometiéndolos sin compasión a la luz cruda de la cámara.

—Están aquí —dijo por su micro lavalier, plasmando en su voz toda la



gravedad del momento—. Las víctimas más recientes. Uno era un simple soldado que cumplía con su deber al servicio de nuestro país, y que dio la vida para proteger a los demás. La otra era una de los nuestros, Ashleigh Davis, que también prestaba un servicio, y no menos esencial. Vino a este lugar dejado de la mano de Dios a fin de resolver un gran misterio. Era una reportera intrépida, que jamás se escabullía del peligro ni vacilaba en jugarse la vida por los demás, tanto para educar como para entretener. Lo que la mató todavía anda por ahí, al igual que la partida de soldados que ha jurado destruirlo.

Se calló, pero sin apartar la cámara de los cadáveres envueltos, a los que sometía a todo tipo de barridos y zooms.

—Nunca te dejarán emitir esto —dijo Wolff.

—Estoy pensando en el DVD que saldrá después —dijo Conti—. El montaje del director. —Bajó la cámara—. Ha sido un golpe de suerte.

—¿Un golpe de suerte? —preguntó Ekberg—. ¿De qué hablas?

—De encontrarlos aquí. Tenía miedo de que ya estuvieran en la cámara.

«Pues ellos no han tenido tanta suerte», pensó ella. Se dispuso a protestar, pero acabó mordiéndose la lengua. No serviría de nada.

Volvieron al pasillo y reanudaron su camino, levantando un eco sordo con sus pasos. De vez en cuando, Conti hacía que se pararan y se quedaba muy quieto, escuchando con atención. Ekberg nunca había visto en su cara esa expresión: de un ansia extrañamente furtiva. Se le notaba en el brillo de los ojos. Miró a Wolff, incómoda. Bajo el reflejo de la luz de la cámara mostraba un rostro ceñudo, escéptico.

Otro cruce, y otro pasillo interminable. Conti se detuvo otra vez.

—Mirad —dijo, enfocando la cámara como una linterna gigante—. ¿Eso que hay en el suelo no es sangre?

Ekberg siguió la dirección del haz. Tenía razón: a unos veinte metros, el suelo del pasillo estaba salpicado de algo que solo podía ser sangre. Las salpicaduras parecían salir de una puerta abierta donde ponía CUARTO DE ANDAMIOS. Unas huellas entraban y salían formando una mezcla desorientadora de rastros de sangre que iba hacia el fondo del pasillo. Ekberg sintió una punzada de inquietud.

Conti se adelantó rápidamente mientras ajustaba al ojo el visor de la

cámara. Ekberg vio que enfocaba el objetivo en la sangre y lo movía a la izquierda y a la derecha, rodando un plano largo y detallado. Después, Conti se acercó a la puerta (manchándose de sangre los zapatos) y empezó a filmar el interior de la sala. Hizo señas a Ekberg para que volviera a grabar el sonido.

—Este es el escenario de la atrocidad —recitó—. Aquí es donde fueron sometidos al inefable punto final de la muerte; una muerte a manos de lo que solo puede describirse como un monstruo, cuyos secretos estamos decididos a desvelar... y contar.

Indicó a Ekberg que apagase el sonido. Después bajó la cámara y señaló con entusiasmo el suelo.

—Mirad, mirad las huellas. ¡Como mínimo hay tres distintas! Tienen que ser González y sus hombres. —Hizo una pausa para examinar el suelo con más detenimiento—. Dios mío... ¿Esto es el rastro del monstruo?

Volvió a levantar la cámara y filmó una toma del pasillo que tenían delante.

Mientras se acercaba, Ekberg evitó mirar la sala donde habían muerto Ahsleigh y el soldado, Fluke; prefirió centrarse en la mancha de sangre que hipnotizaba a Conti. No podía ser la huella de un animal. Imposible. Era demasiado grande, y su forma muy irregular. Por alguna razón, la perturbó profundamente. Apartó la vista.

—Precioso —murmuró Conti mientras filmaba—. Francamente precioso. Lo único que lo superaría sería que...

Se reprimió y guardó silencio. Después bajó la cámara y miró con disimulo a Wolff y a Ekberg.

La tenue iluminación del pasillo se redujo un poco, recuperó intensidad y volvió a debilitarse. Después se apagó del todo. Ekberg se encontró completamente a oscuras. Oyó un siseo de sorpresa de Wolff. Pocos segundos después, la luz volvió a encenderse, aunque algo más débil que antes.

Conti se puso otra vez la cámara en el hombro.

—¿Listos?

—No estoy seguro de que sea buena idea —dijo Wolff.

—Pero ¿qué dices? Ahora ya sabemos adónde han ido. Es justo lo que

buscábamos. Hay que darse prisa.

Se fue, medio corriendo. Al cabo de un momento, Wolff fue tras él. Ekberg se les sumó con una enorme reticencia.

El pasillo terminaba en un cruce; los rastros de sangre seguían claramente por la derecha. Después de varias puertas y de una escalera que bajaba al Nivel C, las huellas terminaban. Se pararon donde se veían los últimos restos en el suelo.

—¿Y ahora? —preguntó Wolff.

Conti señaló hacia delante.

—El pasillo termina en aquella sala del fondo.

Volvió a pegar el ojo a la cámara y siguió caminando.

Ekberg se quedó quieta, viendo cómo el director iba hacia una doble puerta donde ponía en letras de plantilla: SECTOR TÉCNICO DE RADARES. Estaba abierta. Lo sorprendente era que dentro había unas cuantas luces encendidas. Ekberg vio entrar a Conti. El director miró primero a la derecha, y después a la izquierda. Luego se quedó muy quieto. Tardó un buen rato en moverse. Finalmente encendió la cámara, filmó durante unos quince segundos y se volvió para mirar hacia el pasillo.

—Kari... —dijo con voz rara, pastosa—. ¿Puedes venir un momento?

Ekberg recorrió el pasillo hasta la puerta y la cruzó. Justo delante había una estantería enorme de metal, llena de material antiguo y cubierto de polvo. Al ver su mirada interrogante, Conti se limitó a señalar con la cabeza por encima del hombro de ella; Ekberg se volvió hacia donde indicaba. Al principio no vio nada. Luego miró el rincón donde se unían el suelo y las paredes adyacentes. Una cabeza del revés la miraba fijamente con una expresión que casi parecía acusadora. Retrocedió, perdiendo el equilibrio por el doble impacto de la impresión y del horror. A duras penas identificó la cabeza como la de Creel, el capataz del equipo de peones que habían contratado en Anchorage. Había sido arrancada brutalmente de los hombros y estaba rodeada de un gran halo de salpicaduras de sangre arterial. A un par de metros, dos pies con botas asomaban casi de forma traviesa por el borde de la estantería metálica.

Gimió, y al echarse hacia atrás chocó bruscamente con algo. Se volvió y se encontró con el objetivo de la cámara de Conti. La había estado filmando.

Vio el reflejo de su cara en el cristal: una cara pequeña, pálida, vulnerable y asustada.

—¡Para! —se oyó gritar—. ¡Para ya, por Dios! ¡Para, para!

## 45

—Ya he acabado de analizar la sangre de las astillas de la cámara —dijo en voz baja Faraday.

Marshall le miró. El biólogo, que estaba delante de la centrifugadora de ángulo fijo, había levantado la cabeza. Llevaba varios minutos yendo y viniendo del microscopio stereozoom a la centrifugadora, y los oculares del microscopio le habían dejado marcas que recordaban un mapache.

—¿Y? —le animó Marshall.

—Nunca había visto nada parecido.

Sully suspiró de impaciencia. González no se había puesto en contacto con ellos y el climatólogo llevaba mal la espera.

—No estarían de más algunos detalles, Wright.

Faraday volvió a ponerse las gafas y le miró, parpadeando.

—Tiene que ver con el recuento de leucocitos, principalmente.

Sully hizo un gesto con la mano, como si dijera: «Estamos esperando».

—Ya sabéis que los leucocitos están relacionados con las infecciones, las inflamaciones y todo eso. Los neutrófilos, los linfocitos, los basófilos, etcétera. Se encargan de las defensas y la curación de heridas. Pues resulta que este organismo tiene unos leucocitos hiperdesarrollados. Es como una máquina de curar con esteroides. Hay una concentración increíble de monocitos, y no de los habituales, sino enormes. Está claro que pueden transformarse en macrófagos y verter toneladas de citoquinas y otras sustancias químicas en el flujo sanguíneo, provocando una curación casi inmediata.

En vista de que nadie respondía, Faraday prosiguió.

—También hay algo más. Las pruebas detectan un compuesto químico en

la sangre y el tejido celular muy parecido a la arilciclohexilamina.

—¿Puedes repetir? —pidió Marshall.

—Es el agente causante del PCP, y está presente en la sangre del animal con una concentración notablemente alta: más de cien nanogramos por milímetro. Yo creo que es un antagonista de los receptores NMDA, que actúa a la vez de estimulante y de anestésico. Lo que no entiendo es cómo el animal produce esta sustancia. Nunca había visto nada parecido en la naturaleza, y menos con estas concentraciones. Suponiendo que no sea exógeno, es posible que la glándula pituitaria anterior lo libere en la sangre en respuesta al estrés. En todo caso, la presencia de todas estas sustancias químicas inusuales en el flujo sanguíneo explicaría que parezca inmune a las balas y otras heridas. No siente las heridas. Así de sencillo. Y...

—Todo esto es muy interesante —le interrumpió Sully—, pero no nos acerca al verdadero objetivo: encontrar el talón de Aquiles de ese bicho.

—Tiene razón —dijo Logan—. Lo más importante es averiguar cómo pararle los pies.

—Quizá ya se los hayan parado —dijo Marshall. Paseó la vista por el laboratorio de ciencias naturales, con los ojos enrojecidos por el largo viaje a través de la ventisca—. Puede que esté muerto. La última vez, la electricidad funcionó.

—La última vez era un animal mucho más pequeño —contestó Sully—. Ni siquiera sabemos si era de la misma especie.

—Sí era de la misma —afirmó Usuguk—. Los *kurrshuq* son *kurrshuq*. La diferencia es de tamaño, de potencia y de capacidad de hacer el mal.

Marshall echó un vistazo al tunit, sentado en el suelo del laboratorio con las piernas cruzadas. Había sacado de su bolsa de medicinas varios objetos que parecían fetiches y los había distribuido por el suelo. Cogía uno y le dirigía una especie de cantilena, llena de urgencia. Después lo dejaba en el suelo, lo giraba con delicadeza y repetía lo mismo con el siguiente.

—¿Qué hace? —preguntó Marshall.

—Una ceremonia —fue la respuesta.

—Ya me parecía. ¿De qué tipo?

—Esto se ha convertido en un lugar de desasosiego, de maldad. Estoy pidiendo ayuda a mis espíritus guardianes.

—¿Por qué no les pide que nos manden del cielo un par de bazokas, ya puestos? —dijo Sully—. M20, si puede ser.

Se oyó algo fuera, en el pasillo. La velocidad a la que se volvieron todos, menos Usuguk, hizo que Marshall se diera cuenta de lo tensos que estaban los ánimos. El pomo giró un poco y se abrió la puerta. Aparecieron el sargento González y un soldado, el tal Phillips. Entraron despacio y cerraron.

—¿Qué? —quiso saber Sully.

González caminó con rigidez hasta el centro de la sala. Se bajó el M16 del hombro y lo dejó caer. Phillips se limitó a quedarse donde estaba, pálido.

—¿Está muerto? —preguntó Marshall.

González sacudió cansadamente la cabeza.

—¿Y la trampa? —preguntó Logan—. ¿Y la electricidad?

—La electricidad le ha puesto furioso —contestó González.

—¿Por qué no nos cuenta qué ha pasado? —pidió Marshall con serenidad.

La mirada del sargento se posó en el suelo. Estuvo casi un minuto sin decir nada, hasta que respiró profundamente.

—La hemos preparado tal como nos habían dicho: agua en el suelo sobre una placa metálica y una cortina de cables pelados colgando del techo, conectados a una fuente de alto voltaje. En un pasillo por donde tendría que pasar la bestia si quería llegar al resto de la base.

—¿Y? —dijo Marshall, animándole a seguir.

—Ha conseguido burlarnos. Se ha acercado por detrás. No sé cómo ha rodeado nuestra posición, pero lo ha hecho. Nosotros hemos podido replegarnos. Entonces se ha acercado, ha tocado los cables y ha recibido toda la descarga eléctrica.

El recuerdo hizo que González moviera hacia ambos lados la cabeza.

—¿Con qué voltaje? —preguntó Logan.

—Seis mil voltios.

—Imposible —dijo Faraday—. Debe de haber hecho mal algún empalme. No hay nada que tras recibir una descarga así pueda seguir vivo.

—No he hecho mal ningún empalme. La explosión ha sido de órdago.

—¿Y la criatura? —preguntó Marshall.

—Tenía el pelaje chamuscado en algunas zonas, pero nada más.

Siguió un breve silencio.

—¿Cómo han vuelto? —preguntó Sully.

—Marcelin estaba dentro de la subestación, controlando la corriente. Ha empezado a gritar y el animal ha ido a por él. Nosotros hemos podido huir corriendo mientras...

González no se molestó en terminar la frase.

Se hizo otro largo silencio en la sala. Marshall volvió a mirar las caras de decepción. Hasta ese momento (el de enfrentarse con la derrota) no había sido consciente de cuánto confiaba en que González y sus hombres tuvieran éxito. Había depositado tanta fe en la historia del tunit, en que la electricidad fuera el modo de luchar contra la criatura, que aquel contratiempo le parecía casi insoportable. Sin embargo, lo que acababa de explicar González había despertado algo en su cabeza. Buscó la conexión en su memoria.

De repente, lo comprendió.

—Un momento —dijo en voz alta.

Los demás se volvieron hacia él.

—Quizá no le haya puesto furioso la electricidad.

—¿Qué está insinuando? —preguntó Logan.

—Para nosotros, este animal es un completo misterio, ¿verdad? Es un fenómeno de la naturaleza, una aberración genética. Su sangre es totalmente anormal. No parece que le afecte demasiado el armamento convencional. Entonces, ¿por qué suponemos que entendemos sus motivos o sus emociones o cualquier cosa de él?

—¿Por qué lo dices? —preguntó Sully.

—Por lo siguiente: hemos supuesto desde el principio que lo único que le interesa es matarnos a todos. ¿Y si al principio no era así? ¿Os acordáis de lo que dijo Toussaint? Que juega con la gente. Quizá sea lo que ha estado haciendo: jugar.

—Usuguk ha dicho lo mismo —añadió Logan—. Sobre el otro: que jugaba como un cachorro de zorra con un pequeño topo.

—¿Jugar? —repitió Sully—. ¿Y también jugaba cuando mató al primero, al ayudante de producción, Peters?

—Quizá no supiera lo que hacía. O no le importase. Eso también puede formar parte del juego. Un gato no se compadece del sufrimiento de un ratón.



La cuestión es que tal vez esa criatura no pretendía matar. Al principio no. Cuando dejaron el cadáver de Peters en la enfermería, fue a recuperarlo, como se hace con los juguetes. ¿Y Toussaint? Le colgó como un juguete. Y hay algo más: ha matado, ha despedazado... pero no se ha comido a ninguna de sus víctimas. Ni a una sola.

—Se ha puesto furiosa por algo que hemos hecho —dijo Logan.

Marshall asintió con la cabeza.

—Y creo que ya sé qué es. ¿En qué coinciden todos los que han muerto hasta ahora? En que gritaron.

—Una reacción bastante normal cuando estás frente a un monstruo sediento de sangre —dijo Sully.

—Marcelin ha gritado —siguió reflexionando Marshall—. ¿Verdad que el sargento González ha dado a entender que es la razón de que la criatura no le haya atacado a él, sino a Marcelin?

—Y Ashleigh Davis —añadió Logan—. A ella los soldados también la oyeron gritar.

—Creel también gritaba —dijo González—. La bestia ha pasado por encima de mí para atacarle.

Marshall se volvió hacia Usuguk.

—Y usted ha dicho que la primera criatura, la más pequeña, no se enfadó hasta que le pusieron grabaciones de animales que sufrían. Conejos chillando. El que no gritó, en cambio, fue Toussaint. Le hemos oído por la pista de audio de la cámara y solo murmuraba: «No, no, no».

—No son más que puras especulaciones —objetó Sully.

—Cuando todos los actos se ajustan a una pauta, dejan de ser especulaciones —sentenció Logan.

—Que nosotros sepamos, lo único que hicieron los gritos fue llamar su atención —añadió Sully.

—Está claro que todos sus sentidos tienen una agudeza extraordinaria —dijo Marshall—. No haría falta ningún ruido para llamar su atención.

Se hizo el silencio en la sala. Marshall vio que era el centro de todas las miradas. Usuguk había dejado el tótem en el suelo y le observaba atentamente.

—Yo creo que a esta criatura le duelen los sonidos, tal vez con mucha

intensidad —dijo Marshall—. En concreto, los sonidos de determinada frecuencia y amplitud, como los gritos. Fíjense en sus orejas, en su similitud con las de los murciélagos. Es posible que el sonido le afecte de distinto modo que a nosotros. Creo que percibe los gritos como amenazas y actos agresivos... y reacciona en consecuencia.

—Y cuando ya le han gritado demasiado —añadió Logan—, supone que somos hostiles... y se enfurece.

Marshall asintió con la cabeza.

—En vez de matarnos como efecto secundario del juego, empieza a matar en serio, para protegerse.

—Has perdido el juicio —dijo Sully—. ¿Qué propones, que lo matemos con sonidos?

—Sí, propongo investigar esa posibilidad —dijo Marshall—. O, como mínimo, hacerle el suficiente daño para que se vaya.

—¿Cómo lo haríamos, aunque pudiéramos? —insistió Sully—. Esta base está provista de radares. Los radares usan ondas electromagnéticas, no ondas sonoras.

Nadie contestó, hasta que intervino Logan.

—Tenemos el ala de ciencias.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Sully.

—Por el antiguo diario, sé que su función original tenía algo que ver con la tecnología sonar. Ignoro de qué se trataba, y Usuguk tan solo ha podido confirmarlo. Quizá fuera un nuevo accesorio para submarinos y necesitasen un lugar aislado para investigar sin molestias. Quizá debía complementar de alguna manera los radares de fase de la base. De todos modos, les recuerdo que la investigación se abandonó cuando apareció el animal y que se le dio un nuevo uso al ala norte.

—Ahora bien, por lo que sabemos, el equipo original ya estaba instalado antes de que se descubriera a esa criatura. —Marshall se volvió hacia Usuguk—. ¿Recuerda haber visto instrumentos, herramientas, en el ala norte?

El tunit asintió con la cabeza.

—Había muchas cosas tapadas con sábanas o con lonas. Otras aún estaban en las cajas. También había una sala grande y redonda, con las paredes forradas de algo como piel de caribú.

—Tal vez fuera algún tipo de cámara de eco —aventuró Faraday.

—Aunque hubiera instrumentos almacenados —repuso Logan—, ¿quién tiene experiencia en acústica para usarlos?

—El problema no es ese —dijo Sully—. Todos hemos cursado las asignaturas obligatorias de ingeniería eléctrica en la escuela de postgrado.

—Ya ha visto mi teclado —dijo Marshall—. En la universidad construí un sintetizador analógico.

—Yo he sido radioaficionado —añadió Faraday—. Aún tengo el permiso. Logan se volvió hacia González.

—¿Qué le parece? ¿Nos dejará entrar o no?

—Hace cincuenta años que no entra nadie en el ala norte —contestó el sargento.

—No es una respuesta —dijo Logan.

González se quedó un momento callado. Después asintió con un gesto lacónico.

—¿Y Kari Ekberg y los demás? —preguntó Marshall.

González sacó la radio.

—González a Conti. Repito: González a Conti. Adelante.

La única respuesta fue la estática.

—Un momento —dijo Sully—. No estamos seguros de que sea verdad. Solo es una teoría.

—¿Prefieres esperar aquí a que nos mate esa cosa? —dijo Marshall—. No nos quedan más alternativas. —Se levantó—. Vamos, el tiempo se acaba.

## 46

Se encontraban en la entrada del sector técnico de radares, en el pasillo, casi a oscuras. Ekberg, con la vista apartada, las manos juntas y los dedos enlazados, tiritó a pesar del aire cálido. Wolff la miró, pero solo un momento. Conti estaba algo más lejos, repasando las últimas tomas en la pequeña pantalla de la cámara.

—¿Por qué no me has dejado que contestara a la llamada de González?  
—preguntó ella.

—Lo más probable es que solo quiera sonsacarnos cuál es nuestra posición —murmuró el director—. Está claro que se ha retirado después del ataque y ahora quiere que también nos retiremos nosotros.

—Probablemente se haya refugiado en el laboratorio de ciencias naturales —contestó Wolff—. Con todos los demás. Si es listo, es lo que habrá hecho.

—Lo dudo. González es militar. No habría dejado que le detuviera un contratiempo así.

—¿Así lo llamas tú? —replicó Wolff—. ¿Un contratiempo? Es cosa acaba de matar a otro de sus hombres.

Conti pulsó un interruptor de la cámara y la pantalla se apagó.

—González no se quedaría con los brazos cruzados. Ha debido de pillarlo por sorpresa. Ahora ya ha aprendido de su error: atacar a la bestia en su terreno ha sido un mal movimiento. Es mejor elegir el campo de batalla. Que el enemigo acuda a ti.

Wolff le miró con incredulidad.

—Emilio, ¿acaso crees que esto es una película y que tú, el guionista, puedes hacer que las cosas vayan por donde quieras?

Pareció que Conti ni siquiera le oyera.

—Vayamos a echar un vistazo a la escalera que hemos visto al pasar. Puede que González haya bajado con sus hombres y haya preparado una emboscada.

Volvió a cargar la cámara en el hombro y empezó a alejarse por el pasillo. Wolff le siguió entre protestas.

Ekberg vio cómo se iban. El pasillo era una trama de sombras que a cada minuto que pasaba parecían más agobiantes. No se le borraba de la cabeza la imagen de Creel: la cabeza arrancada, con la mirada fija, las salpicaduras de sangre, el cuerpo descuartizado... Empezó a seguir a Conti y a Wolff, con paso rígido.

—O llamamos a González por radio o volvemos al laboratorio de ciencias —decía Wolff—. Es una locura pasearse por aquí con esa máquina de matar suelta.

—Seguro que no dices lo mismo cuando recojamos el Oscar al mejor documental. Además, vas armado.

—Creel también iba armado, con un arma enorme, y mira lo que le ha pasado.

—No sabemos qué ha pasado. Puede haber ocurrido cualquier cosa. Quizá se ha separado del grupo, o se ha acobardado y al irse corriendo ha caído en las fauces de la bestia.

Ya estaban cerca de la escalera. El hueco, con las paredes de metal, era una garganta negra, con un vago resplandor al fondo que a duras penas iluminaba los peldaños. Delante de ellos, el pasillo llevaba otra vez al cruce por donde se iba a la enfermería. Conti se detuvo al principio de la escalera para ajustar el objetivo de la cámara y encender la luz suplementaria.

—No pienso dejarte bajar —dijo Wolff.

Conti siguió manipulando la cámara.

—¿No has entendido nada de lo que he dicho antes? Esto es demasiado importante. Si están abajo, tengo que filmarles.

—No deberíamos haber salido del comedor de oficiales.

Wolff miró a Ekberg, como si le exigiera una confirmación. Ella no dijo nada. Estaba demasiado acongojada y aterrorizada. Haber accedido en el comedor de oficiales a grabarle el sonido a Conti ya era un recuerdo antiguo. Ahora la idea de que llevar el documental a buen puerto pesara más que

cualquier otra consideración le provocaba repugnancia.

—No tardaré mucho en ver si hay algo —dijo Conti. Volvió a ponerse la cámara en el hombro—. Si quieres, espera aquí. Kari, necesitaré que me ayudes.

Ekberg sacudió la cabeza.

—Lo siento, Emilio, pero yo no voy.

Wolff puso una mano sobre la cámara.

—Tú te vuelves con nosotros. Ahora mismo.

—A mí no me das órdenes —dijo Conti, levantando bruscamente la voz a la vez que se giraba—. Es mi rodaje.

—Yo soy el representante de Blackpool...

Wolff enmudeció de golpe, gruñó un poco de dolor y se tapó las orejas con las manos. Poco después también Ekberg lo sintió: una presión dolorosa, que parecía irradiar desde el centro del cráneo.

—Esto no me gusta —dijo.

—Tenemos que irnos —contestó Wolff—; deprisa, antes de que...

Volvió a dejar la frase a medias. Tenía la mandíbula desencajada y una laxitud general en todo el cuerpo. Lo que miraba fijamente estaba en el pasillo, detrás de Conti. Ekberg se volvió con una enorme reticencia, siguiendo su mirada. Se le doblaban las rodillas de miedo; le asustaba aún más no mirar que mirar.

Delante, en el cruce de pasillos, la oscuridad tramada había empezado a moverse.

## 47

Fueron bajando los niveles en un silencio absoluto. En cabeza iba González, con el Mi6 colgado en la espalda y una linterna potente con la que alumbraba el camino entre los trastos. Llevaba una gran llave inglesa colgando de una anilla de tela cosida al uniforme de campaña. Detrás iban Logan y los científicos: Sully, con un arma en cada mano, y Marshall y Faraday con unos talegos de color caqui llenos de herramientas reunidas a toda prisa y de material, que tanto podía servirles como no. Les seguía Usuguk, sin ninguna expresión en su cara tatuada. El último era Phillips, que miraba a menudo por encima del hombro.

Cruzaron los espacios de almacenamiento del Nivel D, con repisas llenas de instrumentos antiguos e hileras de sensores redundantes que en la penumbra parecían centinelas montando guardia. A cada arco que trazaba el haz de la linterna de González, en el que se reflejaban nuevos objetos, surgían sombras que se les lanzaban bruscamente encima por las puertas abiertas y desde las estanterías empotradas.

La oscuridad y el silencio empezaron a poner nervioso a Marshall. En el fondo habría preferido no dejar atrás a Ekberg, Conti y Wolff, pero la posibilidad de fabricar un arma que pudiera hacer daño al animal hacía que valiera la pena arriesgarse. Caminó un poco más despacio y se fue quedando rezagado, hasta ponerse a la altura del tunit.

—Usuguk —dijo, solo por pensar en otra cosa—, ¿por qué dice que esta montaña es un lugar maligno?

El tunit tardó un poco en contestar.

—Es una historia muy antigua, transmitida de padres a hijos y de generación en generación durante más tiempo del que pueda recordarse.

—Me gustaría oírla.

Usuguk hizo otra pausa antes de continuar.

—Mi gente cree en dos grupos de dioses, los de la luz y los de la oscuridad. De la misma manera que todo tiene su contrario (la alegría y la pena; el día y la noche), hicieron falta dos grupos de dioses para crear nuestro mundo. Los de la luz son los dioses supremos. Son los antiguos: los dioses del bien y la sabiduría. Bendicen la caza y llenan el mar de peces. Velan por el orden natural. Los dioses de la oscuridad son distintos. Ellos controlan la enfermedad y la muerte, y las pasiones humanas. Viven en los sueños y las pesadillas. Con el paso del tiempo, empezó a envenenarles su propio velo de oscuridad y sintieron envidia de los dioses de la luz. Les sedujo el mal, que era su instrumento y su fuente de poder. Y se volvieron malvados.

Doblaron una esquina y dejaron atrás una serie de talleres de reparación.

—Los dioses de la oscuridad intentaron debilitar a los dioses de la luz, desviar sus acciones hacia el mal, contaminar la tierra y oscurecer el sol que todo lo cura, pero al ver que no lo conseguían, intentaron usar su maldad para corromper a los dioses de la luz y volverlos en contra de sí mismos. Aunque los dioses de la luz eran benévolos, estaban preocupados y enfadados. Fue entonces cuando habló Anataq.

—¿Anataq?

—El dios bromista. No es de la luz ni de la oscuridad; es el equilibrio entre las dos. Había visto las acciones de los dioses oscuros y sabía que eran negativas y perjudiciales para el orden de la naturaleza, así que acudió a los dioses de la oscuridad y les habló de una cueva secreta tunit. Les contó que era donde estaban prisioneras las cincuenta mujeres más bellas y puras de la tribu. Dijo que su belleza era tan extraordinaria, que no debían ser tomadas por ningún varón, sino admiradas y reverenciadas. Su cueva estaba en lo más profundo de una montaña. Esta historia despertó el interés y la lascivia de los dioses oscuros y les encendió la sangre.

Seguían a González por una escalera que llevaba al Nivel E, el más bajo del ala central; los peldaños metálicos resonaban suavemente bajo sus pasos.

—Los dioses de la oscuridad le preguntaron a Anataq dónde estaba la montaña, pero el dios bromista no quiso decírselo. Solo les explicó que él visitaba la montaña una vez al año, en el solsticio de verano, cuando los



guardianes de las mujeres se ausentaban para ir a la ceremonia de la purificación. Aquel año, al llegar el solsticio, fue a la montaña hueca y, tal como había previsto, le siguieron los dioses de la oscuridad. Cuando estuvieron en la cueva más profunda, Anataq vertió encima de ellos fuego líquido y les dejó encerrados.

—Lava —murmuró Marshall.

—La ira de los dioses de la oscuridad fue terrible. Bramaban, aullaban, y la montaña escupía fuego sin cesar. Fue tal su violencia, que el cielo se puso rojo de un horizonte al otro y el firmamento sangró. Rabiaron durante miles de años, pero Anataq les había encerrado muy bien y al final se cansaron. La montaña dejó de escupir fuego rojo. El firmamento ya no lloraba.

«Hasta ahora», pensó Marshall. Si una leyenda así formaba parte de sus creencias, no era de extrañar que a Usuguk le hubiera preocupado tanto la reaparición de aquella aurora boreal, tan extraña, de color rojo. Parecía increíble que hubiera sido capaz de trabajar en aquella base (y encima con una criatura tan aterradora y peligrosa). Pero Marshall pensó que Usuguk, en aquel entonces, era joven y tenía muchas dudas sobre las tradiciones de su pueblo. Lástima que hubiera hecho falta un episodio tan traumático para transformarle.

—¿Y el *kurrshuq*? —preguntó—. Usted lo ha llamado guardián de la montaña prohibida.

—Después de encerrar en la montaña a los dioses de la oscuridad, Anataq apeló a los *kurrshuq* para que la vigilaran y se aseguraran de que no huyera nadie. Los *kurrshuq* son seres del mundo espiritual; no son dioses, sino seres poderosos que no se dignan participar en las costumbres y vidas de la Gente. Durante muchos años, la montaña estuvo vigilada por un grupo de estos seres, pero la oscuridad de los dioses cautivos los fue corrompiendo poco a poco y al final se convirtieron en malvados.

—Devoradores de almas —dijo Marshall.

Los ojos del tunit se posaron un momento en él y luego volvieron a desviarse.

El Nivel E estaba aún más abarrotado de residuos que las plantas superiores y, dado que además la oscuridad era total, su avance quedó considerablemente entorpecido. Encabezados por González, pasaron junto a

varios espacios mecánicos y una sala de control auxiliar. Justo después había una instalación eléctrica, que fue donde se pararon. González entró tras hacer señas a los demás de que le esperasen. Marshall vio cómo abría un cuadro eléctrico, enroscaba una serie de fusibles grandes, cerraba el cuadro y accionaba una palanca de seguridad. Con un gruñido de satisfacción, el sargento salió otra vez al pasillo.

—Ahora debería haber corriente en el ala norte —dijo.

Después de una serie de habitaciones más pequeñas, giraron a la derecha en un cruce. El pasillo se acababa al fondo, interrumpido por una compuerta maciza con cierres y candados. Marshall miró con cierta inquietud la bombilla roja de encima, que estaba apagada, y el aviso que prohibía el paso a quien no contase con la debida autorización.

González se volvió hacia Phillips.

—Tú vigila la retaguardia, mientras yo intento abrir esto.

Marshall vio que el sargento abría las cornamusas una por una con la llave inglesa, haciéndolas protestar tras medio siglo en desuso. Después de soltar la última, González sacó un enorme manojó de llaves de un bolsillo; no encontró la que correspondía hasta después de media docena de intentos. Una vez abierta la cerradura, cogió el pasador circular y tiró de la compuerta, que hizo un ruido sordo de succión al abrirse. La junta, casi momificada, desprendió una lluvia de caucho en polvo. Salió un remolino de aire viciado, con un olor reseco de humedad.

Al otro lado, todo estaba negro.

—Es como si miraras la tumba de Tutankamón —murmuró Logan.

Marshall supo por qué lo decía. Por aquella compuerta no había mirado nadie en cincuenta años.

González palpó la pared del otro lado y encendió un interruptor. Se oyó otra serie de chasquidos, de algunas bombillas del techo al explotar, aunque quedaban suficientes en funcionamiento para iluminar un pasadizo estrecho de metal que se perdía en la penumbra. Pasaron todos al otro lado. González cerró y aseguró la compuerta.

—Parece un reducto bastante seguro —dijo Sully, señalando la pesada compuerta con un gesto de satisfacción.

González sacudió la cabeza.

—Esa cosa ya se nos ha adelantado una vez, aún no sé cómo. Además, en esta ala hay tubos de ventilación y túneles de servicio, como en las demás.

Enfilaron lentamente el pasillo, hacia la primera puerta abierta. A Marshall el aire le sabía a polvo, con un toque metálico, como de cobre.

González se paró en la puerta más cercana y enfocó con la linterna al otro lado. El haz reveló dos mesas de madera y, encima de ellas, dos máquinas de escribir antiguas. Debía de ser algún tipo de despacho. Aún se veía un informe a medio escribir en una de las máquinas, con el papel amarillento enroscado en el cilindro. Apartó la luz. Se acercaron a la siguiente puerta. Cuando González se asomó, Marshall oyó que se le cortaba la respiración.

Se acercó a mirar. Un enorme remolino de líquido oscuro y reseco cubría todo el suelo y dibujaba trayectorias disparatadas por encima de varias hileras de algo que parecía material eléctrico. En un rincón había un empalme quemado y medio fundido.

—La sala de cuadros eléctricos —dijo monótonamente Usuguk.

—No se molestaron ni en limpiar las manchas de sangre —dijo Sully.

El sargento apagó la linterna.

—¿Se les puede reprochar?

Siguieron por el angosto pasadizo, encendiendo luces a medida que avanzaban. Había laboratorios llenos de osciloscopios y aparatos negros en forma de caja; algunos sobre mesas y anaqueles, mientras que otros aún estaban en sus cajas de madera.

—Esto debe de ser el equipo de sonido —murmuró Faraday.

Se pararon en una especie de sala de control, con una mesa de mezclas y varios amplificadores. La linterna de González reveló que la pared del fondo era de cristal, con vistas a un pequeño estudio insonorizado.

A partir de allí había pasillos a la izquierda y a la derecha. Más allá del cruce, el pasillo central se acababa en otra gran compuerta. González la abrió, enfocó la linterna hacia el otro lado y bufó de sorpresa. Encendió la luz. Marshall siguió a los demás al interior... y se paró de golpe.

Estaban sobre una pasarela estrecha que cruzaba por el centro una estancia grande y circular. Al fondo había una plataforma de unos tres metros por tres, delimitada por mamparas de cristal. Toda la superficie interior de la esfera estaba acolchada con un almohadillado oscuro. En algunos puntos

sobresalían pequeños pinchos de las paredes.

—Dios mío —musitó Faraday—. Esto sí es una cámara de eco. Está claro que pensaban usarla para hacer pruebas con el dispositivo sonar.

—Si hubieran tenido la ocasión —puntualizó Sully.

—Cierto. Supongo que hicieron los experimentos en otro sitio, después de sellar esto.

Logan se inclinó hacia Marshall.

—Una única salida.

Marshall miró a su alrededor.

—Es verdad.

—Una cámara de eco. ¿De verdad es eso lo que les parece?

—Sí. —Marshall se volvió hacia el historiador—. ¿Por qué? ¿A usted no?

Logan hizo una pausa.

—La verdad es que no. A mí me parece más bien la última batalla del general Custer.

## 48

La criatura se destacó muy lentamente de la oscuridad. Las estrías de sombra ondulaban con el movimiento de sus flancos musculosos. Ekberg contempló, horrorizada, cómo iban cobrando forma una serie de detalles atroces y terribles. La descomunal cabeza en forma de pala, cubierta por un pelo corto, negro, recio y reluciente. La mandíbula superior proyectada sobre la de abajo, con una hilera de dientes enormes, y a cada lado un colmillo tras el que, horribles, colgaban centenares de púas finas y afiladas como cuchillas, como las vibrisas de las morsas. La ancha mandíbula inferior, que en comparación era pequeña y echada hacia atrás, pero que quedaba unida al cráneo mediante una enorme bisagra ósea. Y lo más impresionante, porque ya lo había visto dentro del hielo (hacia una eternidad): los ojos que les miraban sin pestañear, con una mezcla de avidez y maldad.

—Dios mío —murmuró a su lado Conti—. Dios mío. Es espectacular.

Lentamente, muy despacio, enfocó la cámara, accionó el botón de grabar e inició la filmación.

Wolff estaba justo detrás. Empezó a levantar la pistola, pero temblaba tanto que Ekberg oyó que le castañeteaban los dientes.

—Emilio —dijo con voz ahogada—, por el amor de Dios...

—Deprisa, Kari —le interrumpió con un susurro Conti—. Sonido.

Pero Ekberg estaba paralizada. Solo podía mirar.

Moviéndose tan despacio que Ekberg ni siquiera estuvo segura de que se hubiera desplazado, la criatura inició su aproximación por el pasillo moteado. Sus fuertes patas delanteras estaban un poco dobladas, como las de un bulldog, y rematadas por zarpas bulbosas, como cascos, erizadas con unas impresionantes garras. Ya se distinguía en toda su longitud, que era como la

de un caballo joven. Partiendo de unos hombros altos y anchos, el lomo se iba adelgazando hasta una grupa robusta y poderosa, cubierta de un pelo recio, apelmazado. Ekberg se lo quedó mirando, boquiabierto. Después, su vista regresó casi de forma involuntaria a la boca: los dientes curvados; la masa de púas incontables e indescriptibles que colgaba detrás. Se fijó en que las púas, además de oscilar suavemente con los pasos del monstruo, parecían deslizarse con un movimiento independiente...

El dolor de cabeza de Ekberg se acentuaba, y su corazón latía con dificultad. Aun así, era incapaz de batirse en retirada. Ni siquiera podía moverse. Estaba petrificada de miedo. La criatura volvió a pararse y se agazapó a unos tres metros de ellos, pero no parpadeó ni apartó la vista una sola vez. Ekberg tuvo la impresión de que sus ojos tenían la dureza y la profundidad de dos topacios, en los que ardía un vivo fuego interior.

Se quedó inmóvil unos sesenta segundos. Solo se oía el zumbido grave de la cámara de Conti y la respiración pesada de Ekberg. De pronto, la cosa reanudó su movimiento y empezó a acercarse a ellos.

Para Wolff fue demasiado. Gimiendo en voz baja, dio media vuelta y salió corriendo por el pasillo, sin recoger la pistola que antes se le había caído al suelo.

La cosa se detuvo otra vez, durante menos tiempo. Debajo de las vibrisas asomó una lengua estrecha, bífida y rosada, que se fue alargando, más y más, hasta lamer un colmillo y luego el otro.

Fue entonces cuando pareció que Conti enloqueciera. Empezó a reírse, primero en voz baja y luego con más fuerza. Al menos Ekberg, en su paroxismo de horror e incredulidad, creyó que aquello debía de ser una risa: una nota extraña, aguda.

—Iiiiiiii —aullaba Conti, todavía más fuerte, sacudiendo los hombros y haciendo que la cámara se inclinara visiblemente—. Iiiiiiiiiiiiiiii...

—Emilio —susurró ella.

—¡Listo! —exclamó Conti, casi histérico—. ¡Ya lo tengo! Iiiiiiiiiiiiiiii...

En dos saltos, la cosa se le echó encima y le lanzó por los aires brutalmente. La cámara salió volando por el pasillo, se estampó en una pared y se hizo pedazos al chocar contra el suelo. Cuando Conti aterrizó, le cogió entre sus enormes zarpas delanteras y empezó a darle vueltas como un

artesano tornero, acercándose mucho para pasar por todo su cuerpo las púas afiladas y móviles que le colgaban de la mandíbula superior: de los pies a la cabeza y en sentido contrario, como si se estuviera comiendo una mazorca de maíz. Empezaron a llover por todas partes grumos de sangre que salpicaban las paredes y el techo, haciendo que las bombillas más próximas explotaran y sisearan. La fantasmagórica risa de Conti se transformó en un alarido que se agudizó bruscamente. De pronto el animal se metió la cabeza del director en la boca y la mordió. Se oyó un ruido sordo, como de algo triturado, y el grito cesó de golpe. La bestia volvió a abrir la boca y Conti cayó al suelo. Fue entonces cuando Ekberg recuperó la movilidad de los pies y echó a correr; pasó al lado de Conti y del abominable monstruo que se cebaba en él, sin importarle ni la oscuridad ni los obstáculos que pudiera haber en el camino. Mientras ella se lanzaba a toda velocidad por el pasillo en el que acechaban sombras, alejándose de la locura, Conti volvió a hacer un ruido; ya no eran risas, ni gritos, sino un crujido seco de huesos: crac, crac, crac...

## 49

Cuando Marshall entró en la sala de control, con la caja negra de metal en la mano, vio a Sully y a Logan detrás de la mampara de cristal, en el estudio, inclinados hacia un carrito de acero inoxidable con ruedas; al mirar el carrito, se le cayó el alma a los pies. El aparato que había encima recordaba más un juego de construcciones infantil que un arma para matar a un monstruo de dos toneladas. En la bandeja superior había una pequeña jungla de dispositivos analógicos y aparatos digitales primitivos: potenciómetros, filtros controlados por voltaje, osciladores de baja frecuencia y una mesa de mezclas con un amasijo de cables multicolores que lo conectaban todo entre sí. La bandeja inferior contenía un amplificador antiguo de tubo de vacío, unido mediante finos cables rojos a un altavoz de bajos y uno de alta frecuencia.

El grupo había dedicado la última media hora a abrir cajas y desmontar aparatos no usados, en un desesperado esfuerzo por construir una máquina que pudiese crear una amplia gama de ondas sonoras de alta frecuencia, con la máxima amplitud posible. Al final habían cogido el altavoz de agudos de un aparato de sonido mucho mayor que el del altavoz de bajos, partiendo de la premisa de que lo más probable era que a la bestia le afectasen más las frecuencias altas. Pese a haber sido uno de los defensores del plan (principalmente porque era el único que parecía tener alguna posibilidad), Marshall sabía muy bien el riesgo que corrían. ¿Funcionaría el dispositivo? ¿Ahuyentaría realmente al animal? Lo estaban ensamblando sobre un carrito móvil, para poder ponerlo en cualquier sitio; preferiblemente lejos del ala de ciencias, puesto que de ese modo, si fallaba, tendrían donde refugiarse.

Le dio a Sully la caja de metal.



—Toma, el modulador de anillo. Faraday ha conseguido desmontarlo de un emisor sonar activo.

Sully lo puso en la bandeja superior, le conectó dos cables y gruñó, satisfecho. A medida que el arma sonora cobraba forma, el climatólogo se volvía cada vez menos escéptico y más entusiasta acerca de sus posibilidades.

—Al principio deberíamos intentar emitir ruido blanco: una señal de potencia estable dentro de un ancho de banda fijo, para conseguir la máxima eficacia en el estallido de presión sonora. —Miró a Marshall—. ¿Dónde está Faraday?

—En el almacén, recogiendo piezas de repuesto.

—Bien, entonces solo faltan las pilas secas. ¿Tú no habrás visto ninguna, por casualidad?

—No, pero tampoco las he buscado. Estaba demasiado ocupado desmontando aquella agrupación de transductores.

—Voy a ver si encuentro alguna.

El climatólogo se incorporó y salió al pasillo, cruzando la sala de control. Antes de irse por la izquierda, lanzó una mirada por encima del hombro derecho.

Marshall sabía el motivo de esa mirada. Él también había echado un vistazo a la derecha antes de entrar en la sala de control. Era por donde se iba a la compuerta principal del ala de ciencias, en la que montaban guardia González y Phillips, con las ametralladoras a punto, atentos a cualquier señal de la criatura.

Se dio cuenta de que Logan le miraba.

—¿Tiene alguna idea del tipo de investigación secreta que pensaban hacer aquí dentro? —preguntó el historiador.

Marshall se encogió de hombros.

—Con el poco material que llegaron a montar o a desembalar es difícil saberlo, pero a juzgar por la variedad de dispositivos sonar pasivos (no he visto muchos aparatos de sonar activo por aquí), yo diría que intentaban reforzar el radar de alerta temprana con un emisor sonar secreto.

—Para estar mucho más cerca de Rusia.

Marshall asintió con la cabeza.

—Hasta puede que incluso dentro. Con un sonar activo se puede conocer

la posición exacta de un objeto, pero a una instalación como la base Fear eso no le hacía falta saberlo, al menos de inmediato. A ellos les bastaba con saber si algún objeto iba directo hacia ellos, y eso podía hacerlo un sonar pasivo, sin ruido, usando un TMA para dibujar la trayectoria de un misil.

—¿TMA?

—Análisis de movimiento del objetivo. Serviría para conocer el alcance, la velocidad y el rumbo constante mucho antes de que el radar de aquí pudiera establecer la posición.

—Y todo en un dispositivo suficientemente pequeño y silencioso para que no fuera detectado. Interesante. —Logan hizo una pausa—. Supongo que la gran pregunta es si esto nos salvará el pellejo.

Marshall echó un vistazo al invento de científico loco que estaba sobre la bandeja, entre ambos.

—Creo que tenemos posibilidades. El oído es el único de los cinco sentidos que responde a un proceso totalmente mecánico. Las ondas sonoras modifican la presión del aire y causan vibraciones. En los seres humanos, los sonidos de frecuencia muy baja pueden provocar falta de aliento, depresión y hasta ansiedad. Hay quien considera que los de alta frecuencia interfieren en los ritmos cardíacos normales, y pueden causar incluso cáncer. Circulan todo tipo de rumores sobre armas de infrasonidos o ultrasonidos capaces de herir, paralizar y hasta matar. —Se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? Quizá el verdadero objetivo de esta instalación fuera este tipo de investigación.

—Sería irónico. —Logan dio unas palmadas a un lado del carrito—. ¿Esto ya está?

—Sí, aparte de las pilas. Sully las está buscando.

—Así que ya tenemos nuestra arma. Ahora solo nos falta el blanco.

—No está garantizado que venga hacia aquí. Tal vez tengamos que usar algún tipo de señuelo.

—No sé si no sería más correcto decir «cebo». —Logan hizo otra pausa—. Estaba pensando en otra cosa. Los dos animales, el que han encontrado ustedes y el que encontraron hace cincuenta años... ¿Cree que están emparentados?

—Buena pregunta. Yo solo lo he entrevisto a través de un bloque de hielo turbio, pero parece que las descripciones de González se ajustan a las de

Usuguk, y...

—No lo decía en ese sentido. Me refiero a si son parientes.

Marshall le miró.

—¿Quiere decir si son padre e hijo, por ejemplo?

Logan asintió con la cabeza.

—O madre e hija; separados, y después congelados por el mismo fenómeno climatológico excepcional.

—Válgame Dios... —Marshall tragó saliva—. Si este fuera el caso, esperemos que el padre no sepa qué le pasó al hijo.

Logan se frotó la barbilla.

—Hablando del hijo, ¿no se ha preguntado de qué murió la primera vez?

—¿Quiere decir si no fue la electricidad?

—Exacto.

—Sí, pero no se me ocurre ninguna respuesta. ¿Y a usted?

—Tampoco, pero me parece muy interesante que ni el uno ni el otro se hayan comido a ninguna de sus víctimas.

—Ya se lo dije: no murió. Decidió abandonar el mundo físico.

Era la voz de Usuguk, sentado en un rincón del estudio, con las piernas cruzadas y el dorso de las manos apoyado en las rodillas. Estaba tan silencioso e inmóvil que Marshall no se había dado cuenta de su presencia. Al ver la expresión serena y reservada del tunit, y percibir su convicción callada pero granítica, casi se sintió dispuesto a creer en lo mismo que él.

—La historia que me contó —dijo al chamán—, la de Anataq y los dioses de la oscuridad... Era inquietante, incluso para alguien de fuera, como yo. Tengo que hacerle una pregunta: si cree sinceramente que nos enfrentamos con un *kurrshuq*, un devorador de almas, ¿por qué ha accedido a volver conmigo?

Usuguk levantó la vista.

—Mi gente cree que no sucede nada sin motivo. Los dioses me tienen reservado un destino, determinado desde el día de mi nacimiento. De joven, hicieron que me apartara de mi gente y me trajeron a este lugar, a sabiendas de que acabaría regresando con lazos más fuertes y estrechos que antes. Al dar la espalda al mundo de los espíritus, me ligué a él.

Marshall sostuvo su mirada, pensativo. Y de repente lo entendió. Durante

todos aquellos años de vida ascética, monástica y espiritual, incluso para los cánones tunit tradicionales, Usuguk había estado expiando una traición a su fe. El regreso a la base (escenario, justamente, de dicha traición) era su último acto expiatorio.

—Siento que las cosas hayan ido así —dijo Marshall—. Yo no pretendía exponerle a este peligro tan enorme.

El tunit sacudió la cabeza.

—Voy a contarle una cosa: de muy pequeño, cuando aún había cacerías, mi abuelo siempre volvía con la morsa más grande. Todos querían saber su secreto, pero él no se lo decía a nadie. Finalmente, cuando ya era muy, muy anciano, me lo confesó a mí. Me contó que iba con su kayak al otro lado de los estrechos, a las corrientes profundas del mar, más lejos de lo que se atrevía a ir nadie. Yo le pregunté por qué lo hacía (exponerse a un peligro enorme, como dice usted), solo para conseguir la mayor pieza, y él me dijo que la caza en sí ya era un peligro. Ya que pisas hielo fino, me dijo, mejor bailar.

Se oyó algo al otro lado de la mampara de cristal. Era Faraday, que entró cargado de material eléctrico y mecánico.

—Traigo los osciladores y los potenciómetros de repuesto —dijo. Echó un vistazo al aparato del carrito—. ¿Dónde están las pilas?

—Sully ha ido a buscarlas —contestó Marshall.

—Muy bien. Cuando las tengamos empezaremos con las pruebas, y...

Justo entonces se oyó un fuerte chisporroteo en la sala de control y Marshall se volvió para mirar. Era la radio que les había dado González; estaba apoyada en el borde superior de la mesa de mezclas.

Otro chisporroteo.

—¿Hola? —Era la voz de Ekberg—. ¿Hola?

Marshall salió del estudio y entró en la sala de control. Cogió la radio y pulsó el botón de transmisión.

—¿Kari? Soy Marshall. Adelante.

—Dios mío... ¡Ayúdenme! —Hablabá entrecortadamente, al borde de la histeria—. ¡Ayúdenme, por favor! La cosa... ha cogido a Emilio. Le ha levantado, le ha levantado y le...

—Tranquila, Kari. —Marshall trató de modular su voz, y de no

abandonar un tono razonable—. Ahora quiero que me diga dónde está.

Oyó que respiraba varias veces, con pánico.

—Estoy... ay, Dios mío... estoy en el patio. Al lado de... del puesto de vigilancia.

Mientras Marshall volvía a pulsar el botón de transmisión, Logan y Faraday salieron del estudio y se acercaron a la radio.

—Está bien. ¿Tiene una linterna?

—No.

—Entonces baje por la escalera hasta el comedor de oficiales. Lo más deprisa y silenciosamente que pueda. Allí encontrará linternas, y también armas.

¿Sabe usar una pistola?

—No.

—No pasa nada. Vamos, baje ahora mismo, y cuando haya llegado llámeme otra vez.

—Vendrá a por mí. Lo sé. Cuando haya acabado con Emilio. Vendrá y... y...

—Kari. Ahora iré a buscarla y la llevaré a mi posición. No pierda la cabeza. Ni la radio.

Después de otro chisporroteo, la radio se quedó en silencio.

Marshall se volvió hacia Faraday.

—Ve a buscar a Sully y ayúdale a encontrar las pilas. Después llevaos el arma sónica de aquí, a los pasadizos del Nivel E. Necesitaremos disponer del ala de ciencias como refugio, por si no sale bien.

Faraday asintió con la cabeza y salió rápidamente de la sala de control. Marshall miró a Logan.

—¿Se acuerda de lo que ha dicho sobre un cebo? Pues parece que voy a ser yo.

Sin decir nada más, guardó la radio en el bolsillo y salió corriendo de la sala, en dirección a la compuerta de acceso al ala central.

## 50

Kari Ekberg daba tumbos por el pasillo del Nivel C; sujetaba la linterna con manos sudorosas. Le dolían las espinillas, peladas contra tubos y cajas de almacenamiento, y tenía las rodillas llenas de arañazos a consecuencia de media docena de caídas sobre suelos duros de acero y linóleo. Menos mal que aún funcionaba la luz, y la radio. Expulsó por enésima vez de su cerebro las horripilantes imágenes de Conti chillando mientras la sangre salía despedida hacia todas partes como por un aspersor giratorio. Por enésima vez, repitió incesantemente como un mantra: «No mires hacia atrás. No mires hacia atrás».

Había tardado un cuarto de hora en bajar las dos plantas que la separaban del comedor de oficiales, quince minutos de terror en estado puro. Llegó a la lavandería, con sus hileras de lavadoras y secadoras antiguas, mudas bajo carteles medio despegados que exhortaban a la limpieza. A continuación pasó por la sastrería, un cuarto en el que a duras penas cabían una mesa, una máquina de coser y un maniquí para confección. Después el pasillo se bifurcaba. Se detuvo y manoseó la radio. Sus manos temblaban tanto que no consiguió pulsar el botón de transmisión hasta el tercer intento.

—Estoy al lado de la sastrería, donde se bifurca el pasillo —dijo, oyendo cómo temblaba su voz.

La voz de Marshall crepitó en respuesta.

—Acabo de llegar al Nivel D. Espere, le pediré a González que me oriente por radio.

Respiró a bocanadas, en una oscuridad impenetrable. Eran los peores momentos: quedarse quieta en espera de instrucciones... y de aquella extraña sensación de plenitud en los oídos que indicaba la inminencia de la

pesadilla...

—Gire a la izquierda —dijo la voz electrónica de Marshall—. Al fondo del pasillo vuelva a girar a la izquierda. Verá una escalera. Baje. Si no me encuentra esperando, llámeme por radio.

Ekberg volvió a guardarse la radio en el bolsillo de los vaqueros, giró a la izquierda y movió un poco la linterna en busca de obstáculos. Apretó el paso, dejando atrás las zonas en las que se preparaba la comida: cocinas vacías, con enormes fregaderos de porcelana, relucientes y espectrales. Pasaron como exhalaciones diez o doce puertas, bocas de habitaciones negras y misteriosas. Le dolían mucho las rodillas y las espinillas, pero intentaba pensar lo menos posible en el dolor. Vio que el pasillo volvía a bifurcarse, iluminado por una sola bombilla. «Ha dicho que gire a la izquierda, que entonces veré una...»

De repente tropezó con algo y cayó de bruces, mientras la radio se iba rodando por el pasillo y la linterna se apagaba al chocar contra la pared. «No, Dios mío, no...»

Se apoyó en las manos y en las rodillas lastimadas y empezó a buscar a gatas, tanteando frenéticamente. Los dedos de una de sus manos se cerraron alrededor de la linterna. Con el alma en vilo, pulsó el botón. La linterna parpadeó, se apagó y volvió a brillar. «Gracias. Gracias.» Se levantó y enfocó la luz hacia delante para buscar la radio. Estaba en el suelo, a unos tres metros. Corrió, se arrodilló y la recogió.

—¡Hola! —saludó, toqueteando el botón de transmisión—. ¡Hola, Evan! ¿Me oye?

Nada. Ni siquiera el ruido de estática.

—¡Hola, Evan! —Su voz se agudizó de nerviosismo y de consternación—. ¡Hola...!

Enmudeció de pronto. Algo acababa de poner en alerta su instinto de conservación, haciendo saltar todas las alarmas. ¿Oía unos pasos descalzos a su espalda, a la vez pesados y horriblemente sigilosos en la oscuridad? ¿Escuchaba el zumbido de la sangre en los oídos, o bien era un canto suave, extraño, casi de otro mundo? Tuvo otro ataque de miedo. Gimiendo de desesperación, guardó la radio estropeada en el bolsillo y se obligó a seguir corriendo. La luz del fondo del pasillo se acercó. Ya estaba en el cruce, giró a la izquierda, moviendo la linterna con desesperación en busca del hueco de la

escalera.

Allí estaba: un pozo negro. Corrió y se lanzó escaleras abajo, mientras la linterna chocaba con la barandilla de metal, sin que ella, presa del pánico, hiciera esfuerzo alguno por controlar la huida.

Se detuvo en el último escalón y miró a su alrededor. Delante había otro pasillo poco iluminado, con mesas y herramientas amontonadas a ambos lados. Estaba vacío.

Parpadeó con fuerza, se pasó el dorso de una mano por los ojos y volvió a mirar. Nadie.

—Evan... —llamó en el vacío.

Sintió que su respiración se aceleraba. «No, no, no...»

Otra vez. Otra vez la misma nota, grave y musical, casi como un susurro en sus oídos. Lloriqueó al dar el siguiente paso, mientras se apartaba de la escalera y se metía por el pasillo. Sentía la necesidad abrumadora de mirar por encima del hombro, hacia la escalera. La linterna se agitaba en su mano...

—¡Kari!

Volvió a mirar el pasillo. Al fondo había aparecido una figura, una silueta oscura en la penumbra. Gritó y corrió hacia ella. Al acercarse reconoció a Marshall, con cara de preocupación y un fusil automático colgado en el hombro.

—Kari —dijo él, yendo a su encuentro—. Menos mal. ¿Está usted bien?

—No. Me está persiguiendo. El monstruo. Acabo de oírlo ahora mismo.

—Dese prisa.

La cogió de la mano y tiró de ella, llevándosela por el pasillo.

Pese a estar cada vez más exhausta, Ekberg siguió de cerca a Marshall por un sinuoso recorrido a través de almacenes y talleres. Se pararon una vez en un cruce, porque él no se acordaba de la ruta correcta. En otra ocasión llamaron por radio a González para que les orientase por el laberinto.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, sin aliento.

—Al ala de ciencias. Queda una planta más abajo. Está protegida por una compuerta muy maciza. Es mucho más segura que las plantas superiores. Además, hemos montado un arma, un arma sónica, que esperamos probar con la bestia. Pero cada cosa a su tiempo. Lo primero es ponerla a salvo al otro



lado de la compuerta.

Llegaron a otra escalera. Marshall prácticamente se lanzó por ella, bajando los escalones de tres en tres. Ekberg le siguió tan rápido como pudo. El Nivel E era una tumba, con techos bajos cubiertos de ríos caudalosos de tubos y de cables. Pasaron corriendo junto a varias salas, mientras Marshall alumbraba el camino con su linterna. Al llegar a un cruce en T, Marshall giró a la derecha y se paró tan de golpe que Ekberg casi chocó con él.

Al fondo del pasillo había una compuerta, grande, completamente abierta y muy iluminada por detrás. Justo al otro lado había un extraño artilugio sobre un carrito con ruedas, compuesto de cables, antenas y piezas eléctricas, como si lo hubieran sacado de una película de ciencia ficción de los años cincuenta. Sobre él se afanaban dos de los científicos, Faraday y Sully; junto a ellos, el sargento González, con su fusil preparado, apuntaba hacia Ekberg y Marshall.

—¿Qué pasa? —preguntó este último—. ¿Por qué el arma no está fuera, lejos de la compuerta?

—No hay pilas —dijo Faraday—. Hemos tenido que enchufarlo dentro, a la corriente. Los cables no dan más de sí.

—¡Pues buscad alguna conexión aquí fuera, por Dios! —dijo Marshall.

—No hay tiempo —contestó Sully.

—¡Claro que no hay tiempo! Esa criatura viene detrás de nosotros y no podemos poner en peligro la seguridad del ala de ciencias abriendo la...

Marshall se interrumpió a media frase. Ekberg también se dio cuenta: un presentimiento furtivo, más cerca de un sexto sentido que de una percepción, le erizó los pelos de la nuca y volvió a meterle el miedo en el cuerpo. Una vez más, su instinto la urgió a volverse y mirar; esta vez cedió y echó un vistazo por encima del hombro.

A la vuelta de la esquina, justo donde alcanzaba la vista, bajaba sigilosa por los escalones una forma negra.

## 51

—¡Muévase! ¡Muévase!

Marshall empujó a Ekberg por el pasillo y a través de la compuerta reforzada. El M16 que rebotaba en su espalda mientras corría era un peso desacostumbrado, pero a la vez muy conocido (demasiado). Justo al otro lado de la compuerta, Sully, pálido pero resuelto, manipulaba los controles del arma sónica. Los cables eléctricos que iban hacia la instalación eléctrica estaban al límite de su extensión. Los grandes altavoces de la bandeja inferior crepitaban de potencia latente. El de graves temblaba un poco. Faraday y Logan estaban justo detrás, con cara de nerviosismo. Les flanqueaban González y Phillips, ambos de rodillas y apuntando con sus armas automáticas hacia el pasillo, al otro lado de la compuerta. El más rezagado era Usuguk, que, con su bolsa de medicinas entre las manos, entonaba una grave monodia.

Marshall miró rápidamente a todas partes. Era justo la situación que había esperado poder evitar: la compuerta abierta de par en par, el arma dentro del ala de ciencias, sin comprobar, y todos en un estado de máxima vulnerabilidad a un ataque.

—Deberíamos cerrar la compuerta —dijo—. Ahora mismo.

—Ya tendremos tiempo —contestó Sully—. Si no funciona, si esto no para a la criatura, ya tendremos tiempo.

Marshall abrió la boca para volver a protestar, pero en ese momento se movió algo en el cruce de pasillos y todas las miradas confluyeron en la parte poco iluminada de detrás de la compuerta. Poco a poco apareció una forma enorme. Incrédulo, Marshall contempló sus diversas partes: la cabeza, ancha y en forma de pala; los dientes, con su pérfido brillo; las decenas de púas

afiladas que colgaban debajo. Era el animal de sus pesadillas, solo que peor: él ya había visto la parte superior de la cabeza a través del hielo, pero entonces, por suerte, las manchas oscuras escondían parcialmente la espantosa mitad inferior. Aunque, a fin de cuentas, quizá no había sido una suerte, porque seguro que si hubieran visto aquellos dientes tan horribles a través del hielo y aquellas vibras que se retorcían como un nido de serpientes, jamás habrían consentido que se derritiera a una bestia tan espeluznante. Por un momento solo pudo mirar fijamente, horrorizado y sorprendido. Después se descolgó el arma y empujó a Ekberg hacia Faraday.

—Llévatela bien al fondo del ala de ciencias —dijo—. Busca el sitio más seguro y aislado que puedas, y encerraos los dos allí.

—Pero... —empezó a decir Faraday.

—Hazme caso, Wright. Por favor.

El biólogo titubeó un momento; luego, asintiendo con la cabeza, cogió a Ekberg por el codo y se la llevó por el pasillo, más allá de los soldados y de Usuguk, que cantaba en voz baja. Se perdieron de vista a la vuelta de la esquina.

Marshall volvió a girarse hacia la pesadilla, que ahora, agazapada en el cruce de pasillos, se veía entera. Oyó una respiración estertórea por encima del hombro.

—No —dijo Phillips, con voz aguda a causa de la desesperación—. No, Dios, por favor, otra vez no.

—Tranquilo, soldado —gruñó González.

Sully, que también respiraba con fuerza, se limpió las manos en la camisa y volvió a ponerlas sobre los potenciómetros y los osciladores. Marshall, sigiloso, dio una docena de pasos hacia la compuerta y bajó la cabeza para cruzar el borde metálico. Después dio una palmada al cargador, para comprobar que estuviera bien encajado, metió la primera bala en la recámara, palpó la culata y, al encontrar el seguro, lo quitó.

La criatura avanzó un paso, mirándoles uno por uno sin pestañear.

—Cuando esté usted listo, doctor —dijo González.

El animal dio un paso más, furtivo y lento. En el pelo apelmazado de sus hombros poderosos se distinguían algunas franjas desnudas (provocadas por las balas), por las que Marshall distinguió el vago brillo de lo que parecían

escamas de serpiente.

A Sully le temblaban mucho las manos.

—Voy a... voy a probar primero con el ruido blanco.

Durante un momento, lo único que oyó Marshall fue la respiración pesada de Phillips y los chasquidos de la puesta a punto de otra arma. Después surgió un pitido de estática por los altavoces de agudos.

El animal dio otro paso.

La voz de Sully era aguda y tensa.

—Voy a subir la presión sonora a sesenta decibelios, y aplicaré un filtro pasa bajo.

El volumen aumentó muy bruscamente y resonó por el estrecho pasadizo. Aun así, la criatura siguió avanzando.

—No funciona —dijo Sully, haciéndose oír por encima del ruido—. Voy a probar con una onda sencilla. En dientes de sierra, con cien hercios de frecuencia base.

El ruido de estática fue sustituido por un zumbido grave, cuyo tono subía muy deprisa.

El animal se paró en el pasillo.

—Ahora una onda cuadrada —dijo Sully—. Subo la frecuencia a trescientos noventa hercios, con cien decibelios.

El sonido se volvió más amplio y complejo. En ese momento, Marshall empezó a oír (o creyó oír) un canto extraño, sutil, como la nota baja de un órgano siniestro que llevara un viento lejano: un sonido complejo, exótico y misterioso que nada tenía que ver con las ondas generadas por Sully. Sintió una extraña plenitud en la cabeza, como a consecuencia de una elevada presión interna.

La criatura vaciló, dejando en el aire una de sus enormes zarpas delanteras.

—Ahora añado el oscilador sinusoidal —dijo la voz de Sully—. Voy a subir la frecuencia a ochocientos ochenta hercios.

—Métele más decibelios —dijo Marshall en voz alta, por encima del hombro.

El sonido se hizo todavía más fuerte, hasta que pareció que hiciera vibrar las paredes metálicas del pasadizo.

—¡Cruzando el umbral de dolor! —dijo Sully con todas sus fuerzas—. ¡Ciento veinte decibelios!

La vorágine sonora, sumada a la sensación de lleno en la cabeza de Marshall, amenazaba con volverse desquiciante. La criatura retrocedió un paso. Su grupa sufrió un pequeño espasmo, como un temblor involuntario. Sacudió su cabeza peluda: una, dos, hasta tres violentas sacudidas; claramente eran de dolor.

—¡Ahora solo la onda sinusoidal! —exclamó Sully—. ¡Funciona!

Bruscamente, el animal se agazapó, preparándose para saltar.

Una docena de cosas ocurrieron simultáneamente. Phillips y Sully gritaron de consternación y miedo. El volumen del aparato aumentó todavía más, ganando en amplitud. González dio una orden casi inaudible de abrir fuego. En torno a la cabeza de Marshall empezaron a silbar balas, que al volar por el pasillo en salvas de humo gris rebotaron con notas muy agudas en los muros y los precarios amontonamientos de material sobrante. Marshall levantó su fusil y apretó el gatillo. La dirección de sus balas era la acertada; vio cómo impactaban contra el animal y cómo salían despedidas. Comprobó la aparición de nuevas estrías de obsidiana quitinosa en el lomo y los flancos de la bestia, ya que diversas partes de su exoesqueleto quedaban al desnudo a causa de los proyectiles. En aquel momento de crisis, en aquella situación extrema, parecía que se ralentizase el tiempo y que la realidad se volviera borrosa. Era como si Marshall viera volar prácticamente cada bala por el pasillo, en un viaje tan violento como fútil.

Después, la bestia pasó al ataque. Marshall se lanzó de inmediato hacia la compuerta, en un desesperado intento de cerrarla, sin hacer caso de las descargas de González y Phillips. Pero la criatura se movía con una rapidez extraordinaria y en un abrir y cerrar de ojos se plantó en el otro lado, apartó a Marshall (estampándolo contra la pared con una fuerza escalofriante), saltó por encima del arma sónica y la volcó mientras agarraba a Sully entre sus zarpas delanteras con ciega ferocidad y, mediante dos giros salvajes de cabeza, le arrancaba los brazos de sus articulaciones.

## 52

Marshall se incorporó, apoyándose en un codo. La fuerza del golpe le había dejado momentáneamente fuera de combate. El pasadizo central del ala de ciencias se había convertido en una orgía de ruido y de violencia: la bestia descuartizaba a Sully, que chillaba; la sangre brotaba a chorro de las extremidades destrozadas del climatólogo, rociando las paredes y el suelo como un rojo torbellino; González y Phillips se echaban hacia atrás a la vez que intentaban dar en el blanco; la bandeja en la que reposaba el arma sónica estaba volcada junto a Marshall, con las ruedas girando; y Usuguk pasaba delante de los militares con su amuleto de chamán en alto, mientras el tono de su letanía se hacía cada vez más agudo y urgente.

Marshall, con los oídos zumbando por el impacto, vio que la bestia, con un solo movimiento de una de sus poderosas zarpas delanteras, arrojaba por los aires a Sully, que no había dejado de gritar. El siguiente zarpazo lanzó al científico por una puerta y le hizo aterrizar en el despacho. El animal saltó en pos de él y se perdió de vista. Se oyó un estrépito descomunal: muebles cayendo al suelo y el impacto de un cuerpo al estamparse contra las paredes. Los gritos de Sully se hicieron más entrecortados.

Marshall intentó levantarse. Perdió el equilibrio, pero al final lo consiguió. Era demasiado tarde. Sully iba a morir. Iban a morir todos. Se preguntó por un segundo si quedaba tiempo para sacarles del ala de ciencias y cerrar la compuerta, pero lo descartó enseguida. No había tiempo. Era el final. Aquella criatura mataría a Sully; luego se ensañaría uno por uno con el resto, y...

Su vista se posó en el arma sónica, desmontada en el suelo del pasillo. El caso era que había funcionado. La última onda que había probado Sully, la

sinusoidal, había afectado claramente a la criatura. Intentó aislarse de la barahúnda, de los gritos de los soldados y de la presión dolorosa de su cabeza; intentó pensar y concentrarse durante los pocos segundos que le quedaban. ¿Por qué funcionaba una onda sinusoidal y no las de dientes de sierra o las cuadradas?

Se quedó inmóvil. Quizá no tuviera nada que ver con la forma de las ondas, sino con algo totalmente distinto...

Corrió hacia el carro, lo levantó y empezó a recoger a toda prisa las piezas electrónicas que estaban sueltas para montarlas otra vez.

—¿Qué hace? —exclamó Logan.

Sully ya no gritaba. Sin embargo, seguían oyéndose golpes y destrozos en el despacho.

—Intentarlo otra vez. —Marshall verificó las conexiones entre el amplificador y los altavoces de agudos, y encajó en su sitio un potenciómetro suelto—. Son los armónicos. No puede ser otra cosa. Es la única respuesta. Pero necesitaremos una buena acústica para maximizar... —Miró hacia todas partes durante un minuto, desquiciado—. Vamos, ayúdeme, en cualquier momento la criatura volverá a salir. Tenemos que meter esto en la cámara de eco.

—¡No tenemos tiempo para ese cacharro! —dijo González—. ¿De qué sirve moverlo?

—Es como poner veneno en la punta de una flecha. Lo que hacemos es aumentar al máximo la carga explosiva.

Con la ayuda de Logan, Marshall hizo rodar el carro por el pasadizo; patinó varias veces en el suelo, que resbalaba por la sangre de Sully. Usuguk iba detrás sin dejar de cantar, con su sonajero de chamán en una mano y un fetiche de hueso en la otra. No resultó fácil empujar el carro más allá de la sala de control y del cruce de pasillos e introducirlo en la cámara de eco a través de la compuerta del fondo.

—¡González! —exclamó Marshall—. ¡Cuento con que lo entretengan ustedes!

Tras hacer señas a Phillips, González se apostó justo a la entrada de la cámara de eco y adoptó una postura defensiva.

Los golpes y destrozos del interior del despacho cesaron.

—Tenemos que ponerlo en medio, para conseguir el máximo efecto — dijo Marshall a Logan.

Empujaron el carro hasta el centro de la pasarela. Los cables eléctricos se tensaron hasta el tope; Marshall temió que no alcanzaran, pero al final dieron lo suficiente de sí para colocar el arma justo en el centro de la sala, en un punto en el suelo de la pasarela marcado con una etiqueta en la que ponía «0 dB».

Marshall miró a Usuguk.

—Quizá esté más protegido en aquella cabina de control —dijo, señalando la plataforma con mamparas de cristal del fondo de la pasarela.

El tunit interrumpió su letanía y sacudió la cabeza.

—¿Ya no se acuerda de lo que le he enseñado? Ya que pisas hielo fino, mejor bailar.

—Como quiera.

Marshall giró el carro para que los altavoces mirasen hacia el pasadizo. Después comprobó las conexiones y volvió a encender la máquina. No pasó nada. Colocó de nuevo frenéticamente los tubos de vacío, tensó los cables y volvió a intentarlo. Esta vez el altavoz de bajos emitió un zumbido grave. Repasó el aparato, intentando recordar los principios básicos de la generación de sonidos por sintetizador y familiarizándose de nuevo con los controles de amplitud, frecuencia, forma de onda del oscilador y envolvente de filtro. Cogió el disco de amplitud y lo giró de golpe a la derecha. El carro empezó a temblar.

Se fijó en que Logan le observaba.

—Calculo que me quedan unos tres minutos de vida —dijo el historiador—. Si tengo suerte, será rápido. En ese caso, probablemente solo me queden dos minutos. Me gustaría morir sabiendo al menos qué está intentando hacer.

—La última onda que ha probado Sully —contestó Marshall, mirando otra vez los controles—, la que ha hecho reaccionar al animal... era una onda sinusoidal. Es la onda sonora más pura que existe, sin armónicos ni sobretonos. Voy a retomarlo donde lo dejó Sully. Usaré la serie de Fourier para complicar la forma. Es posible que le duela lo bastante para ahuyentarlo. Si conseguimos alejarlo el suficiente rato, quizá podamos construir otros...

Se calló. La criatura había salido del despacho. Se volvió lentamente



hacia ellos. Tenía las patas y las zarpas delanteras empapadas de sangre, y en los dientes y vibrisas se distinguían trozos de vísceras.

Marshall respiró hondo e intentó que no le temblaran las manos.

El animal dio un paso hacia ellos. Marshall fijó rápidamente la onda del primer oscilador en dientes de sierra, estableció la frecuencia en treinta hercios y verificó que la amplitud de la salida principal estuviera en cien decibelios. Después pulsó el botón de tono. Una nota grave, justo por encima del nivel de audición, hizo vibrar la sala.

La bestia dio un salto hacia delante.

Marshall hizo un cálculo mental frenético. «Una segunda nota, sin sobretonos, varias octavas más aguda...»

La criatura, mientras tanto, iba imprimiendo más velocidad a los saltos con los que se acercaba por el pasadizo. Marshall puso el segundo oscilador en dientes de sierra y estableció la frecuencia en ochocientos hercios.

—¡Dios mío! —exclamó Logan.

González y Phillips ya estaban disparando. Lo único que oyó Marshall sobre el pitido del altavoz fue el grito entrecortado de Phillips, quien empezó a disparar sin ton ni son hacia arriba, hacia abajo y a ambos lados, mientras el soldado perdía los nervios por completo. La bestia llegó hasta los militares e hizo otra pausa para sacudir con fuerza la cabeza, agitando las vibrisas frenéticamente a la izquierda y a la derecha. Phillips soltó el arma, se levantó y corrió por el pasillo dando alaridos. La criatura bajó la cabeza, la levantó otra vez y, con un terrible zarpazo de una de sus patas delanteras, arrojó a González (que aún disparaba a bocajarro) a la cámara de eco, con una fuerza tan espantosa que el sargento pasó dando vueltas sobre las cabezas de Marshall y Logan. Después chocó con estrépito contra el fondo de la cámara de eco y resbaló tres metros por la pared curva hasta quedar en el suelo, aturdido, entre material aislante y espuma acústica.

Las manos de Marshall temblaban más que nunca, lo que casi le impedía manipular el tercer y último oscilador. Otra onda sinusoidal, esta vez a una frecuencia muy alta: sesenta mil hercios. Se aseguró con una rápida ojeada de que la envolvente de amplitud estuviese activada. Después bajó el fader principal al máximo. El fantasmagórico chirrido de la sinusoide se fue atenuando hasta desaparecer.

—Pero ¿qué hace? —preguntó Logan, apretando los dientes—. ¡Lo ha apagado! ¡Ahora estamos atrapados!

—Quiero que entre en la cámara —contestó Marshall—. Solo tenemos una oportunidad. Tiene que ser la definitiva.

Con un movimiento muy preciso, casi puntilloso, que contrastaba enormemente con su tamaño, la bestia levantó una pata delantera por encima del borde de la compuerta. Después hizo lo mismo con la otra pata. Miró a la izquierda, y luego a la derecha, examinando la cámara con sus ojos amarillos. En los oídos de Marshall, la nota extraña, grave y musical cobró más fuerza. El dolor de cabeza se hizo casi insoportable. La criatura ya estaba dentro de la cámara, subiéndose a la pasarela, que crujió bajo su peso. Un paso, dos pasos... Se apoyó en las patas traseras, tensándose dispuesto a dar un salto más, el último.

«Mejor bailar.» Con un movimiento rápido, Marshall cogió el disco de amplitud, lo puso en ciento veinte decibelios y empujó el fader hacia arriba.

La cámara de eco se llenó al instante de ruido. Fue como si la esfera se poblase con un millón de avispas cuyo zumbido simultáneo se amplificara varias veces. Justo cuando empezaba a saltar, la criatura sufrió espasmos en todo el cuerpo. Marshall giró el disco y aumentó el volumen hasta ciento cuarenta decibelios. La bestia volvió a tener espasmos en el aire, esta vez más violentos; se retorció mientras se les echaba encima, lo cual entorpeció su salto y provocó una pesada caída que sacudió la pasarela de forma alarmante. Marshall tenía la impresión de que todo su mundo giraba alrededor del zumbido frenético y terrible que reverberaba en la cámara, alimentándose de sí mismo y aumentando con un crescendo de potencia e intensidad que parecía penetrar en todos sus poros. La bestia arañaba la pasarela, clavando sus garras ensangrentadas en la chapa de metal para impulsarse con las zarpas. Con los dedos apretados en el disco y la respiración rápida y entrecortada, Marshall giró el botón al máximo: ciento sesenta y cinco decibelios, la amplitud de un motor de reacción. A su lado, Logan se tapó las orejas con las manos. El historiador abrió la boca, pero el grito, si lo hubo, quedó apagado por la andanada sonora, un «criiiiiiiii» que parecía haber pasado a formar parte de la esencia de Marshall. Él también se llevó instintivamente las manos a las orejas, pero poca protección podían brindarle

contra aquella angustiosa violación sonora. Veía manchas, y se estaba mareando.

La criatura se puso rígida. Otro fuerte temblor la sacudió desde la zarpa delantera hasta los cuartos traseros. Levantó la cabeza, abriendo mucho sus horribles fauces y enseñando unos dientes que todavía goteaban sangre de Sully, mientras las vibrisas seguían agitándose. Luego giró hacia un lado y se golpeó las mandíbulas contra la pasarela, una, dos veces, con sendos y estremecedores impactos. Después dobló las patas y se irguió. A continuación, ante la vista de Marshall, su cabeza estalló en una erupción de sangre y materia que les salpicó mientras se derrumbaba prácticamente a sus pies. El arma sónica, empapada, se acopló y dejó de sonar tras una explosión de chispazos.

Marshall se quedó un buen rato sin moverse, tembloroso. Después miró a Logan. El historiador también le miraba a él; un hilo de sangre salía de sus orejas. Decía algo, pero Marshall no le oía; de hecho, no oía nada. Marshall se volvió, pasó por encima de la bestia inmóvil (de cuyo cráneo destrozado manaba todavía sangre negra) y se dirigió hacia la compuerta de salida del ala de ciencias, sintiendo los brazos y las piernas muy pesados. De repente, tenía la necesidad de salir de aquel oscuro teatro de los horrores y de respirar aire puro. Percibió (más que oyó) que Logan y Usuguk iban tras él.

Se abrieron camino lenta y meticulosamente hacia la superficie: primero el Nivel D, después los ámbitos más familiares del Nivel B y por último el patio, sombrío y desierto. Marshall, todavía sordo y empapado de sangre procedente de la bestia, entró en la sala de aclimatación sin molestarse en ponerse una parka. Después de atravesar la zona de almacenamiento temporal, empujó la doble puerta de salida a la plataforma de cemento.

Estaba oscuro, pero, a juzgar por la línea del horizonte, algo arrebolada, no faltaba mucho para el amanecer. Ya había pasado la tormenta; empezaban a verse las estrellas, alumbrando la nieve compactada con un resplandor espectral. Vagamente, como de muy lejos, Marshall recordó un proverbio inuit: No son estrellas, sino ventanas por las que sonrían nuestros seres queridos para que veamos que son felices. Se preguntó si también lo creía Usuguk.

Precisamente entonces notó que el tunit le tocaba la manga; al volverse

vio que señalaba el cielo con un dedo, sin decir nada.

Miró hacia arriba. El rojo intenso y sobrenatural de la aurora boreal (aquella aurora que les perseguía desde el principio de la pesadilla) se estaba desvaneciendo a gran velocidad, hasta que solo quedó la cúpula negra y estrellada. No había un solo indicio, ni uno solo, de que hubiera estado allí.

## 53

—¿Señor Fortnum? Soy Penny. ¿Qué tal por ahí detrás?  
Esta vez la respuesta tardó en llegar.

—Ahora tenemos frío. Mucho frío.

—Aguanten —dijo ella por el auricular—, solo nos faltan...  
Miró a Carradine.

—Treinta kilómetros... —murmuró el camionero—. Si llegamos.

—Treinta kilómetros —dijo ella, antes de volver a poner el auricular en la unidad CB—. Tenemos que llegar. ¿Cómo andamos de gasolina?

—El depósito izquierdo se ha vaciado muy deprisa. —Carradine dio unos golpecitos en el salpicadero—. Según esto tenemos para quince kilómetros más.

—Aunque se acabe el depósito, los otros quince los podríamos hacer caminando.

—¿Por aquí? —Señaló la Zona yerma, por encima del volante—. Perdone, señora, pero si ahora los de atrás ya tienen frío, no durarían ni doscientos metros.

Barbour echó un vistazo por el parabrisas. El horizonte estaba manchado de rojo por el alba; la tormenta amainaba deprisa; el viento casi se había encalmado y el paisaje que les rodeaba estaba cubierto de un nuevo manto de nieve en polvo. En contrapartida, el final de la tormenta había llevado consigo una bajada brusca de la temperatura. El tablero de mando marcaba treinta bajo cero.

El camión se zarandeaba mucho. Barbour se aferró a la barra estabilizadora. Treinta kilómetros. A la velocidad que llevaban, tardarían más de media hora.

Miró el GPS montado en el salpicadero. Estaba acostumbrada a ver el de su coche siempre lleno de calles, carreteras y referencias mientras conducía por Lexington, Woburn y la zona metropolitana de Boston, pero el GPS del camión de Carradine estaba totalmente vacío: una pantalla tan blanca y desnuda como la nieve exterior, donde el único indicio de que se movieran era la brújula y la latitud y la longitud.

—Parece cansada —dijo Carradine—. ¿Por qué no descansa?

—Bromea, ¿verdad? —contestó ella.

Era cierto, sin embargo, que aquella vigilia en apariencia interminable (añadida a tantas horas sin dormir en la base Fear) la había dejado agotada. Cerró los ojos para que descansaran, solo un momento, y cuando volvió a abrirlos todo era distinto. El cielo estaba un poco más claro y el sol repartía chispas sobre la nieve. También había cambiado el ruido del camión: las revoluciones por minuto eran más bajas y la velocidad se había reducido apreciablemente.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó.

—Un cuarto de hora.

—¿Cómo vamos de gasolina?

Carradine echó un vistazo al panel.

—Prácticamente está vacío.

El camión iba cada vez más despacio.

Al volver a mirar el GPS, Barbour reparó en que aparecía algo: una franja de un azul homogéneo que ocupaba la parte superior de la pantalla.

—No será otro... —empezó a decir, pero se calló.

—Sí. El lago Gunner.

El miedo, adormecido por una vaga ansiedad, se recrudeció.

—¿Creía que había dicho que solo cruzaríamos un lago!

—Sí, lo había dicho, pero ya no tenemos bastante gasolina para rodear este.

Barbour no contestó. Tragó saliva y se pasó la lengua por los labios. Notaba la boca muy seca.

—No se preocupe; el lago Gunner es ancho, pero no largo.

Miró a Carradine.

—Entonces, ¿por qué tenía planeado rodearlo?

Carradine vaciló un poco.

—El lago solo tiene unos diez o doce metros de profundidad. Está sembrado de rocas grandes, erráticos glaciares y cosas por el estilo. En estas condiciones, con la capa de nieve, a veces cuesta verlos. Si nos equivocamos y chocamos con uno...

No terminó la frase. No hacía falta.

Barbour miró por el parabrisas. El lago se veía con claridad, justo delante. Carradine fue aminorando al acercarse a la orilla.

—¿No va a parar? —dijo ella—. ¿No va a sondear la profundidad con la barrena eléctrica?

—No hay tiempo —contestó el camionero—. Ni gasolina.

Se metieron muy despacio por el hielo. Una vez más, al sentir que el lago se hundía bajo su peso, Barbour se agarró con todas sus fuerzas a la barra estabilizador y, una vez más, sintió que aumentaba la tensión cuando volvieron a empezar los horribles crujidos, extendiéndose hacia todas partes desde debajo de las ruedas. Se veían con claridad algunas rocas, que sobresalían del manto de nieve como colmillos; el sol matinal se reflejaba en sus puntas negras. Otras estaban escondidas debajo de la nieve acumulada. El viento había modelado en la nieve formas fantásticas: crestas, cimas y colinas en miniatura. Carradine avanzó por la superficie, conduciendo con cuidado, sinuosamente, entre las rocas y las formaciones de nieve. La mirada de Barbour iba una y otra vez del GPS al lago helado; deseaba con vehemencia que se actualizase la pantalla y quedase de nuevo toda blanca.

Pasaron tres minutos. Cinco. Los crujidos se volvieron más fuertes, mientras las fracturas se bifurcaban en líneas resquebrajadas según se alejaban. El motor tosió. Carradine pisó gradualmente el acelerador y las revoluciones por minuto recuperaron la normalidad. Barbour no quería ni imaginar qué pasaría si se quedaban sin gasolina en medio del hielo.

—Casi hemos llegado —dijo el camionero, como si le leyera el pensamiento.

Justo delante apareció una cresta baja de nieve, de unos cuatro metros de ancho, esculpida y festoneada por el viento hasta darle la forma de una ola con espuma.

—Eso tiene que ser nieve virgen —dijo Carradine—. No puedo

arriesgarme a rodearlo, ya que podríamos volver a derrapar. Lo atravesaremos directamente y abriremos un camino para la caravana. Agárrese.

Barbour ya lo hacía, y con todas sus fuerzas; era imposible agarrarse más. Contuvo la respiración mientras Carradine dirigía el camión en línea recta hacia la cresta de nieve. En el momento del impacto, que hizo temblar el vehículo, el camionero pisó el acelerador y lo soltó enseguida, para mantener la velocidad.

De repente, el morro del camión salió despedido hacia arriba. Barbour se vio impulsada hacia delante y, a pesar del cinturón de seguridad, estuvo a punto de chocar con la cabeza contra el salpicadero.

—¡Dios! —exclamó Carradine, girando el volante a la izquierda—. ¡Debía de haber una roca escondida debajo de la nieve!

Hubo un segundo impacto cuando las ruedas de la derecha traseras de la cabina pasaron por encima de la roca. El camión se levantó y cayó pesadamente sobre el hielo. Tras un ruido como el de un cañón, el gran vehículo frenó de golpe. Barbour se sintió empujada otra vez contra el asiento.

—¡Nos estamos hundiendo por detrás! —gritó el camionero—. ¡Coja el teléfono! ¡Diga a los de la caravana que se pongan todos delante!

Barbour buscó el auricular del CB. Se le cayó y tuvo que recogerlo.

—Fortnum, se ha partido el hielo. Lleve a todo el mundo a la parte delantera de la caravana. Dese prisa.

Dejó el auricular en su sitio; mientras, Carradine pisaba el acelerador con todas sus fuerzas. El camión avanzó con gran dificultad, arrastrando literalmente por la brecha de hielo la parte trasera de la caravana. Barbour notó que se inclinaban aún más hacia atrás, y que el ángulo aumentaba.

—¡No! —se oyó gritar—. ¡Dios mío, no!

Carradine cambió de marcha y hundió el pedal en el suelo. Se oyó otro crujido, casi tan fuerte como el primero. Con un bramido de esfuerzo, el camión se liberó del agujero y salió despedido hacia delante. Carradine levantó rápidamente el pie del pedal, con cuidado de no perder el control en la resbaladiza superficie. Barbour se dejó caer en el asiento, casi desmayada de alivio.



—Más justo, imposible —dijo Carradine. Echó un vistazo al indicador de gasolina—. Ahora no queda ni una gota en el depósito. No tengo ni idea de qué podemos estar quemando.

Barbour miró el GPS y por fin vio una línea blanca de tierra firme justo delante, a cuatrocientos metros.

Dejando atrás las últimas rocas, el camión subió a la orilla y rugió al acelerar. Carradine dejó escapar un suspiro enorme, entrecortado, y apartó la camisa de flores de su cuerpo flacucho para abanicarse. Después se incorporó y señaló hacia delante.

—¡Mire!

Barbour miró por el parabrisas. A lo lejos, donde el cielo se juntaba con el horizonte, divisó un cúmulo de formas negras y bajas y una luz roja que parpadeaba.

—¿Eso es...? —empezó a decir.

El camionero asintió, sonriendo de oreja a oreja.

—Arctic Village.

Cogió rápidamente el auricular de la radio CB.

—Barbour a Fortnum. Lo hemos conseguido. Tenemos Arctic Village justo delante.

Al colgar el auricular, le pareció oír una salva de aplausos por encima del chirrido del motor.

## Epílogo

Era un día de una claridad y un brillo cristalinos, como si los elementos, avergonzados de su ferocidad, anhelasen compensar de alguna manera la tormenta. El aire estaba completamente inmóvil, sin una pizca de viento, y si Marshall apartaba la vista de la base, hacia los anchos hielos y la cúpula perfecta del cielo, casi podía imaginar que en aquel lugar remoto y virgen la naturaleza tenía una paleta con solo dos colores: el blanco y el azul.

La mañana había sido un constante ir y venir: helicópteros de los servicios de evacuación médica y del depósito de cadáveres, un montón de helicópteros militares y un pequeño avión lleno de hombres con traje negro que, por alguna razón, habían puesto muy nervioso a Marshall. Ahora estaba con Faraday, Logan y Ekberg en la plataforma situada a la entrada de la base. Se habían reunido para despedirse de Usuguk, que estaba a punto de emprender el viaje de regreso a su aldea vacía.

—¿Seguro que no quiere que le llevemos? —dijo Marshall.

El tunit sacudió la cabeza.

—Mi gente tiene un dicho: el viaje es su propio destino.

—Un poeta japonés escribió algo muy parecido —insistió Logan.

—Gracias otra vez —insistió Marshall—. Por haber accedido a venir, a pesar de todo, por compartir con nosotros sus conocimientos y su saber.

Tendió la mano para dársela al tunit, pero en vez de estrecharla, Usuguk le cogió los dos brazos.

—Que encuentre la paz que busca —dijo.

Después saludó a los demás con la cabeza, cogió el pequeño talego de agua y víveres que le habían preparado, se subió la capucha con forro de piel y se giró.

Nadie dijo nada al ver cómo se encaminaba hacia el norte por la nieve. Marshall se preguntó si las mujeres volverían a la aldea, o si Usuguk pasaría el resto de su vida en una soledad monacal. Aunque no sabía por qué, estaba seguro de que aceptaría cualquiera de los dos desenlaces con filosofía estoica.

—¿Está usted buscando paz? —preguntó Ekberg.

Marshall pensó un poco.

—Sí, creo que sí.

—Como todos, supongo —contestó ella. Vaciló—. Bueno, más vale que vuelva. Después de comer llegarán el representante de Blackpool y los del seguro, y para entonces tendré mucho trabajo.

—Más tarde pasaré a verla —dijo Marshall.

Ella sonrió.

—De acuerdo.

Después se volvió y cruzó la puerta de la zona de almacenamiento temporal.

Logan la siguió con la mirada.

—¿Es una relación a la que piense dar continuidad?

—Si encuentro alguna excusa... —dijo Marshall, satisfecho.

—Siempre hay una excusa. —Logan miró su reloj de pulsera—. Bueno, creo que el siguiente en irse seré yo. En cualquier momento llegará mi helicóptero.

—Nosotros nos iremos mañana —dijo Marshall—. Podría haber esperado un día, y se ahorraría dinero.

—Es que me han llamado de mi oficina. Ha surgido algo.

—¿Otra caza de fantasmas?

—Algo así. Además, esa especie de comandos especiales que han llevado a cabo el interrogatorio de esta mañana saben dónde vivo. Me sorprendería no volver a verles. —Hizo una pausa—. ¿Usted qué les ha contado?

—Pues lo que ha ocurrido, en la medida en que lo recuerdo —contestó Marshall—. Pero como parecía que cada respuesta solo servía para que me hicieran más preguntas, al final prácticamente me he callado.

—¿Le han creído?

—Supongo que sí. Con todos nosotros de testigos presenciales, no veo por qué no lo harían. —Miró a Logan—. ¿No le parece?

—Yo creo que habría sido mejor que hubiera habido un cadáver.

—Sí, es extraño. En todo caso, está claro que ha dejado abundante sangre. Yo habría jurado que estaba totalmente muerto. Con el cráneo así...

—Debió de arrastrarse para ir a morir a otro sitio —dijo Faraday—. Como el primero.

—Ya sabe qué diría Usuguk al respecto —contestó Marshall.

Miró el horizonte, donde el tunit se había reducido a un punto marrón entre los grandes brochazos de blanco y azul.

—Estoy encantado de que haya muerto —dijo Logan—, pero sigo sin entender el mecanismo. Me refiero a cómo lo mataron las ondas sonoras.

—Sin cadáver, no podemos estar seguros —contestó Marshall—, pero yo sabía que le irritaban las frecuencias altas, y me pareció aún más dolorosa una onda sinusoidal en estado puro, sin armónicos.

—Pero ¿la mayoría de sonidos no generan armónicos?

—Exacto —dijo Faraday—. Los instrumentos llamados «imperfectos», como el violín, el oboe o la voz humana, siempre los producen. Es irónico, porque son esos armónicos los que dan riqueza y complejidad a los sonidos.

—Pero en algunas ondas sinusoidales no ocurre así —dijo Marshall—. Hice que la máquina generase una serie de ondas que reforzasen el tono fundamental. Tenía la esperanza de que, si encontráramos un sonido suficientemente doloroso, podríamos echarlo de la base.

—Tuvo un efecto mucho mayor —dijo Logan.

Marshall asintió.

—Es interesante. Los peces y las ballenas tienen vesículas internas de aire que se pueden reventar por un sonar. Algunos científicos creen que los dinosaurios, dentro de sus cerebros, poseían órganos para producir ruidos increíblemente fuertes y estridentes, que se oían a varios kilómetros. No me sorprendería que este animal tuviera algún órgano o cavidad parecido en el cráneo, para el apareamiento, la comunicación o alguna otra función. Supongo que las frecuencias altas desencadenaron una resonancia simpática en el interior de dicho órgano y que al final lo hicieron explotar.

—Yo soy historiador, no físico —dijo Logan—. No conozco la resonancia simpática.

—Piense en cómo se rompe el cristal cuando una soprano canta una nota

alta. A una frecuencia natural determinada, el cristal vibra. Si la soprano sigue cantando la misma nota, añade energía, y llega un momento en el que el cristal no puede absorberla y se parte. —Marshall se volvió para mirar la base—. En este caso, supongo que nunca lo sabremos.

—Lástima. —Logan se giró hacia Faraday—. ¿Y usted? ¿Qué les ha contado a nuestros interrogadores de uniforme?

Faraday le miró con su expresión de constante sorpresa.

—He intentado explicarlo desde un punto de vista puramente biológico. Los dos animales se congelaron por separado durante el mismo fenómeno: una inversión atmosférica que provocó una corriente descendente de aire superfrío, la cual sometió a los animales a una congelación instantánea, antes de que se pudiera formar hielo en sus vasos sanguíneos, lo que los mantuvo vivos en animación suspendida. Les he explicado cómo se derritió el hielo: debido a su composición excepcional, de hielo XV, que se derrite a pocos grados centígrados bajo cero. También les he explicado el segundo agente causal: el fenómeno contrario a una congelación terminal, una corriente descendente de aire más cálido de lo normal que ayudó a revivir al animal, y que los dos fenómenos pudieron provocar la extraña aurora boreal roja que tanto afectó a Usuguk. Les he dado el ejemplo del mamut de Beresovka como precedente.

—¿Qué les ha dicho sobre el animal en sí? —preguntó Logan.

—Les he hablado del efecto Calisto: que podría tratarse perfectamente de una mutación genética, o de algo tan simple como una especie desconocida. También les he hablado de la línea de leucocitos hiperdesarrollada del animal, y de que gracias a ella obtenía una curación casi instantánea. De que debajo del pelaje su exoesqueleto era quitinoso, pero con escamas casi como de serpiente que le permitían moverse con rapidez y flexibilidad, y desviar las balas. Y de su excepcional organización neurológica: ni las más altas dosis de electricidad trastocaban su sistema nervioso o le paraban el corazón. Lo irónico es que el sonido, en cambio, era mortal, al menos con una amplitud y una frecuencia determinadas, y con la posible ayuda de una debilidad causada por el hambre.

—Así que eso lo explica todo —dijo Logan.

—Todo... y nada —añadió Faraday.

Logan frunció el ceño.

—¿Por qué lo dice?

—Porque todo lo que acabo de decir es pura teoría y especulación, salvo el análisis de sangre. La cuestión es que los tipos raros de hielo, como el hielo XV, requieren mucha presión para formarse. El caso es que el animal sobrevivió miles de años congelado en el hielo, al margen de qué tipo de hielo fuera. Tenía una fuerza superior. Era inmune a la electricidad, incluso en dosis altas.

Faraday se encogió de hombros.

Marshall le miró, pensativo. El biólogo acababa de elaborar una explicación plausible para todo y después la había desmontado.

—A fin de cuentas, quizá Usuguk era quien tenía razón —dijo.

Los otros dos le miraron.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Faraday.

—Pues claro, al menos parcialmente. Soy científico, pero sería el primero en reconocer que la ciencia no puede explicarlo todo. Estamos muy lejos de la civilización. Esto es el techo del mundo. Aquí rigen otras reglas, de las que no tenemos la menor idea. No es un entorno hecho para el hombre, pero los hombres que viven aquí han visto muchas más cosas que nosotros, y deberíamos escucharles. Si hay alguna tierra que merezca ser llamada tierra de los espíritus, ¿no es esta, este lugar extraño, sagrado y lejano? ¿Vais a decirme que fue pura coincidencia que se apagase la aurora boreal justo cuando murió el animal?

La pregunta quedó en el aire frío, sin respuesta. En el silencio, Marshall oyó el batir lejano de unas hélices de helicóptero.

—Deben de ser los que vienen a buscarme —murmuró Logan.

Recogió el talego del suelo.

—¿Y usted? —preguntó Marshall.

—¿Yo? —Logan se echó el talego al hombro—. Si alguno de ustedes pasa por New Haven, que vaya a verme.

—No me ha contestado. Usted ¿qué teoría suscribe, la científica o la espiritual?

Logan le miró un momento, cerrando un poco los ojos, pero en vez de contestar formuló otra pregunta.

—¿Usted dónde creció, doctor Marshall?

Era lo último que se esperaba Marshall.

—En Rapid City, Dakota del Sur.

—¿Tenía animales domésticos?

—Sí, tres perros salchicha.

—¿De niño hizo algún viaje largo en coche?

Marshall asintió, desconcertado.

—Prácticamente cada verano.

—¿Alguna vez perdió uno de los perros salchicha en un área de descanso?

—No.

—Yo sí —dijo Logan—. A Barkley, mi setter irlandés. Lo que más quería en el mundo. Se escapó de un área de picnic perdida en Oklahoma. Mi familia se pasó tres horas buscándole, pero no lo encontraron y al final tuvimos que irnos. No había manera de consolarme.

El helicóptero ya se estaba posando al otro lado de la cerca de seguridad, levantando torbellinos diáfanos de nieve en polvo. Marshall miró ceñudo a Logan.

—No entiendo qué tiene que ver perder una mascota con...

De repente comprendió lo que insinuaba Logan y parpadeó de sorpresa.

—La diferencia es que los viajeros a los que se refiere usted eran de mucho más lejos que Rapid City, Dakota del Sur.

Logan asintió con la cabeza.

—De mucho, mucho más lejos.

Marshall sacudió la cabeza.

—¿Eso es lo que cree?

—Soy enigmólogo. Ejercitar la imaginación forma parte de mi trabajo. Como ha dicho su amigo Faraday, pura teoría y especulación.

Y, con una sonrisa burlona, repartió apretones de mano y se fue hacia el helicóptero, que le esperaba. Cuando el piloto abrió la puerta del pasajero, Logan se volvió.

—Aunque menuda especulación, ¿no cree? —dijo en voz alta, haciéndose oír sobre el zumbido del motor.

Subió y cerró la puerta. El helicóptero se elevó del suelo, sobrevoló el

glaciar Fear, azul contra el azul del cielo, y giró bruscamente para poner rumbo al sur, a la civilización, alejándose de la tierra de los espíritus.





LINCOLN CHILD. Es un editor, analista de sistemas y escritor estadounidense que nació en Westport, Connecticut, en 1957. Conocido sobre todo por sus obras escritas en colaboración con el autor Douglas Preston, Child empezó a escribir siendo un niño, y se licenció en Literatura Inglesa en Carleton College, en Minnesota. En 1979 consiguió un empleo menor en la prestigiosa editorial St. Martin's Press, y fue escalando puestos hasta convertirse en editor, fundando su sección de terror. Finalmente abandonó el mundo editorial para trabajar como analista de sistemas en MetLife. Al dejar atrás la edición y concentrarse en algo totalmente diferente, Child empezó a echar de menos los libros y retomó la escritura, publicando su primera novela junto a Preston, *The Relic*, que con el tiempo fue adaptada al cine bajo la dirección de Peter Hyams. Gozó de gran éxito, al igual que otras novelas que escribió tanto con Preston como en solitario, lo que le permitió dejar su empleo y dedicarse plenamente a la escritura. Sus obras se caracterizan por estar repletas de sorpresas y giros inesperados, y se suelen encuadrar dentro del género de los psicotrillers.

# Notas

[1] De «fragmentación grenade» (granada de fragmentación); matar voluntariamente a alguien de sus propias filas. (*N. del T.*) <<

[2] *Lost Hope* significa «esperanza perdida». (N. del T.) <<